

JOSÉ LUIS CAÑADA

SIETE GRADOS AL NORTE



Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria

Siempre he querido reencarnarme en mí mismo. En ningún sitio he estado mejor (Yo)

Capítulo 1. Nunca pienso en el futuro. Llega demasiado pronto (Albert Einstein)

Capítulo 2. El azar no existe. Dios no juega a los dados (Albert Einstein)

Capítulo 3. Si los hechos no encajan en la teoría, cambie los hechos (Albert Einstein)

Capítulo 4. Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo (Albert Einstein)

Capítulo 5. Hay dos cosas que son infinitas: el universo y la estupidez humana; de la primera no estoy muy seguro (Albert Einstein)

Capítulo 6. La única razón para que el tiempo exista es para que no ocurra todo a la vez (Albert Einstein)

Capítulo 7. Todos somos muy ignorantes. Lo que ocurre es que no todos ignoramos las mismas cosas (Albert Einstein)

Capítulo 8. Lo importante es no dejar de hacerse preguntas (Albert Einstein)

Biografía

Créditos

Click

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A ti, Yolanda, porque contigo he dejado de ser un simple decimal a la izquierda y la ecuación que formulamos cada día juntos despeja cualquier incógnita.

A Adrián, porque tu genio tranquilo duerme en una lámpara, y qué bonito es cuando despierta.

A Borja, porque, aunque sabes que dos y dos no siempre son cuatro, te encanta averiguar de dónde proviene el resultado; y con tu inteligencia sobrenatural eres el genio, la lámpara y Aladino.

**Siempre he querido reencarnarme en mí mismo.
En ningún sitio he estado mejor
(Yo)**

Se dio cuenta en ese preciso instante de que sus facultades físicas comenzaban a disminuir de forma ostensible. Los 76 años que acababa de cumplir no habían pasado en balde. Al reuma tenía que sumarle una gota cada vez más frecuente, un dolor agudo de los huesos de la mano cuando despertaba y una jaqueca intermitente e incurable que le atormentaba dándole golpes cadenciosos sobre la sien izquierda. Los kilos acumulados después de succulentas comidas —era el único placer al que se veía incapaz de poner límites— se mostraban ahora de golpe cuando se bajó los pantalones para orinar en aquel compartimento estrecho de los aseos del aeropuerto —los inodoros suspendidos estaban hechos para gente más joven y más ágil—. Apenas si pudo moverse para aguantársela erguida y apuntar al hueco del sanitario, encajonado entre las paredes de aquel habitáculo estándar con esas medidas tan reducidas para aprovechar el espacio al máximo. Se sentía ridículo permaneciendo de pie, medio agachado, para que el líquido cayese desde más cerca y que el efecto rebote sobre la porcelana no le manchara el traje de 700 dólares que se había puesto esa mañana. Tuvo que dejar la carpeta con los documentos sobre la tapa de la cisterna. Quería terminar pronto, pero no hacerlo con prisa; debía mantener la imagen que su hija se esmeró en componer. Siempre había sido dejado, tanto para el vestir como para el cuidado personal. Estaba acostumbrado a los fogones y a la ropa suelta y práctica, no a los trajes de marca y a las corbatas.

Se intentó erguir subiéndose los pantalones, sin percibir que uno de los bajos se había manchado y que una zona oscura y húmeda había quedado acentuada sobre el color gris claro de la tela.

Un joven le saludó. Se acababa de lavar las manos, pasó delante de él con urgencia y se perdió de vista tras la puerta de salida. Los altavoces murmuraban horarios y vuelos. Apremiaban a los pasajeros a subir a los aviones o a pasar por las zonas de control.

Él había terminado lo que había venido a hacer. No tenía nada urgente que ocupara su tiempo. Se acercó al lavabo y empujó el dosificador, pero no salió nada. Miró los otros, que a la misma altura en la pared tenían más cantidad de jabón dentro de los recipientes. Dudó, pero esa mañana se había castigado ya bastante las piernas e insistió con el pulsador. Un líquido verde cayó en la palma de la mano. Accionó entonces el mecanismo del grifo. Un chorro abundante de agua salió disparado sobre el desagüe y aprovechó para frotarse una mano sobre la otra. A los pocos segundos, el gesto del rostro se le desfiguró tras una tracción repentina de los músculos. Con los ojos vidriosos intentó deshacer el nudo de la corbata tirando con fuerza; el cuello de la camisa lo impidió. Una punzada fuerte en el estómago le encorvó y le hizo hincar las rodillas en el suelo. Se aguantó la garganta con las dos manos. Entonces un hilo de espuma blanca se deslizó por la comisura del labio hasta precipitarse sobre la camisa. Se aferró a la pila del lavabo para intentar incorporarse, pero el dolor le extrajo un grito agudo de despedida y cayó de espaldas, inerte. Los ojos habían congelado una mirada a ninguna parte. El camino que había seguido la saliva se notaba aún húmedo. La luz de la ventana se proyectaba sobre la cara. Su voluminoso cuerpo no se movía. Durante unos dos minutos solo el tintineo intermitente del goteo de una pérdida de agua interrumpía el silencio. Los altavoces seguían con la letanía distorsionada por el ruido y el bullicio de fuera. Pero, allí dentro, era él quien se interponía delante de una hilera perfectamente alineada de lavabos blancos.

Alguien entró, sintió de repente cómo la muerte había pasado antes que él, cogió la carpeta de la cisterna, ni siquiera se inmutó al ver el cuerpo inmóvil que yacía tirado en el suelo, y salió.

Capítulo 1

Nunca pienso en el futuro. Llega demasiado pronto

(ALBERT EINSTEIN)

25 de junio de 2015, jueves

Dos días antes...

Evander Larssonladeó ligeramente el caballete, se aseguró de que el lienzo estuviese bien sujeto al soporte y avanzó la vista, casi de reojo, hasta alcanzar a los dos modelos de unos veintipocos años, un hombre y una mujer que esperaban sin ropa, en una posición fija y estática, a que iniciase su trabajo de «pintor de cuadros de realismo superlativo», como a él le gustaba llamarlo. Ella, una joven de larga melena rubia y piel blanquecina, de escuetos senos de aureola rojiza, mirada esquiva y melancólica, apenas se cubría el cuerpo con una colcha de color crudo con ribetes de borlones de hilos entrecruzados, en una posición semitumbada sobre una amplia cama de sábanas blancas. Él, de pie, exhibía un cuerpo musculado, atlético, resultado de muchas horas de gimnasio. Era de pelo corto negro azabache sobre una cara angulada, de facciones rectas, ojos castaños y piel tostada. Los músculos de los abdominales se cruzaban como ondulaciones hechas sobre pliegues de piel que se sucedían paralelos, de trazo perfecto hasta llegar al triángulo de un pronunciado descenso que marcaba el inicio de la ingle y el miembro viril, flácido y en reposo.

No contento con la luz que se proyectaba sobre ellos, dejó la paleta sobre la silla que le servía para mantener cerca los tubos de óleo, desparramados sobre un maletín de madera ajada y con chorreones de pintura de todos los colores, como si un improvisado muestrario exhibiera de forma desordenada la gama de tonalidades existentes, se dirigió al ventanal intentando descorrer aún más las cortinas, que ya habían recorrido todo el largo del riel, y su mirada descendió hasta el jardín para ver a su esposa boca abajo sobre una hamaca, a la que adivinó sin la parte de arriba del bikini. Un joven de

espaldas a él le untaba un poco de bronceador. Aunque no pudo verle la cara, supuso que sería Armando, a secas, sin apellidos, el anterior modelo que estuvo dibujando durante cinco días hasta que terminó la réplica del *David* de Rodin actualizada, aprisionando con su mano derecha un periódico anónimo, resultado de un *collage* fotográfico en blanco y negro.

Aunque estaba acostumbrado, y así lo habían pactado tácitamente, la exhibición casi diaria de muchachos jóvenes merodeando por los jardines y las habitaciones de la casa, mientras dedicaba las horas a la pintura o al estudio de revelado fotográfico, no le hacía la menor gracia. Intentaba disimularlo volviendo a sus quehaceres, aunque su pensamiento continuara viendo las manos embadurnadas en crema de aquel joven, que tendría la mitad de edad de su mujer, deslizándose por la espalda huesuda de su esposa, de metro setenta de altura y apenas sesenta kilos de peso.

Volvió al lugar que había ocupado delante del caballete, no sin antes arrancar la tela que cubría escuetamente el cuerpo de la modelo y descubrir el vello púbico rizado que resaltaba sobre el color blanquecino de su piel y el vientre hundido por la delgadez casi extrema.

—Así está mejor. El tejido tapaba más de la cuenta.

Los dos modelos siguieron como si formaran parte de un museo de cera próximo a su inauguración. La primera norma no escrita de su profesión era la de obedecer al que pagaba —y bastante bien, por cierto—, pasarse horas en una postura determinada y coger el dinero con efecto inmediato.

—¿Podemos tomarnos un descanso? —preguntó la modelo con una sonrisa dibujada en los labios tras pasar cuarenta minutos en la misma posición.

—Eres demasiado joven para estar tan cansada, pero también demasiado bonita como para que me niegue a concedértelo —repuso Evander dejando los útiles sobre la silla para dirigirse de nuevo a la ventana—. De acuerdo, nos vemos mañana —pronunció enérgico dándoles la espalda.

Beatriz y Armando habían desaparecido. Pensaba que últimamente su mujer se acostaba con cualquiera; tal vez era la crisis de haber rebasado los 50 lo que le producía ese deseo indómito de apurar hasta el último sorbo, fuese el vino que fuese. Él, en cambio, se había vuelto más selectivo.

—¡Hola! —saludó Beatriz desde la puerta. Y antes de que los modelos saliesen de la habitación, ella se detuvo a contemplar la obra de su marido.

—¡Ah, estabas ahí! —dijo Evander sorprendido.

La miró durante unos minutos y recordó el día en que la conoció, hacía ya casi veinte años. Él había llegado a Marbella a pasar unos días con un grupo de amigos, cuando comenzaba sus escauceos con la pintura.

Una mañana de principios de julio había bajado a la playa con Carol, una chica que hacía de modelo, confidente, amante y amiga. Trataba de pintarla capturando el primer momento de luz. Amanecía, y el sol dibujaba el paisaje de colores mágicos mientras Carol posaba envuelta en una sábana blanca. Unas risas alocadas interrumpieron de golpe su inspiración. Eran unos chicos que, a juzgar por sus vestimentas, llegaban a la playa dispuestos a continuar allí la fiesta. Entonces se fijó en Beatriz. Llevaba un vestido largo, azul como el mar, vaporoso, que se mojaba cuando las olas rompían con fuerza cubriéndole las piernas. Ella reía, y con su belleza había eclipsado la sinfonía de colores que apenas unos segundos antes mostraba el amanecer. Evander sintió que la naturaleza se rendía ante ella.

Sacudió la cabeza tratando de reaccionar, de situarse en el preciso momento en el que había cogido el pincel bajo la mirada atenta de Carol. Entonces se dispuso a dibujarla, pero su mirada se perdía buscando a Beatriz, su silueta, el brillo de su piel, de su cabello. Fue en ese instante, y no otro, cuando se enamoró de ella.

—He venido a recordarte que tenemos invitados, aquellos marchantes de arte que nos presentó Alberto, el arquitecto, ¿los recuerdas?

—¡Oh!, lo había olvidado por completo; será porque no me cae bien ese tipo de gente, le ponen precio a todo sin detenerse a contemplar mi obra; el arte es arte, y es algo que solo al artista le corresponde hacerlo —pronunció acercándose a Beatriz para besarla en los labios.

—Tienes razón, pero pagan muy bien, y tu última colección es magnífica; estoy convencida de que aceptarán el precio que les sugieras —dijo después de besarle en la cara.

Evander dibujó los labios de su mujer con el dedo índice; disfrutaba contemplando el corazón que formaban. Ella sonrió.

—¿Tenemos tiempo? —susurró mientras le deshacía el lazo de la parte superior del bikini.

Beatriz acercó la boca entreabierta, le gustaba cuando la besaba con pasión, con deseo. Evander la atrajo hacia él, y Beatriz notó su erección bajo el bañador. Le sonrió de nuevo y su marido se apresuró a cerrar la doble puerta del estudio, le cogió la mano y se dejaron caer en el diván, aquel que

desde hacía años había sido el espectador silencioso de los más diversos encuentros.

Adoraba el sexo y su marido sabía cómo satisfacerla. Era el amante perfecto; él siempre se rendía a sus encantos y le hacía el amor con la reverencia de la primera vez, se sentía idolatrada igual que una diosa. A pesar de la extraordinaria relación que mantenían, en muchas ocasiones ella deseaba experimentar nuevas sensaciones, y él siempre se lo permitía.

Se amaron con esa complicidad que existía desde hacía mucho tiempo.

—Eres preciosa —dijo Evander cuando ella se estremeció entre sus brazos.

—¿Te lo parezco aún?

—Siempre.

Y Beatriz bajó las escaleras con una amplia sonrisa dibujada en el rostro. Evander sentía admiración hacia ella; tal vez por esos detalles continuaban juntos después de tanto tiempo.

Salió al porche principal, junto a la piscina, a ultimar los preparativos de aquel espacio abierto a la luz, en el que la mesa blanca para seis comensales exhibía todo un colorido de flores naturales dispuestas en pequeños jarrones de cristal.

Mientras el personal de servicio se encargaba de colocar el resto de los elementos decorativos, Beatriz se anudó el pareo y tomó asiento en el pequeño sofá azul situado al fondo de la carpa.

—¿Te apetecería que sirviésemos los aperitivos en el jardín? —le preguntó Marcos, que se acercó a ella con su peculiar modo de caminar, algo alocado, a pesar de ser serio y minucioso a la hora de elaborar un plato. Hizo el gesto de besarla en ambas mejillas.

Era el eterno aprendiz de cocinero y amigo de la familia desde hacía años, y había viajado desde Madrid hasta Marbella por expreso deseo de Beatriz.

—¡Qué bien que llegaste! ¿Qué opinas tú? —preguntó ella señalando el espacio libre del sofá, invitándole a tomar asiento a su lado.

—Pues no sé, depende; si te parece, dejamos que los invitados decidan.

—Sí, perfecto, estoy un poco nerviosa para decidirlo. Este almuerzo es muy importante para mí, Marcos. Necesito convencerles de que la obra de Evander es única.

Marcos enarcó una ceja y se limitó a carraspear la garganta.

—No seas malo, ¿te he comentado que el mes pasado se expusieron en el MoMA algunas de sus obras? —preguntó subiendo las piernas sobre el sofá, adoptando una postura más cómoda.

—No sé a quién lograrías convencer, y tampoco estoy interesado en conocer las artimañas que empleaste para conseguirlo...

—¿Sabes que eres malvado?

—Sí. Pero si te sirve de algo mi experiencia, te diré que el escenario es perfecto, una mezcla de luz y aromas de jardín que cautivan a cualquiera. Las vistas, espectaculares, nada como el Mediterráneo de fondo, y mis platos, sin duda ellos serán los protagonistas, son verdaderas obras de arte. He organizado un almuerzo inolvidable, una simbiosis entre los sabores de Andalucía y aromas exóticos, ¿no son japoneses esos marchantes? Extraño, ¿no?

—Verás, Marcos, hace bastantes años las subastas de arte eran casi desconocidas en Japón. Creo que fue en los noventa, bueno yo por aquella época andaba un poco... distraída.

—Sí, pero eras divertida —sonrió.

—Como te decía, fueron algunos japoneses a los que les dio por comprar cuadros por sumas multimillonarias. Lo utilizaré como argumento para convencerles. Invertir, mi querido Marcos, se trata de inversión.

—Estoy convencido de que se te ocurrirán mil propuestas para convencerles, eres muy lista, Beatriz. Retomando la conversación de antes, conoces muy bien el lema de tu padre: «Los sabores son perfectos si te transportan a un lugar mágico de tu memoria». Serán tu mejor aliado.

—Sí, tienes razón, y te agradezco que lo hayas dejado todo para venir.

—Es un placer, de este modo me tomo un respiro. Y te aseguro que cuando saboreen esos platos experimentarán emociones, el aroma de sus tierras lejanas mezcladas con la algarabía de nuestro sur. Ahora bien, insisto en que necesitarás sacar todas tus armas de seducción para...

—¡Calla!, ¡déjate de bromas! Evander es un artista, y lo sabes... — Beatriz nunca se enfadaría con Marcos, le conocía desde que era una niña, y con él no tenía secretos.

Marcos era diez años más joven que el padre de Beatriz, pero llevaban casi treinta años trabajando codo con codo en una sociedad de restauración de fama mundial, Barberá & Delafont. Con restaurantes en Madrid, Barcelona, Roma, París, Londres, Nueva York..., y continuaba en expansión.

—Pues tu padre no está muy orgulloso del artista; después de quince años, aún protesta por tu disparatada boda.

—Lo sé, pero con Evander me siento libre para hacer lo que me plazca...

—Beatriz, no nos vemos con frecuencia, pero intuyo la clase de matrimonio que formáis. Si eres feliz...

—Lo soy, ahora mismo mi única preocupación es Luca.

—Luca, Luca, ese crío está demasiado consentido. Estabas muy loca cuando le tuviste... Confío en que no te enfades por mi sinceridad.

—Sí, sí, tienes razón, papá tiene razón... Pero yo...

—Tenías 28 años, Beatriz, por Dios.

—Pero era muy *hippie*, estaba todo el día colocada. Mis flirteos con las drogas, el italiano... Mamá lo pasó muy mal.

—Por ti y por el crío; después de todo, ellos siempre se ocuparon de la educación de Luca.

—No me apetece recordarlo, aquello pasó..., y cuando mamá falleció le prometí a papá que dejaría de consumir.

—Y espero que continúes siendo fiel a tu palabra. Tu padre me ha comentado que quiere reunirse con Luca en septiembre, ya sabes, en la casa de Madrid, que es donde más a gusto se encuentra. Dice que si su nieto no está dispuesto a ejercer de farmacéutico, cree que ya va siendo hora de que conozca el negocio familiar, ¿no te parece?

—¡Ese es mi padre!, el gran Mikel Barberá, a sus 76 años continúa incombustible, deseando transmitir sus conocimientos. Seré sincera: no sé qué opinará mi hijo de todo eso, pero coincido con mi padre.

Marcos acarició la mano de Beatriz, y ella le devolvió el gesto en señal de agradecimiento y afecto.

—Te quiero mucho, niña, y me encantaría pasar una temporada a tu lado, pero sabes que siempre ando muy ocupado. Esta misma noche me vuelvo para Madrid.

* * *

26 de junio de 2015, viernes

En el segundo piso de la residencia de estudiantes, la larga hilera de puertas, todas pintadas de naranja chillón, haciendo juego con los zócalos de

las paredes, albergan charlas disonantes, entradas y salidas de jóvenes, ajeteo de muebles que se arrastran, el eco de un murmullo de vida que se manifiesta al otro lado de la calle con los vendedores ambulantes que pregonan lo que venden, los frenos de los autobuses que tienen la parada en la acera de enfrente, el aire que se esconde en los pretiles de las ventanas y los balcones, la entrada de vehículos a un hospital cercano, adonde los pacientes rutinarios y persistentes acuden cada mañana como quien pica la hora de entrada al trabajo. La sanidad se muestra en su armazón: la crisis ha servido de pretexto para que el gobierno de la comunidad haya aprovechado para los recortes; en camas, en el servicio de urgencias, en el personal contratado y en la jungla que cada día se encuentran los que dan gracias por tener todavía un trabajo remunerado, batiéndose con la escasez de recursos y la afluencia de personas que aumenta y que cada vez soporta menos la poca atención o el mal servicio.

En la residencia, la finalización del curso universitario se expande como una algarabía que revoca en cada esquina, en cada ventana o puerta abierta, y en el fluir de jóvenes que se encuentran por los pasillos o en los ascensores y que se preguntan unos a otros por las notas, por lo que harán a partir de ahora. «Qué suerte has tenido, a mí me han dejado tres.» «Yo, el año que viene, tengo muy difícil volver. Mi padre se ha quedado parado y tendré que ayudar en casa.» La suerte a veces se confunde con las horas de estudio o la falta de ellas.

La fiesta de la noche anterior ha dejado la habitación 221 como si una brigada terrorista o un registro policial hubiesen actuado dentro. Los cajones están revueltos, la ropa, amontonada sobre las sillas y los respaldos, las sábanas de la cama llevan en el suelo varios días como si fuesen alfombras modernas de un verano caluroso que ya asoma por el calendario. Botellas de todas clases y tamaños llenan la mesa y han dejado muestras de su contenido sobre la superficie. Esa mesa pequeña y simple, de un folleto con ofertas de una gran superficie de bricolaje, que ha servido para tantas cosas: comer, colocar la Play 3, la tele de 14 pulgadas o el portátil, y, en el menor de los casos, los libros o los apuntes. El fregadero está atestado de vasos y restos de comida que flotan sobre un pequeño estanque de agua que mancha superficialmente algunos platos.

Alguien desde fuera golpea la puerta, aunque está abierta.

—¿Luca?

Unos tobillos desnudos con las chanclas puestas aparecen inmóviles sobre el lado del colchón que es visible desde el exterior de la habitación.

El joven de la puerta duda si entrar o no cuando un sonido gutural acompaña un leve movimiento de los pies que cuelgan dentro.

—Luca, ¿estás despierto?, soy Julio...

Luca se incorpora con desgana, el pelo alborotado, la cara pálida y ojerosa, un fuerte dolor de cabeza que le hace llevarse las manos a las sienes, y oye entonces un tamborileo monótono que se le repite dentro como un castigo al exceso de la noche.

—Julio..., ¿qué hora es? —La mirada de Luca es imprecisa. Su compañero ya está delante de él y echa sobre la cama una camisa que recoge del suelo.

—Son las dos. Muchos ya se han ido. No sé cómo no te has despertado antes con el trajín que se ha montado en el edificio.

—Creo que caí en la cama a las seis. Bebimos mucho. Cuando te fuiste a tu habitación seguimos jugando al póker. Perdí hasta el último céntimo. Los faroles no se me dan bien... ¡Qué le vamos a hacer!

Entró al aseo y abrió el grifo del agua caliente. Solo tuvo que quitarse los *shorts* verdes de baloncesto y dejarlos en el bombo de la ropa sucia, donde esta ya se desbordaba como si una lava esponjosa hubiese aumentado su volumen y resbalase hacia el exterior del cesto y la tapadera no pudiese soportar la fuerza que ejercía, dejando salir las mangas de alguna que otra camisa, un calcetín negro desaparejado o unos *slips*.

—Te juegas el dinero de tu madre con mucha ligereza. ¡Ojalá pudiera hacer yo lo mismo! —Julio alzaba la voz mientras recogía cosas tras la puerta—. El año que viene seguramente no podré seguir estudiando. He terminado tercero y a mis padres se les han acabado el dinero y los préstamos.

—Eso no es problema. Seré tu mecenas. —La voz de Luca sonó amortiguada por la fuerza del agua cayendo de la alcachofa que colgaba de la pared. Un ligero vaho comenzó a salir bajo la puerta del baño y subió como una nebulosa cálida.

Julio se quedó quieto con un par de vasos en la mano.

—¿Harías eso por mí?

La puerta se abrió entonces y Luca apareció desnudo.

—Por supuesto. No podemos permitirnos perder una mente tan privilegiada como la tuya.

No fue una reflexión en voz alta. Simplemente fue una decisión natural dada su forma de ser. Quienes le conocían le apreciaban y querían a partes iguales. Su vida era alocada, desprovista de una meta o un camino fijo a

seguir, pero su comportamiento en los cinco años que estuvo allí, en la Facultad de Farmacia, fue siempre ejemplar en el trato con sus compañeros, en la empatía que demostraba sin esforzarse y en la lealtad de pensamiento y obra que llevaba a cabo bajo cualquier circunstancia.

—Si no me conoces de nada. No estudiamos en la misma universidad, me conoces por mi nombre de pila y solo nos vemos para salir o tomar algo con otros compañeros de la residencia.

—Sí, ¿y?... No necesito nada más. La gente me entra por el ojo y a algunos soy capaz de regalarles mi alma.

Julio le abrazó de forma espontánea. La ropa se le humedeció enseguida y Luca sintió el cuerpo de su amigo como si fuese una prolongación del suyo. Lo agradeció, aunque, dadas las circunstancias y la puerta abierta que daba al pasillo, lo empujó suavemente, retirándolo de sí.

—Julio, que estoy desnudo y con la puerta abierta, ¿qué van a pensar si nos ven?, ¡cojones!

Julio sonrió e hizo ademán de agarrarle el miembro viril que yacía arrugado como una pasa después de la fuerte sauna que había sufrido.

—¡Ay, que lo cojo! —gritó afeminando la voz.

Luca le tiró la toalla a la cara, descorrió las cortinas, abrió el ventanal y se quedó unos instantes de pie, desnudo, mirando la calle como una acuarela luminosa de un día cualquiera de finales de primavera. Se sentó después en la cama. Un ligero aire fresco inundó la habitación, contrarrestando el vapor que se había disuelto por el suelo.

Julio había acabado tercero de Biología con las mejores notas posibles. Compartían residencia de estudiantes, aunque no universidad. Era un recinto decimonónico que pertenecía al Opus. Se levantaba majestuoso sobre una loma, como una fortaleza antigua sobre el poblado próximo en la Edad Media, y aunque ese poblado se había convertido en Madrid y el barrio residencial de los alrededores se había establecido allí como el muestrario de una población adinerada y selecta, no por ello era un ejemplo de selección natural por comportamiento o aptitudes. Allí compartían la urbanización políticos, narcotraficantes..., todo un elenco de virtuosos y profesiones honradas que habían amasado inmensas fortunas y habían establecido en aquel entorno un hábitat natural de forjadores de futuro. Un chalet allí sobrepasaba en precio los cinco millones de euros, y todo un enjambre de instalaciones recreativas y lúdicas de alto *standing* circundaban la circular fisonomía de sus calles

concéntricas, laberinto ajardinado sobre antiguos terrenos que la especulación levantó en los años de la burbuja inmobiliaria.

Luca pasaba de las estrictas normas de conducta, y en más de una ocasión fue castigado por ello y amenazado con ser expulsado del centro, aunque la clasificación que los dueños de la residencia hacían de los padres o familiares directos, según los ingresos y fortunas de los mismos, evitaron que realmente fuese puesto de patitas en la calle. La expulsión del nieto de Mikel Barberá causaría en los medios de comunicación un efecto bumerán que iría contra los intereses del propio centro. Debían demostrar que allí iban los familiares de las más distinguidas personalidades para encaramarse posteriormente a los mejores puestos de las principales marcas o empresas, tanto nacionales como internacionales, fueran del terreno profesional que fuesen: políticos, chefs de cocina con varias estrellas Michelin, banqueros, aristócratas, propietarios de importantes cadenas o eslabones, firmas de la alta costura, de grandes superficies, de franquicias o medios de comunicación hablados o escritos; no que los echaban, por muy justificadas que estuviesen esas expulsiones. Debían mantener el hilo conductor con las familias adineradas, para que una vez finalizados los estudios siguieran perteneciendo a la organización, o, cuando menos, contribuyeran de igual forma con donativos, mediaciones o propaganda soterrada en la más estricta confidencialidad, característica de esta cúspide de poder que yacía oculta en los más entramados laberintos económicos y políticos y que ejercía un incontrolado poder en la sombra de cualquier organismo influyente, del orden social o finalidad que fuese.

Luca amontonó todo lo que pudo dentro de las maletas: ropa, aparatos eléctricos, libros... Era un devorador empedernido de cualquier fajo de hojas que tuviese tapas, blandas o duras, folletos de propaganda o tesis doctorales o científicas... Los consumía como si los engullera, y, una vez en el estómago, los clasificaba por temas: actualidad, política, ciencia, literatura, cotilleos, ofertas. Estaba informado de las más variopintas cuestiones, sin hacer alarde, callado como era; y sin debatir con nadie, ni contra nadie, dejaba esa información almacenada, simplemente para sentirse una persona informada, actualizada y al día de cualquier cuestión, importante o no, que le sirviera para tener una opinión, un comentario, un razonamiento o una queja sobre los temas que atormentaban al mundo, a una sociedad capitalista, desnutrida de sentimientos o apostillada de mercantilista y sin escrúpulos. Pertenecía a cualquier organización sin ánimo de lucro que activase en él un resorte de respuesta y participaba activamente en manifestaciones, edición de periódicos

«tocapelotas», *tweets*... Y viajaba, viajaba mucho, a todos los países desfavorecidos del planeta, a todos los continentes. Dedicaba horas y días enteros a informarse sobre el terreno, o, como su abuelo decía, estando en el caldo de cualquier suceso social y endémico sin solución, porque afectaba siempre a los mismos, a los más desfavorecidos, a los que no aportan nada al PIB de ningún país, reptan, se arrastran, balbucean sobre el suelo que les vio nacer y del que no cortarán nunca el cordón umbilical que les mantiene malviviendo hasta que sean unos números en las interminables estadísticas de muertos, desaparecidos o vivos...; da igual, seguirán perteneciendo al llamado «tercer mundo», como si una larga distancia separase un planeta de otro, un Urano nuevo de otro ya conocido, cuando la globalización ha acercado y derribado fronteras, culturas, objetivos, finalidades..., y ha hecho de este mundo, no el primero, ni el segundo, sino el único mundo donde la empatía huyó o fue quemada viva en la hoguera de las vanidades. El mundo de las escalas sociales, a las que uno pertenece según el dinero que tiene, sea por méritos propios o ajenos, y muy pocas veces por su preparación profesional o humana. En este mundo donde deberíamos convivir y sobrevivir con la ayuda de los otros, los que en un momento dado fuesen más fuertes o más preparados, y no exterminados por estos mismos, que solo buscan bajo nuestros pies algún pozo de petróleo, alguna pepita de oro o alguna fuente de ingresos extra y barata de la que apropiarse en nombre de algún credo, fanatismo pragmático o doctrina de nuevo cuño que amortice en poco tiempo el gasto destinado en preparación militar, cuántica, cósmica o farmacéutica y nos apedree en nuestras mismas narices con sermones del fin del mundo, del caos eterno, para materializar con sus enérgicas respuestas de opresión y exterminio el fin último de sus esfuerzos: llenar la barriga y las cuentas corrientes de aquellos inútiles de profesión que algún día asumieron el poder y ya no lo soltaron nunca. Porque el poder absorbe, crea dependencia, justifica cualquier fin y, en un baño de apariencias, parece dignificarlo. Y los merecimientos siempre premian a los mismos, a los que giraron sus vidas siete grados al norte de cualquier punto caliente donde encontrar dinero, oro, empresas cotizadas en bolsa a punto de quebrar o que nosotros dejaremos caer, o a los ERES, tan de moda hoy en día, que alargan las colas del paro y favorecen que las empresas que han engullido a otras más débiles o despistadas se expandan como el sonido de un martilleo que repica en el oído de los débiles para que se consuelen a sí mismos con que la crisis, bendita crisis, nos ha permitido echar a la gente de forma barata y autorizada por

decreto para levantar a este país en vías de aniquilación, donde otros utilizaban tarjetas opacas o «franciscas», el nombre da igual, si a fin de cuentas me va a permitir a mí, uno de los elegidos, gastar lo que se me antoje, porque yo soy igual de exclusivo que la tarjeta que llevo en el bolsillo y que me hace distinto al que compra preferentes creyendo que pone su dinero en una imposición a plazo fijo, y que mi dinero está a salvo de especulaciones que los mismos de las tarjetas organizan y distribuyen, manipulando contabilidades, llevando cajas B (de «borricos»), alterando valoraciones del Euribor o pactando precios con las grandes multinacionales de la energía y el petróleo, donde terminaremos ocupando un asiento que me dará derecho a percibir dietas que no he consumido, cantidades por vivienda o desplazamiento, aunque viva a escasos metros de la sede donde supuestamente tendré un par de reuniones al año, y me desplazaré en vuelos de primera clase, porque yo, que a fin de cuentas, he sido votado por miles de anónimos a los que engañé con un programa electoral que no pensaba cumplir desde el mismo momento en que lo redacté, no puedo sentarme junto a ellos, porque ellos son distintos a mí, SON HONRADOS, y trabajan para ganar una décima parte de lo que gano yo, levantándose a las seis o siete de la mañana para tirar de la economía de un país que debe pagarme después a mí con sobresueldos. Debo conspirar, arrastrar mis tripas y mi ignorancia sobre cualquier tema, quedando impune y protegido de cualquier despido, de cualquier ERE, porque quien tiene que firmarlos tiene también por qué callar, y en mi pequeño maletín, que no abandono ni para ir a mear, llevo la grabadora que compré por doce euros en un chino, al que ahora pongo en la piqueta de esta maldita inmigración que se está quedando con todo lo nuestro y que me permitió tener unas cintas de inestimable valor, porque en ellas se dicen cosas que se hicieron o se callaron, o dejaron que se hicieran por la desidia de unos pocos que se miraron en el espejo que solo deja verse a ellos mismos, estos de frágil memoria que dicen y se contradicen porque nunca se acuerdan de lo que antes dijeron, y si alguien se lo recuerda, miran para otro lado, ya sabes, a siete grados al norte de donde todo se cuece y se vende, se subasta o se justifica, para que al final sean siempre los mismos los que repartan y atesoren lo que en principio es de todos, aunque nunca todos pagan lo mismo y los impuestos sean inversamente proporcionales a lo que cada uno tiene o dice tener.

Luca dejó pasar el tiempo, ese que nunca se detiene. El que dedicó a cosas inmateriales que no aportan dinero le hizo perder el suyo, el que debía haber dedicado a aprender en las instituciones que después te valúan, te dan

notas, te incluyen en listas enumeradas de los más preparados, los más válidos para esto o aquello, aunque tú supieses más de todo que muchos de aquellos que terminaron una carrera y se apuntaron luego al paro, o a algún partido político de los dos grandes, o a algún sindicato que copara los cursos de intermediación y preparación a los puestos de trabajo que nunca van a estar disponibles y que les permiten obtener millones de euros en ingresos anuales (las manifestaciones, en el olvido) y mantener la boca callada y la mano dispuesta para firmar los papeles que les pongan por delante, que aseguran unas medidas siempre en contra de los trabajadores y de los derechos adquiridos a base de años y que se pierden en cuestión de minutos. Esos trabajos que empiezan a estar mal remunerados y que se asemejan más a los de los países del Este, adonde emigraron las fábricas de automóviles que ahora empiezan a volver, porque aquí la mano de obra es más barata y empezamos a exportar la nuestra a los países desarrollados, como a nosotros nos gustan que nos llamen. Por eso mismo, a Luca no le pareció descabellada la apreciación que le hizo a su amigo Julio cuando se cruzó con aquella señora que esperaba para coger el autobús como ellos, bien vestida, de buen aspecto físico, de unos 40 años y con la mirada triste, ojerosa, a pesar del ligero maquillaje que resplandecía aquellos ojos verdes como el agua del Caribe.

—¿Ves a esa mujer? —le disparó Luca a su amigo antes de que ella subiera los dos escalones del vehículo.

Julio volvió la cabeza, pero Luca no dejó que respondiera.

—Ahí donde la ves, puede ser la dueña de uno de estos chalets de lujo, pero yo me juego 100 euros a que trabaja en el servicio, de doncella, de cocinera o canguro, o de las tres cosas al mismo tiempo. Seguro que ha dejado la comida preparada para los señores, ha recogido a los niños que no son suyos del colegio y ha planchado y limpiado sobre limpio. ¿Por unos 600 euros? Estamos empezando a sustituir a los inmigrantes, a las filipinas, rumanas o colombianas que antes hacían lo mismo. Ya no se ven esas largas colas de mujeres sudamericanas a las seis de la mañana para coger el autobús en Atocha que las llevará a la Moraleja, curioso nombre, ¿no te parece? Ya son españolas que pasan desapercibidas para Hacienda, ahora que tienen la obligación de asegurarlas.

—¿Has pensado en presentarte a las próximas elecciones municipales? Yo te voto seguro.

Luca miró a su amigo, le sonrió y le dio en la cabeza con una revista que llevaba en la mano.

—No te tomes a broma lo que te digo, hombre de poca fe.

La mujer permaneció sentada con la mirada intranquila, como queriendo recorrer las calles con la vista para llegar antes a casa y hacer lo mismo: calentar la comida de la noche anterior, tender la ropa y recoger y limpiar lo que su familia hubiese dejado por medio. Alguna hija, todavía menor de edad, habrá dejado los estudios, porque, según algunos, en este mundo aún machista las mujeres todavía pueden permitírselo: total, su familia no puede pagárselos y su fin último será el mismo que el de su madre y su abuela. La estaría supliendo en las labores del hogar y en acompañar a sus hermanos menores a la escuela, para luego comprar y dejar fiado a la tendera de la esquina, hasta que su padre, con 44 años, con su futuro hipotecado al igual que la vivienda de la que le desahuciaron por impago, cobrase los 426 euros de limosna que le da el Estado por no saber o no poder buscarle el trabajo, al que según la Constitución tiene derecho. Ahora la casa de su abuela era el asilo perfecto para una familia que se emancipó hace tiempo. Volvieron como se vuelve de un viaje de una semana, pero que fue de toda una vida: cargados de bultos y muebles viejos, enseres que da reparo tirarlos, pero que ya no están para muchos troles. Duermen en una habitación que se transforma en transitable cuando los rayos del sol atraviesan las persianas y la luz del día araña la cara descompuesta de un hombre que se cree inservible, que hace cola en todas partes, en el INEM, en Cáritas y en todos los lugares adonde va a buscar trabajo, y comprueba que hay una legión de personas que están delante de él, en una cola ficticia que cataloga a la gente según las carreras que tiene, la edad y el currículum que aporta; y él entonces se vuelve sin decir nada, con la misma expresión con la que sale de su casa. El hueco de la cama está vacío cuando se levanta. Su mujer se va a las cinco de la mañana y vuelve a las tres por otros 600 euros, de los que la dueña de la casa le resta el seguro autónomo de empleadas del hogar..., del hogar que no es suyo, que no le pertenece, pero que deja cada mañana más limpio que una patena, y vuelve a otro, que tampoco es suyo, que es de su suegra, aquella que se entrometía en sus vidas de recién casados y que quería organizar y dirigir.

Con el 25 % de desempleados, España tiene una difícil salida al mercado de trabajo, y demos gracias a que somos exportadores de turismo, de buen tiempo, de playas, de chiringuitos y restaurantes, de la buena y saludable comida, de los buenos vinos, que si no... Los jóvenes preparados, con idiomas y recién salidos de las universidades, se están montando en aviones, autobuses, trenes..., y están emigrando a otros países que han soportado mejor

la crisis, la misma que se extendió como el ébola o el sida en los países africanos, que no conoció fronteras y que se afincó a ambos lados de los océanos para justificar despidos, reformas laborales y nuevos impuestos, o la posibilidad de que los ayuntamientos más endeudados, aquellos que precisamente no habían sido capaces de organizarse ni aplicar bien sus abultados ingresos, pudiesen subir las tasas del IBI (impuesto de bienes inmuebles) por encima de los límites máximos establecidos hasta entonces, cuando las viviendas no paraban de depreciarse, aunque esos baremos seguían estancados, año tras año. Luego vino la subida del IVA y la rebaja de las prestaciones en sanidad, en educación, en cultura, en investigación I+D, precisamente en lo que nos podía sacar del hoyo en el que nos metieron aquellos a los que confiamos nuestro presente y el futuro de nuestros hijos; esos que sí han amortizado el suyo y asegurado como si fuesen pólizas de vida el porvenir de los suyos. Seguramente mantendrán cuentas ocultas, opacas, *black* y un largo etcétera de denominaciones, bajo las que esconden inmensas fortunas, herencias del pasado, de familiares o amigos que los situaron en el lugar adecuado en el momento justo, y por los que deben mantener la boca cerrada y el culo prieto para que la mierda no salpique y se dispare sobre sus cabezas inmaculadas, rapadas y aseadas, sobre sus impecables trajes de marca, que vienen a reafirmar la moraleja de la fábula de Esopo de que «aunque la mona se vista de seda...», y sobre sus exuberantes barrigas, que cultivan con los años y que, al igual que sus manos, llegan a cualquier sitio antes que ellos.

* * *

Donde termina la linde de la urbanización de lujo por sus lados norte, este y oeste no hay nada: abandono, unos esqueletos de hormigón y gavillas de hierro apuntando al cielo, moles a medio construir que delatan el fin de una era de despilfarro y reconversión de terrenos rústicos o terciarios en urbanizables. El bullicio de la parte sur, con el entramado de carriles que transitan paralelos o se cruzan por encima o debajo de puentes, el ruido acompasado y chirriante de vehículos que circulan como una maraña de formas y colores sobre un Scalextric gigante es el síntoma ineludible de una sociedad saturada, el cordón umbilical que une a la civilización de humos y gases, de prisas y carreras, de estrés y agitación, de subidas y bajadas en

estaciones de paso en hora punta, en lugares donde es casi imposible aparcar, ni siquiera detenerse y mucho menos bajarse. De edificios altos, cuyas cúspides arañan el cielo con antenas de telecomunicaciones o pararrayos, o largas vías serpenteadas de rayas blancas discontinuas que te guían y te confunden si no eres de allí, que te tocan el claxon si titubeas o te muestras indeciso. El tiempo arremete sin compasión porque está minutado sobre una esfera invisible que parcela los minutos y los atascos.

Una vasta extensión de vegetación salvaje y escombros pasa rauda ante los cristales del taxi que le lleva a la terminal nacional del aeropuerto de Barajas. Se ha dado una ducha en el chalet. Jacinta, la asistente, le ha ayudado a hacer una pequeña maleta con sus cosas y le ha preparado un bocata de queso con un refresco. Ahora que los señores están en Marbella, acude a la casa un par de veces en semana, revisa la seguridad de la finca junto a su esposo, recoge las hojas del camino, baldea un poco la entrada y riega las plantas, mientras Ramiro, su marido, recoge la suciedad de la superficie de la piscina, revisa el funcionamiento del motor y la programación de los aspersores o recorta el seto que separa las lindes. Llevan trabajando en la casa más de veinticinco años. Los contrató Mikel Barberá cuando la compró, y siguieron cuando se la regaló a su única hija, Beatriz, justo cuando nació Luca. Se puede decir que no solo lo vieron nacer, crecer y despegarse como un átomo con carga negativa se separa de otro con carga opuesta, sino que para Luca son algo más que unos empleados eficientes y honestos. Son su yaya y su yeyo, como les decía de pequeño. Les abrazó con ternura mientras el taxi esperaba en la puerta. Él se echó la mochila al hombro, se colgó los auriculares y se puso las gafas de sol; luego alzó la mano derecha para despedirse y los vio tras la luneta trasera del vehículo abrazarse al ver marchar a alguien querido. Se dio cuenta de que habían envejecido. Ahora que tenía la perspectiva de la distancia los veía más bajos..., pero ¡seguían siendo tan entrañables!

A pesar de tener la universidad a quince kilómetros de casa, bien comunicada con una línea de autobuses con numerosos horarios, un confortable hogar con todas las comodidades, una habitación amplia y tranquila donde dormir y estudiar cómodamente, una biblioteca repleta de libros que todos los años recibía una importante cantidad de títulos nuevos por un contrato bianual con la principal distribuidora de libros del país, aunque permanecieran sobre los estantes cogiendo polvo, y un servicio doméstico que se encargaría de las labores de lavado de ropa, limpieza de la habitación y

disposición de las comidas, Luca decidió, desde el mismo instante en que se inscribió en el primer curso de la facultad, que su lugar estaba en la residencia de estudiantes. Otra madre habría insistido en tener al hijo bajo su tutela a pesar de su mayoría de edad, porque el llamado instinto maternal en las mujeres tiende a no saber distinguir entre la edad adulta y la infantil o adolescente, y tratan a sus hijos como si apenas tuvieran capacidad de decisión ni conocimiento para enfrentarse a una sociedad caníbal que engulle a cualquier despistado que no esté preparado para lidiar cada día con los problemas y los obstáculos que le van apareciendo de forma natural, y tienden, por ese instinto de protegerlos en exceso, llevándolos siempre de la mano como si tuvieran una enfermedad incurable que necesitara a todas horas de sus cuidados y consejos, a hacerles unas personas dependientes y esclavas de sus movimientos. Pero Beatriz era distinta, y la discusión no se produjo cuando Luca comentó su decisión porque en ese preciso instante quedó zanjada. El dinero no era problema, y la actitud de su madre ya era previsible y la tenía asumida como algo invariable que se produciría siempre, bajo cualquier circunstancia o impedimento. La miró a la cara y volvió a sentir esa sensación de desamparo que le había acompañado desde pequeño. De vez en cuando le asaltaba la impresión de haber sido un hijo no deseado, un estorbo que aparecía invariablemente en el momento más inoportuno, que suponía un lastre para una mujer atareada en mil banalidades que la llenaban como si fuesen el aire que entraba en el globo de sus películas y sus escarceos amorosos: los únicos por los que estaba dispuesta a luchar y a rendir cuentas en algún momento de su vida.

La vida en la residencia era distinta. A todas horas había gente entrando o saliendo por la entrada principal hacia las habitaciones o hacia los lugares de recreo. Allí hizo bastantes amigos. Además de Julio, un joven flacucho y de aspecto enfermizo, con quien congenió enseguida, hubo otros, como Marcelo, un alumno aventajado, cubano, que cursaba estudios de Medicina en España becado por su país; y Allison, una súbdita inglesa que se ríe muy a menudo, como si los muelles de la mandíbula los tuviese flojos y apenas pudieran sostener aquella dentadura de encías prominentes. Es muy simpática y tímida, sin apenas criterio propio, pues se adapta a cualquier propuesta de sus compañeros y deja decidir a los demás sobre cualquier tema antes que decir ella algo en voz alta. Estudia Filología Hispánica y, además de aprender el español y el inglés, su lengua nativa, habla y escribe perfectamente francés y alemán. Le gusta conversar con Luca porque, como ella misma dice, es muy

sereno y habla muy pausado y con extrema corrección, y eso le viene muy bien para aprender el complicado idioma de los españoles.

* * *

En la terminal, el zumbido de los altavoces recordando a los viajeros los próximos vuelos y las puertas de embarque se repite como una cantinela monótona, mientras él se deja caer en una silla anclada a otras muchas junto a la puerta que le corresponde atravesar para subir al vuelo de las 16.50 con destino a Málaga. Los aeropuertos para él son su segunda residencia. Ha pasado en ellos infinidad de horas de espera por todo tipo de problemas: retrasos, averías, mal tiempo, huelgas..., y los conoce hasta tal punto que es capaz de identificarlos por países, por las compañías aéreas que en ellos operan, por los servicios de transporte que esperan fuera, por los colores de las propagandas que se extienden sobre carteles colgantes o en las papeleras, por los bares y quioscos de venta de bocadillos y bebidas y por los uniformes de los operarios de limpieza y del mismo aeropuerto, que circulan haciendo zigzag, sentados en vehículos eléctricos que se mezclan entre la gente, que ralentiza sus acciones, ensimismada y aburrida, haciendo tiempo, o, mejor dicho, muchos perdiendo el suyo, ese que cuantifican en horas facturadas. Con sus trajes impecables, sus aparatos electrónicos por los que navegan viendo cotizaciones, el tiempo que hará en la ciudad de destino, ordenando o recordando las citas, o simplemente jugando a solitarios o a las monótonas y tediosas aplicaciones que vienen por defecto. Los primeros adelantados hacen aspavientos por estar de vacaciones y llegan vestidos con pantalones cortos y camisas de flores, como cestos que se adornan para decir que no están trabajando, que mira la suerte que tienen que pueden pagarse un viaje, unas pequeñas vacaciones a las ciudades costeras de la Península o de Canarias o Baleares. Arrastran a niños pequeños, como si los brazos de estos fuesen prolongaciones elásticas que les permiten caer al suelo, correr, tropezar o todo al mismo tiempo sin soltarse del asidero de sus padres, y la algarabía se expande como una explosión de charlas, de conversaciones amistosas y de voces que preguntan o chismorrear entre maletas y bolsos que se amontonan en el suelo o sobre las sillas.

Luca abrió el diario electrónico que llevaba en el iPad. En él tenía recopilados todos los viajes, todas las sensaciones que le provocaron las

conversaciones con los compañeros desplazados en los países adonde llegaba, de los habitantes con los que cruzaba alguna palabra o a los que ayudaba. Las vivencias de tantos días a remolque de experiencias desconocidas que se mostraban poco a poco, que le hacían madurar y aprender del sufrimiento y con el sufrimiento de los otros, con sus lágrimas y sus alegrías, las verdades que contaban y la sencillez e ignorancia de unas vidas miserables que se reflejaban en las caras, al mismo tiempo que las moscas se posaban, amontonadas en corrillo, o que las cicatrices hablaban de represiones, castigos, amputaciones de las bombas, vejaciones de sus propios gobernantes y del ejército, amigo o enemigo, que encontraba en ellos, en los más débiles, la válvula de escape al rencor de las etnias, de las religiones o de los bandos. Escuelas tiroteadas y bombardeadas, mercados y hospitales convertidos en escombros, sobre los que la vida humana se amontonaba como fardos de ropa, desnutridos, apestados que vagaban por las fronteras que el hombre levantó con alambradas y minas y torretas, desde las que disparan hombres armados ante el menor atisbo de peligro o delirio.

Luca quería escribir algún día un libro. Material tenía de sobra, ganas también, pero en su escala de prioridades no ocupaba un puesto destacado. Otras cosas importantes le empujaban de momento en una dirección distinta. No obstante, no perdía ni una sola oportunidad de enriquecer el diario con más anotaciones. En otro apartado del mismo estaban sus relaciones afectivas, sus amistades, sus pequeños escauceos con jovencitas y sus años en la universidad. En otro subíndice apilaba las discusiones con su madre, las diferencias con su familia, en las que incluía a su padre, Doménico Spaletta, un conocido tertuliano de una televisión privada que se afincó en el mundo rosa, lo hizo suyo y lo sacó más tarde del armario donde lo había escondido desde niño. Llegó de Italia, porque por aquel entonces trabajaba de cámara para una cadena nacional en un programa de noticias y acompañó al papa Juan Pablo II en su viaje a España, en octubre de 1982. Durante su estancia en Madrid conoció a Beatriz, se prendó de ella y ya no volvió a su país, como si hubiese pedido asilo huyendo de Cuba. Estuvo unos años sin dar un palo al agua. Demostró entonces su faceta de caradura y egocéntrico que ya no abandonaría jamás. Iban de fiesta en fiesta, los dos immaculados, vestidos siempre de blanco, como si promocionasen algún detergente, y se limpiaban por dentro a base de meterse de todo.

Ahora vivía con el productor del programa, un hombre cinco años mayor que él, de pelo cano y delgadez extrema, que vestía a la última y que había

pasado en más de una ocasión por el quirófano, escondiendo las arrugas que antes tenía de forma natural por el rostro bajo un cuello comprimido a base de pliegues del tamaño de macarrones.

Tenía un apartado especial para Evander, el gran lunar y foco de su ira. Nadie le infundía más antipatía que él. Era capaz de sacarle de sus casillas sin emitir ningún comentario ni expresarle la más mínima de las atenciones o desprecios. Solo su presencia y el hecho de ser la pareja de su madre le convertían en el centro de su diana. También estaba el otro amante de Beatriz, Raúl Cebrián, un empresario millonario de la especulación inmobiliaria que dirigía un equipo de fútbol de primera división y que oscilaba como un viento flojo: lo mismo se decantaba por su mujer y sus hijos que aprovechaba cualquier reunión o viaje para llevarse a Beatriz como si fuese un paquete más que facturara en el aeropuerto. «Mi madre nunca se valora, gravita como un satélite a punto de autodestruirse, mientras que los capullos que la rodean y utilizan no se merecen ni el suelo que ocupan.» Solía ser muy duro con ellos y con su madre por su inoperancia, por dejarse llevar como un trozo de madera es llevado por la corriente, sin oponer apenas resistencia. Notaba la ausencia de un padre efectivo como la necesidad absoluta de tener un miembro del cuerpo, un brazo, una pierna, un ojo..., y de una madre que velase por él desde pequeño y le acurrucase, siguiera la evolución de sus estudios y supiese, aunque ella no lo dijese nunca, que siempre estaba ahí para apoyarle y animarle en todo lo que hiciera y deseara, para que luchase por conseguirlo, y maldecía a los padres que le habían tocado en suerte: una madre desangelada y con el instinto maternal atrofiado y un padre que, desde la acera de enfrente, se dio cuenta a los 40 años de sus inclinaciones sexuales como si se hubiesen mostrado de pronto, germinando rápido después de un tratamiento con fertilizantes. Ahora tenía 56 años.

El tiempo pasó como una racha de viento que arremolina los impulsos y bate las hojas que, desvalidas y muertas, deambulan empujadas en una espiral que no tiene rumbo fijo, como siempre decía de él su madre. Y se encontró de bruces delante de la puerta de aquella mansión, sumergida bajo una amplia capa de buganvillas rosas que colgaban de los muros como una entrelazada manta de punto de cruz, cuando se bajó de la limusina que le había traído desde el aeropuerto conducida por Sebas, un empleado chismoso que había tenido varios altercados con los compañeros y los jefes, pero que había conseguido mantener su puesto. Era altivo y descarado, pero contaba chistes verdes como nadie, y durante el trayecto le había mostrado a Luca todo el

repertorio nuevo que había conseguido recopilar. Con cada actuación no perdía ocasión de afinarla y pulirla para alguna intervención pública en algún garito de la zona.

—Gracias, Sebas, siempre me sacas unas risas —dijo recogiendo el equipaje mientras el chófer continuaba riendo.

Luca pulsó el timbre de la fachada y permaneció unos segundos de pie delante de aquella imponente puerta de acero embellecida con láminas de roble.

La siempre incombustible Mercedes apareció tras ella y, después de unos instantes de sorpresa, se abrazó al joven como si se tratase de su propio hijo.

—¡Luca, cielo, al fin en casa! —Beatriz saludó a su hijo con la mano. Tras darle algunas indicaciones a Goyo, que trabajaba retirando la carpa del día anterior, se acercó a Luca a paso ligero.

—¡Qué guapa estás! —dijo después de que su madre le diese un beso en cada mejilla, le revolviere el cabello como de costumbre y pidiese al servicio que subiesen la maleta al nuevo dormitorio.

—¡Qué ímpetu!, no hace falta, yo mismo la subo. Veo que estás en forma, Beatriz.

—No me llames así, que soy tu madre. Y deja que trabajen, para eso les pago. Anda, ven, acompáñame al porche. He pedido que nos traigan unos refrescos.

—OK, me muerdo de sed. ¿Y qué te has hecho en la piel?, ¿bótox?

—No, solo me han puesto un cóctel de vitaminas. ¿Se nota?

Tomó asiento frente a su madre en el sillón preferido del abuelo. No le respondió respecto a los tratamientos de belleza, a los que se sometía cada vez con más frecuencia; opinaba que, de seguir así, acabaría perdiendo la expresión en el rostro.

—Veo que habéis organizando algo especial, ¿no? —comentó Luca señalando con el dedo índice a la carpa y al servicio.

—Sí, ayer tuvimos unos invitados especiales. Se suponía que Evander iba a vender algunos cuadros. Pero dejémoslo ahora, no me apetece hablar de eso y sé que no te interesan los asuntos de mi marido, ¡anda, cuéntame algo!

—No hay mucho que contar, y nada que pueda resultarte interesante.

—¿Tienes novia?

—No, ¿por qué lo preguntas?

Beatriz cogió el vaso de refresco de naranja que la asistenta acababa de dejar sobre la mesa y se lo ofreció a su hijo. Después le dio un sorbo al suyo.

—Es simple curiosidad, no me veas como a una madre chismosa, ya sabes, de esas que asfixian a sus hijos con preguntas, para nada soy de ese tipo de mujeres. Simplemente trato de interesarme por tu vida privada, hace mucho que no nos vemos, y con lo guapo que te has puesto imagino que tendrás a varias chicas revoloteando a tu alrededor.

—Pues no, y no soy un ligón, pero tampoco gay como mi padre.

—Luca, por favor, pensé que ese asunto había quedado claro y zanjado.

—No sé cómo no te diste cuenta. Pero, en fin, no importa, si a algo me has enseñado en el escaso tiempo que hemos vivido juntos es a no meter las narices en la vida de nadie. Tampoco en la de mis propios padres.

—Chico, te veo muy irascible, ¡relájate! Anda, date una ducha. Todavía tengo que telefonar a esos japoneses del demonio: se pusieron hasta arriba de vino y se fueron sin comprar nada, dijeron que se lo pensarían. ¿Te lo puedes creer?

—¿Te has metido a representante?, ¿qué fue de aquella chica americana que se encargaba de vender los cuadros de mi padrastro? ¡Ah, ya!, que se la tiraba más de lo acordado.

—No empecemos, Luca, no estoy para sarcasmos.

—No, pero si a mí, como has dicho siempre, todo debe darme igual. Lo que hagáis con vuestras vidas no me preocupa. Desde niño he observado vuestros escarceos amorosos como un entramado bastante complejo de relaciones entre adultos. Solo que ahora ya he madurado, y continúan pareciéndome igual de extraños.

—No es justo, Luca; a tu edad y pareces el abuelo.

—Subiré a darme una ducha, mamá. Nos vemos a la hora de la cena.

—Perfecto. Marcos ha estado aquí en Marbella, vino por un par de días porque le pedí que organizase el *catering*. Se marchó anoche bastante molesto, refunfuñaba diciendo que esos engreídos de rostro plano tienen atrofiado el paladar, que estaban más interesados en el vino y en mis piernas que en la comida, por no hablar de los cuadros. Evander está deprimido.

—Menudo cabreo pillarían ambos. En eso se parecen: adoran que les adulen.

—Las pinturas son formidables; entiendo que no te caiga bien, pero su arte es incuestionable... Y Marcos es un sol. Te pareces a tu abuelo, sacando punta a todos y a todo. Pues que sepas que Marcos, antes de marcharse, cocinó tu plato favorito. Ese pollo tailandés con coco, canela y picante que tanto te gusta, ¿no te parece un bonito detalle?

—Sí, pero me he vuelto vegetariano.

—¿En serio?

—Es broma —dijo sin más, y besó a su madre en la frente. El aroma de su cabello a madreselva le recordó su infancia, cuando algunos fines de semana ella iba a visitarle y le llevaba juguetes y consolas para compensar su ausencia, aunque él lo único que quería era que le abrazase y le contase historias llenas de magia con personajes fantásticos, guerreros y dragones envueltos en ese aroma maternal con el que tantas veces había soñado de niño. Suspiró y subió las tres plantas en el nuevo ascensor de cristal y la observó hasta que la perdió de vista.

Cuando Luca entró en su nuevo dormitorio le pareció desmesurado. Se le había olvidado que Beatriz había mandado construir aquel apartamento solo para él. Desde que su madre le había hablado del proyecto de la nueva obra se percató de inmediato de que lo hacía para mantenerlo alejado de ella, su marido y el séquito de amantes, aunque lo disfrazase con frases como «Luca, he pensado que te sentirás más cómodo», «Es bueno para tu independencia, por si te apetece invitar a alguien», «Así los modelos y las visitas inoportunas no te molestarán».

Luca se dejó caer en la cama, estaba cansado. Su madre en nada se parecía a la abuela María, no solo en el físico, sino en el modo de ser.

La abuela le había criado entre algodones, pendiente de él en cada gesto, cada detalle, ansiosa por verle cuando regresaba a casa del internado en el que Beatriz se había obstinado en recluirle argumentando que era su madre y que no permitiría que se desmadrara.

—¿Ella preocupada por los excesos? —pronunció en voz alta.

Y cuando llegaba a casa, la abuela le daba besos en la frente, en las mejillas y hasta en las manos; ese tipo de besos que solo dan algunas madres, las abuelas y las tías, pero que Beatriz jamás le había dado.

La respetaba porque era su madre, y también la quería, muchísimo, aunque no la entendiese.

* * *

«La pintura hoy en día sigue siendo un arte, pero el arte de lo impreciso. Algo que podría pintar un niño de 5 años puede llegar a valer millones de euros dependiendo de quién lo haya realizado, porque se valora más la firma

que lleva al margen del soporte sobre el que está hecho que su valor pictórico intrínseco. No se cuestiona al autor por lo simple del trabajo realizado, sino que este además exagera sus cualidades, esas que se nos muestran en ocasiones tan anodinas y de rasgos tan inexpresivos que encumbran al artífice de aquello hasta un extremo tal que con las explicaciones delirantes que da sobre su obra, en una primera evaluación objetiva, parece que roza la locura y la autofagia artística. No es lo mismo la obra de Dalí, que escondía el genio entre obras menores, pero que luego era capaz de resurgir de una lámpara en plena efervescencia para realizar verdaderas obras de arte, que aquel autor que, pinte lo que pinte, no puede convencer más allá de que haga lo que haga o lo explique como lo explique su ingenio quedó atrapado a los 7 años y de ahí no podrá escapar jamás.

»“Convéncese, señor, usted no tiene el mérito de pintar lo que pinta, sino de que siempre haya alguien que se lo compre, y pueda dedicarse y viva de esto, mientras que yo me levanto a las siete de la mañana para hacer cosas más importantes y que deberían ser más valoradas que las suyas, que se levanta a las tantas, realiza tres líneas deformes o lanza la pintura sobre el lienzo con un impulso violento de su mano o con unos globos rellenos de distintos colores y se protege la cara con una mascarilla de los salpicones aleatorios que la pintura proyecte como si acabase de matar a alguien. Sin más orden que el descerebrado tic nervioso de su neurona le marque lanzar en cada momento, luego la esparcirá o no con una espátula o una llana de albañil y buscará una justificación de lo que quiso expresar, como si aquel resultado espontáneo fuese fruto de una elaboración mecánica y compleja de su cerebro, ese que le impide expresarse de forma continuada y lógica, pero que usted entiende, que con sus argumentos convence al futuro comprador de su obra o al comisario de la exposición en el MoMA, que está teniendo tanto éxito de crítica y público, mientras la mía pasa desapercibida justo al lado porque refleja un realismo superlativo que ya no se lleva, es anacrónico, está en desuso y mal pagado, aunque yo necesite veinte horas de trabajo y un dominio del dibujo y las mezclas o de las luces y las sombras, y usted haga las suyas en diez minutos, a base de regurgitar parte de lo que ha comido desde el lado oscuro del cerebro, ese que le impide expresarse adecuadamente.”

»Y yo me pregunto entonces quién puede ser el loco que compre la mía, cuando lo que pinto es de una imagen real, que existe, que es tangible y puede evaluarse y medirse, compararse con el original que tengo delante y con la percepción que la gente tiene de las figuras humanas y de sus rasgos físicos.

»¿Seré yo, en esta actualidad que me persigue, un espectro salido de otra época, de otra vertiente pictórica que ya no tiene seguidores, que no tiene futuro, porque hemos cambiado lo real por lo ficticio, lo que realmente existe por lo que me imagino, o lo que ni tan siquiera esbozo en mi cerebro como una idea anterior, porque sé que lo que salga del impacto de la pintura contra el soporte será vendido porque lleva mi firma, más allá de que el comprador comprenda el mérito que tiene la pintura en sí?»

* * *

Evander guardó el archivo Word, cerró las distintas ventanas abiertas en la pantalla y apagó el ordenador. Luego, después de estar algo más de un minuto ausente, con la mirada fija tras el ventanal de la habitación, sin observar nada, sin pensar en nada, se levantó de la silla y bajó las escaleras. Con la misma ausencia que le acompañaba, se cruzó con Goyo, el jefe de mantenimiento, que subía para arreglar algo en la planta de arriba y que le saludó, tuteándolo, como siempre hacía, aunque él siguió hacia la puerta como si alguien le hubiese dado cuerda y le hubiese marcado un trayecto.

—Evander... —dijo Beatriz resuelta.

—Sí, Bea... —contestó con desgana, como si el aire pasara por su garganta por inercia.

—¿Adónde vas?, ¿te ocurre algo?

—No..., nada, perdona, tengo que ir a comprar.

—Llevas un día bastante raro, no te veo entusiasmo. Sabes que puedes contármelo.

—¿Contarte el qué, Bea? —disparó como si tuviera una cerbatana.

—Nada, Evander, quizás son cosas mías. Mi padre está a punto de llegar, ha llamado desde el aeropuerto de Málaga. No sabía que venía... Solo es que no quiero que te pierdas, como haces siempre.

—A la orden. —Y salió por la puerta principal.

Bea giró la cabeza disgustada y avanzó hacia la cocina. Marga, la cocinera, estaba nerviosa. Le ocurría siempre lo mismo cada vez que Mikel Barberá acudía a casa de su hija. Pensaba que la evaluaba, que diseccionaba su comida buscando reproches y advertencias, o quejas por lo mal que estaba hecho esto o lo otro. No podía ser muy complicada en la elaboración de los platos porque desconocía la cocina moderna, ni quería ser tan simple haciendo

un guiso o un potaje. En la zona intermedia se movía bien, aunque siempre le quedaba la duda de la nota que Mikel ponía a sus platos y, aunque se mostraba con ella cercano y simpático, nunca sabía lo que realmente pensaba, y eso le hacía moverse sobre una mancha de gasolina con una cerilla encendida, dispuesta a prender en cualquier momento; saltaba por cualquier motivo, te arañaba la cara, se convertía por unos instantes en la niña de *El exorcista* y luego volvía en sí y era de nuevo esa Marga dulce, de voz cálida, cariñosa y bonachona que en nada hacía pensar que antes se hubiese tragado al cura del exorcismo.

* * *

26 de junio de 2015, viernes por la tarde

Mikel Barberá apoyó el peso del cuerpo sobre la pierna buena, la derecha, y en esa postura esperó a que la puerta se abriera. Había dejado en el coche las muletas, no le gustaba parecer un trasto que se arrastraba sobre la tierra como si reptara, echara espuma por la boca o exhibiese alguna que otra extraña y llamativa habilidad. Simplemente esperó aquellos instantes con estoicidad, apretando fuerte la mandíbula por el dolor que la gota le producía, mientras Pam, su secretaria, con la ligereza de un cuerpo delgado de apenas cincuenta kilos y veintipocos años, se había adelantado para pulsar el timbre de la puerta. Beatriz los había oído por el pequeño interfono y había ordenado al servicio que estuviera dispuesto, formando junto a la puerta. Pero ¡seguía tan sorprendida! Su padre no le había dicho nada de aquella visita. Es más, en la última conversación por videoconferencia que tuvo la semana anterior no le refirió en absoluto su idea de llegar a España y visitarlos, y eso era algo que no le identificaba. Mikel Barberá siempre avisaba de sus viajes, y la llegada a casa de su hija, en cualquier otro momento, se la habría notificado sin dudarle. Algo importante tenía que haberle movido a hacer aquel viaje inesperado. Marcos había estado ayer mismo en la casa y tampoco refirió nada al respecto. Estaba segura de que, de haberlo sabido, no hubiese podido callarlo. Con su forma de ser un poco alocada, y tan charlatán como era, habría dejado escapar, aun sin quererlo, lo de la visita de su padre; es más, de haberlo sabido realmente, habría pospuesto su vuelta a Madrid al menos un día más.

Cuando la tarde comenzaba a deslizar sobre el cielo aquel manto que se fue haciendo más oscuro conforme avanzaban los minutos, Evander no había vuelto y eso la enfadó aún más. Beatriz quería aparentar normalidad, pero el enojo por su ausencia le hacía mascullar algo por lo bajinis, estaba inquieta y un poco nerviosa. «Este hombre se pierde más que una llave 10-11.» Había oído tantas veces aquella frase hecha que la soltaba sin pensarla, era su coletilla cada vez que buscaba a Evander y este se escabullía como perseguido por la peste. Su abuelo materno tuvo durante más de cuarenta años un taller de reparaciones de automóvil, y cuando era pequeña pasaba allí muchas horas. Le llamaban la atención las uñas siempre negras de su abuelo, verlo arrastrar aquel carrito desvencijado con ruedas, donde se extendía a todo lo largo para meterse bajo los coches e intentar saber lo que les ocurría. Luego, cuando cerraba a media mañana, la llevaba de vuelta a casa y le compraba unas chuches. Aún podía oír a su madre desde la cocina regañar al abuelo Sebastián.

Cada vez que su padre acudía a verles, tenía la sensación, al igual que Marga, de que debía examinarla, no sabía de qué en concreto, pero ese permanente revuelto de tripas en el estómago, el carácter agrio y la cara compungida eran síntomas inequívocos de que su padre provocaba en ella un sinfín de alteraciones hormonales y de comportamiento que no eran naturales. Su infancia siempre fue un reflejo de la separación traumática de sus padres, de sus entradas y salidas de colegios de monjas, en régimen abierto o interna, de su carácter despreocupado y banal, de una aparente ausencia de afecto por todo y por todos, de carreras a ninguna parte y de huidas a la desesperada para encontrarse siempre perdida. Sus escarceos con las drogas y con los novios precoces que se echó como una medicina para sus delirios y pesadillas, sus ganas de huir y empotrarse contra un muro o salir volando por la ventana... Todo eso lo encontró fumando porros, poniéndose faldas largas de color violeta o pistacho en un renacido y trasnochado interés por revivir la época *hippie*, y dejando de comer de forma deliberada, o fumando delante de él, con ese descaro que su madre quiso quitarle sin conseguirlo porque lo llevaba en la sangre. Era la viva imagen de su abuela Frasquita, una mujer rechoncha, menuda y de gesto agradable que, a la postre, demostró llevar los pantalones en casa y enfrentarse a medio batallón falangista cuando vinieron a llevarse a su marido.

Ahora estaba allí, con más de cincuenta años, aunque hiciera titánicos esfuerzos por aparentar menos, cuidara su alimentación y lo acompañara todo

con un obsesivo ejercicio físico y alguna que otra operación de estética. Aunque era su padre, el gran Mikel Barberá, el que estaba a punto de aparecer al otro lado de la puerta, para ella seguía siendo un desconocido famoso, alguien que se alejaba de ella como si fuese un globo enorme arrastrado por el aire, y seguía estando igual de indecisa que aquellas veces en las que debía pedirle permiso o dinero para salir con sus amigas y era objeto de un exhaustivo interrogatorio.

—¿Papá? —La voz de Beatriz sonó quebrada por la sorpresa, aunque se hubiese identificado instantes antes por el videoportero.

Mikel hizo un esfuerzo por iniciar el paso, trastabilló y se sujetó al pilar del porche de la entrada, fingiendo retomar la compostura.

—¿No vas a abrazar a tu aparatoso padre?

Beatriz se adelantó y quiso abarcar con los brazos, sin conseguirlo, toda la extensión de su cuerpo.

—¡Te echaba tanto de menos! Pero ¿a qué viene esta visita sorpresa? —Beatriz estaba confusa, aunque pronto tomó el mando como la institutriz que acostumbraba ser—. Has engordado, papá, y sabes por tu médico que debes cuidarte. El colesterol y el ácido úrico tienen que estar bastante controlados.

—Yo también te echaba de menos, cariño —interrumpió Mikel desviando la conversación—. Pero pasemos dentro y déjame tomar asiento. Llevo un par de días con la dichosa gota machacándome sin piedad.

Era verdad que había engordado. La papada había aumentado, la respiración se notaba más lenta y le cansaba todo más que antes, pero era un perdido de la buena comida y, para colmo, era cocinero. De algo había que morirse, y si era por comer bien, ya estaba todo dicho, «pero, por favor, que no se entere mi hija».

—Y luego esa dichosa costumbre tuya de vivir en un hotel. —Beatriz continuaba con su improvisado sermón—. Por muy confortable que parezca, no hay nada como el hogar de uno. Y casas no te faltan...

—Hija, nunca sabrás lo que te ofrece la vida si tú misma te restringes el enfoque que le das a todo. Es lo más miope que he oído nunca, y mira que me lo repites cada vez que hablamos. Vivo como un marajá, no dependo de nadie y hago lo que me apetece. No quiero tener empleados a mi servicio, aguantándome en mi propia casa. Ya tengo bastantes delante de los fogones y en los comedores. No hay nada más profesional que la atención de un hotel de lujo. Yo siempre busco eso, la perfección en todo.

El servicio pasó como una exhalación delante de él. Algunos salieron prestos para recoger las maletas, haciendo todo tipo de reverencias y saludos. La mayoría llevaban trabajando allí más de quince años y conocían de sobra al gran chef tres estrellas Mikel Barberá. Él también, y, en un repaso fugaz, les preguntó en voz alta por sus respectivas familias, por la salud, o elogió lo bien que estaban. La gente apreciaba aquella deferencia natural que Mikel siempre tenía hacia las personas de su servicio o los empleados de los restaurantes que tenía esparcidos por medio mundo. Conocía los nombres de todos ellos, a sus familias, sus inquietudes y necesidades. Tenía establecida, desde hacía más de una década, una fundación que, con los donativos de empresas multinacionales, otorgaba becas a los empleados para los estudios de sus hijos, ayudas para el pago de hipotecas o compra de coches y cursos gratuitos para mejorar sus habilidades y la prestación de sus servicios.

Luca bajó las escaleras saltando los peldaños de dos en dos y se abrazó a aquella mole tan tierna y tan entrañable. Como un colchón de espuma, se hundió bajo sus enormes brazos para besarle con ternura.

—Déjame que te vea. Estás hecho todo un hombre. Por tus correos sé que has acabado la carrera y que tienes intención de irte a recorrer medio mundo. Nunca te he visto, ni en mis peores pesadillas, detrás de un mostrador, dando medicamentos a viejos como yo, con achaques que muchas veces solo están en la mente o metidos en los huesos, tan hondo que nadie nos los sacará porque es el precio que la vejez nos hace pagar. —Mikel se dejó caer, no sin trabajo, sobre el confortable sofá de tres plazas del salón. La luz procedente del exterior era la que las luciérnagas con forma de farolas proyectaban sobre el cielo, que cada vez se hacía más oscuro a sus espaldas.

—¡Qué sorpresa, abuelo!, no te esperábamos. Dime, ¿cómo es Nueva York? —le soltó Luca resuelto.

Las pupilas de Luca echaban chispas como un niño pequeño esperando que le contaran historias de aventuras.

—Siempre que nos vemos, tu primera pregunta es esta. —Mikel sonrió de forma espontánea.

Pensaba que su nieto era un ser maravilloso. Era una auténtica persona de principios. Desde que tenía 10 años le hacía esa pregunta maravillado por las imágenes que veía sobre aquella majestuosa urbe, sus altísimos edificios, el bullicio de sus calles, las etnias que se mezclaban venidas de todas partes... y la multitud de eventos que se llevaban a cabo allí..., pero él, que había viajado tanto, siempre lo hacía a países subdesarrollados, buscando gentes a

las que ayudar y que se dejaran socorrer. Los Estados Unidos de América eran un grandioso Polifemo de miles de ojos que acechaba la vida de millones de personas en todo el mundo y decidía sobre su suerte según los intereses comerciales, económicos, políticos o armamentísticos que tuvieran en cada momento. Las víctimas de sus masacres eran declaradas «simples efectos colaterales».

—Si tanto te atrae, ¿por qué no te decides y te marchas conmigo dentro de tres días? Te quedas allí el tiempo que necesites, me acompañas, puedes hacer lo que quieras, y, cuando te hartes, regresas y sigues con tus cosas. Aunque me haría mucha ilusión que te quedaras allí y tomaras el timón de mi negocio. Eres una persona increíble, tienes unas cualidades fabulosas para las relaciones humanas y una visión amplia de todo. Podemos hacer grandes cosas juntos. Luego, cuando yo falte, podrás tomar el camino que quieras. Me queda poco tiempo...

Su nieto le interrumpió entonces.

—Abuelo, por favor, no sigas con esa idea tuya de que te queda poco tiempo. Así llevas años, y estás más saludable que una pera. La gota te dejará en paz dentro de un día o dos, y seguirás entonces sin cuidarte y abusando de las comidas.

Mikel volvió a sonreír como un niño travieso que sabe que lo que le dicen es cierto.

Beatriz seguía aquella conversación de pie junto a su padre, indecisa, escuchando a ambos hablarse con esa bonita complicidad que tenían.

—Gracias, abuelo, por venir a pesar de tu crisis...

Mikel le pasó entonces la mano derecha por el abundante pelo de su cabeza.

—No me perdería este momento por nada del mundo.

Beatriz intervino.

—Papá, te puedes quedar aquí abajo y así evitarte las escaleras.

—Muy bien, hija. De todas formas, mañana quiero ir a ver a mis abogados. Debo tratar un tema con ellos que no puedo ni quiero posponer.

Beatriz puso cara de extrañeza, hizo un gesto con la cara y se dirigió a la cocina; mientras, la secretaria había dejado la cartera sobre la mesa y se sentó en una silla. Llevaba una minifalda. Las largas y delgadas piernas se doblaron hasta donde la contorsión de las mismas lo permitía. Era pelirroja. Un serpenteo de pecas cubría su rostro como si un tarro de especias se hubiese derramado de forma aleatoria.

Luca dirigió la mirada hacia ella y su abuelo advirtió que no los había presentado.

—Luca, te presento a Pam, mi nueva secretaria. Es muy eficiente y conoce varios idiomas.

La joven se puso de pie como si tuviera un resorte y con ambas manos estiró la tela de aquella minúscula prenda. Luca avanzó unos pasos hacia ella y alargó la mano derecha. Era bastante alta y delgada, y el pelo anaranjado, liso y bien cuidado, le caía sobre la cara, redonda como una pelota. La miró embelesado.

—Encantado, señorita..., mi nombre es Luca.

—Lo mismo le digo —articuló algo ruborizada en un perfecto castellano, aunque con cierto deje mexicano, y extendió también la mano.

—Habla muy bien nuestro idioma —dijo Luca girando la cabeza hacia su abuelo.

—Es de ascendencia mexicana. Su apellido es Vargas, no hay nada más que decir.

Luca quiso entonces hacer una broma.

—Pamela Vargas..., suena parecido a la cantante..., Chavela Vargas.

Ella esbozó una ligera sonrisa, algo incómoda.

—Pam, mi nieto es un tesoro por explorar —dijo Mikel socarrón, con lo que la cara anaranjada de ella fue acercándose aún más al rojo.

Luca no le apartó la vista, pero quiso ser un buen anfitrión e intervino rápidamente.

—Pam, mañana podemos ir a la playa. Seguro que mi abuelo te da el día libre —dijo él mirando de reojo a Mikel.

—Por supuesto. Tenéis mi beneplácito. El día es vuestro.

Un ligero frenazo en el exterior alertó a todos debido al efecto de la gravilla. Era una furgoneta de reparto de un centro de manualidades. Detrás, Evander había bajado de su vehículo y permanecía de pie, cerca del portón trasero.

—¡Sáquenlo despacio! No quiero ninguna deformación en el lienzo.

Una estructura de unos cuatro metros de largo por dos de ancho fue izada por los dos operarios y llevada dentro con sumo cuidado. Era una immaculada tela tensada sobre un armazón de madera.

—Es lienzo belga —dijo Evander eufórico a Beatriz cuando apareció en el pasillo—. De la mejor calidad posible.

—Evander, ¿crees que estas son horas?

Él le contestó sin darle importancia al tema.

—Perdona, cariño, he estado esperando el pedido y les he hecho traerlo hoy mismo. No podía esperar a mañana. A primera hora quiero prepararlo para la nueva técnica que voy a emplear. Si da resultado, compraré unos cuantos... —Y se perdió por la zona que daba a su estudio, siguiendo a los trabajadores de la tienda.

—Evander, te estoy hablando... Mi padre acaba de llegar.

Evander se volvió entonces, se quedó parado unos segundos, pero luego se volvió y se perdió por el pasillo.

Mikel Barberá había visto aquella escena como un mero espectador, pero no pudo aguantar la tentación.

—Sin duda, hija, no podías haber elegido mejor. Es el complemento perfecto a tu estentóreo comportamiento.

—Papá, por favor, deja de meterte con él. Es un artista, y los artistas sois por naturaleza imprevisibles y atemporales.

Luca le hizo un guiño a su abuelo y este le devolvió una media sonrisa.

—Nunca te había oído hablar tan bien. Se te debe estar despejando el cerebro después de envenenarlo durante años con tantas cosas y a cuál más dañina.

Beatriz dio media vuelta y, sin mirarles, añadió:

—Dentro de quince minutos quiero veros en la mesa del jardín. Quien llegue tarde no cena.

—Abuelo, o nos damos prisa, o acabaremos castigados como dos niños rebeldes —comentó Luca mientras le ayudaba a levantarse y Pam acercaba las muletas.

El jardín de la zona trasera de la casa parecía una verbena de luces. El camino de piedra que llevaba a la barbacoa y a la piscina había quedado impoluto. El barrido después del corte del césped lo había dejado como si acabara de colocarse. Después, la programación del riego nocturno, ya de madrugada, mostraría por la mañana la frescura de una hierba corta y bien abonada. Las caléndulas y los pensamientos formaban centros vistosos repartidos por los arriates, mezclados con geranios, petunias y pacíficos. Junto a la barbacoa, una majestuosa dama de noche abría el tarro de su fragancia de olores intensos que se esparcían en la cálida noche. Dos matrimonios, amigos de Beatriz y deseosos de conocer al chef tres estrellas Michelin, esperaban de pie tomando un aperitivo. Vivían cerca, y Beatriz, ante la inesperada llegada de su padre, les invitó con urgencia, pero aceptaron de inmediato. Después de

las presentaciones y de un pequeño corro improvisado alrededor de Mikel Barberá, fueron tomando asiento. La mesa para diez comensales estaba dispuesta bajo el porche para resguardarse del húmedo levante, y los platos empezaron a llegar en una hilera de tres camareros, contratados a una empresa de *catering*, que desfilaron vestidos de gris marengo portando grandes bandejas con ensaladas exóticas y pequeños cuencos con especias diversas para condimentar luego las carnes o el pescado. Marga dirigía aquel trasiego ordenado de personas y platos desde la amplia puerta corredera que daba a la cocina, y desde allí vislumbraba, como un águila es capaz de distinguir a un pequeño roedor, los gestos que Mikel Barberá, sentado presidiendo aquella mesa de comensales, mostraba sin pronunciar palabra frente a ella, a unos diez metros de distancia. Estaba nerviosa, el corazón latía con fuerza; su experiencia de años articulaba instrucciones con los dedos de la mano u observando por unos instantes el contenido de los platos, el olor que desprendían o la presentación de los mismos, y los dejaba pasar como si en una aduana ficticia un perro entrenado para la ocasión diera muestras de permitirlo o no con el simple desplazamiento de su olfato a otro de los platos que pasaba y que escudriñaba a propósito.

—Marga... —dijo Mikel Barberá alzando la voz y dirigiendo la mirada hacia ella.

Había sido descubierta, cuando lo que quería era pasar desapercibida.

—Vente, no te escondas, pillá.

Marga notó el desconcierto en la rutina que estaba llevando a cabo. El camarero de turno se detuvo más de la cuenta y la cadena humana se agolpó ante ella. Quiso ponerle una excusa para no ir, justificándose con el trabajo que estaba haciendo, pero tomó aire y se aproximó a la mesa.

Los primeros comentarios ensalzando las viandas le fueron llegando mientras cruzaba entre los comensales.

—Mi querida Marga... —Mikel Barberá se dirigió a ella con todo el cariño que pudo—. Estás maravillosa, por ti no pasan los años.

La mujer hizo una mueca de complacencia, todavía indecisa, como percibiendo que era el inicio de algún reproche. Siguió muda hasta sentarse junto a él en la silla que estaba vacía.

Él la besó en la frente.

—Esta noche eres una comensal más de esta mesa. Mi hija ya ha dado instrucciones en cocina para que tu equipo se apañe solito a partir de ahora.

Está todo exquisito. Tu elegancia en la decoración hace más atrayente la degustación de cualquier plato. *Chapeau!*

Marga se ruborizó y dio gracias de que fuera de noche.

Mikel levantó la copa de vino y todos le imitaron.

—Brindo por esto que se parece esta noche a una familia.

Capítulo 2

El azar no existe. Dios no juega a los dados

(ALBERT EINSTEIN)

Existen dos maneras de ser feliz en esta vida,
una es hacerse el idiota y la otra, serlo

 Mi madre se empeña en seguir las indicaciones de Freud y me utiliza como conejillo de Indias, sé que de forma totalmente casual e indiferente, pero parece tomarse al pie de la letra el enunciado de la frase.

 No da valor alguno a lo que hago o digo, y parezco ser ante sus ojos el bufón de la corte que despilfarra el dinero de mi abuelo persiguiendo causas perdidas. Aunque la carrera de Farmacia la he terminado con notas aceptables después de la escasa dedicación que he demostrado a su estudio, la vida se me antoja bastante más complicada que eso. Necesito hurgar en la superficie de las cosas y descubrir lo que esconden, pero tengo miedo cuando deduzco que, bajo la imagen de mujer frívola y distante, a quien debieron amputar en algún momento de su existencia el instinto de protección de la camada, ese que llevan a gala la mayoría de las mujeres, y dado que también carece del sentido de la percepción, más allá de las enormes dioptrías que demuestra tener para no ver las cosas serias y tomárselas como se merecen, cuando intuyo, siguiendo a Freud, que mi madre es enormemente feliz, y la envidio por ello.

 No puedo abstraerme de lo que ocurre fuera, más allá de los escasos metros de espacio que domino con mi presencia, y me angustia la ineficacia y desidia de un mundo gobernado por personas incapaces, por ególatras que cruzan la línea discontinua de un poder absorbente donde toda explicación cabe y donde, con una doble moral, según hacia donde miren o hacia quienes se dirijan, intentan explicar lo que con la frase de Freud quedaría dicho de una forma más simple: «Hay demasiados idiotas en el mundo». Y con esa frecuencia tan abrumadora, la probabilidad de que lleguen a gobernar multiplica exponencialmente la capacidad que tenemos de forma real y determinante cada uno de nosotros para elegir. Elegir lo que sea: gobernantes, profesiones, direcciones hacia las que ir o determinado producto, nos haga falta o no. La democracia que tenemos y que han aprobado nuestros políticos

es una que nació amputada, le cortaron lo que la pudo hacer diferenciadora y realmente ecuánime. La que tenemos está manipulada, enumera una serie de artículos que no se cumplen nunca, que es anticuada y que además se acompaña y modula con una ley electoral donde el reparto de votos de los referendos es totalmente favorable a los grandes partidos. Esos que después articulan el poder judicial con la elección de jueces y fiscales afines a sus ideas políticas para formar el Tribunal Supremo, el Tribunal Constitucional o la Fiscalía General del Estado según los artículos 122 y 159 de la Constitución de 1978, que estipula la composición y elección de sus miembros, la mayor parte por el Congreso de los Diputados y por el Senado, es decir, por la mayoría gobernante en ese momento. Somos teledirigidos por campañas, publicidades engañosas, artículos, decretos y normas impositivas que nos marcan el camino, el momento en que debemos cruzar los distintos pasos de peatones ficticios que nos ponen, para dirigirnos al embudo al que terminaremos yendo para caer en archivos clasificatorios, envolturas y premisas que nos describan como aptos o no aptos, dóciles criaturas manejables o conspiradores antisistema, simpatizantes o problemáticos, para acabar en un callejón sin salida o con un antifaz en los ojos mientras nos empujan hacia las aglomeraciones de gentes desinformadas y tachadas de idiotas, simples números en estadísticas, encuestas, listas de parados o censos electorales y de población, donde acabaremos siendo carne de cañón para futuras campañas sin nosotros saberlo, y se nos utilizará de nuevo para convencer a los pocos reacios y subversivos de que lo que hace la mayoría es lo correcto y sensato.

Y cuando la vida es tan fácil para los que se dejan llevar por la corriente, arrastrados junto a desperdicios de otras guerras, jirones de ilusiones de otras épocas que sucumbieron a la desidia y al conformismo, panfletos mojados con la tinta corrida porque se repartieron demasiado pronto y entre la gente equivocada; cuando las paredes estanco clasifican por edades, ideologías o poder adquisitivo y nos enumeran bajo cientos de dígitos distintos, que según ellos garantizan la clasificación ordenada, rápida y equitativa de todo el personal, o, como también dicen, son compensatorias, igualitarias, democráticas y tantos otros epítetos calificativos que les salen por la boca en sus discursos hechos, y cuando la única fe matemática es que en todas las crisis son los ricos los que pagan menos impuestos y terminan siendo enormemente más ricos y poderosos, y que, dependiendo de a qué segmento de población se dirijan, dirán esto o lo otro: ¿que hay millones de parados?, pues,

señores, nosotros crearemos dos millones de puestos de trabajo, y quien dice dos, dice tres; ¿que hay impedimentos culturales y de acceso a las distintas carreras universitarias?, nosotros pondremos x millones de euros para igualar en un quinquenio (justo después de que concluya su mandato, así nadie les podrá reprochar nada) estas desigualdades, y así con todo. Luego, después de las elecciones, todo suele quedar en papel mojado, el que siempre se lleva la corriente, al igual que el viento se lleva las palabras junto al resto de cosas que no interesan, porque desde el primer momento en que las están incluyendo en su programa electoral para convencer al mayor número posible de votantes las están desechando por inapropiadas, imposibles de cumplir o contraproducentes, y siempre tendrán el argumento que quieran para su explicación: «La coyuntura actual no lo permite...», «Nuestros esfuerzos deben ir encaminados a otras cosas que requieren nuestra atención», «La situación real que nos encontramos cuando llegamos al gobierno no era la que esperábamos»..., y bla, bla, bla.

Son especialistas de la palabra, aunque esta en más de una ocasión les traicione y les deje en entredicho, y las hemerotecas recojan en momentos distintos de su discurso opiniones suyas opuestas. Pero en este país nunca ocurrirá nada. La palabra «dimisión» no existe en el diccionario de llevar por casa del político español, al igual que tampoco la palabra «ética», «congruencia» o algunas que están quedando en desuso, como «honradez», «dignidad», «transparencia», «integridad»... Hoy en día parece ser que el político viene de serie con el sillón de su escaño pegado en el culo, la mano derecha bastante más larga que la otra, la cara de granito irrompible y con unas frases hechas incorporadas en un pequeño altavoz, como: «Solicito la baja voluntaria de mi partido para poder defender mi honorabilidad», «Eran retribuciones por mi trabajo», «No existe la contabilidad B en mi partido», del estilo de esas que decía el vaquero de *Toy Story* cada vez que el niño tiraba de la cuerdecita. Son las cosas que tiene la evolución.

Los debates han caído en desuso, no hay necesidad ni voluntad alguna de dar explicaciones de nada, porque ellos están en un nivel superior, cercano al endiosamiento grupal. Las escasas intervenciones se dan en el Congreso de los Diputados o en el Senado, y, con mayor frecuencia y relevancia, en los pasillos de estos edificios, que parecen los chiqueros por donde transita el ganado de lidia antes de la corrida, esa corrida pactada como una pantomima de un teatro de marionetas donde cada uno ensaya entre bambalinas las dos o tres frases hechas que les autorizan a decir sus partidos y que apenas aportan

nada nuevo porque son igual de indefinidas que estúpidas: «Y usted más», «Ustedes lo hicieron peor», «Se hará lo que se tenga que hacer», mientras los distintos escándalos de corrupción salpican a todos los estamentos políticos y a los corrillos de partidarios y simpatizantes, a los que están y a los que se fueron con pensiones millonarias, ineptitud manifiesta y comprobada y retribuciones opacas, cuantiosas y coercitivas para el normal desarrollo de una vida política anodina, en la que siempre se sabe, como en una película mala y aburrida, que los malos son todos, que se defienden los unos a los otros haciendo corporativismo para que la mierda no huela más allá de las letrinas donde excrementan y urden estrategias, y, en el mejor de los casos, nunca hacen nada fuera de la ley o de la conducta apropiada, aunque algunos jueces, esos que se escapan al control gubernamental y pactado con la oposición, los revelen como simples y mediocres delincuentes con escasos o nulos reparos a la hora de delinquir y con pésimos argumentos para defenderse, porque, en el fondo, lo que realmente impulsa a la mayoría que elige la vida política no es conseguir mejorar el escenario económico, laboral, cultural y sanitario de la sociedad actual, sino el suyo propio y el de sus familiares y amigos más próximos. Como diría Freud: «Uno es dueño de lo que calla y esclavo de lo que habla», y mientras, y esto lo digo yo, su mano coge lo que no es suyo y sus ojos miran para otro lado, convenciéndose de que no es peor que otros que hicieron lo mismo y que hallaron como condena última y más frecuente la mera expulsión o baja voluntaria de un partido que no quiere ovejas descarriadas, cuando, desde el pastor al perro guardián, son todos una panda de inútiles corruptos con denominación de origen que harían bueno y manso a cualquier lobo y que se protegen unos a otros mediante el silencio tácito y la negación constante de lo evidente.

* * *

27 de junio de 2015, sábado

Una neblina baja fagocitó aquellas máquinas enormes con sus alas en forma de flecha, de colores dorados, blancos, rojos, azules..., con decenas de ventanas diminutas y morros redondeados, como depredadores del cielo que esperaban para despegar y transportar a cientos de personas a otros lugares, a otras tierras, a otros espacios abarrotados de vida, de minutos atropellados

por la urgencia del día a día, de carreras arrastrando maletas, ilusiones, proyectos o aventuras que se cruzan con la monotonía, el desasosiego de lo igual y lo *déjà vu*, la rutina de los pasos sincronizados por la experiencia y la repetición, y las idas y venidas por los pasillos circunspectos de los altos negocios, las reconciliaciones, las huidas y roturas de lazos invisibles que nos atan a personas, estados de ánimo o voluntades, y que se criban en las terminales metálicas del aeropuerto, frías, recién enceradas, de espacios abiertos a lo distinto, lo inusual o lo no aprendido.

Málaga era una postal desparezándose del ruido de los primeros latidos de la mañana.

Mikel Barberá extendió la vista a lo lejano como si pudiese trasponer tras los cristales lo que la niebla tapaba. Se sintió otro. Una persona ajena a la que siempre era. Ahora no tenía prisa, esperaba en aquella terminal sin premura. Los años le habían otorgado el don de la pausa y la saboreaba, la masticaba como si fuese un chicle que se le pegaba al paladar y le dejaba un sabor distinto.

Se sentó en una silla anclada a otras muchas, como un simbolismo del que no va a ninguna parte, pero él, por el contrario, era un hombre decidido. Su vida la había forjado él mismo con su trabajo, con sus errores y aciertos, y sobre todo con su voluntad por hacer siempre algo nuevo, experimentar y dar con sabores ocultos, no frecuentados, como las calles vacías de todas las ciudades cosmopolitas, que enseñan siempre el mismo lado de su rostro, el más agraciado, el más conocido, aunque los que hurgan en la superficie del brillo encuentran otras virtudes no explotadas por el *merchandising* igual de interesantes, igual de gratificantes, porque ven a las gentes tal y como son, no como se muestran sobre un pequeño teatrillo que el turismo, llámese como se llame, cultural, vip, rural, de playa, de negocios o religioso, explota, estruja y escurre hasta sacar el último euro que son capaces de producir, mientras las barracas y la gente humilde sobrevive y malvive en la periferia, espantada como moscas que portan enfermedades y que es engullida por el motor del consumismo, que avanza dejando surcos en la cara y en la piel negra y pestilente de la miseria.

Mikel esperó. Ya habían pasado veinte minutos. Ahora el tiempo no se facturaba, estaba exento de precio y tasa. Daba igual veinte que treinta. En Nueva York el segundo se valoraba en función del espacio en el que se perdiera o se pasara. Ahora estaba libre, libre de impedimentos, obligaciones y horarios, y no le importó mirar otra vez al inmenso espacio azul de las

alturas. Estaba solo. Pam se había quedado en Marbella con Luca. El dolor de la gota había desaparecido como una pesadilla que se evapora y que ya no existe al despertarse y es difícil recordar: nunca deja muestras de su paso ni cicatrices de su curación. Por eso consiguió ponerse de pie de un impulso y continuó con la expresión sonriente de su rostro cuando aquellos dos hombres, impecablemente vestidos, se aproximaron a él y le saludaron como unos conocidos que se reencuentran después de un prolongado tiempo de ausencias.

* * *

Beatriz había rechazado la invitación de Raúl Cebrián dos veces. Él había insistido hasta llamarla directamente a casa. En esa ocasión fue Evander el que cogió el teléfono. En un principio intentó disimular un error en la llamada, pero algo le llevó a identificarse. La protección del auricular y la distancia le envalentonó y preguntó por ella sin reparos, sin intentar armar una excusa.

—Hola, buenos días —la voz sonaba nítida y fresca—, ¿está Beatriz?

—No, no está. —Sin embargo, la de Evander era pausada y casi con desgana—. No se encuentra en casa... Ha salido.

—Bien, no le entretengo más, gracias.

Beatriz venía del jardín, con las manos ocultas bajo los guantes de jardinería. Traía un bonito ramo de flores que acababa de cortar de los arriates.

—Evander, ¿quién era?

—Nadie... Se han equivocado de número.

Pasó delante de ella y volvió al taller. Un inmenso cuadro colgaba de unos cables sujetos a la viga del techo. Había cambiado la técnica y ahora era él el que manchaba la superficie con chorreones de colores esparcidos que luego extendía de forma arbitraria e inconexa.

El teléfono de la entrada volvió a emitir los sonidos de la melodía. Esta vez fue ella la que descolgó el auricular. Raúl insistía.

—Beatriz, ¡qué bueno! Te he llamado varias veces, ¿por qué me rehúyes?, ¿te pasa algo?

Ella no tenía muchas ganas de hablar.

—Mi padre está aquí y ya te he dicho que no me apetece irme a ninguna parte contigo. No insistas.

—Mi avión sale en dos horas para Ibiza. Si a las once no estás en el aeropuerto, pensaré que no quieres que lo nuestro vaya a ninguna parte.

—¿Y lo nuestro adónde va ahora, Raúl, me lo puedes explicar? He sido siempre un bolso más de tu equipaje que has creído manejar a tu antojo, y aún lo piensas. Me pones hora y lugar porque lo nuestro no es más que una cita cuando te apetece: un par de polvos, y después de vuelta a nuestras vidas, totalmente alejados uno del otro, hasta que tú decidas de nuevo que debemos encontrarnos y repetir la historia.

—No es eso, Bea...

—Te he dicho mil veces que no me llames Bea. Mejor aún, no me llames de ninguna forma, y mucho menos a mi casa. ¿Sabes qué puedes hacer? Búscate una fulana y llévatela al hotel, la metes en la sauna y que te ponga dura donde guardas la neurona. —Respiró hondo y colgó el auricular.

Cuando se volvió, vio que Evander había oído toda la conversación desde el quicio de la puerta que daba al pasillo.

—¿Y tú qué miras?... ¿Te extrañas?

* * *

Luca la vio zambullirse en el agua a esa hora de la mañana en la que el sol parecía el hermano gemelo de ella por el color de los reflejos anaranjados. Los haces de luz son atenuados por el bostezo de la mañana, y el mar está en calma, efecto de la magia de un levante flojo que apacigua las olas y las amortigua como un acordeón de papel que se extiende abriendo sus pliegues de forma acompasada, y las gaviotas se dejan caer sobre los despojos de peces, exhibiendo los graznidos histéricos por encima de los barcos de pesca que cortan el agua con las proas que dibujan estelas de espuma.

Luca se puso de pie y de un impulso repentino se quitó el bañador que le cubría hasta las rodillas y lo dejó caer sobre la toalla. Corrió hacia el agua mientras una risa loca y floja de Pam, por lo inesperado de aquella imagen, competía con las gaviotas, y sus ojos le seguían sin perder detalle de su cuerpo, hasta que solo la cabeza de Luca se movía por encima de los rizos del agua y se aproximaba como empujada por una fuerza oculta hasta acercarse a la explosión de su risa. Se detuvo a escasos centímetros de su cara. Ella intentó contenerla, la risa, pero estaba a partes iguales, nerviosa y deseosa de coger entre las manos aquella adorable expresión de un rostro sin malicia.

—¡Estás loco! Si te ven los guardias te van a poner una multa.

Luca no dijo nada. Se sentía atraído por aquel timbre mexicano de su voz, le gustaba tanto que se acercó a ella y puso nariz con nariz, notó la suavidad húmeda de su piel y acercó los labios despacio. Lo que notó cuando la besó no lo podría describir con palabras. Las manos se acercaron entonces bajo la línea de flotación y alcanzaron a partes iguales algo esponjoso y calcado, duplicado, de un material irreal, cuando Pam lo atrajo hacia ella poniéndole la mano derecha en la nuca, mientras la izquierda buceaba buscando algo entre las piernas de Luca.

* * *

Allanó con el empuje los desniveles de la arena y extendió la toalla, propaganda de una multinacional. Habían pasado tres horas desde que llegaron. La cala, oculta a los conductores que circulaban por la A7, comenzó a llenarse de parejas que bajaban con dificultad por los riscos y desniveles serpenteados de agujeros y piedras. Cuando llegaban y pisaban en terreno blando, agradecían el tramo de descenso que les mantenía apartados del resto de la gente y abrían las sombrillas o se cubrían de las miradas poniendo los bolsos delante, enterrando en la orilla las bebidas refrescantes para que el agua del mar las enfriara a la hora del almuerzo. Otros sacaban las palas de madera y ejercitaban los brazos intentando darle a una pelota de goma que botaba como un canguro de juguete con pilas nuevas. Dejó de oírse el rumor de las olas cuando rompían sin fuerza en la orilla de arena húmeda. El murmullo de charlas, el trajín de paseos y el de los coches que habían aumentado la frecuencia de paso por la carretera de arriba tapaban todo lo demás, como una cantinela nueva, un sonido distinto al de la mañana que ayudaba a pensar y a respirar hondo.

Luca abrió un par de botellines de cerveza, de esos que vienen ya provistos de tapón abrefácil. El sabor en la garganta le refrescó y agradeció haber bajado la nevera portátil con suministro suficiente de bebida y bocadillos.

En ese preciso instante sonó la melodía de su móvil. Al principio no atinó a encontrarlo y revolvió el bolso, que a pesar de ser poco profundo parecía desplazar las mismas cosas de un lado para otro, hasta que dio con él y lo descolgó sin prisa...

—Sí, mamá, dime...

De pronto palideció. La cara le cambió de un color de piel normal a otro blanco cadáver.

—¿Cómo? No, no puede ser, ¡nooo! —El grito rompió la rutina de los bañistas que tenía a su alrededor y todo el mundo dejó lo que estaba haciendo y le miró. Eran extraños ante una situación inesperada.

Lanzó el móvil dentro del bolso. Pam permanecía de pie a su lado, impaciente por saber qué ocurría.

Él se abrazó a ella y rompió a llorar. Entonces ella se atrevió a preguntarle:

—¿Qué ocurre? —repitió la pregunta ansiosa por una respuesta que al principio no llegó—. ¿Qué ocurre?, contesta, por favor.

—Mi abuelo Mikel... Lo han encontrado muerto en los servicios del aeropuerto de Málaga.

Sin esperar a que Pam dijese algo, se dio cuenta de que debía recoger. Debían irse a buscarlo.

Se vistió como si se hubiese tirado de la litera del cuartel y tuviese que formar fuera en la explanada, como su padre le había contado tantas veces esa historia de pequeño. Pam hizo lo mismo y subió por la pendiente con toda la rapidez que pudo, siguiéndole. Los demás recobraron el ritmo de lo que hacían y parecieron comenzar a moverse al mismo tiempo después de que alguien hubiese pulsado el botón del *play*, y el murmullo de las voces volvió a confundirse con el runrún del mar.

La vida continuaba a su ritmo, aunque para él la suya acabara de detenerse y sintiera que su corazón había tenido una parada cardíaca, por mucho que siguiera bombeando sangre como por inercia. Sus días ya no serían iguales, a pesar de haberse acostumbrado a tener a su abuelo lejos, tan lejos como tener que cruzar océanos o subirse a un avión y tener que volar durante más de doce horas para verlo, a pesar de que su único contacto era a través de las inexpresivas redes telemáticas, a que se había acostumbrado a oír la voz de Mikel, carrasposa, cruzando los espacios de internet y las interferencias de los puntos infinitos que se cruzan en una circulación invisible de palabras. Y ahora tenía la sensación de que las suyas, la mayoría de ellas, se habían quedado dentro del zurrón en el que las fue acumulando sin utilizarlas, como esperando una mejor ocasión que nunca llegó y que ahora, en un solo instante, del antes al después, habían quedado inservibles, como otros tantos trastos

inútiles que se guardan para utilizarlos algún día y que terminan acumulando polvo, espacio...

En esa minúscula porción de tiempo insondable, apenas perceptible, todo su mundo se había puesto del revés.

Cuando se subió al coche y alcanzó con su estado de ánimo la autovía hacia Málaga, la visión que tenían sus ojos no era la de la carretera precisamente. Pasó delante de él toda una película de escenas que había vivido antes; muchas apenas las recordaba, pero su cerebro las había recuperado del almacén de su propio intelecto y las exhibía, como en un proyector interno de su cabeza, mudo pero interminable, organizado cronológicamente y pasado a más velocidad de la que sería recomendable.

Pam tuvo que advertirle un par de veces de que se fijara en la carretera o dejara de conducir.

—¡Luca, nos vamos a matar! ¡Cojamos un taxi!

Luca la miró y pareció reaccionar y volver al mundo real.

Giró el volante, aminoró la velocidad y se detuvo en una gasolinera.

Con el motor aún en marcha, agarró fuerte el volante y pareció querer arrancarlo. Era una rabia incontenible, irrefrenable y fugaz; luego dejó caer la cabeza, y el claxon sonó de forma continuada.

Pam se abrazó a él y notó el ritmo agitado de su desesperación, de su angustia, de su premura por abrazar a su abuelo por última vez, y le ayudó a incorporarse. Lloró con él mientras le secaba el camino por el que le bajaban las lágrimas como un torrente de agua desbordado de algún cauce pequeño, y así lo vio cuando la expresión de su rostro se mostró, tal cual era, sin querer ocultar que «los hombres no lloran», como le habían dicho una y mil veces de pequeño, sino que, más bien, aquel llanto era un globo lleno de agua de alguna piñata, de esas que rompía con la ilusión de ver lo que había dentro cuando era un renacuajo y todo pasaba junto a él sin intervalos de tiempo ni necesidades de medir, valorar, cotejar y decidir sobre nada de lo que pensaba ni nada de lo que hacía. Ahora todo era más complicado. Necesitaba gritar, maldecir, insultar..., pero se contenía, se lo guardaba para sí, por un simple mecanismo aprendido de buenos modales. Aunque, en el interior, las cosas se enquistan, enverdecen, cogen moho y se pudren.

Un operario se acercó corriendo justo cuando salían del coche.

—No es nada, gracias —se adelantó a decirle Pam.

Le ayudó a ponerse de pie cogiéndole por el brazo. Avanzaron hasta el pequeño supermercado de la estación de servicio y allí consiguió el número

de teléfono de la parada de taxis.

Después de diez minutos interminables de espera, el taxi les llevó camino a la desesperanza.

* * *

—No, mamá, no hace falta que vengas. Estoy acostumbrado a arreglar los asuntos familiares como quien limpia la mierda de las letrinas.

—No es justo, Luca. No sé qué te pasa que siempre estás lanzando dardos envenenados hacia todos. ¿Qué te hemos hecho? —Beatriz se mantenía enérgica.

—Tú siempre buscando aliados donde no los tienes, ¿y total, para qué?, para parecer siempre la esposa y madre ideal de tu cuento de hadas —Luca mostraba todo su resentimiento—, la víctima propiciatoria de cualquier embrollo en el que te veas envuelta.

—No voy a seguir con esta conversación. Mi padre ha muerto y tengo un dolor intenso, solo tengo ganas de llorar. No me apetece nada discutir.

—A mí se me ha muerto mi abuelo, el ser al que más quería en el mundo, y no solo tengo ganas de llorar, tengo ganas de perderme y no aparecer nunca más, pero he nacido como un ser responsable, homínido *idiotus*, y de eso os servís. Parece que lleváis toda la vida colocados, vivís en un mundo irreal donde todo os lo habéis encontrado dado. Uno perdiendo el tiempo pintando, y tú derrochando un dinero que no has ganado nunca ni sabes hacer nada para ganarlo.

Un zumbido fijo sonó al otro lado de la comunicación.

Luca miró a Pam en el asiento trasero del taxi.

—Mi madre todo lo arregla desapareciendo. Se esfuma, eludiendo los problemas, y aparece de pronto en otro lugar, al otro lado de su mente, como si hubiese viajado miles de kilómetros, allá donde la paz de su *reiki*, el yoga, la meditación o las fiestas con sus amigos le indiquen que de momento no se divisan alteraciones de su hábitat egocéntrico.

Pam le cogió del brazo con ternura y apoyó la cabeza en su hombro.

—Mi padre me decía siempre que hay dos clases de personas: las que provocan los problemas y las que los solucionan, y que nunca coinciden en ser los mismos. Aunque pasen mil años, ninguno de ellos pasará al otro grupo. Unos seguirán buscándose problemas, y los otros intentando solucionarles los

suyos a los demás. —Pam hablaba de forma pausada y con un mismo tono de voz.

—Cada vez me gusta más escucharte. Consigues que no piense en otras cosas.

Ella le miró a la cara, sonriéndole, y él aproximó la suya hasta que los labios se unieron en un largo y tranquilo beso.

El automóvil tomaba el desvío a la derecha y pasaba debajo del cruce de carriles que acababan de abandonar. El ruido de los aviones que se aproximaban para tomar tierra se hacía más ensordecedor, y alguno que otro pasó sobre sus cabezas a escasos metros de altura.

* * *

El cuerpo inerte de Mikel Barberá estaba cubierto por una manta térmica plateada. Seguía en el suelo, junto a los lavabos de uno de los aseos de caballero en la zona comercial del aeropuerto. Luca llegó corriendo. Pam le seguía a escasos metros. El cordón policial les había prohibido el acceso en un primer momento, pero luego, ante las explicaciones de Luca, les permitieron acceder a la zona cerrada. Una gran expectación de curiosos y medios de comunicación se había reunido allí, esperando alguna noticia nueva. La gente cuchicheaba mientras permanecían atentos a cualquier movimiento. Cuando llegaron, dos enfermeros estaban desplegando una camilla junto al cadáver. Un hombre serio, bien vestido, de barba canosa y porte recto, asentía a los comentarios de otro hombre que parecía estar dándole algún tipo de explicación.

Un agente les salió al paso e interpuso el brazo, obligándoles a detenerse.

Luca volvió a identificarse. Los dos hombres se cruzaron con él. Apenas un movimiento de cabeza de ambos al llegar a su altura y mirarles hizo que Luca se adelantara unos pasos.

—¿Es usted el juez?

El hombre se detuvo por deferencia hacia él.

—Sí, dígame.

—¿Ha autorizado la autopsia?

—No se aprecian motivos aparentes. El forense estima que la muerte sobrevino por un ataque cardíaco. Un hombre de 76 años, obeso...

—Mi abuelo se merece una confirmación de su muerte. No pueden especular o decidir sin pruebas.

El agente se interpuso entre ambos y el juez dio la conversación por zanjada.

—No tengo nada más que decir. Comprendo el dolor que debe estar sufriendo ahora mismo y le acompaño en el sentimiento, pero mi trabajo aquí ha terminado.

Luca se dirigió entonces al otro hombre que permanecía callado junto al juez.

—No puede confirmar nada por simples apariencias. Ha fallecido en un lugar público, rodeado de gente, y es un personaje conocido. Puede tener enemigos, gente que quiera verlo muerto.

—La experiencia me dice que estoy en lo cierto. Las autopsias solo están autorizadas cuando existen indicios suficientes de criminalidad o muerte violenta.

—No puede decir eso e irse tan tranquilo.

Hizo ademán de acercarse aún más a él, pero el agente le contuvo agarrándolo por ambos brazos.

—Vamos, chico, ¡contrólate!

La policía apartó a los periodistas, fotógrafos y curiosos, y los dos hombres fueron engullidos literalmente por una improvisada marea de cámaras y *flashes* que se acercaron desde todas partes.

—El juez ha dado autorización para el levantamiento del cadáver. —El policía de más graduación se acercó a ellos—. Puede indicar a la ambulancia el tanatorio donde quieren velar al fallecido. Aquí tiene el certificado de defunción.

Luca lo cogió, dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo. Su mente parecía estar a pleno rendimiento. Miraba al vacío, como si en ese instante se encontrase en la terraza de un edificio de veinte pisos, el viento azotase con fuerza sobre su cuerpo y supiese que iba a caer tarde o temprano. Buscaba algún punto al que poder agarrarse, algún saliente, un cordel extendido entre dos edificios, un pretil donde asirse... El agente seguía junto a él. Pam le abrazaba sin decir nada.

De pronto cogió el móvil del bolsillo trasero del vaquero y buscó en el listín telefónico de forma apresurada. Un enfermero de la ambulancia llegó a donde se encontraba el oficial y le inquirió con evidente nerviosismo para que

le indicaran de una vez por todas adónde debían dirigirse. La ambulancia no podía permanecer parada por más tiempo.

—Buenos días, Pascual, soy Luca Spaletta. Necesito que me hagas un favor... Mi abuelo ha fallecido de forma precipitada y necesito una autopsia de su cadáver. —Después de una pequeña pausa, tras escuchar lo que le indicaba su interlocutor—: No, ha fallecido en los aseos del aeropuerto, pero el forense ha certificado muerte natural.

Luca cortó entonces la comunicación.

Inmediatamente hizo una nueva llamada a la compañía de decesos y dio parte del fallecimiento de su abuelo. Quedó con ellos en que enviarían un vehículo para recoger el cuerpo y llevarlo al tanatorio. Quería ganar tiempo con ello y que la ambulancia quedase libre de ese servicio.

—Oficial, yo me hago cargo del cuerpo de mi abuelo. —Sabía que se la estaba jugando. Habría mirones por todas partes, y los medios de comunicación se harían eco inmediatamente de la rocambolesca situación. El oficial se encogió de hombros y pareció aceptar, algo extrañado, la forma de obrar de un joven de 23 años que quizá había asumido una labor que le venía grande.

—¿Y tus padres? ¿No se pueden hacer cargo ellos de tomar las decisiones oportunas? —El oficial parecía un trozo de pan moreno, de esos de gruesa corteza y migaja compacta, como los músculos de los antebrazos.

Luca le miró y, como tenía por costumbre, no se preocupó siquiera en contestarle.

El móvil emitió unos tonos de aviso y descolgó con premura.

—Pascual, te escucho. —La pausa fue más prolongada esta vez. Las indicaciones, seguramente, serían más extensas. No se sabía si eran para eludir el bulto o, por el contrario, para preparar el desplazamiento y la llegada a un centro. La cara de Luca no mostraba ninguna pista hacia uno u otro sentido. Su mirada era indeterminada y tensa. Cerró el móvil y cogió a Pam de la mano.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder. Muchas gracias...

—Pedro, me llamo Pedro Ugarte. —El oficial saludó con la mano y se les quedó mirando mientras corrían por el pasillo brillantado como una pista de hielo y se deslizaban sobre él sin patines, esquivando maletas, ancianos y niños, como obstáculos naturales de una pista hecha para no tener prisa.

Ya en el exterior, se dirigió al conductor de la ambulancia y le indicó el lugar al que debían dirigirse. Hizo una última petición. El enfermero abrió

entonces el portón trasero y subieron junto a su abuelo. Todavía vio a algún que otro fotógrafo tomar unas instantáneas cuando miró a través del pequeño cristal de la puerta del vehículo.

Volvió a llamar a la compañía de seguros y confirmó que no hacía falta que se desplazasen de momento. Ya les tendría informados.

No quería mirar aquella manta plateada. Sabía que debajo de ella había algo que acababa de perder, aunque supiese que aún estaba allí, inmóvil, sin decir ni una sola palabra, como un bloque de mármol que va tornándose poco a poco más frío. Tenía la certeza de que estaba junto a su abuelo haciendo el último viaje juntos, tal y como le recordaba, derecho, ecuánime pero estricto, benevolente y enérgico, aunque esas características de su persona se habían esfumado hacía unas horas y ahora solo quedara el envoltorio de un hombre que logró triunfar haciendo lo que más quería y de lo que más sabía. Para él siempre había sido su referente, el único que había tenido en ese espacio diario en el que se movía y algunas veces deambulaba y daba traspies y otras acababa cayendo. Desde ahora carecería de brújula, de norte, y pensó en aquella frase que habían acuñado juntos: «Si no sabes dónde está el norte, déjate llevar por lo que te diga tu instinto. Como mucho, te desviarás siete grados. Siempre estarás siete grados al norte».

—¿Quién es Pascual? —Pam siempre hablaba de una forma tan dulce que las preguntas hechas con aquel tono de voz nunca parecían incómodas.

—Pascual Salcedo es un magnífico investigador español. El año pasado conseguimos financiarle un proyecto que la administración paralizó por falta de fondos. Era una investigación ya avanzada para conseguir una nueva vacuna para combatir el ébola. Es algo que tenemos ya tan lejano... Pensamos que las epidemias ocurren siempre en el otro mundo y que estamos protegidos por barreras invisibles, totalmente impenetrables, y ya no nos acordamos de casos como el de Teresa Romero. El hombre nunca aprende de sus errores. Los recursos en I+D se han recortado en unos años desde los 9700 millones de euros de 2008 a apenas 6400 millones para este año. La mayoría son partidas para pagar los intereses de préstamos por estudios ya financiados. Hemos pasado de ser una potencia mundial en investigación a ser una potencia en emigración de investigadores a otros países. Se van como si fueran exiliados políticos, y son recibidos con los brazos abiertos. Por ahí fuera saben que la investigación es la mejor palanca hacia el progreso y la civilización. El que maneje las nuevas herramientas, los sistemas avanzados, las redes innovadoras, simplicistas y homogéneas del mercado que está por llegar,

dominará económicamente el progreso más cercano, el que atañe a los puestos inmediatos de sus jóvenes preparados, a la evolución acompasada del consumo interno y la demanda, y, en definitiva, a ponerse a la vanguardia de lo que esté por venir. Pero, desgraciadamente, la visión de nuestros políticos tiene tantas dioptrías que solo ven lo inmediato, lo que pueden coger para sí ahora mismo. Piensan que el futuro será de otros porque ellos ya se habrán jubilado con planes de pensiones multimillonarios y veranearán siempre donde brille más el sol. Lo demás no les importa, ni creo que tengan ojos para verlo. ¡Ojalá tuviéramos gobernándonos a un nuevo Julio Verne!

—Es muy interesante lo que cuentas. Yo solo puedo hablar de reuniones, detalles de ingresos y gastos, cartas, entrevistas, concertar conferencias y cosas por el estilo.

Luca la miró y desde su posición pudo ver los reflejos anaranjados en su cara.

—Conocí a Pascual Salcedo hace dos años. Congeniamos enseguida. Para finalizar el grado había que realizar unas prácticas de laboratorio y tuve la suerte de poder elegir destino. No me lo pensé dos veces. Conocía alguno de sus trabajos a través de la revista *Science AAAS*. Es un auténtico divulgador de la ciencia. La explica de una forma que te atrapa. Nadie que le escuche puede pensar que es el investigador de fama mundial que es, por la forma tan sencilla de contar las cosas, por la simplicidad de los razonamientos que hace, que esconden fórmulas matemáticas complejas, cadenas moleculares interminables, de difícil comprensión y análisis. ¿No te parece increíble? Luego, cualquier ignorante que sale en la tele por haberse acostado con una famosa de segunda fila es capaz de querer embaucar con una charla monótona y pesada que escapa a su propio intelecto, cuando lo mejor que ha hecho en la vida es poner de pie un pino en el váter.

Pam sonrió.

—¿Qué es un pino?

—¿De verdad no te lo imaginas? —Ante la falta de respuesta por parte de ella, Luca fue más explícito.

—Es un mojón, una cagarruta.

Ella le dio entonces una palmada en el brazo.

—¡Qué asco...!

El teléfono comenzó a moverse dentro del bolsillo de la camisa como un pececillo queriendo saltar de nuevo al agua. Lo tenía en modo vibrador y, de

no ser por lo cerca que lo tenía del cuerpo, no se habría dado cuenta de aquella llamada.

—¡Sí! —Su voz, a pesar del monosílabo, sonó firme.

—Luca, lo siento mucho.

—Julio, gracias. —Se sintió conmovido por el detalle de su amigo—. No esperaba esta llamada tuya tan pronto.

—Todos los medios de comunicación están dando la noticia. Debe haber sido un palo muy fuerte, morirse así de repente.

—No te lo puedes imaginar.

La ambulancia estaba entrando en el recinto del hospital. Luca no quiso prolongar la llamada.

—Julio, hablamos en otro momento, ahora estoy un poco atareado con los preparativos del tanatorio.

—No te molesto más, ¡dale el pésame a tu madre de mi parte!

—Así lo haré, gracias. —Pulsó el botón para interrumpir la comunicación.

—¡Vamos, Pam! —El portalón trasero se abrió y salieron de un salto del vehículo.

Dos hombres les estaban esperando de pie delante de la entrada de urgencias.

—Luca, te presento a Luis María Sáenz, jefe del Departamento de Anatomía Patológica del Hospital Universitario Carlos Haya.

Un hombre espigado, de marcadas facciones y largas patillas canosas, extendió su mano. Luca la estrechó sin apretar demasiado.

—Llevaremos a cabo una autopsia clínica. Necesitamos que nos firme unos impresos en los que rubrique su autorización al proceso. Realizaremos un estudio exhaustivo para averiguar si hubo alteraciones morfológicas en los órganos y tejidos provocados por alguna enfermedad, y una observación macro y microscópica. Evaluaremos el sistema de conducción cardíaco y tomaremos muestras para un análisis químico-toxicológico. Es indispensable disponer de la historia médica. Sin ella no podremos establecer unas secuencias de resultados y episodios clínicos anteriores.

Luca meditó la respuesta.

—Pam, ¿te encargas tú de solicitar el historial clínico de mi abuelo en Nueva York?

—Sí, no creo que haya problema. Enviaré por fax el certificado de defunción. —Miró al doctor y este le hizo una indicación.

—Sí..., vaya a recepción. Pregunte por María y dígame que va de mi parte. Coja este pasillo y al fondo gire a la izquierda.

El médico se despidió de ambos y avanzó por el pasillo en sentido opuesto. Los celadores del hospital se hicieron cargo del fallecido y avanzaron con él hasta llegar a la zona de ascensores.

—Doctor, ¿cuándo podríamos disponer del cuerpo de mi abuelo para trasladarlo al tanatorio?

—Dentro de tres o cuatro horas a lo sumo.

Instantes después recibió otra llamada al móvil, pero esta sí la esperaba.

—No he podido llamar antes, hijo, estaba en pleno directo del programa que hacemos matinal. ¿Cómo te encuentras?

A Luca le costaba trabajo hablar de sí mismo; no obstante, la pregunta de su padre era apropiada.

—Bien, algo ajetreado. Además de lo inesperado, ha habido que realizar algunos trámites y hemos estado toda la mañana algo tensos.

—¿Está tu madre contigo?

—No, se ha quedado en casa. No quería que la vieran en el estado en el que se encuentra.

—Es que me ha parecido oírte hablar en plural...

—Bueno, es que estoy con una amiga. Es la secretaria de mi abuelo.

—Ay, pillín, ¿hay algo entre vosotros?

—Papá, ¿por qué siempre eres tan inoportuno con tus preguntas? Ahora no estás trabajando. Deja ese tipo de cuestiones para acosar a tus personajillos de la tele. No creo que sea momento para hablar de mi vida privada, ni creo que te preocupe mucho.

—Perdona, Luca, no era mi intención molestarte. —Doménico no quiso tensar la cuerda con su hijo e intentó reconducir la conversación—. Dentro de unas horas tomaré un vuelo para allá. Quiero acompañarte en estos momentos.

—Papá, no hace falta, no quiero obligarte a esta situación tan violenta para vosotros. Tenéis vidas separadas desde hace muchos años y desde entonces nunca habéis coincidido.

—Para mí no es nada violento, y creo que es lo más acertado. Yo también sentía cariño y respeto por tu abuelo.

—Como quieras. Llámame cuando estés por aquí cerca y pasaremos a recogerte.

—Bien, hijo. Y enhorabuena por las notas y tu graduación. Recibí el *e-mail* que me enviaste. Ando muy liado y no he podido contestarte.

—Ya, estoy acostumbrado, no te preocupes. Nos vemos pronto.

Una enfermera apareció en la sala en la que esperaban. Portaba una bandeja de plástico y la depositó encima de una mesa pequeña que había junto a ellos.

—Estas son las pertenencias de vuestro familiar.

Dio media vuelta y se marchó.

Luca se puso de pie y se acercó a mirarlas. La cartera de piel marrón que llevaba desde hacía más de diez años. La abrió y, en apariencia, tenía todos los documentos: tarjetas de crédito, carné de identidad, tarjetas de distintas entidades, aseguradoras sanitarias, de asociaciones y clubs selectos..., nada parecía faltar.

Había unas llaves, una tarjeta electrónica del hotel, dinero en metálico, unos 600 euros, y unos folletos que habría cogido del mismo aeropuerto. Nada extraordinario.

El móvil emitió otra vez la melodía avisando de una nueva llamada.

Luca miró la pantalla antes de descolgar.

—Mamá, ¿qué ocurre?

—¿Cómo que qué pasa? ¿Dónde estáis?

—Estamos en el hospital. Estamos resolviendo unos pequeños trámites, nada especial. Ya te llamaré cuando terminemos.

—¿Dónde está el cuerpo de mi padre? Necesito saberlo. —Beatriz preguntaba con el tono de voz bastante alto.

—Mamá, ¿te quieres calmar? —Luca se mostraba enérgico—. Si tanto querías saber, tendrías que haberte venido esta mañana y haberte hecho cargo de los trámites y del trago de verlo tirado en el suelo del aeropuerto.

—No estoy reprochándote nada, solo es que estoy muy nerviosa. Llevo unas horas sin tener noticias tuyas y no sé adónde tengo que ir. —Beatriz bajó el nivel de voz y quiso parecer más conciliadora con su hijo.

—Ya te avisaré, nos queda mucha noche para velarlo. Tendrás todo el tiempo para verle y despedirte de él. No te inquietes. En un par de horas te podré llamar e indicarte el tanatorio adonde iremos. ¡Tranquila!

—Hijo, gracias por todo. Tienes que comprenderme.

—Te comprendo, mamá, ¡déjame hacer! Hasta luego, adiós.

Pam había permanecido callada todo el tiempo.

—¿No le dices nada de la autopsia?

—La pondría más nerviosa, y mi madre siempre juega a tiempo pasado. Si no encuentran nada anormal, me lo estaría restregando toda la vida. Que si

no tenía derecho a hacerlo, que si lo hice a espaldas tuyas, que no sé qué clase de persona insensible soy, y cosas por el estilo. Me da igual lo que piense, o, mejor dicho, mejor que no piense. Ya lo haré yo por ella.

Miró el reloj. Eran las tres de la tarde. Se dio cuenta entonces de que apenas tenía ganas de comer. En esos momentos, el cerebro reacciona estableciendo prioridades, y la de comer no era de las principales. No obstante, no quiso ser desconsiderado con Pam, ¡qué culpa tenía ella!

—Bajemos a la cafetería.

Ella no dijo nada, recogió el bolso de la mesita y le siguió por el pasillo de la planta baja. No había estado nunca allí, pero pensó que, por lógica, tendría acceso directo a la calle. La encontró después de girar a la izquierda. Había un par de personas fumando en la puerta con un botellín de cerveza en las manos.

Pidieron unos bocadillos y se sentaron en una mesa que había libre junto a un ventanal que daba a la carretera. Miraron los dos hacia fuera de forma instintiva y sin haberse puesto de acuerdo. No dijeron nada en los primeros cinco minutos; daban mordiscos a los bocatas y bebían sorbos del refresco que cada uno había pedido.

—Este recinto me pone el cuerpo malo. No me acostumbro a verlo como un centro donde te curan. Pienso más bien en que es un centro claustrofóbico donde los días parecen tener más de veinticuatro horas. —Luca hablaba sin apartar la mirada de la calle, como no queriéndose despedir del exterior de aquellas paredes.

—A mí tampoco me gustan, pero he de comprender que sin ellos nuestra calidad de vida sería bastante peor, así nomás.

Luca asintió con la boca llena.

Volvieron a aquella sala vacía, desprovista de muebles, con las paredes desconchadas por el mal uso, o simplemente por el uso, por el trasiego de personas indiferentes a las instalaciones, al cuidado de las mismas, a que aquello debía durar lo máximo posible. Se apreciaba muy poco mantenimiento. Los sillones tenían casi todos rayones en su tapizado que habían traspasado la esponja interior. El fieltro de arriba estaba en algunos colgando como trozos de piel muerta que caería por el peso del abandono. Otras sillas eran de distintas formas y colores, de materiales plásticos, y estaban atornilladas las unas a las otras como formando hileras que se mantenían pegadas a la pared en grupos. Parecía más bien un almacén donde llegara todo lo viejo. Hacía tiempo que no ponían algo nuevo. Las paredes

tenían zócalos de madera a la altura de los respaldos de las sillas para evitar que estas arañaran la pintura o mancharan las paredes. Pero faltaban trozos que no se habían repuesto. La pintura de la pared oscurecía por algunos sitios que estaban más expuestos a los pies y donde se apoyaba la gente mientras dejaba pasar el tiempo de la espera. Esa espera interminable cuando no se sabe lo que ocurre en una operación quirúrgica de unas cuantas horas, donde nadie te informa de cada minuto que pasa, de cada corte que se hace o cada reacción del enfermo. Pero ellos sí sabían el desenlace de unas pruebas que se hacían a un cuerpo que yacía inerte, ausente a las agresiones de los bisturís y de las sierras. Desconocían los resultados, pero estos llegarían algunos días más tarde. Solo esperaban poder recoger el cuerpo de su abuelo y llevarlo a otro lugar donde lo incinerarían y lo harían desaparecer para siempre. Solo le quedarían los recuerdos; pocos, por cierto. Luca pensó en las pocas fotos que se había hecho junto a su abuelo, en las pocas cartas que se habían escrito en algún momento de sus vidas. Ahora, con los *e-mails* todo era más frío. La letra estaba estandarizada, hecha de la misma forma; no se adivinaba en ella ningún rastro de cómo escribía cada uno. Era una muestra imprecisa de los avances de las máquinas, las que te acercaban a tus seres queridos, pero lo hacían de una forma anodina, sin entusiasmo. Lo mismo llegaba una propaganda anunciando algo, vendiendo lo inservible o innecesario, como una factura de suministro, una información banal sobre la sociedad, la economía o el deporte, y, entre ellas, identificadas solo por el nombre, la conexión intermitente con tu abuelo: mikelbarbera39.

El doctor Sáenz llegó a la sala escoltado por un grupo de jóvenes, también con batas blancas.

—Ya hemos terminado. Los resultados y las conclusiones definitivas tardarán aún un par de días. Le mantendré informado.

Luca se incorporó de la silla y estrechó la mano del médico.

—Gracias, doctor. —Llevó la mano al bolsillo de su camisa y extrajo un bolígrafo—. Este es mi número. —Lo escribió en un pequeño papel que encontró en la cartera de su abuelo.

—Gracias a ti, Luca. Espero que todo os vaya bien. Has sido muy valiente adoptando esta decisión. Para nosotros ha sido una buena oportunidad de poner en práctica los conocimientos que estos muchachos deben tener cuando operen, busquen enfermedades o evalúen a algún enfermo. —El doctor hablaba de una forma muy tranquila y pausada, inspiraba confianza, esa confianza que se adquiere con la experiencia y con la sabiduría—. El cuerpo

está en la sala mortuoria. Desde allí será más fácil para la empresa funeraria. Puedes bajar a verle si quieres.

Luca se dispuso a hacerlo. Un enfermero le llevó por los pasillos hasta la sala. Un pequeño cartel con fondo gris indicaba el lugar. La habitación estaba a oscuras, el silencio se disipaba junto a olores fríos, desconocidos, y solo el chirriar de un ascensor que subía o bajaba interrumpía el sonido de la muerte, de la soledad cuando ya no hay nada de vida.

El hombre pulsó un interruptor junto a la puerta. La luz lo llenó todo de pronto, los ojos se entornaron incómodos y la silueta de Mikel Barberá apareció bajo el molde de una sábana blanca.

El cuerpo de su abuelo parecía completo. Después de dedicarle una última mirada, la expresión del rostro permanecía intacta. Callaba las agresiones a sus órganos, los cortes profundos en la piel, los cientos de muestras que habían metido en probetas para su análisis posterior..., en definitiva, el allanamiento severo de su cuerpo. Le habían lavado como queriendo ocultar la evidencia de aquello. Pensó que tal vez su abuelo le estaría maldiciendo, le estaría recriminando no haberlo dejado descansar en paz, pero contuvo las lágrimas cuando le vio la piel de la cara, bastante más pálida, y esperó a que le hablara como lo había estado haciendo hasta un día antes. No oyó nada, había dejado de respirar, y la carcasa de su envoltorio comenzaba a deteriorarse. Le volvió a echar la sábana blanca, huyendo de sus miedos; no quería recordarlo de aquella manera. El cerebro hizo un esfuerzo por buscar escenas agradables con él y encontró rápido unas cuantas. Las proyectó en la pantalla oscura de sus ojos cerrados y una leve mueca de la boca dejó escapar una pequeña sonrisa. Apagó la luz y le dejó a solas. Abandonó la habitación sintiéndose igual de solo, igual de herido, aunque no sangrara por fuera, igual de vacío, aunque no le faltara ningún órgano, y se abrazó al salir a Pam, a aquella persona en apariencia frágil pero llena de vida, y aspiró el olor de su piel. Por unos instantes, apenas unos segundos, sintió la calma que había buscado durante todo el día y reclinó la cara sobre su hombro, sabiendo que aguantaría su cuerpo derrotado. En ese preciso momento sintió el beso de ella en el cuello. Fue un chispazo que activó su sistema nervioso. La sensación de placer le llegó hasta los dedos de los pies. Así se quedaron hasta que los operarios de la funeraria pasaron delante de ellos para hacer su trabajo, como un par de cuervos merodean la carne muerta, y un nuevo chispazo le devolvió a la realidad.

* * *

Cuando Luca detuvo el vehículo en el aparcamiento miró a su derecha. Allí estaba ella, sentada a su lado, con ese rostro angelical que le transmitía paz. Desentonaba tanto con el edificio que tenía justo detrás que cerró los ojos un segundo, tomó aire y deseó retener esa dulce sensación. Después retiró la llave del contacto y dirigió la mirada a los familiares, amigos, conocidos, periodistas y a la infinidad de curiosos que se habían congregado en aquel lugar frío y moderno, de reciente construcción. Él solo quería despedirse de su abuelo en la intimidad, pero debía estar a la altura que todos esperaban.

—Odio esto, Pam, no sé si podré soportar pésames, abrazos, apretones de manos..., y lo peor de todo será escuchar de gente a quien mi abuelo le importaba un bledo lo bueno, generoso y grandísima persona que era.

—Es muy duro, Luca, lo sé, pero lo harás bien. Piensa en Mikel, solo en él —susurró Pam sosteniéndole la mano.

Abrió la puerta dispuesto a enfrentarse al duro día que le esperaba.

Pam seguía sus pasos, dejando espacio entre ambos, deteniéndose cada vez que Luca se paraba para recibir las consabidas condolencias. No podía hacer otra cosa que permanecer a su lado.

Hacía un calor bochornoso en el exterior, de esos de poniente insoportable, de modo que se apresuraron a entrar en el edificio, en el que la temperatura climatizada era agradable. Y cuando al fin lograron llegar a la sala en la que se encontraba su madre, una voz familiar susurró su nombre detrás.

Al volverse, Luca comprobó que era ella, Claudia, una antigua novia.

—¡Lo siento, Luca!, no salgo de mi asombro; sabes que yo quería muchísimo a tu abuelo —dijo abrazándole. Después le besó la mejilla cerca de los labios y le cogió las manos, dando un paso hacia atrás para contemplarle—. A pesar de todo, te veo bien, tan guapo como siempre.

Claudia le dedicó una sonrisa, que Luca le devolvió. Este se dirigió hacia donde Beatriz estaba sentada.

—Hola, mamá, ¿necesitas algo?

—No, cariño, ven, siéntate a mi lado. No aguanto esto.

—Tampoco yo, pero es lo que toca, de modo que no vayas a estropearlo con una de esas espantadas tuyas.

—¿Espantadas?

—Sí, todavía recuerdo el funeral de la abuela: desapareciste como por arte de magia y no te vimos el pelo hasta que nos entregaron sus cenizas.

—No me recuerdes aquello, estuve vomitando sin parar, no se trataba de un capricho. En ocasiones hablas de mí como si estuviese loca.

Pam hizo un gesto a Luca para que no continuase con los reproches, acercó una silla y la colocó a unos metros de ellos, lo suficientemente cerca para recordarle que estaba allí y lo cortésmente retirada para permitirles intimidad. Luca entonces le hizo un guiño de complicidad.

Al cabo de una hora de charlas, suspiros y lágrimas, Doménico Spaletta llegó al tanatorio y se apresuró a acercarse a ellos en el momento en que les vio.

—Al fin os encuentro, no sabía que esto era tan grande y espantoso, huele a... En fin, ¡qué sitio tan horrible!, por muy mullidos que parezcan estos sillones.

Luca se levantó desganado y se acercó a saludarle.

—Hijo mío, lo siento. —Doménico abrazó a Luca con efusividad alquilada.

—Gracias, papá, si es que lo sientes de verdad.

—No empecemos, Luca, por favor. Te presento a Toni, no le conoces, ¿verdad?

—Bueno, no personalmente, aunque sí por las noticias acerca del canal 12: siempre estáis en el candelero, despellejando a todo hijo de fulano que se siente en ese plató de *¿Dónde me meto?* Se llama así el programa que conduces, ¿no es cierto?

—Lamento su pérdida; su abuelo fue sin duda un gran hombre —susurró Toni, quien no supo qué responder al comentario jocoso de Luca.

Luca se limitó a asentir con la cabeza. No tenía nada en contra de los gays, se trataba simplemente de que no soportaba a su padre. Y entonces observó a su madre, que no les quitaba ojo de encima.

—Ahora os dejo a solas, imagino que tendréis muchas cosas de qué hablar. Saldré a fumar un cigarrillo —dijo Toni con visible nerviosismo y se alejó de ellos a toda prisa.

—Luca, tienes el don del fastidio —dijo Doménico y, dándole la espalda a su hijo, se volvió para saludar a Beatriz—. Cielo, lo siento, sé lo unida que estabas a tu padre. ¿Cómo ha sucedido? Nadie me ha dado una explicación de cómo ha fallecido mi suegro...

—Tu exsuegro, recuerda que ya nada te une a él —matizó Beatriz con énfasis.

—Querida, no seas grosera. Para mí, él siempre será mi querido suegro.

Luca se sentía incómodo en aquel lugar, en aquel sofá y dentro de aquella chaqueta pensada para la ocasión. Su madre le había obligado a vestir así, decía que era lo apropiado. Pam le observaba cuando de nuevo Claudia se interpuso entre ellos.

—Luca, ¿qué hay de tu vida?, ¿tienes novia?

—¿Te interesa mucho mi vida privada?

—Tan borde como siempre. Solo quería saber si hay alguien especial en estos momentos tan duros. Es muy importante que te consuele, que te traiga un café o que te acaricie...

—Cuéntame cosas de ti si quieres, a mí no me apetece hablar.

—¿Sabes que echo de menos tus groserías?

—¿En serio? No decías eso cuando salíamos... Me mandaste a paseo y te fuiste con aquel... ¿cazafortunas?

—No era un cazafortunas. Mi padre lo llamaba así porque en el fondo solo le gustabas tú; decía que eras el yerno perfecto...

—Voy a tomar un café, ¿os apetece algo?

—No, Luca, seguiré charlando con tu padre. Al parecer tiene mucho que contarme sobre ese Toni o como se llame.

Luca miró a Evander. Estaba allí, sentado en un sillón cerca de su madre. Parecía no importarle nada de lo que pasaba a su alrededor, estaba como ensimismado, ausente.

—Evander, ¿te encuentras bien?

—Sí, Luca, gracias. Ahora llevaré a tu madre a tomar algo. Escuchar a este cretino me crispera los nervios, de modo que prefiero meditar sobre cualquier cosa que me haga escapar de aquí, aunque sea con la mente.

—Buena reflexión —dijo Luca al oído de Evander, y este le sonrió.

Luca cogió a Pam de la mano y se dirigieron hacia la cafetería ante la mirada atónita de Claudia.

—¿Sabes algo, Pam?

—¿Qué?

—Evander es mucho más inteligente de lo que parece. Desde luego, tiene que tener las pelotas muy bien puestas para no salirse del tiesto.

—¿Del tiesto dices?, no entiendo esa expresión.

—Vivir con mi madre no es fácil, tiene que quererla muchísimo para no mandar al carajo a todos esos cretinos que la rodean.

—¿Te refieres a que Evander sabe el lugar que ocupa en la familia?

—Exacto —afirmó Luca retirando una silla para que la chica tomase asiento. Después se sentó a su lado y pidió dos Coca-Colas.

—¿Y qué lugar ocupaba esa tal Claudia en tu vida?

Luca le sonrió y dio un sorbo a la bebida.

—Éramos dos adolescentes con ganas de transformarnos en adultos, solo eso, pero no me apetece hablar en estos momentos. Bueno, ni ahora ni nunca, tampoco creo que sea de tu incumbencia.

—Vale, vale, veo que estás nervioso, no tomaré en cuenta esa salida de tono.

Luca se sintió inmediatamente culpable. Pam tenía razón: en esos momentos estaba enfadado con el mundo. Se levantó del asiento en la cafetería, pagó los refrescos y se dirigió a la capilla ardiente donde descansaba el féretro de Mikel Barberá.

Se trataba de una sala fría, a pesar de los bancos de madera, crucifijos, jarrones y velas que ardían derritiendo su propia cera. Pensaba en que al abuelo no le gustaría estar allí, metido en una caja aguardando a ser incinerado. Y recordó cuando siendo niño le enseñó a montar en bicicleta y cuando le llevaba a pasear por el campo. Era un hombre muy ocupado, pero siempre tenía tiempo para él. Entonces le prometió que llegaría hasta el final y que no descansaría hasta conocer la verdad que se escondía tras su muerte.

—De modo que ¿un ataque al corazón, dices? —preguntó Doménico.

—Sí —confirmó Beatriz en el momento en el que Marcos Delafont se acercaba a ellos.

—Cariño, ¡no voy a soportar la pérdida de tu padre!, estoy destrozado, no imagino una vida sin él, sin su constancia, su fuerza... De modo que no puedo ni imaginar cómo estaréis todos... ¿Y decías que ha sido un ataque al corazón?, ¿están seguros los médicos?

—Le decía a Doménico que es exactamente lo que dice el certificado de defunción, pero mi padre nunca padeció ninguna afección cardíaca, ni siquiera taquicardia.

—Pero comía muchísimo, querida. Recuerdo nuestro banquete de bodas, casi se pone malo, quería probarlo todo, una verdadera locura...

—Doménico, deja de decir tonterías, algo debió sentarle mal en aquella ocasión; además, no veo apropiada esta conversación. ¿Por qué no me hablas

de Toni?

—¿Qué quieres que te diga? Ya sabes que lo nuestro fue un flechazo, de otro modo nunca te hubiese dejado —observó mirando a Evander de reojo—. Y eso de trabajar para él es genial: puedo mandar a la mierda a quien me parezca. En fin, es el propietario de la productora, ¿quién se va a negar a hacer mi voluntad?

—Veo que continúas tan vomitivo como siempre —añadió Beatriz.

Doménico abrió los ojos como platos cuando escuchó la risa bobalicona y entrecortada de Marco.

—No convertáis esto en un circo, por favor —suplicó Evander y se levantó de su asiento.

—¿Adónde vas, cariño?

—Te traeré algo de beber, así refrescamos estas conversaciones que caldean demasiado el ambiente.

—¿No te parece un poco descarado ese marido tuyo? —preguntó Doménico observando cómo Evander se alejaba de su lado.

—Me encanta, es sincero, honesto y dice lo que piensa, no como tú, que acostumbras a dar puñaladas por la espalda.

—No empecemos, Beatriz, he venido por ti, pero sobre todo por Luca. ¿Has olvidado que es mi hijo? Mi deber es estar con él, a su lado, en estos duros momentos. Y te recuerdo que no debes mostrarte ordinaria; he traído a mi pareja y espero que no le espantes como a una mosca.

Beatriz se levantó de su asiento y fue a buscar a su marido. Tan solo él le proporcionaba el equilibrio que necesitaba.

Debían esperar al amanecer, solo entonces recogerían las cenizas de su abuelo y las esparcirían en el mar.

* * *

28 de junio de 2015, domingo

La ola del mar fue un leve abultamiento sobre la superficie, como un mantel azul con arrugas. Luca anduvo por la orilla hasta que los pies notaron el frío del agua que le salpicaba los tobillos. El horizonte, tras la línea de su límite, enseñaba una naranja por la mitad que poco a poco se hacía mayor, acompañada de unas nubes bajas intermitentes. Abrió el recipiente y la

polvareda gris se fundió en el agua como un pequeño cardumen de minúsculos peces. Su abuelo acababa de desaparecer como un rápido truco de magia. Notó una punzada en el corazón, corta pero intensa. Pam le miraba a unos metros de él. Algunas gaviotas se acercaron en círculo intentando adivinar algún resto de comida y revolotearon nerviosas alrededor de aquella mancha efímera. Los graznidos eran roncós, desafinados por el ajetreado histrionismo de sus vuelos. Luca miró al cielo. No era devoto de ninguna religión, pero instintivamente alzó la vista. No se sabe si vio algo, pero después de unos instantes de completa contemplación salió despacio del agua y se movió con pequeños saltos, sin moverse del sitio, sobre la apelmazada arena de la orilla, intentando espantar el ligero frío de esa mañana plácida del mes de junio.

* * *

Marcos Delafont había volado la tarde del día anterior de forma expresa desde Madrid a Málaga para asistir al tanatorio donde incineraron a Mikel Barberá. Este siempre había referido a la familia que cuando falleciera tiraran sus cenizas al Mediterráneo, ese mar azul, dócil y maravilloso que había acompañado a su cocina internacional, que le había servido de inspiración y de cómplice para viajar a Grecia, Chipre o Italia buscando nuevos sabores, productos de la tierra y del mar que yacieran como él ahora, esperando ser el condimento de comensales exigentes.

Marcos se ofreció para lo que hiciera falta. Tenían en él a un auténtico amigo, el hermano mayor que Beatriz nunca tuvo, la experiencia que te da la edad, aunque no hagas nada por aprenderla ni buscarla. Los negocios podían seguir su ritmo. Las cosas, cuando se encauzan y se engrasan bien, circulan solas, se deslizan por los raíles por los que han sido dispuestas sin roce ni fricción, y de eso Marcos sabía bastante. La sociedad Barberá & Delafont si por algo se había distinguido, además de por su cocina, altamente valorada, había sido por la estupenda sintonía que habían tenido Mikel y él para organizar y dirigir su negocio, complementando las habilidades de cada uno y disponiendo las directrices de su estrategia comercial con total y absoluta armonía. Podían estar de acuerdo o no en algún momento de aquellos planteamientos iniciales, pero al final sabían transigir el uno o el otro por el bien común de la empresa.

—Lo sé, Marcos, y te lo agradezco —articuló Beatriz con esfuerzo cogiéndole la mano por encima del respaldo del sillón.

Estaba sentada frente al ventanal del salón. Luca y Pam se encontraban frente a ella y Evander y Marcos permanecían de pie, con el gesto apesadumbrado, aunque por motivos distintos.

—No obstante... —Marcos hizo una pausa para asegurarse de captar la atención de todos. Interrumpió con ello aquel silencio de miradas—, hay determinados aspectos que deberíamos tratar, ya que son de máxima urgencia. Comprendo que el momento actual no es el más indicado, pero Mikel, de haberme ocurrido a mí, habría hecho lo mismo. —Hizo otra pausa, y la aprovechó para acercarse una silla y ponerla al lado de Beatriz. Se sentó y continuó hablando, mirándola entonces solo a ella—. Hay que hablar con los medios, debemos estar unidos y demostrarlo. Necesito que me autorices a ser el portavoz y que me cedas plenos derechos sobre las decisiones que tomemos a partir de ahora. Van a ser muy importantes, y no podemos pisar sobre mojado. Cualquier traspie será aprovechado por nuestra competencia y querrán desacreditarnos. No podemos permitirnoslo.

Beatriz le miró y asintió con la cabeza.

Luca se incorporó un poco de su asiento.

—No hace falta correr tanto. Tampoco creo que debas pedirle eso a mi madre. Todavía no sabemos qué dice el testamento de mi abuelo y a quién deja las acciones de la empresa. —Él también hizo una pausa—. Me parece que te precipitas un poco.

Marcos, que había girado la cabeza para mirarle, no supo qué decir y se atropelló para no parecer inoportuno.

—Por supuesto. Podemos darnos una semana de margen, y cuando lo tengamos todo claro tomaremos las decisiones que debamos. Faltaría más, no he querido parecer maleducado.

—No, por Dios..., tú nunca —intervino Beatriz cogiéndole de nuevo la mano. Miró a su hijo como queriéndolo fundir por lo desconsiderado de su comentario.

—Y bien, os dejo. Mi avión sale dentro de un par de horas. Lo dicho, cualquier cosa que necesitéis, estoy a vuestra entera disposición. Ahora descansad, que el día ha sido muy largo. —Se incorporó de la silla, besó a Beatriz en la frente y apretó la mano de Evander, que había permanecido inmóvil junto a la estantería de la biblioteca.

Luca y Pam siguieron sentados cuando lo vieron salir hacia la calle, donde le esperaba un taxi para llevarlo al aeropuerto.

* * *

Beatriz y Evander son ajenos a los acontecimientos. Luca, desde la edad que tiene, parece ser el protector de su madre, cuando debería ser al revés. Ha ocupado el lugar de ella casi de forma imperceptible. Sin forzar la máquina ni hacer ningún tipo de esfuerzo extra. Le sale de forma natural. Y algunas veces se maldice por ello. Le gustaría ser como ella, estar al margen de todo, no solo de la realidad, que es otra de la que ella siempre percibe, depura y vive cada día. Las cosas son siempre más serias, pero a ella llegan indefectiblemente tamizadas, suavizadas por el filtro que él o cualquiera de los que la rodean interponen para no perturbarla, para no sacarla de su estado perpetuo de inconciencia. ¡Y se vive así tan bien!

Capítulo 3

Si los hechos no encajan en la teoría, cambie los hechos

(ALBERT EINSTEIN)

Por el inútil placer de morir rico
MIGUEL DELIBES, *El hereje*

Si por rico se entiende aquel que tiene dinero, yo no lo soy. El que me han dado lo he repartido siempre. No he sido capaz de retenerlo más allá de saber dónde emplearlo. Me parecería a mi madre si hubiese dicho dónde gastarlo, pero distingo lo de emplearlo porque he procurado destinarlo a buenas causas, a aliviar en algo el sufrimiento ajeno, a proveer de alimento y medicinas a niños pequeños que nunca sabrán lo que es el dinero ni el tiempo más allá de unos pocos años, y que solo tendrán la visión de su espacio como el mundo más lejano que les rodea.

Tampoco he tenido nunca la tentación de adherirme al dinero como una hiedra a la pared. Es verdad que todavía no he tenido la oportunidad de ganarlo con mi esfuerzo, con mis cualidades o habilidades, pero no por ello lo he malgastado o no he sabido darle la utilidad que tiene para conseguir cosas. Con la muerte de mi abuelo perderé la dosificación o el suministro mensual de una inagotable cantidad fija y, por el contrario, tendré una importante suma que entrará en mi cuenta corriente de forma sigilosa y espontánea, pero que si no la administro como él me enseñó, me durará poco, puede ser efímera. Aunque los restaurantes sean un canal de ingresos recurrentes que podrán perpetuar un estatus de vida invariable, no quiero dejarme llevar por una situación cómoda que pueda llegar a hacerme indiferente a las desigualdades, a los extremos opuestos de miseria, abandono y marginalidad que siempre me ha gustado aliviar con mi esfuerzo, a sentirme bien con lo que hacía, aunque fuese como una minúscula gota de un llanto multitudinario y altruista que me obligaba a viajar por tierras lejanas, a sentir el miedo a lo desconocido y a lo no aprendido. A vivir como si fuera este el último día. Y eso no se me va a olvidar nunca. Lo escribo hoy para no perder el norte ahora que mi abuelo falta, que ya no está detrás de la comunicación después de marcar un número

de trece dígitos y que ya no lo encontraré siempre a mi disposición, como una farmacia que abre las veinticuatro horas y tiene remedios para todos mis males, los que realmente padezco y aquellos que solo mi mente percibe como sintomáticos de una realidad que no es cierta. Sé que, desde hoy, en el mar Mediterráneo tendré siempre un faro, no sé si a siete grados al norte, porque dependerá de donde yo me encuentre en cada momento, pero será un punto fijo adonde mirar y verme reflejado por lo que hago.

No puedo defraudarte, abuelo.

Sé, por la copia del testamento último que hiciste y que me enviaste a mi correo, que seré el nuevo propietario de una cadena de restaurantes que llevan tu nombre y la firma de tus platos en la carta, aunque los demás todavía no lo sepan y jueguen a repartirse una tarta que no les corresponde.

Hiciste tu último viaje de manera repentina y sin avisar. Acudiste a reunirte con tus abogados en un encuentro improvisado y furtivo. No puede ser algo banal lo que te trajo, como también pienso, y espero no equivocarme, que tu muerte no tuvo nada de natural. Me he jugado el farol de una autopsia y espero no perder. Mi derrota, de no estar en lo cierto, podría tener consecuencias irremediables. Mi madre y su gran amigo Marcos la utilizarían para desbancarme de la dirección, argumentando que soy un joven complicado e inexperto que ve cosas donde no las hay. La opinión pública tendría la carnaza apropiada con mis despojos, y eso sería contraproducente para la empresa.

Por el contrario, si estoy en lo cierto, demostraré que la edad no es un límite o un punto de partida para nada, sino un paso fugaz por el tiempo, que no certifica estar en posesión de la verdad ni carecer de ella según el estadio de vida en el que te encuentres.

Réquiem.

* * *

El automóvil se acercó despacio al recinto. Se detuvo ante la barrera de acceso. El conductor sacó la mano por la ventanilla y entregó las dos entradas para el cine de verano. La película que proyectaban era la de *Torrente 2. Misión en Marbella*. Luca ya la había visto antes, pero no junto a Pam, y aquella noche de estrellas era la oportunidad perfecta para charlar dentro del coche y tener el pretexto de una película para volver a estar a solas con ella.

Las luces de la explanada se apagaron, y en la pantalla preparada para la ocasión se empezó a proyectar el film. Luca enseñó a Pam el botón para reclinar el asiento e hizo lo mismo con el suyo. Habían comprado unos refrescos y un par de hamburguesas. Sin esperar a que avanzara la cinta, desenvolvieron los bocadillos. Eran las diez en punto de la noche. El murmullo del oleaje se había oído antes de que todo se interrumpiera y de que el sonido de la música, puesta a un volumen alto, retumbara solemne.

—Esta película es la mejor de la saga. Santiago Segura, el director y protagonista, se ha hecho de oro con un personaje anacrónico, grotesco, imbécil y chapucero. Las antípodas del héroe de las películas americanas. Quizá por eso guste tanto. Estamos hartos de la importación de lo americano como el *summum* de lo perfecto y de lo bien hecho.

Pam no dijo nada. Tenía un trozo de comida en la boca y bebió un sorbo del contenido de la lata de refresco para ayudarse a tragarlo.

—Tengo el billete de vuelta para pasado mañana.

La frase retumbó más en los oídos de Luca que las voces de la película.

—No había pensado en ello —contestó mientras meditaba cómo continuar—. Podemos cambiarlo, lo dejaremos abierto para más adelante. Mañana mismo llamamos a la agencia y confirmamos el cambio.

—Algún día tendré que volver. —Pam era machacona con el tema.

—Sé que ese día llegará, pero no debemos pensar a tanto plazo. Piensa conmigo solo en lo que haremos después. —Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Apenas nos conocemos de un par de días y han sido cuarenta y ocho horas trágicas. En mi país somos muy fanáticos de los acontecimientos y de cómo empiezan las cosas, las relaciones, los lazos de amistad.

—¿Qué quieres, que sea yo quien le ponga etiqueta a lo nuestro? ¿Es una pregunta capciosa?

—No, ¿ves?, aún no me conoces. Nunca hago ese tipo de preguntas, soy mucho más sana.

—No pretendo conocerte en solo dos días. Ni con el más simple de los individuos sería capaz de hacerlo, y a ti te tengo por una persona mucho más compleja de lo que pueda parecerle a cualquiera. Me gustas físicamente, y por el tiempo que he podido estar contigo entiendo que llegarás a gustarme por dentro.

—Tengo familia en Estados Unidos. A mi padre y a un hermano. Mi madre sigue en México. Algún día la traeré conmigo y podremos estar todos

juntos.

—Si puedo ayudarte en algo...

—No, no puedes. Tampoco lo permitiría. No quiero deberle nada a nadie.

—A mí no me deberías nunca nada. Lo haría de buena gana.

—Yo no soy una finalidad de tu ONG, no estoy en tus estatutos.

Luca la miró fijamente.

—Cuando te oigo hablar así pienso que tú tampoco me conoces. Hablas con resentimiento. Comprendo que vuestra vida allí no haya sido fácil, que no lo sea aún, pero no puedes juzgar a todo el mundo por igual.

Ahora fue ella la que se le acercó para besarle.

—Perdona, a veces hablo más de la cuenta.

Luca sonrió.

—Yo diría que deberías hablar más. Así llegaré a conocerte antes.

—Cambiando de tema: ¿qué voy a hacer yo aquí, ahora que tu abuelo..., que mi jefe ha muerto?

—Tienes contrato con la empresa, supongo...

Ella asintió.

—Pues entonces, ¿qué problema hay? El contrato no se finiquita por la muerte de mi abuelo. Es más, seguro que él querría que me ayudaras y que siguieras a mi lado. ¿No lo crees así?

Ella contestó con una sonrisa.

La cara de Luca cambió de pronto. Pam se alarmó.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó preocupada.

—¡Cómo he podido ser tan tonto!

* * *

29 de junio de 2015, lunes

—Se me han pegado las sábanas —dijo Luca restregándose los ojos con el puño cerrado mientras su madre descorría las cortinas.

—Pam lleva una hora levantada. Ya ha desayunado y está en la piscina nadando desde hace unos veinte minutos.

Beatriz parecía irritada. Hablaba sin mirarle y recogía los cojines del suelo y los echaba encima del colchón con desgana.

Luca desistió de disculparse, sabía que no serviría de nada. Su madre necesitaba muy poco para echarle en cara su nula predisposición para hacer algo.

La luz del sol entraba con fuerza por la ventana. Una imperceptible brisa descansaba sobre un mar inalterado, apacible, sin distinguirse nada de espuma de ninguna ola que rompiera con fuerza en la orilla. Se asomó a verlo y de pie en calzoncillos miró hacia abajo. La silueta de Pam nadando iba de un lugar a otro de la piscina por su extremo más largo sin detenerse; no parecía cansarse. Pensó entonces que él no hacía ningún tipo de ejercicio, y eso le desagradó. Era joven, pero esa negación suya para el deporte ya desde pequeño le pasaría factura de seguir así, y, como otras tantas promesas que repetidamente ya había incumplido, se prometió a sí mismo que andaría, y empezaría desde ya, yendo a pie hasta la comisaría para buscar al inspector Pedro Ugarte.

Desayunó en cinco minutos, algo frugal con un vaso de leche. Pam hacía un momento que había entrado, le dio un beso en la mejilla y notó la piel fresca de la cara. Olía a madreSelva. Parecía que aquel perfume emanara de forma natural de su cuerpo. Se sintió reconfortado hasta que subió para vestirse. Por la escalera la volvió a encontrar, bajando los escalones.

—¡Espérame!, no tardo más de cinco minutos. Me pongo las zapatillas y bajo enseguida.

Pam asintió con esa expresión divertida de chica joven que siempre le acompañaba.

—Todavía no me has dicho qué te pasó anoche por la cabeza, tan de repente. —Pam le hablaba mientras marchaban con paso decidido por el arcén de la carretera.

—Tengo que confirmarlo con el inspector. Para eso vamos a verle. Pero si estoy en lo cierto, nadie nos ha entregado de mi abuelo nada más que la cartera, las llaves, el móvil y el efectivo que llevaba encima.

—Sí, así es.

—Y yo me pregunto: ¿crees capaz a mi abuelo de reunirse con sus abogados en el aeropuerto sin llevar alguna carpeta, un maletín con documentos? Si tenía esa reunión programada era, o para darles algún tipo de papeles, o para que ellos se los dieran sobre algún tema que le preocupaba o que simplemente quería tratar con ellos. Pero ¿dónde están? —Pam, con el silencio, pareció estar de acuerdo con su razonamiento—. Eso explicaría que no fuera una muerte accidental. El asesino se llevó esos documentos mientras

desaparecía de allí, haciendo creer que mi abuelo, con 76 años, sufrió algún tipo de ataque al corazón irreversible.

Luca detuvo el paso, no dejó en ningún momento de mirar al suelo y en ese estado de abstracción dijo:

—No pararé hasta encontrar a los culpables.

Pam le pasó el brazo por la cintura y pegó la cara a su hombro izquierdo.

—Yo estaré contigo. Llevaba poco tiempo con él, pero se portó siempre muy bien conmigo. Es lo menos que puedo hacer, nomás.

—¡Qué bien me suena esa expresión en tus labios! ¿Te parece poco, mexicanita?

La abrazó con ternura.

Estaban en la avenida Severo Ochoa. El cielo era azul celeste claro con ráfagas de blanco, como si se hubiesen echado sobre la superficie con un spray, tamizando el efecto superpuesto de unas nubes en composición. Les quedaba aún por recorrer aproximadamente un kilómetro y medio hasta la comisaría, pero decidieron hacerlo como un paseo. El verano acababa de abrir las puertas y el sol, desde lo más alto, invitaba a estar en la calle.

El doctor García Sáenz le había notificado por correo electrónico el resultado de la autopsia. Era un documento en PDF de quince páginas. En él no hacía valoración alguna de la misma, aunque dejaba abierta una cita entre ambos para comentarla. Luca la estuvo leyendo despacio un par de veces. Había datos que no comprendía, como los canales Na^+ , por ejemplo, aunque otros le eran conocidos, compuestos químicos o fórmulas complejas. La guardó en la nube de su servidor y apagó el portátil. Se asomó a la ventana del apartamento. La humedad del ambiente llegaba hasta la planta superior. El aire olía a marisma, el cambio de viento a levante se había transformado en un temporal que arreciaba en la costa en forma de un tremebundo oleaje que hacía desaparecer el paseo marítimo. El clima había cambiado de forma radical en apenas una hora. Era de esos días de invierno que se incrustan como una astilla en el calendario, fuera de secuencia, ensamblado a la fuerza, como un diente distinto de la cadena natural que certifica de forma no escrita que los días de verano tienen otras características. Notó frío y la piel se le erizó sin motivo aparente. La calefacción estaba apagada y la ventana, cerrada. Debía ser algo interno, una reacción a aquella lectura que le trajo malos augurios. El doctor no había podido explicar los motivos reales de la muerte de su abuelo; había resuelto las consecuencias de un comportamiento anómalo del

organismo, y a partir de él hacía conjeturas para intentar demostrar una teoría: Mikel Barberá había sido envenenado.

No había podido concretar el veneno suministrado ni cómo pudo absorberlo, pero la reacción del organismo y la alteración extrema de los distintos órganos, los tejidos nervioso, muscular y cardíaco, y la explosión posterior, que derivó en un paro cardiorrespiratorio por una hipoxia severa anterior, una secreción abundante de las glándulas sudoríparas, altísimos niveles de acetilcolina, un neurotransmisor, con la consiguiente destrucción de las terminaciones nerviosas, solo podía tener una determinación: una potentísima toxina que provocara trastornos irreversibles del ritmo cardíaco, contracción del impulso nervioso hacia los músculos y descompensación de todos los procesos naturales del organismo, produciendo una convulsión generalizada imposible de reconducir, con micción involuntaria y salivación abundante, que llevaba al organismo a la muerte irremediable en cuestión de segundos. A modo de simple conjetura, el doctor indicaba la derivación deductiva a favor de una batracotoxina, un alcaloide venenoso, o de algunas especies exóticas de plantas que producen digoxina, con unos comportamientos cardiotóxicos similares a los estudiados.

Luca la repasó mentalmente una y mil veces; se le había metido en la cabeza como un discurso que tuviese que memorizar para luego soltarlo de golpe. Aunque quería pensar en otras cosas, aquellas palabras volvían irremediablemente y aparecían como escritas en el aire, sujetas por invisibles hilos que las mantenían ante los ojos y las hacían imposibles de apartar: paro cardíaco, hipoxia, acetilcolina, micción involuntaria, sudoración excesiva, batracotoxina...

Se alejó de la ventana como queriendo evitarlas; quizá dentro, aquellas palabras no se atreverían a aparecer ante sus ojos. Bajó las escaleras ausente. Los escalones se sucedían de forma interminable, todos iguales, y los pasos parecían automáticos. Él no los provocaba, eran ajenos a él, pero movían su cuerpo. Los bajó con la misma cadencia hasta que llegó a la entreplanta. La casa parecía abandonada, los muebles eran los únicos testigos de su paso avanzando hacia la calle, las paredes le dirigían hacia la puerta de salida, y él avanzaba. De pronto, esa preciosa voz le despertó del letargo.

—Luca, ¿te ocurre algo?

Levantó la mirada y le pareció tan bonita... Tenía un bikini celeste que pintaba en dos trozos una piel extremadamente blanca. Daba una apariencia resbalosa, seguramente se habría echado protector solar. Un día como el de

hoy, tan ventoso... No cabía la menor duda de que Pam se parecía a él en lo estrambótico.

—Ahora te cuento. —La voz salió sola, el aire empujó las cuerdas vocales y encontró las letras correctas—. ¿Vienes conmigo?

Pam no dudó un instante.

—Iba a tumbarme en la hamaca, pero espérame cinco minutos a que me cambie; me pongo cualquier cosa. Nada de maquillaje, te lo prometo.

Luca articuló una sonrisa automática.

—¡Vale!, no tardes.

* * *

Aunque el doctor Sáenz le había enviado el correo bien temprano, él no lo abrió hasta pasadas las once y media de la mañana, justo después de llegar a casa y recibir la confirmación del inspector Ugarte de que no había más documentación que entregarle, que su abuelo no portaba ningún otro documento, carpeta, maletín ni objeto, más allá de los que ya le entregaron en su momento. Él no insinuó nada durante la charla con el inspector, pero ahora que le habían confirmado una muerte violenta, aunque hubiese sido tan aparentemente silenciosa como la que le provocaron a su abuelo con la absorción del veneno, le quedó claro que debía interponer una denuncia, para lo que debía volver a ver al inspector jefe.

Mientras esperaba a Pam, hizo una llamada.

—¿Doctor Sáenz? Hola, soy Luca. He leído la autopsia. Por un lado, lamento estar en lo cierto: hubiese preferido que la realidad me hubiese dicho otra cosa, que mi abuelo dejó de existir porque su maquinaria dejó de moverse, que no quería continuar, que se negaba a dar un paso más. —Unas lágrimas cayeron por sus mejillas, aunque en principio no afectaron a su voz—. Esto, en el fondo, me duele. Pensar que a mi abuelo alguien no lo quería, desde el punto de vista afectivo, que lo quisiese exterminar, provocándole un dolor terrible, me llena de amargura.

Luis había permanecido en silencio escuchándole atentamente.

—No te puedes martirizar por ello. Debes pensar que gracias a tu intuición se podrá demostrar que tu abuelo no murió de forma natural. Está claro que lo mataron. En principio no sabemos si voluntariamente o no. Pudo ser un accidente o un homicidio involuntario. Como decía Einstein, «la única

cosa realmente valiosa es la intuición», y tú acabas de demostrarlo. Tu abuelo debía estar muy orgulloso de tener un nieto como tú. Pascual me ha hablado mucho de ti, y no tiene nada más que palabras de admiración. Es gratificante encontrar en un joven de tu edad tantos valores positivos. Centrándonos en el tema, ten en cuenta que en los aeropuertos se trafica con todo tipo de especies animales que se transportan de los países sudamericanos y asiáticos, y existe un mercado muy lucrativo y de difícil extinción. El que portara a este animal tal vez no conociera a tu abuelo de nada, podía llevarlo oculto encima y pudo contagiarse por simple mala suerte. El contacto accidental puede ser algo factible. Si pensamos que la muerte le sobrevino en un aseo público, con un trasiego elevado de personas que provienen de innumerables países, la teoría puede cuadrar.

La voz de Luca sonó entonces como una sentencia.

—Utilizando también a Einstein, «si los hechos no cuadran con la teoría, cambie los hechos». Si mi abuelo falleció por un fatal accidente, ¿por qué ha desaparecido la carpeta de documentos que llevaba encima? Sin embargo, la cartera con las tarjetas y el dinero, no. Alguien debía conocer el contenido de esos papeles, o, por lo menos, temía que en ellos se dijera algo muy importante en su contra.

El médico desconocía ese aspecto que Luca le había comentado.

—En ese caso, tienes motivos suficientes para pensar de ese modo. He enviado una copia de la autopsia al juzgado y al forense, pero yo que tú no perdía un instante en poner la correspondiente denuncia ante la policía aportando los datos que me has comentado. No está de más que lleven a cabo una exhaustiva investigación. Hay indicios suficientes para pensar que puede esconderse un asesinato detrás de todo esto.

Pam acababa de bajar. El pelo se lo había peinado convenientemente. Se había puesto una blusa amarilla y una minifalda lisa de color marrón. Y estaba de pie esperando a que Luca terminara de hablar, no sabía con quién.

—Gracias, doctor, le mantendré informado.

—¿Hablabas con el doctor Sáenz?

—Sí, me envió las conclusiones de la autopsia hace una media hora.

—¿Y a qué esperabas para contármelo? —La cara de Pam se puso tensa como el elástico de un tirachinas, y Luca temió que le lanzara algo.

—Esperaba contártelo en el coche. No quiero que lo sepa nadie más. Debe ser nuestro secreto. No quiero levantar sospechas. El que lo haya matado debe seguir tranquilo...

—¿Matado? —La voz de Pam sonó como un timbre que hubiese salido de la nada. Luca se apresuró a taparle la boca con la mano.

—¡Chiss!, al final lo va a saber hasta el tato.

Después de un par de minutos, habían abandonado la casa y subido al vehículo. Mientras anclaba el cinturón, Luca continuó la conversación.

—El doctor no sabe exactamente qué veneno utilizaron. No hay evidencias en el cuerpo, pero sí las consecuencias de que se utilizó. Él cree que la muerte pudo producirse por contagio de forma accidental, pero yo no lo creo. Un animal venenoso no lo toca uno así como así. Debieron verter el veneno en algún sitio o introducirlo directamente en el cuerpo de mi abuelo con una aguja o algo parecido.

Pam seguía con la cara de asombro. Se la había tapado parcialmente con las dos manos y así seguía cuando Luca condujo por las calles de Marbella rumbo a la comisaría.

—¡No puede ser cierto!

—Sé que llevabas poco tiempo con él, pero ¿te hizo alguna vez algún comentario u oíste algo que te hiciera pensar que alguien quisiera matarlo? ¿O que se sintiera amenazado?

—No, rotundamente no. Si tu abuelo pensaba hacer algo, lo guardaba bien en secreto. Cuando vine con él, pensé que venía a veros y que lo de reunirse con sus abogados era algo circunstancial aprovechando el viaje. Ahora puedo pensar que podría ser algo más complejo.

—Creo que estás en lo cierto. Podríamos poner una agencia de detectives. Spaletta y...

—Vargas Cuadrado.

—Spaletta y el Círculo Cuadrado, detectives.

Pam sonrió.

—Vosotros los hombres y el machismo, ¿por qué siempre tenéis que ir delante?

—Porque si no os perdéis. Nacisteis con muchas virtudes, pero totalmente desorientadas. Después del primer giro ya no encontráis el camino de regreso —dijo Luca irónico.

Pam frunció los labios y le dio encorajinada un manotazo en el hombro.

—¡Que voy conduciendo!

—Que voy conduciendo... No sé cómo puedes hablar y conducir, si los hombres no sois capaces de hacer dos cosas al mismo tiempo.

Luca la miró y le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Después de poner la denuncia, tenemos que localizar el bufete de abogados. Ellos deben saber algo.

Era la una menos cuarto del mediodía. El cielo abrió la capota gris con la que había amanecido y unos destellos de somnolencia dejaron ver el sol, majestuoso como la luz intermitente de unos bostezos, cuando las nubes se interponían veloces cruzando delante de él en su viaje precipitado a alguna parte.

Luca la abrazó cuando se bajaron del coche en la avenida de Blas Infante de Málaga. Puso la mano en su cintura, determinó con una leve presión el acantilado de las caderas y pensó en «un lugar mágico donde detenerse», y con el balanceo de los pasos, la acompañó sujeta por ese espacio inabarcable, donde todo empieza y nada termina, cuando no se puede mover mucho la mano. Ella le devolvió el abrazo, y el corto paseo hasta la comisaría fue el aperitivo de algo que habría que continuar en algún momento, seguramente en otro lugar, en un sitio recogido, donde los minutos no tengan necesariamente que contarse ni medirse y las horas pasen sin darse uno cuenta. Ahora estaban trabajando. Eran los primeros trámites de una improvisada investigación que habían iniciado como la pareja de inexpertos e imberbes detectives que habían constituido una sociedad tácita con el fin de estar juntos el mayor tiempo posible. Tenían en común el cariño y el aprecio a su abuelo, y la atracción física y el primer deseo juvenil que empezaban a experimentar, por lo menos él. De ella no sabía nada a ese respecto, aunque no le importaba en absoluto. Ahora estaba con él, y ojalá siguiera así por mucho tiempo.

Era eso lo que sentía en ese momento, a esa edad en la que parece que las cosas se hacen para toda la vida y todo lo que se empieza se vive con tanta intensidad que da la impresión de que no va a terminar nunca, en la que la trascendencia con la que suceden es directamente proporcional al cambio de rumbo que toman las decisiones más simples, en la que se quiere tener conciencia de una madurez que es un espejismo de lo que de forma real se demuestra, y en la que la inconstancia se muestra con mayor relevancia que nunca, sin ser síntoma alguno de defecto psíquico, sino más bien de un estado natural de la adolescencia, en la que todo está por conformarse de forma definitiva y en la que todo se lleva a los extremos, se sube y se baja en la escala de los impulsos y los deseos, de lo que quiero y detesto, de lo que me gusta y no me gusta; y lo defiendo con todas mis fuerzas, me rebelo contra lo que oprime mi voluntad como si en ello me fuera la vida, y lo defiendo a capa y espada, me enfado, esgrimo un argumento que para mí resulta irrefutable, tan

irrompible como mi voluntad para decidir lo que me pongo, cómo me visto o cómo me comporto; copio ideas de otros que hago mías, porque se adaptan a mi estilo, ese que está por configurar y que en algún otro momento, más tarde, cuando el tiempo pase inexorable, repudiaré por parecerme distante, que no me representaba, que no me iba, y que nunca llegaré a comprender cómo, en ese instante de mi vida, llegué a tomar prestado y lo hice mío, y no solo eso: me definió durante un tiempo, sin necesidad de hablar, de decir nada al respecto, tan solo porque seguí la moda, la que la publicidad impone en cada momento, y me hizo sentir al mismo tiempo personal e intransferible, como las tarjetas de crédito, cuando en realidad no tenía crédito alguno, porque, a fin de cuentas, no había hecho nada extraordinario, era uno más que a los veintipocos años aspira a ser alguien distinto.

No fue difícil encontrar a Pedro Ugarte. Estaba de servicio y tuvieron que esperarlo hasta las dos de la tarde. Durante ese tiempo de espera pusieron la denuncia ante la sargento Irene Bermúdez, una muchacha rubia de unos 30 años, acento gallego y una tranquilidad pasmosa. La narración de los hechos, las sospechas, el resultado de la autopsia..., todo fue descrito y adjuntado al parte. Desde el móvil, accedió al correo del doctor Sáenz y lo reenvió al *e-mail* de Bermúdez. Cuando terminaron, el estómago le dio señales de estar en reserva y decidieron acercarse a un bar cercano. La gente abarrotaba el recinto. Algunos esperaban fuera a ser atendidos como si no pudiesen ir a otro sitio. Debían poner buenas tapas y aquel hecho les hizo esperar también sobre un enorme barril pintado de negro que servía de improvisada mesa.

Después de un par de botellines y dos o tres tapas caseras, el timbre del móvil le avisó de que el inspector Pedro Ugarte había terminado el servicio y les esperaba a las puertas del edificio de comisaría.

—Buenas tardes, inspector. —Luca se adelantó y le extendió la mano a modo de saludo.

—Buenas, ¿qué les trae por aquí? —La voz del inspector era cordial.

—Al final pude conseguir una autopsia. Los datos son reveladores: mi abuelo murió por envenenamiento.

La expresión del rostro de Pedro Ugarte se tornó áspera.

—¡Vaya sorpresa!

Luca no le dejó continuar, tenía esa costumbre de adelantarse en sus comentarios.

—Acabamos de poner una denuncia. El doctor que la realizó ha enviado también una copia al juzgado y al forense.

—¿Nosotros tenemos una?

—Sí, la sargento Bermúdez la tiene en su correo.

El inspector resopló fuerte. Se había acostumbrado a hacerlo mientras pensaba.

—Bueno, nos pondremos manos a la obra. Ahora mismo hablo con el comisario principal para que me asigne el caso. Estamos en contacto. —
Extrajo una tarjeta del bolsillo y se la entregó a Luca. Él hizo una llamada al número de la tarjeta para que Ugarte tuviera registrado el suyo.

—Le doy las gracias por todo.

El inspector hizo un gesto de complicidad mirando a ambos y se dio la vuelta para entrar nuevamente al edificio.

Luca la miró. Ella le cogió de la mano y aplastó dulcemente la cara en su hombro.

—Estoy algo asustada, cómo no.

Luca la miró de nuevo y volvió a escapársele una sonrisa.

* * *

Sobre la mesa de su habitación, libre de papeles y libros, puso un par de folios y un bolígrafo azul de propaganda. Se sentaron los dos en torno a ella después de echar el pestillo a la puerta.

—Vamos a apuntar los datos que tenemos hasta ahora. —Luca hizo una pausa, luego continuó hablando—. Hasta que no se lea el testamento y tenga plenos poderes para gestionar la empresa, no podré solicitar datos contables, análisis de la situación financiera y cosas por el estilo. De momento, tengo que esperar.

—¡Bueno, nomás!, tenemos que empezar por lo que sabemos. —Pam se acercó el papel con diligencia y comenzó a anotar.

—Primero: envenenamiento, segundo: reunión con abogados, tercero: documentación perdida, cuarto: abuelo oculta reunión, ¿motivos?, y quinto, y no menos importante: no le había dicho a nadie que venía a España por cuatro días.

Luca la miraba pensativo.

—Si necesitas ayuda me llamas...

—Pam sonrió mientras mordía el capuchón de plástico del bolígrafo.

Luca se le acercó, le apartó con la mano el boli y la besó en los labios.

—Podíamos hacer una pausa.

—Acabamos... de empezar —acertó a decir ella aún con los labios de él apretando los suyos.

—Pero he perdido la concentración —dijo Luca mientras la mano derecha pareció dirigirse por sí sola hacia el seno izquierdo de ella.

Pam la interceptó por el camino. Seguramente venía equipada con el radar de seguimiento que portan de serie las mujeres o leyó la neurona de Luca. Él entonces hizo un cambio de estrategia. Avanzó la otra mano con tal rapidez que llegó a su destino antes de que un misil tierra-aire la interceptara. Ella ya no hizo ningún gesto y le dejó que apretara y soltara la presión por encima del sostén. Le apartó después empujando con las dos manos sobre el pecho de él.

—¿Sientes algo hurgando encima del sujetador? —dijo al tiempo que se desabotonaba la blusa con habilidad.

—Mucho mejor así, dónde va a parar —dijo él con los ojos abiertos como platos.

Ella soltó el enganche posterior y dejó caer el sujetador sobre la mesa.

Él se lanzó con las dos manos abiertas como queriendo coger el mayor número de billetes de quinientos. Al instante, los senos de ella habían desaparecido de la vista. El tacto de esa parte de la piel y de esa forma extremadamente bien definida del cuerpo de ella le hizo sentir una descarga eléctrica que le recorrió entero hasta la toma de tierra que tenía entre las piernas.

* * *

Entrando en la página web de la compañía aérea, consiguieron cambiar el billete de vuelta para Nueva York. Con un simple clic y la introducción de la numeración del talonario, el sistema dio varias opciones. La de canje por un billete abierto costaba 289 dólares. Luca rellenó las casillas con los dígitos de su tarjeta y a los dos minutos de comunicación dieron por concluida la transacción. La operación había finalizado correctamente.

—Espero que te quedes mucho tiempo aquí conmigo.

—No lo sé, tengo a mis padres en Norteamérica, cada uno en una punta del mapa. Necesito verlos, estoy muy ligada a ellos.

—Yo no sé lo que es eso. Por mí, puedo estar meses en un sitio sin echar de menos ningún lazo familiar. Las redes son lo más cercano y frío que conozco de los vínculos maternos. Es nuestra forma de relacionarnos y comunicarnos entre nosotros. Cuando estamos juntos seguimos teniendo contacto por hilos eléctricos, parece que nos vamos dando pequeñas descargas de forma permanente.

—Vuestra relación es atípica, y yo no tengo la culpa. En mi país es habitual besarnos y abrazarnos. Nada de lo que nos digamos o nos hagamos los unos a los otros puede causar un dolor incurable. La familia es lo único que nos mantiene unidos a la tierra y a nuestros antepasados.

—Me parece muy bien, pero yo también estoy en la tierra, espero que no lo olvides.

—No seas tonto. —Pam le dio un prolongado beso en los labios.

* * *

30 de junio de 2015, martes

Veo a mi madre en el centro de la cocina, ordenando el tráfico como si fuese un municipal, dando instrucciones que no sé bien si alguien oye o es que simplemente conocen de sobra lo que hay que hacer cada día, de forma repetitiva, como un villancico en Navidad: siempre son los mismos. Nadie improvisa algo nuevo. No sé quién fue el último en escribir uno. Debió encerrarse en algún manicomio después de hacerlo. Lo mejor será que no entremos a valorar las letras porque podíamos terminar pidiendo nosotros también asilo en alguno.

Evander camina con la cabeza cabizbaja. Nunca sé si en plena meditación creativa o para que la cornamenta no arañe los quicios de las puertas. Cuando en alguna ocasión lo he visto con la cabeza ladeada pintando un cuadro, he llegado a pensar que tiene que tener un pitón astillado. Lo debe castigar en el burladero, del que nunca sale ni para gritar. Es un ser monótono; sin duda, el mejor instrumento decorativo de esta casa que bosteza mediocridad y desidia. Nunca bajan a la playa y apenas utilizan la piscina. Parece un decorado más que hay que mantener limpio. Solo Pam, desde que ha venido, la utiliza durante media hora para sus largos, que parecen no cansarla nunca. Yo la acompaño algunas veces, aunque a los diez minutos me quede a mitad de

camino como un improvisado islote que antes no existía. Cada vez que se cruza delante de mí, le pellizco el culo bajo el agua cuando nada de espaldas, torpedeando sus ejercicios, pero apenas se inmuta. Es muy constante en todo lo que hace. Yo soy el ser más cambiante que haya conocido nunca. Me refiero a las cosas menos importantes, a lo que verdaderamente hago por distracción.

* * *

Pedro Ugarte estuvo pensativo un largo rato. Tenía que organizar al equipo y no dar palos de ciego o saltar de una línea de investigación a otra. Había colgado en el mural de la pared, sobre un inmenso pliego en blanco, las hipótesis del caso. Con un rotulador negro había puesto a mano alzada los nombres de las personas que se habían relacionado con la víctima en las últimas veinticuatro horas. Había hecho un barrido de las llamadas que se habían realizado desde el móvil. Llevaría su tiempo solicitar al juez una comisión rogatoria para que hicieran lo mismo sobre los teléfonos particulares de la víctima en Estados Unidos. Era otro inconveniente que había que salvar.

El comisario principal le había asignado ese mismo día a dos agentes para labores de apoyo: Juan Sarasola y Roberto Urrutia. Había mucha gente de baja por enfermedad, asuntos propios o vacaciones. Era algo que solía ocurrir en época estival, por lo que el personal en activo apenas alcanzaba para cubrir decentemente los casos abiertos y la simple rutina diaria.

Los había mandado al aeropuerto para solicitar las cintas de grabación del acceso a los aseos. Dentro de ellos estaba prohibido grabar por una simple cuestión de protección de la intimidad de las personas. Pero lo habían llamado para darle la primera mala noticia: las cintas habían sido borradas, ya que el sistema grababa indefinidamente sobre la grabación anterior. Se maldijo por la tardanza en reaccionar. «Muerte natural. Los cojones del forense», se decía una y otra vez cuando algo se torcía.

Habían enviado a un equipo de la policía científica a revisar los conductos de ventilación de los aseos, los dispensadores de jabón y los sanitarios. No habían tenido más remedio que mantenerlos cerrados de forma preventiva hasta que terminaran de hacer su trabajo. Habían actuado tarde, pero debían seguir el protocolo aunque hubiesen pasado unos días.

Nadie del personal de mantenimiento del aeropuerto, guardas de seguridad o taxistas habían visto nada anormal ese día. Si alguno lo había

reconocido era por haberlo visto esperando solo en el vestíbulo de llegadas nacionales de la terminal 3. Por lo demás, la gente movía la cabeza negando reconocerlo, y mucho menos acompañado de alguien sospechoso o en actitud extraña a su lado. Alguno había comentado que le resultó conocido: «Sí, hombre, este es el tertuliano ese del programa de política. Ay, cuál es su nombre..., si a mi mujer le cae fatal».

Siguió mirando el tablón de la pared. En ningún caso anterior había sentido esa sensación de estar perdido. Ni siquiera podía estar seguro de que el que quisiera matar no lo hiciera de forma indiscriminada, sin conocer a las víctimas. En su dilatada carrera había tenido que ver sucesos que pondrían los pelos de punta a cualquiera. Gente desalmada que no le daba valor alguno a la vida ajena, que se ensañaba con las víctimas, las descuartizaba o les prendía fuego. Y el detonante muchas veces era una simple discusión en la calle o en un bar: que le habían mirado mal, que no habían saludado al entrar, una prostituta que había querido cobrarle por una mamada, que le había clavado los dientes en el miembro o cosas parecidas.

Ni siquiera tenían un móvil.

Enseguida descolgó el teléfono y realizó una llamada.

—¿Señor Spaletta? Soy Pedro Ugarte, perdone que le moleste... He caído en la cuenta de que entre las pertenencias de su abuelo no encontraron ningún móvil. ¿Sabe usted si solía llevarlo habitualmente?

—Espere un momento. —Luca puso la mano derecha sobre el auricular y le hizo esa misma pregunta a Pam, que estaba a su lado. Después de unos segundos le respondió.

—Señor Ugarte..., me confirma Pam que había recibido hacía un mes aproximadamente uno de regalo, por su aniversario. Uno de esos grandes Smartphone de ahora. Pam no sabe el modelo, pero Delafont se lo envió por mensajería junto a una tarjeta de felicitación. Lo llevaba siempre consigo.

—Es extraño. De haberlo llevado, tenía que haber estado allí, junto a él. ¿Conoce el número?

—Un momento... Tome nota...

El inspector anotó el número y se despidió de forma cortés.

Habían descartado investigar a la otra víctima porque el resultado de su muerte no estaba del todo justificado. Se trataba a todas luces de una mula. Un ajuste de cuentas habría sido llevado a cabo de otra manera. No necesitaban ser tan sutiles como para dejarle un veneno a mano y las cápsulas de droga en la cavidad abdominal. Había infinidad de formas de acabar con él, pero

ninguna se parecía a aquella. Tuvo que ser una consecuencia, como dicen los políticos y los altos mandos militares para justificar su desprecio a la vida de los demás en los bombardeos que provocan muertes de inocentes. «Efectos colaterales», aunque este, de inocente tenía poco.

Recordaba un episodio de un programa estadounidense de crímenes imperfectos donde se narraba el caso de la esposa de un enfermo que tomaba habitualmente unas determinadas pastillas. Elaboró un maquiavélico plan para asesinarle. Recurrió a llenar el frasco con un potente veneno, pero para que no fuera tan fácil sospechar de ella, compró otros tres envases del mismo medicamento. Después de rellenarlos con el veneno, los volvió a dejar en la estantería del supermercado donde los vendían. No solo falleció su esposo, sino que otras dos personas corrieron la misma suerte. En un principio, sospecharon que en la cadena de producción pudo haber ocurrido un error fatal, o que un empleado de la fábrica, resentido con ella, hubiese querido hundirla contaminando las pastillas antes de ser envasadas. La descubrieron porque la señora, al rellenar los tarros, arrastró sin querer las bolitas de un producto que se usaba para limpiar los acuarios. El único familiar de las víctimas que tenía uno en casa era ella.

En la investigación del caso, si habían dado con un loco que experimentaba nuevas formas de distraerse, lo iban a tener crudo. No habría posibilidad de trazar lazos de unión si no estaba fichado por la policía, y, sinceramente, aquella forma de proceder era nueva para ellos.

Había ordenado a Irene que elaborara un listado de organizaciones, organismos de investigación, terrarios y demás centros que trabajasen con animales pequeños mortalmente venenosos para el ser humano. Debían centrarse en los que fuesen autóctonos de Sudamérica, principalmente Centroamérica y América del Sur, y más en concreto los que tuviesen ejemplares de anfibios. Querían determinar si alguno de ellos había sufrido algún robo, pérdida de animal o cualquier otra causa que hiciese posible que el veneno hubiese caído en manos no autorizadas.

La tarea se antojaba ardua y laboriosa, pero no tenían más remedio que abrir un amplio círculo para poder posteriormente ir cerrándolo con un poco de suerte.

* * *

Evander había decidido, *motu proprio*, dejar de pintar modelos humanos del natural. Primero, porque había cambiado de técnica. A partir de ahora sería otro pintor más que abusara del abstracto como fuente de inspiración. Y segundo, porque no quería verlos merodear por su casa como potenciales rivales amorosos de una Beatriz promiscua, tremendamente sensual y proclive a las relaciones sexuales o al cortejo forzoso, que desde una posición económica holgada forzara a los jóvenes, treinta años menores que ella, a decir o hacer cosas que por propia iniciativa no querrían.

Evander sabía que, con la muerte de su suegro, Beatriz sería la principal heredera de un importante patrimonio económico. Y si había estado a su lado durante tantos años, no podía exponerse ahora a perderla o a que otro fuera el que ocupara su corazón y, por extensión, disfrutara a la larga de sus bienes.

Estaba decidido a reconquistarla. Tenía que hacerlo de forma sutil y romántica. Para eso, primero tenía que cambiar. Dedicarle horas de atención diaria, estar menos tiempo con sus cuadros, estar pendiente de los más mínimos detalles. Partía con la ventaja de que ya desde hacía años la quería muchísimo, quizá demasiado para el comportamiento fuera de lo normal a que había dado pie con su pasividad. Pero eso iba a desaparecer. Los ligues tenían las horas contadas. Los flirteos serían cosa del pasado. Raúl Cebrián sería a partir de ahora solo una imagen en los medios de comunicación. A él no le gustaba el fútbol y la única relación que tenían era la de haber compartido a la misma mujer. Pero eso se iba a acabar. Iría a buscarle, le plantaría cara, le diría dos cosas bien dichas y le demostraría a ese elemento que la vida es algo más que vagar por ella haciendo daño a personas honestas. Beatriz se merecía a un hombre a su lado y no tendría mejor propuesta que él. Se lo demostraría cada día del resto de su vida. El nuevo Evander Larsson acababa de nacer, con la edad de ahora, con las cualidades innatas de un hombre enamorado, pero con las ganas renovadas de hacer feliz a su esposa.

Lo dejó escrito en su diario, en el mismo lugar en el que años antes había empezado a escribir sobre sus frustraciones, no solo como persona, sino también como artista incomprendido que no vendía un solo cuadro y que se compadecía siempre de sí mismo como única salida a la huida cobarde de resignarse a todo y seguir deambulando sin rechistar, sin quejarse de nada ni defender lo que era suyo: el amor de su mujer y su cuerpo, que en otro momento, seguramente al principio de su relación, pensó que eran inviolables, que irían con él como adheridos a la piel, a sus estados de ánimo, a sus sueños y deseos de convertirse en alguien que sobrepasara al Evander dependiente

económicamente de su mujer. Pero si esto último todavía no había sucedido, no iba a permitir por más tiempo que su mujer fuese objeto de la lascivia de otros hombres que solo la veían como un cuerpo hermoso fácil de conseguir.

Se puso de pie y, furioso como un oso polar, resopló con fuerza. Se quiso quitar de encima esa fina película de dejadez, de desidia. Cerró el portátil y, enérgico, con renovadas fuerzas, se fue a buscar a su mujer. La seguía queriendo más que nunca. Si de algo estaba seguro era de que en eso no había interés económico alguno, era una verdad irrefutable que quería defender y conservar a toda costa.

Abandonó la habitación dando un portazo tras él.

—¿Qué demonios te sucede?

—¡Ah, Beatriz, eres tú!

—¿A qué viene esa cara de sorpresa?

—Sabes que disfruto de tu presencia, haces que mis días turbulentos se difuminen... y que mi enojo desaparezca.

Evander se acercó a ella y la abrazó.

—¿Qué es eso que te sucede tan grave? Conozco esa cara y esa afición tuya a hacer poesía cuando te deprimes... —sonrió buscando los ojos de su marido.

—He recibido un correo de esos malditos japoneses. Dicen que no les va nada tanto hiperrealismo, que no les interesan mis pinturas. Y, a pesar de que acabo de abandonar ese estilo en el que mi esfuerzo jamás se ha visto recompensado, duele, y mucho.

Evander cogió de la mano a Beatriz y la condujo hasta el taller de trabajo.

—¿En serio vas a dejar de pintar?

—No he dicho eso, es solo que voy a dedicarme a lo abstracto. Sabes que adoro las tendencias de vanguardia y acabo de iniciar una renovación total de mi pintura.

—¿Estás seguro? Pero si tú has criticado en infinidad de ocasiones ese estilo tan...

—Pero jamás he rechazado a Kandinsky o Boccioni, por ejemplo. Acabo de encontrar un estilo que me fascina, en el que me sumerjo y dejo vagar mi imaginación. Ven, deseo mostrarte algo.

Evander retiró el suave tejido que cubría su nueva obra y dejó al descubierto la magnificencia de una pintura en la que, sobre un fondo claro, flotaban dispersas formas abstractas de colores brillantes que parecían querer

escapar del lienzo y que reflejaban con exquisita brillantez el estado anímico del autor. Era mágica, había decepción, pero también fuerza, esperanza.

Beatriz la contemplaba con admiración, miraba a su marido y a la pintura de manera alternativa, incapaz de reaccionar.

—¿No vas a decir nada? —cuestionó al cabo de algunos minutos de silencio.

—Es realmente sublime, no tengo palabras para expresar la impresión que me causa. Refleja movimiento, tiene vida, deseo. Sin duda es tu alma la que veo reflejada en ella, el mismo sentimiento que me conquistó.

Evander la abrazó y se fundieron en un beso.

—Gracias, Beatriz. Si tú la apruebas me doy por satisfecho. No quiero a partir de ahora referencias del mundo exterior. Solo abstracción lírica.

—¡Me gusta!, ¡muchísimo! Triunfarás, te lo mereces. Siempre logras sorprenderme. Cuando creo que te conozco como la palma de mi mano, llegas y lo vuelves a hacer.

—Me alegro de ser yo quien te sorprenda, y me alegro de ser yo quien comparta tus silencios y tu explosión de alegría, tus miedos, tus fantasías...

Beatriz rodeó con los brazos el cuello de Evander y acercó los labios para besarle.

—Te quiero, Evander —le susurró en la boca.

Y se dejaron caer en el sofá, el fiel y mudo espectador de sus encuentros, y se amaron.

Evander adoraba deslizar las manos, los labios, la lengua sobre el cuerpo de Beatriz, contemplar cómo se estremecía de placer cuando la poseía y ella se sentía amada, respetada, adorada. Un placer al que no quería ni podía renunciar.

Y amándose, el tiempo entre aquellas paredes se detuvo.

—¿Cuándo lo has decidido? —preguntó Beatriz después de recobrar la calma tras la excitación de ese encuentro furtivo en el que se habían entregado a la pasión. Evander, aferrado a ella, aspiraba el aroma de su piel.

—Verás, pensaba en nosotros, en esto que acaba de ocurrir ahora. Amarte es lo más maravilloso que me ha sucedido nunca, y lo sabes. Hace unos días recordaba la primera vez que te vi, tu cuerpo, tu sonrisa, esa tan especial con sabor a sueños...

—Continúa, hoy estoy redescubriendo tu lado más poético —sonrió sin dejar de acariciarle el rostro.

—Me hallaba totalmente abstraído, impregnado de ese sentimiento que me provocas, y necesitaba plasmarlo. Busco emocionar a quien contemple mi obra, que vibre; que la imaginación vuele, se le pierda entre pinceladas que hablan.

—Pues lo has conseguido. Sabes que no soy nada romántica, ni crítica en arte, pero transmites, Evander. Créeme, de eso estoy segura. En cuanto tengas algunas pinturas más, organizaremos una exposición. Parece que estoy viendo las miradas de sorpresa... y de envidia...

—No he acabado... Quiero proponerte algo y necesito que me escuches; después tómate el tiempo que creas oportuno para pensarlo antes de darme una respuesta.

—Adelante, te escucho.

—No quiero ver en casa a nadie, ya sabes a quiénes me refiero, a esos personajes que no forman parte de nuestro mundo y que hasta ahora deambulan por nuestras vidas porque tienen la puerta abierta y entran y salen. ¿Qué nos aportan, Beatriz?, ¿unos minutos de placer extra? A veces ni siquiera eso, créeme; al menos esa es la sensación que tengo.

Beatriz guardó silencio. Se incorporó del sofá y se vistió pensativa. Después fue a asomarse a la ventana y perdió la vista en el paisaje. Meditaba la propuesta de su marido. Se conocía muy bien y, de aceptar, se convertiría en el mayor reto de su vida.

—Evander —se atrevió a hablar al fin—, llevamos años con este estilo de vida libre, nos ha ido bien hasta ahora, continuamos juntos. ¿Por qué de repente...? Suponíamos que esa libertad era necesaria para...

—Estoy cansado —la interrumpió—, cansado de compartirte, de que me compartas, ya no somos unos niños, no está bien, ¿no te parece? Tengo la sensación de que camino de puntillas por la vida. Las chicas que me llevo a la cama podrían ser mis hijas, y, si me apuras, incluso mis nietas.

—No sé. —Beatriz tomó asiento de nuevo—. ¿Me ves mayor?, ¿se trata de eso? Siempre he pensado que las buscas tan jóvenes porque las mujeres maduras no te atraemos lo más mínimo.

—No digas eso nunca. Eres preciosa, siempre lo serás. Mis ojos te ven igual que a aquella muchacha que llegó una mañana a la playa y corría alocada, mojándose los pies. Esa es mi mejor pintura, mi obra sublime, la que retengo en la memoria y que atesoro para que me acompañe siempre, esa que nadie me puede arrebatar, porque cuando te contemplo tomando el sol, rodeada de niños que te cortejan como pavos reales...

—¿Te has despertado nostálgico?, ¿celoso a estas alturas? ¿Has probado a escribir? La escritura relaja bastante —bromeó.

—No, no te lo tomes a la ligera, por favor. Solo quiero que nos demos una oportunidad a esa complicidad que sé que existe... No necesitamos a nadie, nos sobran.

Beatriz acercó los labios y le besó.

—Sabes que no se trata solo de jovencitos, Evander. A esos ya casi no los soporto, la mayoría están vacíos; pero hay algunos hombres en mi vida con quienes mantengo algo más que un encuentro sexual o pasional, y que viene ya de antiguo. Esos encuentros ocasionales me recuerdan a mi juventud, que se marcha sin decir adiós. Y estoy tan acostumbrada... No se trata de nosotros dos.

—Lo sé, y no te estoy pidiendo que elijas, tan solo que lo intentemos...

—Podría, ¿por qué no?

Beatriz colocó un nuevo lienzo en el caballete y le tendió a su marido el recipiente de pinceles con una sonrisa.

—Pues no pongas trabas a tu inspiración. Hoy, sin duda, la tienes. No dejes que las musas se esfumen por la ventana.

Evander comenzó a llenar el lienzo de manchas cromáticas y formas que se alejaban de lo racional para dar paso a un mundo de sueños, fantasías y sentimientos. Improvisaciones que le alejaban de su otro yo. Aquel otro Evander no regresaría jamás. Y, mientras, miraba de reojo a Beatriz, que le sonreía desde el diván.

* * *

Sebas, el chófer de la familia, lo llamó a voces. Al principio no se percató de ello. Fue Pam quien le cogió del brazo y le avisó de que el empleado iba tras ellos gritando. Se dieron media vuelta. El joven llegó jadeando.

—Señor, he encontrado este móvil en el asiento trasero del vehículo. Lo estaba lavando esta mañana y cuando lo aspiraba por dentro lo vi en el suelo, sobre la moqueta.

Luca lo cogió con cuidado. Después de unas comprobaciones se dio cuenta de que la batería estaba descargada. Le dio las gracias a Sebas por

encontrarlo y llevárselo tan pronto. Volvió a la casa, dejó la toalla que llevaba sobre el hombro y se sentó en la cama de su habitación.

Luca parecía jugar con el móvil. Un Samsung Note 5 del tamaño de un ladrillo. Bajó las escaleras y buscó entre las pertenencias de su abuelo. Pam le acompañaba sin decir nada.

Encontró el cargador de la batería. Lo enchufó a la red y después de unos cinco minutos de espera dio los primeros síntomas de haber recuperado algo de energía. No se sabía la clave para que aquel trasto arrancara el programa de inicio, pero su abuelo debía tener la tarjeta y las instrucciones del aparato en algún lugar de la habitación. Removió los cajones de la mesita de noche, la cómoda, y cuando ya daba señales de impaciencia, en uno de los cajones del armario apareció un bolso negro de piel. Dentro había una agenda del mismo color. La abrió. En la solapa izquierda vio una tarjeta amarilla de una compañía de telefonía. Apresuradamente marcó el número PIN y aquel inmenso aparato del grosor de una plancha metálica comenzó una prolongada carga en segundo plano, bajo un logotipo sobre fondo negro. Después de unos segundos interminables, un muestrario de símbolos de infinidad de aplicaciones apareció con todas ellas perfectamente alineadas y ordenadas ocupando toda la superficie de la pantalla. Buscó en el listín de las últimas llamadas y con ayuda de Pam las fue anotando en una hoja aparte.

El último día de su vida su abuelo llamó a dos móviles y recibió una llamada de otro.

Miró también en la agenda del teléfono. No había ninguna indicación. Aparecían todos los días en blanco. Sin duda, su abuelo utilizaba aquel potente y completo aparato solo para realizar y recibir llamadas.

—Tenemos que localizar al bufete de abogados. Ellos son los únicos que pueden saber el motivo de esa reunión en un lugar tan inadecuado. Recuerda que Marcos no debe saberlo. Estuvo en casa el día antes de la visita de mi abuelo y no dio muestras de que lo supiera. Por otra parte, si mi abuelo se lo ocultó es porque debe estar relacionado con algo de la empresa, y, tal vez, la sociedad que formaban los dos no fuera tan idílica como Marcos quiso dar siempre a entender.

—No podemos ocultarle estas conjeturas al inspector —dijo Pam sin darle mucha importancia—. Si se entera, no le va a hacer mucha gracia.

—Debes seguirme en todo lo que yo diga cuando hable con él. No puede ver un solo titubeo o contradicción en lo que hacemos o decimos.

Pam asintió, aunque no sabía muy bien qué pretendía Luca con ello.

Luca pareció adivinar lo que indicaba aquella expresión de su cara.

—Tenemos que anticiparnos a la policía. Ellos no nos van a contar nada. Desde su móvil marcó decidido el último número al que su abuelo llamó. Una voz femenina contestó a la llamada.

—Buenos días. Bufete Suárez y Asociados, dígame.

—Buenos días. Mi nombre es Luca Spaletta, soy nieto de Mikel Barberá. ¿Podría hablar con el señor Suárez, por favor?

—El señor Suárez se encuentra de viaje. Puedo pasarle con su hijo Nico.

—Bien, gracias. Espero.

Después de unos segundos de espera, una voz joven habló.

—Buenos días, le acompaño en el sentimiento. Teníamos un excelente trato con su abuelo y era uno de nuestros mejores clientes. Ha sido una pérdida terrible.

El pensamiento de Luca, casi de forma instintiva, pareció ondear la frase: «Sí, ya. Supongo que ha sido para ustedes una terrible pérdida... económica».

Se recompuso de inmediato.

—Bien, gracias. ¿Podría hacerle una pregunta directa?

—Si es la que pienso, la respuesta que le podemos dar va a ser bastante ambigua.

—Lo suponía, pero de todas formas se la haré: ¿para qué fueron a entrevistarse con él a Málaga?

—Sí, señor, era esa. —El joven se mostró eufórico por haberse adelantado a la pregunta—. No le podemos contestar otra cosa que vaya más allá de: «Por asuntos de trabajo». El señor Barberá requirió nuestros servicios para un tema que le preocupaba, y nosotros, como bufete con el que trabajaba en exclusiva, fuimos a darle nuestra mejor atención y recomendación profesional.

—¿Ni siquiera una pistita?

—No, señor Spaletta, no podemos romper nuestro código deontológico ni revelar el secreto profesional. Compréndalo.

—Pues va a ser una pena. Podrá leer en breve, en los medios de comunicación, que está usted hablando con el futuro administrador de la sociedad Barberá & Delafont. No creo que le haga mucha gracia a su padre que uno de sus mejores clientes rescinda el contrato con el bufete y se marche a la competencia. Echándole un vistazo a los balances, podría ver los honorarios que de forma escrupulosa les pagamos todos los años, pero puedo

adivinar que son cuantiosos, y eso que no tengo ahora mismo la bola de cristal ni me he vestido para la ocasión como una zíngara.

Pam, en ese preciso instante, estaba de pie, balanceando de forma parsimoniosa las caderas. Luca le hacía indicaciones con el dedo para que dejara de hacerlo, con gestos ostensibles de estar aguantando la risa.

—Mi número se les habrá quedado registrado con mi llamada. Espero la suya, digamos, hasta mañana. —Luca quiso mostrarse todo lo seguro y convincente que pudo—. Mientras, estaré mirando las distintas opciones de otros bufetes. Gracias por la atención y buenos días.

Y colgó sin esperar ninguna despedida de Nicolás Suárez.

Luca había bajado al jardín acompañado de Pam. Su madre no le perdonaría que pasase un día más sin almorzar en casa.

—Ven, siéntate a mi lado. Mi madre no tardará en hacer acto de presencia y pretenderá, como siempre, acapararme.

—¿Por qué siempre hablas de ella de ese modo?

—¿Cómo?

—Pues... no sé, como si se tratase de una extraña, no lo entiendo.

—Ni falta que te hace, créeme.

—De acuerdo, no pretendía molestarte, nada de preguntas personales, ¿no es eso?, nada de intimar hasta el extremo de conocer tu vida...

—No se trata de eso, Pam, en serio. Es que, si te hablo de mi infancia, de mi vida y de mis relaciones familiares, la reunión va a fracasar con toda probabilidad, y no me apetece. Ando mal por lo de mi abuelo, y en ocasiones veo a mi madre tan superficial, alocada e irresponsable como una adolescente. Aunque también entiendo que a pesar de que ella siempre haya sido una..., bueno, lo que haya sido, era su padre, y no tengo ningún derecho a juzgar sus sentimientos, pero me siento incómodo.

—No pasa nada, Luca, olvida mi comentario, no tengo ningún derecho, es solo que tengo otras costumbres.

—¡Vaya!, ¿dónde está mi hijo favorito? —interrumpió Beatriz.

Se acercó a ellos envuelta en una camisola amplia, de un tejido vaporoso de mangas anchas y color naranja estridente.

—¿No tienes otro, mamá? —Luca se levantó del asiento y la besó en la mejilla.

De repente, ella le rodeó entre sus brazos y le dio los mil besos que nunca le había dado cuando era niño. De esos rápidos y seguidos, como si llevase cien años sin verle. Luca la miró extrañado. Cuando su madre le dejó

respirar, el joven estrechó la mano a Evander. Mientras, Beatriz le daba dos besos a Pam, de esos que acostumbraba a dar a sus amigas, esos cursis que se quedan suspendidos en el aire.

Durante el almuerzo trataron temas banales: el calor, la playa y el trabajo que Goyo estaba realizando en el porche.

—Tu abuelo me había sugerido, hacía ya tiempo, que quedarían fenomenal unas vigas en el techo, pero de madera antigua, no envejecida. Decía que no había nada como el color del paso del tiempo sobre la madera. Ese encanto... —Beatriz estuvo a punto de comenzar a llorar. Evander le extendió un pañuelo.

—Debe ser muy doloroso para usted. Yo también le tenía mucho cariño, era muy buena persona —reconoció Pam.

—Gracias, querida, pero no me hables de usted, me haces sentir mayor.

—Disculpa, no era mi intención, es una costumbre debido a mi trabajo —sonrió.

—Y dime, ¿hay algo entre Luca y tú?

—Mamá, eso no es asunto tuyo, ¿no te parece? —intervino Luca.

Antes de que Beatriz reaccionase, Sofía, la asistenta, le avisaba de una llamada de teléfono.

—Señora, es el señor Raúl Cebrián. Pregunta por usted.

Evander elevó la vista cuando ella se levantó del asiento visiblemente incómoda.

—Ahora mismo regreso, disculpadme unos segundos.

Beatriz cogió el inalámbrico que le tendía Sofía y se dirigió al salón. Cerró la doble puerta de cristal y respiró profundamente.

—Creo que ayer te dejé claro que me he cansado de tus juegucitos, Raúl.

—Vamos, ¿a qué viene eso?

—No viene a nada, simplemente he puesto fin a esto tan extraño que tenemos, que no es ni relación ni nada. Solo me llamas cuando te apetece, cuando te acuerdas de que existo, ¡estoy harta!

—No te entiendo. ¿No eras tú la abanderada de las relaciones libres? Sabes que estoy casado, y tú también, por eso disfrutamos. ¿No se trataba de eso? «Sin compromisos», nos dijimos la primera vez que te metiste en mi cama, porque te recuerdo que fuiste tú la que tratabas de ligar conmigo cuando...

—No me recuerdes ahora cómo ni cuándo nos conocimos, tampoco la primera vez que nos acostamos, no me apetece.

—Pues sí que estás rarita. ¿Estás con la menopausia?, ¿es eso?

—Pero ¿cómo te atreves? Eres muy vulgar, Raúl. No sé qué demonios he podido ver en ti todos estos años.

—¿En serio? Siempre te han gustado mis vulgaridades, especialmente en la cama, y ahora que estoy aquí, que vengo expresamente a Marbella para unos asuntos y me acuerdo de ti..., ¿me vas a dejar con este calentón?

—¡Eres un ordinario! No insistas, ¿me oyes?

—¿Sucedo algo? —preguntó Evander, que acababa de entrar en el salón alarmado por las voces de Beatriz.

Le quitó el teléfono de la mano y se dirigió a aquel individuo al que solo había visto en una foto que Beatriz había olvidado borrar del móvil, en la que ambos aparecían desnudos en una playa.

—Se acabaron esos encuentros, ¿me estás escuchando? ¡No vuelvas a molestar a mi mujer!

—Bueno, bueno, ¿a qué viene eso? Os dejo, ¡qué mal rollo!, pero que sepas que conozco a un par de gatitas que dicen habérselo pasado de lo lindo contigo en la última fiesta que Beatriz celebró en Madrid. Pero si no se habla de otra cosa que de la parejita más divertida de todas las fiestas...

—Eso no es asunto tuyo, ya lo sabes. No te acerques a mi mujer, ¡nunca!

Evander colgó el teléfono y salió al jardín seguido de su mujer. Luca y Pam ya se habían marchado.

* * *

El inspector recibió de Luca el móvil de su abuelo. La llamada avisando del hallazgo se había producido unas horas antes. Acordaron verse de nuevo en comisaría. La sargento Bermúdez estaba también allí como integrante del equipo de investigación.

—Señor Spaletta, no me gustaría descubrir que va usted delante de nosotros haciendo un trabajo que no le corresponde.

—No sé qué insinúa.

—Estoy viendo que el móvil tiene carga, se conoce el número PIN y me da la impresión de que estaba usted esperando a que le solicitara la entrega de este aparato.

—Señor Ugarte, me gustaría pensar que me quiere sobreestimar, antes que pensar que sea usted tan cuadrículado.

El inspector no dijo nada, aunque la cara pareció decirlo todo. Pam le tiró de la camisa por debajo de la mesa lo más discretamente que pudo, pero Luca pareció no darse por avisado.

—Mi abuelo me lo enseñó la noche antes, mientras charlábamos en el salón. Tuvo que marcar el PIN delante de mí porque, de una caída sin importancia, la tarjeta se desplazó de su lugar y tuve que abrirlo para volver a colocarla en su sitio. Respecto a lo de que tuviera carga, simplemente me he asegurado de que funcionara perfectamente para evitarle pérdidas de tiempo innecesarias. Sobre el comentario que ha hecho de que estaba esperando a que me lo pidiese, no le haría un buen favor pensando lo contrario. Es normal que empiecen mirando las últimas llamadas entrantes y salientes del móvil de mi abuelo.

Pedro Ugarte lo recogió de la mesa después de guardarlo lo mejor que pudo en la caja original.

—Señor Spaletta, no quiero que indague por su cuenta sobre nada que nos corresponda hacer a nosotros. Nuestro trabajo será escrupuloso. Eso no lo dude nunca.

—Nada más lejos de mi intención. Sin una autopsia que nadie quería hacerle a mi abuelo, el caso se habría cerrado en falso.

El inspector asintió con la cabeza, se levantó de la silla y pareció estar impaciente por empezar de verdad con la investigación.

—Señor Spaletta, continuaremos en contacto. Discúlpeme, pero debo dar instrucciones. No quiero que el inicio de este asunto se dilate más en el tiempo.

Desapareció por la puerta. La sargento Bermúdez tomó entonces la palabra.

—Estén localizables. No apaguen nunca el móvil, por favor.

—Estaremos despiertos las veinticuatro horas, como si estuviésemos de guardia —contestó Luca sin pensar mucho lo que decía.

Irene Bermúdez abrió la puerta y disculpó la contestación algo infantil. Luca acababa de cumplir 23 años, y en ocasiones reflejaba con sus comentarios y comportamiento la edad que realmente tenía, aunque la mayor parte del tiempo fuese un chico responsable y extremadamente maduro.

Capítulo 4

Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo

(ALBERT EINSTEIN)

Donde todos piensan igual, nadie piensa mucho
RODIN

Para llevarse bien no hace falta pensar lo mismo. Lo que realmente nos hace tolerantes es respetar que los otros no son nosotros, y esa es la suerte que tienen. La vida sería muy aburrida si nadie hiciera alguna locura. No hace falta tirarse de un puente ni cruzar el Atlántico solo, metido en un barco de diez metros de eslora. A veces los mayores disparates son fruto de no pensar demasiado en las cosas pequeñas, ni a la hora de decidir hacerlas ni después, llevándolas a cabo.

Solo el que se amodorra en la desidia es esclavo de lo que sueña.

Cada vez que me levanto intento ser mejor persona, llevarme mejor conmigo mismo. Creo que nadie me ha enseñado ni me ha influido para serlo. Nacemos de un padre y una madre, pero con el paso del tiempo lo más parecido que somos a ellos es un simple color de ojos, una mirada, una forma determinada de poner el labio... Lo demás son retazos de lo que hemos ido aprendiendo.

Ahora que he heredado el reino de un abuelo emprendedor que me ha venido dado, necesito ser feliz haciendo felices a otros, a los que no heredarán nunca más allá del mismo porvenir que ya tienen y que es su presente: una cueva oscura, fría y desangelada donde acampan toda clase de rapiñas, donde las horas no duran sesenta minutos. Apenas tardan lo que el chasquido de un fusil o la explosión de una bomba amarrada a la cintura de uno que perdió la razón jugando una mano a las cartas.

Como dijo Napoleón, «la batalla más difícil la tengo todos los días conmigo mismo».

Cada día me rebelo contra mí. Intento mejorar lo que fui o cerciorarme de lo que realmente soy. No puedo vagar siempre en un velero sin viento. Alguna

vez tendré que soplar. No puedo quedarme siempre en el sillón viendo cómo acortan mis libertades y pensar que realmente lo hacen por mi bien. Ya es hora de que decidamos sobre todo lo que nos incumbe. La democracia que tenemos es un panfleto político de un partido que no existe. Nos dice que podemos y debemos ser libres, pero nos cercenan los brazos de la justicia para que nos condenen por carecer del derecho a la defensa, a la inocencia que debía presuponerse. Todos somos culpables de algo o de todo. Lo demás es creer que somos los actores principales de una película que dirigen otros.

* * *

1 de julio de 2015, miércoles

La luz procedente de la ventana comenzaba a dibujar los muebles y los objetos de la habitación. Beatriz abrió los ojos y palpó el otro lado de la cama. Evander no estaba. Pensó que estaría en el taller. Sonrió. Su marido adoraba el amanecer, esa hora en la que el silencio se instalaba en la casa y la neblina de los días de levante dispersaba la luz; entonces los detalles desaparecían y las formas en su imaginación cobraban fuerza.

Recordó los días de su juventud en los que llegaba a casa justo a esa hora, con la luz rojiza y violeta del amanecer, arrastrando alguna que otra borrachera, o simplemente no recordaba dónde estaba la puerta porque andaba colocada y quería entrar por la ventana. Su padre siempre estaba allí, esperando, sentado en su despacho para recoger sus desechos y llevarla a la cama.

Beatriz se abrazó a la almohada pensando en él. Un hombre enérgico y fuerte que se había marchado sin despedirse, sin un beso, una caricia o una mirada, aunque fuese de reproche, de esas que le dedicaba cuando debía ir a buscarla porque no regresaba a casa y recorría las casas de sus amigas, una a una, sin desfallecer, todo porque ella desaparecía días o incluso semanas. Y su padre, aunque a veces parecía estar a punto de hablarle con la severidad con la que se dirigía a todos, a su lado se convertía en un ser tremendamente complaciente.

Nunca se perdonaría esos malos tragos que les había hecho pasar a ambos, aunque siempre era el gran Mikel Barberá quien se llevaba la peor parte. Él se encargaba de disfrazar con mentiras sus ausencias para que su

madre, Isabel, no sospechase de la vida loca que llevaba, o para que mirase hacia otra parte cuando todo en su vida se le descolocaba.

«Papá, ¿qué pensaste cuando la muerte te sobrevino sin invitarla?»

Beatriz lloró por esos deseos frustrados de quienes lo habían dado todo por ella. Les dijo a su padre y a su madre cuánto lo sentía. Fue la primera vez que puso voz a sus pensamientos y el dolor se le ahogó en la garganta.

Fue al cuarto de baño y se lavó la cara mientras las lágrimas se confundían con el agua. Levantó la mirada hacia el espejo y contempló un rostro enmarcado en tenues arrugas, difuminadas por los tratamientos de belleza a los que desde hacía algunos años se sometía. Tal vez debería dejarlos para siempre, o acabaría perdiendo la expresión de su sonrisa, de la que Evander se enamoró aquel lejano día.

Quizá su marido tenía razón cuando le proponía comenzar una nueva vida juntos, la que existía solapada entre romances e historias que iban y venían. Porque él la miraba siempre como la primera vez.

Se dirigió despacio hacia el taller, no sin antes mirar a la planta de arriba. La puerta del dormitorio de Luca estaba cerrada. Su hijo dormía. Él, más que nadie, había sentido profundamente la muerte de su abuelo. Beatriz se lamentó por no haber sido ni la hija ni la madre que ellos merecían.

Cuando entró en el taller, Evander la miró. Ella corrió a su lado para abrazarle con fuerza.

—¡Eh, eh!, ¿qué te sucede, preciosa? —preguntó dejando los útiles de pintura en el suelo para sujetarla de la cintura y mirarla a los ojos.

—Estoy muy sensible, pensaba en mi padre...

—Lo sé, cariño, lo sé. Era un buen hombre. A todos nos ha desconcertado su muerte; entiendo que tú y Luca estéis afectados.

—Quiero vivir, Evander, necesito vivir...

—Pero ¿qué te pasa por esa cabeza? Vamos... —Sostuvo la barbilla de Beatriz y la besó en los labios.

—Nada, que tienes razón: nos hacemos mayores y llevamos una vida demasiado alocada. Quiero que estemos solos tú y yo. —Beatriz le devolvió el beso.

Beatriz bajó por el sendero de madera que conducía a la orilla. Quería disfrutar de los primeros rayos de sol en esos momentos en los que la playa se mostraba solitaria. Entonces reparó en las huellas de las gaviotas impresas en la arena. Alzó la vista y las observó libres, volando sobre un cielo sin nubes.

Caminó pisando las marcas, sin rumbo. De niña jugaba a ser mayor y se perdió en el camino; ahora jugaba a sentirse niña, a recuperar la inocencia. Y sintió el frío del agua en los pies. Hacía años que no disfrutaba de las cosas sencillas porque pasaba demasiado tiempo obsesionada con organizarlo todo. Su vida, la de Evander, los negocios, el servicio... Tal vez porque desde el día que en el centro de rehabilitación le dijeron que estaba preparada para salir, que la vida la esperaba fuera de aquellos gruesos muros de piedra, se había obsesionado con mantenerse ocupada, organizada. Pero se trataba de un orden obsesivo, milimétrico, porque no se perdonaba la última vez que vio a su hijo antes de ingresar en el centro. Fue Luca quien la encontró en la habitación con una sobredosis que casi la mata. Y gracias a esa pesadilla había despertado a la vida. No podía relajarse, pero tampoco vivir angustiada. Irónicamente, con la única persona que realmente había disfrutado de largos paseos había sido con Raúl, un tipo engreído que, a pesar de todo, tenía sus cosas buenas. Y es que Evander siempre andaba demasiado ocupado para respirar, pero eso también debía cambiar.

Sacudió la cabeza alejando el pasado y se centró en el viaje con el que pretendía sorprender a su marido, una especie de luna de miel, solos, los dos. También necesitaba alejarse de todo. Los recuerdos acudieron de nuevo a su mente. No solía ver a su padre con la frecuencia que a él le hubiese gustado. Saber que nunca más podría tenerlo frente a ella, contemplar esa aureola plateada que le adornaba la cabeza, escuchar su charla incesante sobre platos, salsas y condimentos le erizaron la piel. Tampoco quería pensar en ello, no podía martirizarse con lo que ya no tenía remedio, y pensó en Luca. Su hijo la vería frívola, pura fachada, sin sentimientos, fría, pero era mejor así; no iba a correr a su lado para contarle cuánto había sufrido en la vida y cuánto añoraba a su abuelo.

Volvió a pensar en el viaje. También irían a Barcelona. Había contactado con unos marchantes de arte y les había mostrado las pinturas de Evander a través de internet. Armando y Jacobo de la Encina habían quedado tan fascinados que se habían mostrado muy interesados en hacer negocios. Eran propietarios de la casa de subastas Arte-Impresión, en pleno centro de la ciudad, y su fama traspasaba fronteras, pero esa era una sorpresa que no le revelaría, la dejaría para el final. No podía arriesgarse a que Evander se sintiese presionado y tratase de realizar otro tipo de pintura; debía ser él mismo.

La expresión de su boca desapareció cuando a escasos metros de ella se encontró de frente con Raúl. Parecía que lo había atraído con el pensamiento. Llevaba un bañador azul, una camiseta a rayas, una toalla roja echada sobre el hombro y la sonrisa más cautivadora que conocía.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó algo molesta.

—Llevo varios días acudiendo a este mismo lugar. Sé que no eres amante de dar paseos, pero conmigo lo hacías... Y bueno, sabías que estaba en Marbella y que siempre me hospedo en el mismo hotel...

—¡Ja!, ¿en serio crees que he venido a buscarte?

—No lo sé, dímelo tú.

—¡Eres un engreído de mierda!, no sé cómo he podido... Eres un grosero.

—¡Vale, vale!, perdona, Beatriz, no te enfades, por favor. No he venido a molestarte, te lo aseguro. El otro día estuve muy borde y quería disculparme; pensaba llamarte, pero no me atrevía.

—Ni se te ocurra.

—Haré lo que me pidas; es solo que me gustaría escuchar de tus labios que no quieres nada conmigo. Después me marcharé. Cuando hablé contigo no me pareciste la misma persona que conozco. Y que después tu marido se pusiese al teléfono me mosqueó bastante. No te tendrá amenazada, ¿verdad?

—¿Pero qué tonterías estás diciendo? Lo hemos decidido ambos. Aunque eso a ti no te incumbe.

—De acuerdo, ¿no vas a darme ni siquiera un beso de despedida?

Beatriz lo miró a los ojos. Aquel hombre tenía algo especial en la mirada que la atraía irremediabilmente. Se acercó a él despacio y le besó en la mejilla, aunque él se las ingenió para girar el rostro y robarle un beso en los labios.

—Debía haberlo imaginado. Siempre serás el mismo embustero que conocí hace ya..., ¿veinte años?

—Veintidós años, tres meses y cinco días exactamente.

—¡Vaya!, buena memoria.

—No es memoria, Beatriz, es que hay personas que dejan una huella que no se puede borrar.

—Vamos, vamos, que estás ya muy mayorcito...

—El otro día te llamaba para decirte que he dejado a mi mujer. Bueno, en realidad, me ha dejado ella. Hacía mucho que nuestro matrimonio hacía aguas. Ella se aferraba a mí por los niños, pero ahora Paula y Alejandro están ya en

la universidad, casi ni aparecen por casa. Ana dice que no necesitan la imagen de una familia tradicional y estable, que me ha soportado durante demasiados años y que está cansada. De modo que me mandó a la mierda, así de claro. Llegué a casa y me encontré la maleta en la puerta.

—¿De veras?, ¿en plan película?

—No te rías.

—Lo siento, no he podido evitar imaginarte con cara de «¿y qué hago yo ahora?», pero estarás de acuerdo conmigo en que te lo merecías: eras tú quien le mentías. Deberías haber imaginado que algo así acabaría sucediendo. Y te lo digo en serio, no sé cómo Ana ha soportado verte en las revistas de cotilleo. Siempre te ha rodeado algún que otro escándalo. Esos periodistas del corazón adoran airear los trapos sucios de la gente, y a ti parecía no importarte.

—¿Vas a continuar lanzándome palabras como si fuesen dardos? De todos modos, no sé si sabrás que la última faena me la ha jugado tu ex. Ha llevado a la televisión a una puta de esas que se llaman modelos y que en realidad solo son aspirantes a algo más.

—Es cierto —sonrió—, nosotros también hemos tropezado con chicos así, no creas. Lo que sucede es que en nuestro caso es diferente. Tanto Evander como yo hemos sido conscientes de nuestros juegos extramatrimoniales. Ahora hemos decidido poner fin a todo, empezar de nuevo, desde cero.

—Ojalá te hubiese conocido antes, cuando el sueco no te había conquistado aún con sus lienzos y colores, pero me alegro por ti, aunque en absoluto por él. No se merece una mujer como Beatriz Barberá. ¿Nunca te has preguntado si está contigo por tu dinero?

—Vamos, Raúl, no empieces...

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Amigos entonces? Pasaré unos días relajado en este hotel, pero no te molestaré, aunque ya que estás aquí..., te invito a un café, solo eso.

Beatriz sonrió. No quería acabar mal con él. Juntos se dirigieron a la cafetería del hotel caminando por la arena.

—Como en los viejos tiempos, ¿no?

—No sueñes, Raúl. Es curioso que después de tantos años, ahora que he heredado una fortuna, estés tan interesado en mí. Que si tu mujer te ha dejado por fin, que llevas varios días buscándome... ¿No pretenderás que financie alguno de tus oscuros negocios?

* * *

Evander dejó los prismáticos sobre la mesa cuando sintió que la sangre le subía a la cabeza. No espiaba a su mujer, o tal vez lo hacía inconscientemente, pero no estaba dispuesto a permitir que otro cretino pasease por su vida. Bajó las escaleras a toda velocidad. En la carrera tropezó con Goyo y su ayudante, que remataban los últimos detalles en el techo del porche. Ni siquiera les devolvió el saludo, tan solo retiró de su camino los útiles de trabajo de un puntapié.

Cruzó la vereda de acceso a la playa a una velocidad increíble. Estaba cegado por la ira, fuera de sí, y corrió hacia ellos lleno de rabia. Cuando les tuvo cerca gritó el nombre de su mujer. Beatriz se volvió sobre sus talones y vio cómo su marido corría hacia ellos enloquecido. De repente, un presentimiento nefasto cruzó su mente como un rayo. Temía que algo malo le hubiese sucedido a Luca. Corrió a su encuentro con un nudo en el estómago ante la mirada atónita de Raúl.

—¡Dios mío!, ¿qué sucede?, ¿se trata de Luca?

—¡Luca está bien! —gritó apartándola a un lado y se lanzó sobre Raúl, le cogió del cuello, recibió un empujón y calló de espaldas mientras Beatriz les pedía que parasen.

—¿Pero qué mosca te ha picado? —se quejó Raúl sacudiéndose la arena de encima.

—¡Pedazo de cabrón!, ¡te dejé claro que no te acercases a mi mujer!

—Evander, ¿te has vuelto loco?, no es lo que imaginas —dijo Beatriz preocupada.

—Eres un puto imbécil: cuando me tiraba a tu mujer no te importaba, y ahora que solo la invitaba a café...

Evander se lanzó de nuevo sobre él, pero Raúl esquivó el golpe y cayó de bruces en la arena.

—¡Deja a mi marido!, ¡márchate!

Evander se levantó, le golpeó con fuerza en el estómago y, antes de que Raúl reaccionase, le dio con la rodilla en la entrepierna.

—¡Como vuelvas a acercarte a mi mujer te juro que te mato! —gritó.

—¡Evander, no cometas ninguna locura! Estás fuera de control, por favor. —Beatriz lo sostuvo del brazo y consiguió retenerle. Comprobó que Raúl no estaba dispuesto a continuar la pelea y le suplicó a su marido que regresasen a casa ante la mirada atónita de los primeros bañistas.

—¿A qué ha venido esto? No te reconozco. Tú, tan pacifista, tan educado, tan comedido, tan...

—¡Tan gilipollas!, eso es lo que no has dicho, y es justo lo que he sido siempre: un gilipollas por no defender lo que es mío.

—No, no vayas ahora de machito ibérico, porque a mí ese rollo no me va. No te entiendo. ¿Piensas pasar de un extremo a otro? Conmigo no cuentas. La confianza es un pilar fundamental en una relación, y yo no pensaba acostarme con él, solo me ha invitado a...

—¿Café? ¿Y crees que se iba a conformar con eso?

—Toma, límpiame el labio, que te sangra. —Beatriz le tendió un pañuelo —. ¿Y yo?, ¿no tengo voz ni voto en este asunto?

—Si crees que ese tipo se iba a conformar con un no, estás equivocada. Pregúntale a tu ex por qué le denunció aquella locutora de radio, una chica que le citó para una entrevista y quiso aprovecharse de ella. Ese tipo no es de los que aceptan negativas; contigo nunca se ha sobrepasado porque te ha tenido, de lo contrario...

—¿Ahora resulta que es un violador? ¡Venga ya!, ¿vas a creer todo lo que esas «cazafama» cuentan? Pero si la televisión está llena de programas de esos en los que entrevistan a la ex del ex de la fulana que se acostó con un famoso que tampoco ha hecho nada, sino que simplemente ha participado en un *reality*.

Entraron en el interior de la vivienda discutiendo hasta que se cruzaron con Luca.

—¿Sucede algo, mamá?

—Nada, no nos ponemos de acuerdo con el color de la pared de la fachada.

Luca le hizo un gesto a su madre de incredulidad y ella le sostuvo el rostro para besarle en la mejilla.

—¿Y tú, adónde vas? Últimamente andas un poco alocado, entras, sales... —Beatriz cambió rápidamente de conversación.

—Tengo asuntos que resolver. Nos vemos.

Beatriz se despidió de su hijo y subió para dirigirse al baño. Estaba sudorosa, de mal humor y llena de arena.

—Después hablamos, Ev. Esto que ha pasado no se puede volver a repetir.

Beatriz fue al cuarto de baño. Tenía arena por todas partes. Abrió el agua caliente a tope y puso el tapón en la bañera de hidromasaje. Dejó un rato

correr el agua. Le gustaba el sonido al chocar contra el fondo y el vapor que ascendía y tapaba los espejos. Se desnudó y echó la ropa en el cesto. Se sumergió de forma pausada, poco a poco, hasta que cerró los ojos y el agua le sobrepasó por encima de la cabeza. Aguantó todo lo que pudo sin respirar. El agua caliente le transmitía una sensación plena de alivio. La transportaba a un lugar donde no debía pensar. Cuando ya no pudo más, resurgió en la superficie como un pequeño submarino. Echó la cabeza hacia atrás y volvió a cerrar los ojos. No sabía exactamente el tiempo que estuvo en esa postura hasta que el timbre del móvil comenzó a sonar desde el interior del bolso de playa y la sacó de sus pensamientos. Se alegró porque tenía los dedos arrugados y esa sensación le producía escalofríos. Se apresuró a coger el albornoz, se ató el lazo a la cintura y atendió la llamada.

—Hola, Beatriz, soy Jacobo de la Encina, ¿me recuerdas?

—¡Por supuesto!, ¿qué tal?

—Bien, bueno, debo reconocer que mejor que bien. Te llamo para proponerte algo.

—Tú dirás.

—Tenemos un cliente al que le chiflan los abstractos, es andaluz, de Jerez, y acaba de comprarse un *loft* en Nueva York... Adivina qué.

—¡No!

—¡Sí! Se ha enamorado de la pintura de tu marido, dice que le quiere conocer, que viaja a donde haga falta. Se lo he dicho a Armando y opina que es una oportunidad única. Si te parece, cuando te venga bien, cojo un avión y me presento en tu casa de Marbella con el jerezano.

—¡Eso sería estupendo!, por supuesto, acepto. Me llamas cuando tengas todo organizado. Un abrazo, Jacobo, y saluda a tu hermano de mi parte.

Interrumpió la llamada con una sonrisa en los labios. Estaba feliz. Su gestión no podía pintar mejor, pero no le apetecía ir corriendo con la noticia a Evander, aunque se tratase de sus pinturas. El comportamiento de su marido la había dejado bloqueada. Aguardaría.

Beatriz descolgó el móvil con desgana, estaba saturada de llamadas de sus amigas. Algunas querían que asistiera a sus fiestas, ahora que el clima comenzaba a ser benigno y la claridad del día se alargaba hasta más allá de las diez de la noche; otras, en cambio, querían pedirle consejo sobre moda, lugares de compras, blogs de determinadas mujeres que se habían convertido en barómetros de lo que según las nuevas tendencias era considerado como ir bien o mal vestida. También la llamaban las asiduas, aquellas que no faltaban

ningún día para contarse con todo lujo de detalles lo que habían hecho el día anterior, hasta las conquistas últimas, o lo entretenidas que eran sus vidas, haciendo largos de piscina, yendo a pilates, *reiki* o a clases de pádel con un monitor que quitaba el hipo y otras afecciones.

Cuando oyó la voz de Marcos al otro lado del teléfono, el interés por volver a escuchar a su amigo la hizo sentarse en el brazo del sofá.

—Un momento, Marcos..., ¡dime!

—Hola, preciosa, ¿cómo estás?

—Aquí..., pasando el tiempo entretenida con las cosas de la casa, ayudando a las amigas a organizar sus vidas, recordando momentos cuando estaba con mis padres..., ¡qué voy a hacer!

—Claro, mujer, tienes que seguir con tu vida. No puedes pararte, eso solo te haría más frágil, más dependiente, y así no eres tú. Siempre has sido una persona muy activa, y tu padre no querría verte de otra manera.

—Gracias, Marcos, no sé qué haría sin ti.

—Sabes que siempre me tendrás a tu lado. Nunca te fallaré.

En ese preciso instante, Mercedes empujó la puerta con el hombro, portando una bandeja con té y galletas. La colocó sobre la mesa del salón, y con una reverencia se volvió por el mismo lugar, cerrando la puerta tras ella.

—Dime, Marcos, ¿qué querías?

La voz de él sonó como un resorte.

—Nada, querida. Solo quería saber cómo te encontrabas. He estado todo el día atareado aquí en Madrid, resolviendo asuntos del restaurante. El ayuntamiento no da tregua con los impuestos, nuevos requisitos para solicitar permisos y las reservas de los clientes que aumentan cada día, ahora que tu padre... no está con nosotros.

—Sabes que me alegra mucho escucharte..., y más en estos momentos en los que estoy tan sola.

—No hace falta que me digas nada, te comprendo. —Marcos hizo una nueva pausa—. Cariño, cambiando de tema, ¿te importaría firmarme un documento para traspasarme los poderes y así gestionar los restaurantes tal y como quedamos?

Beatriz pareció desconcertada y alargó la contestación que Marcos esperaba. Cogió la jarrita, vertió el té en la taza, echó un poco de leche y giró después la cucharilla dentro.

—La verdad es que no esperaba que tuviera que tomar decisiones tan pronto. Pensaba que la actividad de la empresa seguiría igual de bien por sí

sola y que la junta que celebráis siempre en el mes de septiembre sería el lugar perfecto para firmarte los documentos que quieras.

—No, sí, claro, cariño... No estás obligada a hacer nada que te haga sentirte incómoda, nada más lejos de mis deseos. Es solo que hay un grupo de comunicación que en su sección culinaria es muy crítico con nosotros, nos mira con lupa cualquier decisión que tomemos, y mucho más si ven cualquier vacío de gobierno. Sus opiniones influyen mucho en la gente de poder, en los personajes destacados de la sociedad, los que no miran precios, sino la exclusividad, el servicio selecto y la buena cocina. No podemos perder terreno con nuestros competidores. Nos hemos ganado el respeto de los entendidos, la lista de espera es de más de un año y las ganancias no paran de subir. Este año podemos disparar las ventas por encima de un 15 %. Piensa lo que eso puede suponer. Una mala crítica o una sola interrogante sobre nuestro futuro... puede ser letal.

Beatriz estaba abrumada con los argumentos que Marcos le había dado en un momento. Parecía que la llamada que le había hecho no era tan banal como había dado a entender. Hasta ella lo pensó, pero el peso de aquella losa, la de tirar por tierra en poco tiempo todo lo que su padre había conseguido levantar a base de trabajo y talento, no estaba dispuesta a soportarla, no estaba preparada para ello y se lo estaría recriminando siempre. No podía permitírselo. Vivía muy bien sin problemas ni líos en la cabeza que le estuvieran saltando en la mente como unos equilibristas del Circo del Sol en un bucle que no tuviese fin.

—Te firmaré los papeles que quieras. Sé que no puede haber una persona más preparada para llevarnos por el buen camino. Mi padre habría hecho lo mismo, te tenía mucho cariño, y más que socios erais dos hermanos metidos en el mismo negocio.

—Gracias, Beatriz, tus comentarios me llegan al corazón. Yo también he perdido a un hermano. Pero debemos continuar, no podemos permitir que las lágrimas no nos dejen ver el camino. Te envío el cambio de poderes por *e-mail*. Cuando nos veamos en la notaría, aprovecharemos para protocolizarlo convenientemente.

—Haré lo que digas, sabes que confío en ti ciegamente.

—Lo sé, cariño, y no te defraudaré, no lo dudes nunca.

—Muchos besos.

—Que tengas un buen día. Eres un sol.

Cuando Beatriz cortó la llamada, buscó en el archivo del cerebro imágenes de su padre y las vio borrosas, intermitentes. A veces, los rasgos aparecían nítidos, y al instante siguiente parecía la imagen entrecortada a rayas de una mala transmisión. Tuvo por primera vez la sensación de frío, de abandono, de desamparo, aunque tenía todo lo material que podía desear. Pero en el amor, salvo atracciones pasajeras que no dejaban huella, no encontró nada de un cariño cercano y sincero.

Cogió la taza de té y estaba fría. La volvió a soltar sobre la mesa y movió los dedos de la mano, que se habían quedado como engarrotados. Los encogía y estiraba para conseguir desperezarlos de un hormigueo que no quería desaparecer. Pulsó el timbre para llamar al servicio y se recostó en el respaldo del sofá, esperando a que Mercedes apareciese para recibir sus órdenes.

Cuando la vio delante de ella, le detalló todas las instrucciones para el viaje del día siguiente.

—Quiero que me preparen el traje azul con la camisa blanca. La maleta, un neceser pequeño con las cosas habituales que llevo a los viajes relámpago y el vestido de flores que compré hace unos días. A mi marido, dos camisas claras, el pantalón corto beis y lo que él elija para la lectura del testamento. Supongo que ya lo tendrá decidido. Luego te lo diré para que lo planchéis y lo dejéis en el vestidor, como de costumbre. Luca será el último en decidirse y llevará la ropa sin planchar. Parece que lo estoy viendo. Puedes marcharte.

Mercedes tomó nota mentalmente de todo, era algo normal en la casa. Los viajes se sucedían como una labor rutinaria de una familia que pasaba en los aviones gran parte de su vida. Iban a otras ciudades, hacían cualquier cosa, de trabajo o no, y volvían aprovechando puentes aéreos para llegar a la hora de la cena o al día siguiente, con la naturalidad de haber realizado un trayecto de apenas veinte minutos en coche.

Luca ya le había comentado a solas lo que quería ponerse para la ocasión. Le sorprendió que pidiera el traje gris con camisa blanca y corbata roja. Los zapatos negros los quería abrillantados. La besó en la frente y le dio un sobre pequeño de color blanco.

—Esto es para tus nietos. No quiero que les falte la posibilidad de estudiar. El gobierno no se va a salir con la suya. La gente trabajadora debe tener las mismas posibilidades que el resto, que aquellos inútiles que se lo encontraron todo hecho el día que nacieron en una habitación blanca, simplemente porque llevarán el apellido de un corrupto, de un político tragón

o de un abogado, arquitecto o trepador, por estar en el lugar oportuno. A partir de mañana yo también comenzaré a trabajar para que el mundo cambie, por lo menos el que tengo más cercano; el otro será imposible girarlo, ni siquiera siete grados, porque los que tienen la posibilidad de hacerlo no tienen intención alguna de llevarlo a cabo.

La volvió a besar en la frente. A ella las lágrimas le cayeron como un pequeño frasco que se hubiese roto de repente y su contenido se volcase sobre la cara, goteando, sin permitirle apenas hablar ni pronunciar palabra alguna.

Él se llevó el dedo índice a los labios.

—Chissss, no digas nada. Será nuestro secreto. Mañana todo cambiará. —Y se abrazó a ella, sintiendo los huesos frágiles de una mujer mayor que comenzaba a arquearse y vencerse como una rama vieja cansada de trabajar en casas ajenas.

* * *

2 de julio de 2015, jueves

Cerró el portátil, fruto de un impulso. Luca no había bajado aún a desayunar, no tenía ganas. Le dolía la cabeza. Una punzada fuerte e intermitente en la sien derecha. Hacía ya algunos meses que había tenido esos mismos síntomas, pero habían desaparecido de la misma forma sorpresiva con la que aparecieron. Ahora habían vuelto y temió que fuera para quedarse. Tomó un ibuprofeno que cogió del cajón de la mesita, luego le dio un sorbo a un botellín pequeño de agua mineral que sacó de su propio minibar. Estaba muy fría. Contrajo el rostro. Junto con el sabor amargo de la pastilla, la sensación fue desagradable. Dio un par de vueltas por la habitación después de bajar las persianas y correr las cortinas. Aprovechando la oscuridad se sentó al borde de la cama e hincó los codos en ambas rodillas, cogiéndose con las manos la nuca, obligándose de ese modo a mantener agachada la cabeza. En ese preciso instante tuvo conciencia de que la juventud y la adolescencia le adelantaban por la izquierda a más de 200 kilómetros por hora. Se notaba cargado de hombros; no era por la postura, llevaba así algunos días. Con la muerte de su abuelo y el trajín de la autopsia, el velatorio y posterior incineración, no notaba el dolor de espalda. Ahora, sentado allí solo, sentía un peso enorme, no solo físico. Había tenido que madurar como un fruto de

invernadero a base de tratamientos urgentes, de haces de luces de grandes lámparas de bajo consumo que suplían al sol durante las horas de la noche. Y como un adulto, sin llegar a serlo del todo, tuvo que asumir el papel que le dieron por sorpresa, de una manera dolorosa y que no admitía la marcha atrás. Qué más hubiese querido que seguir siendo el chico que, según su madre, andaba despistado, perdiéndose en lugares remotos donde la civilización estaba estancada en cabañas de madera y hojas donde el consumismo no llegaría nunca, porque se quedaría acorralado entre las lianas de las dictaduras que lo exterminan todo, incluso a los seres humanos.

Qué más hubiese deseado que su abuelo siguiera al frente de los restaurantes que había levantado con su inteligencia y su buen hacer. Seguir escuchando su voz, aunque fuese desde miles de kilómetros de distancia, a través de carrasposas líneas de fibra óptica. Saber que podía aproximarle a él a través de una pantalla de ordenador y mirarle a los ojos mientras no paraba de darle consejos. Todo eso se fue tan rápido como apaga una cerilla una racha repentina de aire. Un sentimiento de frustración le subió por todo el cuerpo y se convirtió en lágrimas al llegarle a los ojos. Lloró desconsoladamente en aquella habitación a oscuras, de impotencia..., de rabia. «Los hombres nunca lloran», oyó desde algún lugar confundido con las sombras. Pero él sabía, desde lo más hondo de su corazón, que seguía siendo un niño y no les hizo caso a las voces. ¡Basta ya de imponer conductas! Se tumbó en la cama bocarriba y las lágrimas siguieron descendiendo por el sinuoso desnivel de su rostro. El dolor de cabeza había desaparecido.

* * *

Evander se despertó al amanecer, pero no salió corriendo de la cama para captar el primer momento de luz como hacía siempre. Esta vez no, porque ella estaba allí, junto a él. Brillaba con luz propia. La contempló durante un buen rato. Se acercó a ella para aspirar el aroma de su cabello y se sintió el hombre más afortunado de la tierra por tenerla.

Cuando la conoció andaba tan perdida que tuvo que hacer un esfuerzo titánico para conquistarla, pero lo logró, a pesar de que tuvo que soportar sus entradas y salidas de varios centros de desintoxicación y su vida promiscua.

En el instante en el que acercaba los labios para besarla en la frente, Beatriz abrió los ojos y le sonrió.

—¿Ya no estás enfadada?

—Más que enfadada, yo diría molesta. Evander, sabes que me tienes, pero no trates de acapararme, de asfixiarme. Soy como el colibrí, si lo enjaulas, se muere.

—Lo siento. Sabes que confío en ti, es solo que me hago mayor y me he cansado de la vida que hemos llevado hasta ahora.

—Lo sé, y tienes razón, incluso me han provocado morbo tus celos —sonrió—. Ayer recordaba mi infancia, tan alocada... Y ¿sabes qué?, después todos mis recuerdos se difuminan, se pierden en una neblina espesa en la que de vez en cuando aparece un rayo de luz, y me veo con mi hijo recién nacido entre mis brazos. El italiano también estaba loco. Menos mal que ahora ejerce de padre, o de madre, no lo sé ni me importa, lo único que me preocupa es que Luca esté bien. Pero en mi vida, hasta que no apareciste tú, con ese modo de caminar a mi lado sin invadir mi espacio, no descubrí el significado del respeto, la libertad y el amor verdadero. Te quiero, Ev.

Beatriz buscó la boca de su marido y le besó con ternura, después con pasión. Y un juego de caricias y deseo, entre sábanas revueltas, se apoderó de ellos en la penumbra de la habitación.

Después de una media hora los dos estaban mirando el techo de la habitación, tumbados en la cama.

—¿Sabes lo que más me gusta?

—El modo en que te he hecho el amor...

—No seas tonto, engreído —dijo Beatriz lanzándole la almohada a la cara.

—Entonces, ¿qué?

—Tu manera de actuar en todos los sentidos. Eres tan natural, tan sencillo que vivir a tu lado es fácil, y adoro ese arte que te envuelve. Pintas porque te sale del alma, reflejas exactamente lo que te hace vibrar, sin importarte la opinión de los demás.

—Sí, pero a veces creo que hacerlo de ese modo nunca me conducirá a nada. Voy a tener que aprender a pintar para el resto de los mortales.

—Te equivocas.

—¿Qué insinúas? —preguntó con la cabeza apoyada en el hombro de su mujer.

—Pues que estás a punto de vender tu última colección. Hay un tipo de Jerez que se ha enamorado de ti, bueno, de tus pinturas..., espero —sonrió—.

Verás, he contactado con unos galeristas de Barcelona, creo que les conoces... ¿Qué miras? —preguntó cuando Evander se incorporó de un salto.

—¿Me estás diciendo que has hecho todo eso sin...?

—Sin consultártelo, sí. Primero pensaba darte una sorpresa, y después me sentía enojada, pero ya conoces mis cabreos, se me pasan enseguida.

Evander la rodeó por la cintura y escuchó complacido a Beatriz.

—Has sido una niña mala, voy a tener que darte unos azotes en el trasero... —bromeó.

—No tenemos tiempo. Dentro de una hora tenemos que salir para Málaga.

Dejó correr el agua en la bañera y puso gel bajo el caudal. Necesitaba relajarse, y para Beatriz no había nada tan sencillo. No había nada que la hiciese sentir tan bien como disfrutar de un reconfortante baño de espuma sin que nadie la molestase. Se sentó con cuidado para no resbalar y después se deslizó hacia abajo, hasta que el agua le llegó al cuello. Cerró los ojos después de colocar una toalla doblada en la nuca y viajó en el tiempo.

Recordó cuando era niña y su madre le compraba bolas de aceite para el baño. Las pedía directamente a una tienda de París, a una antigua amiga suya. Decía que eran exclusivas, y olían a madreSelva. Beatriz se instaló en el pasado.

Visualizó su etapa de estudiante, cuando acudía a aquel colegio de monjas, uno de esos ancestrales que llevaban a rajatabla todas las normas habidas y por haber. Escuchaban misa en la capilla cada mañana antes de comenzar las clases, y en ocasiones debían llevar flores, especialmente en mayo. Ella siempre elegía unas varas verdes con una flor blanca en forma de campana..., calas, recordó el nombre. Beatriz formaba parte del coro. Ensayaban dos tardes a la semana, porque cuando los padres acudían a un acto especial, ellas debían cantar incluso en latín, y no podían equivocarse, tampoco desafinar; por eso la tata le daba un huevo crudo batido con vino dulce antes de ir a clase, «para aclarar la voz», le decía. Ella lo tomaba por el sabor del vino, porque el huevo se le quedaba en la garganta, ni subía ni bajaba, y le provocaba unas náuseas terribles.

—¡Vamos, señorita Beatriz!, tiene que tomárselo, su madre me lo ha encargado como cien veces —le decía la tata.

Siempre le hablaba de usted cuando debía mostrarse enérgica, pues de lo contrario no le hacía ningún caso. Ella cerraba los ojos y se lo tragaba después de taparse la nariz con dos dedos.

La tata..., pensó en ella, también se había marchado hacía algunos años, para siempre. Beatriz la adoraba. Se llamaba Lola, pero ella siempre la recordaría como la tata. Su padre la había contratado justo cuando ella nació, para que su madre, Isabel, no se agotara. Y es que Beatriz no dormía por las noches, era incansable, con un llanto o una risa incesante. Al parecer, ya desde entonces le divertía trasnochar.

La tata también había acabado convirtiéndose en cómplice de sus locuras. Y es que su madre, que era muy devota, para escuchar misa y rezar el rosario acudía cada tarde a la parroquia que había en el barrio. Cuando acababa la novena, ayudaba a desnudar y vestir santos, a coser trapitos con encajes, a cambiar las velas y los cirios, limpiar la plata, y, por supuesto, preparar bolsas de alimentos para los pobres. De modo que cuando llegaba a casa estaba tan cansada que cenaba y se iba a la cama. Por eso era siempre la tata quien le alisaba el cabello y le contaba cuentos de hadas antes de irse a dormir.

Recordó el uniforme del colegio y sonrió. Le parecía tan incómodo..., aquel tejido le picaba. La falda, gris, nunca debían llevarla más arriba de las rodillas, y los calcetines bien estirados, en azul marino, como la rebeca. Y el cabello recogido, siempre; también de eso se encargaba la tata.

Ella nunca había destacado por sus notas, aunque las matemáticas se le diesen bastante bien. Pero lo mejor de las clases eran las amigas. La mayoría pertenecían a familias acomodadas, como la suya, y también estaban cansadas de la disciplina desmesurada a la que se veían sometidas; por eso, cuando tenían alguna ocasión, se divertían inventando trastadas, como hacer pintadas en la pared de la biblioteca.

Además de las asignaturas obligatorias, en el colegio impartían clases extras de protocolo: puntualidad, cómo sentarse a la mesa, cómo servirse la comida, cómo utilizar los cubiertos, la servilleta..., incluso debían conocer qué conversaciones eran apropiadas y cuáles no. Al final del día recogían sus maletas, no mochilas, de esas rectangulares de cuero marrón con grandes hebillas y un asa muy larga que se colgaba en bandolera. Luego salían corriendo cuando la hermana sor Josefina tocaba la campana en el vestíbulo anunciando el final de las clases, y se dirigían a un parque repleto de árboles de eucalipto y jardines con setos enormes, donde se escondían para fumar.

Recordó a Rosa, que comía chocolate entre calada y calada, porque tragarse el humo le producía arcadas, pero que fumaba por eso de ser rebelde y moderna, decía.

Tanta severidad las abrumaba, de modo que cuando comenzó la secundaria se desmelenó y empezó a buscar válvulas de escape: chicos, fiestas, alcohol. Aquel verano loco, con todas las asignaturas suspensas, su madre decidió que la enviaría a un colegio de señoritas interna.

Pero fue peor. Aunque aprobó todas las asignaturas y su madre se mostraba plétórica con la decisión tomada, en el momento en el que Beatriz atrapó el verano, se lo bebió a grandes sorbos y lo primero que hizo fue meterse en la cama de un profesor de química que acababa de finalizar la carrera. Según ella, tanto número y tanta fórmula le habían atrofiado el cerebro y necesitaba también respirar.

Los años posteriores se le difuminaron de repente, los percibía como un túnel por el que entraba y salía sin que la llevase a ninguna parte.

* * *

La sala de espera de la notaría estaba bastante concurrida esa mañana. Aunque las compraventas de viviendas habían descendido drásticamente en los años de la crisis, otras operaciones, como litigios, desahucios o procedimientos judiciales por impago y las testamentarias hacían que los notarios, poco a poco, fuesen recuperando una actividad económica que se había estancado después de la explosión de la burbuja inmobiliaria.

La oficial les hizo una señal para que pasaran a una sala contigua. Se fueron sentando en una mesa oval con ocho sillas. A los pocos minutos, el notario apareció por una de las dos puertas que unían el despacho con esa habitación.

El viaje desde Málaga a Madrid lo habían tenido que hacer bien temprano. La carretera, en el trayecto de Marbella a Málaga, daba signos de un tránsito de vehículos mayor que unos días antes. Las vacaciones de verano se iniciaban para los que disfrutaban de descanso o tenían niños en edad escolar. Los atascos en la autovía del Mediterráneo eran frecuentes. Con la construcción de la autopista AP-7 la habían remodelado, cambiado el antiguo nombre de N-340 y colocado una infinidad de rotondas para hacerla más lenta y complicada, con el fin de que los conductores optaran por la autopista y pagaran el correspondiente peaje.

Los cuarenta minutos de viaje los hicieron casi en silencio. Beatriz, de vez en cuando, daba en voz alta alguna que otra instrucción, recriminaba a

Evander la ropa que había elegido para la ocasión o hacía algún comentario sobre las vistas, el viento que soplabá en la zona más alta del trayecto, a la altura del arroyo de la Miel, o las compras que pensaba realizar en Madrid. No quería demostrarlo, pero estaba bastante nerviosa.

Evander no movía ni un músculo de la cara. Iba en el asiento del acompañante. Luca no percibió de su rostro más que el cuello y la nuca durante todo el trayecto. Pam sí contestaba a Beatriz o asentía con la cabeza cuando le refería, mirándola directamente a la cara, alguna indicación sobre su visita a Madrid.

Durante el vuelo continuó la ausencia de charla, aunque Luca y Pam se sentaron inmediatamente detrás de su madre y de Evander. Ellos sí conversaban, miraban por la ventanilla del avión o se reían de alguna ocurrencia de ambos. Luca iba bastante relajado. Era la primera vez que acudía a un asunto tan importante para su vida futura, pero lo afrontaba sin aparente nerviosismo, aunque en ocasiones el semblante se le ponía serio y parecía tener el pensamiento en otro sitio.

Ahora, delante del notario, deseaba terminar pronto. Lo que tuvieran que leer, que lo hicieran ya, que nadie pusiese objeciones y que todos dieran por terminado el reparto sin mayor contratiempo. Pero en el fondo sabía que eso no iba a ocurrir..., sino más bien todo lo contrario.

Habían hecho una pequeña parada en el hotel que habían reservado en el paseo de la Castellana, cercano a la notaría. Allí se habían duchado, cambiado de ropa y desayunado un poco. Luca apareció vestido de forma impecable, con el traje gris y una barba incipiente que había recortado por la zona baja del cuello. Pam le acompañaba con un vestido azul claro. Lo había comprado el día anterior en una galería de una prestigiosa marca de ropa femenina. Le quedaba perfecto. Formaban una bonita pareja. Beatriz les vio venir, pero no se percató de que eran ellos hasta que su hijo se paró delante de ella. La besó en la mejilla y tomaron asiento junto a ellos.

Ahora, en aquella sala en la que se habrían firmado innumerables acuerdos importantes entre empresas o particulares anónimos o popularmente conocidos, Luca esperaba con su nueva imagen de ejecutivo, haciendo honor al trámite tan importante al que iban a proceder. Su abuelo no se merecía tomarse las cosas a la ligera. A partir de ese momento, en las cuestiones de su nueva empresa sería tremendamente profesional, correcto en las formas y enérgico en las decisiones que tuviera que tomar.

El hombre con aspecto circunspecto se puso unas gafas que se deslizó levemente hasta la mitad de la nariz, abrió una carpeta con el membrete de la notaría y fue pasando páginas hasta que llegó a donde él creyó que era el lugar por el que debía empezar. Consultó los documentos personales que cada uno de ellos le habían puesto sobre la mesa y dio su conformidad a todos. Marcos apareció en ese momento. Aunque residía en Madrid, fue el último en llegar. Le gustaba hacer ese tipo de cosas, retrasarse, poner alguna excusa por la tardanza y terminar por ser el centro de todas las miradas. Llegó acompañado de otro hombre, vestido con un impecable traje azul marino, camisa blanca y corbata rosa. Era bastante joven. Se presentó como abogado de un bufete de la capital y tomó asiento con el permiso del notario. Las gafas las tenía aún más caídas, pero no hizo nada por colocárselas más arriba. La nariz tenía un trayecto considerable y la marca de las gafas había horadado la piel, haciéndola un poco más rojiza con la fricción del puente.

Levantó la vista por encima de las lentes y cuando consideró que todo estaba conforme comenzó a leer. El principio fue protocolario, monótono, pero cuando se dispuso a leer el contenido del reparto hizo una pausa, con la que las respiraciones de algunos se hicieron más profundas. Algunas piernas se movieron por debajo del travesaño de la mesa, algún zapato chirrió al rozar el suelo la suela de goma y después se oyó el nombre de la primera persona elegida para el reparto.

—A mi hija Beatriz dejo: los dos pisos de la Quinta Avenida de Nueva York y el chalet de Madrid, las joyas de la familia, el 100 % de las acciones cotizadas en el Dow Jones, el 25 % del saldo de las cuentas a mi nombre, el vehículo Rolls Royce de mi propiedad y todos los recuerdos familiares que tengo repartidos por todas las casas, incluyendo mi colección de cuadros y antigüedades.

Beatriz pareció relajar el cuerpo; salió de ella un suspiro que intentó amortiguar sin conseguirlo. Evander le apretó la mano que tenía sobre la mesa. Ella intentó alejarla de él, seguramente para disimular la alegría. Después de unos instantes, recordó algo.

—Señor notario, por favor, léalo bien. ¿Eso es todo?

El notario desplazó la cabeza hacia ella, no con muchas ganas, la observó como si escudriñara y valorara algún raro espécimen, y dijo:

—Señora, ¿le parece poco?

Ella miró a ambos lados de la mesa y buscó a Marcos, que tenía la misma cara de asombro, pero no dijo nada más.

—Señora, ¿puedo continuar?

Beatriz bajó la mirada sin saber qué decir.

—A mi nieto Luca: el ático de Manhattan, que espero que alguna vez visite, el 70 % del saldo de las cuentas a mi nombre, todas las acciones de Barberá & Delafont que poseo, que equivalen al 60 % de la sociedad; las colecciones de libros y el Chevy Camaro rojo del 69, que también tengo en la ciudad de Nueva York.

»A mis empleados, tanto de los restaurantes como al personal administrativo: una gratificación en metálico de 2000 dólares a cada uno, que serán detraídos del saldo de las cuentas antes del reparto anterior, para agradecerles su esfuerzo y dedicación y para que brinden a mi salud, ahora que ya no me van a ver nunca más.

Se escapó alguna risa que el notario intentó localizar como si fuese un sabueso olfateando entre los asistentes a un campo de fútbol. Era un oficial de la notaría que intentó disimular con tener algo que hacer fuera y se marchó de allí poniéndose la mano en la boca mientras inflaba los carrillos.

—Hay una parte del testamento sobre la que el señor Barberá hace hincapié en que permanezca cerrada hasta que pueda ser distribuida y que se corresponde con el 5 % de los saldos de sus cuentas corrientes. Por lo tanto, siguiendo su voluntad, no la puedo hacer pública.

Un cuchicheo espontáneo distrajo al notario, que atendió con la mirada el punto exacto de procedencia. Beatriz, por segunda vez, fue el centro de las miradas. Sin inmutarse, giró la cabeza buscando de forma instintiva a su hijo, y este contestó a su expresión de asombro con un simple encogimiento de hombros. No obstante, Luca levantó la mano derecha para atraer la atención del notario. Después de carraspear para aclararse la voz, dijo:

—¿No puede adelantarnos nada?

—Como digo —intervino el fedatario con tono severo y protocolario—, el señor Barberá adjuntó al testamento un sobre cerrado, del cual hace un inciso especificando que no se abra hasta que no se confirmen unos supuestos que enumera y que tampoco pueden hacerse públicos en estos momentos. —El notario hizo una pausa que aprovechó para subirse el puente de las gafas y echar una rápida visual a los asistentes—. No se preocupen, que, llegado el momento, serán informados oportunamente para que estén presentes en la apertura del sobre y en la lectura de su contenido. Pero cada cosa a su tiempo.

Dada la complejidad de algunos asuntos que había que resolver (cambio de titularidad de inmuebles, testamentaría, traspaso de la cartera de acciones,

operaciones financieras en el extranjero, traspaso de divisas, etcétera), el notario optó por nombrar un albacea dativo, previo consentimiento de los herederos, que no propusieron ninguno.

Sin dar opción a más preguntas, recogió la documentación que había puesto sobre la mesa, la guardó en una carpeta de color azul con el membrete de la notaría y empujó la silla con ruedas hacia atrás apoyando las manos sobre la mesa.

Se despidió de forma precipitada e intentó salir hacia su despacho abriendo la puerta que unía las dos salas.

Luca le pidió entonces que le diesen una copia simple a Marcos Delafont. Este intentó encajar bien el golpe, mostró una bonita sonrisa y procuró no dar muestras de tambalearse mucho después de la estocada que acababa de recibir.

—La señorita Carmina se la dará con mucho gusto si se la piden a ella en el mostrador —dijo el notario con evasivas y dejando claro que esa era una cuestión menor.

—Marcos, gracias por venir. De esta forma te das por enterado del cambio de administrador en la empresa —dijo Luca irónico—. Aunque cumpliré el trámite y enviaré un burofax a la sede de la empresa comunicando el resultado de la voluntad de mi abuelo respecto a las acciones que poseía, te puedo hacer llegar una copia, no es problema. Si te parece, podríamos tener una reunión informal en tu despacho esta misma tarde. El barco no se puede quedar sin timonel.

—Como quieras. —La voz de Marcos sonó queriendo dar muestras de tranquilidad en un tono muy bajo. Podemos quedar a las cinco, si te parece bien.

—Perfecto, a esa hora nos vemos. —Luca se levantó de la mesa, le dio un beso en la mejilla a su madre, que todavía tenía en la cara un gesto confuso de incredulidad, y salió de la habitación con Pam de la mano.

* * *

En aquella mesa del bar, con las paredes decoradas con sombreros vaqueros, enormes ruedas del viejo Oeste, sillas de montar y alguna que otra réplica del Winchester modelo de 1873, mientras sonaba *A soft place to fall* de Alison Moorer, Luca se sintió por primera vez libre de cadenas. Le

acababa de caer encima un peso enorme, pero tenía las manos libres. Y el hecho de tenerlas así le haría afrontar los planes de futuro que siempre había imaginado.

—¿Sabes por qué pienso que mi abuelo me ha dado las acciones de la empresa a mí y no a mi madre?

Pam bebía en ese instante de un botellín de cerveza. Se encogió de hombros, no porque no supiera la respuesta, sino porque las mujeres siempre saben apreciar cuando un hombre necesita contar algo y no quieren dejarle con la sensación de que su pareja no le deja nunca expresar su opinión, cuando en el fondo son ellos los que, con sus preguntas retóricas, aunque se las formulen a ellas, no les dejan expresar la suya.

Esperó un tiempo prudencial para que ella diera una respuesta y, como en un concurso de televisión, después de unos segundos de espera, dio por terminado el plazo.

—Porque mi abuelo sabía más de la vida que nosotros, de las conductas humanas y de la de su hija en particular. Él no había estudiado nada, más allá de saber escribir y hacer algunas cuentas, pero tenía lo que la experiencia te da y ninguna escuela o universidad te enseña. Él sabía perfectamente que, si le daba la dirección de la empresa a su hija, le duraría en las manos cinco minutos. Le cedería los poderes a su amigo y socio, Marcos. Porque hay personas, como mi madre, que nunca quieren más compromisos que los que ellas de forma libre decidan, y ninguno pasará por tener que llevar una empresa tan compleja como Barberá & Delafont. Y nunca pensaría mi madre en mí para dirigirla, porque soy demasiado joven. Mi edad sería el obstáculo para gestionar el legado familiar de mi abuelo, y lo expondría sin reparo alguno a que la mala gestión de un tercero nos dejara sin ingresos futuros.

A Pam le dio tiempo de beberse el contenido del botellín, mientras que el de Luca permanecía igual que cuando lo colocó la camarera sobre la mesa.

—La cerveza estará ya caliente.

Luca miró el recipiente de cristal y no dijo nada.

—Me parece muy interesante lo que me cuentas, pero yo quiero divertirme. Comamos un poco y vayamos después a pasear. No se puede estar siempre hablando de trabajo —dijo Pam mirándole directamente a los ojos.

Luca no dejó de mirarla, le sonrió y levantó la mano para conseguir la atención de la camarera.

—¿Te había dicho antes que estás guapísima?

—Ves, ese tema me gusta más —dijo Pam y enseñó luego una bonita sonrisa.

Cuando la empleada llegó, le preguntó por las tapas. Pidieron unas cuantas y dos nuevos botellines fríos. Sonaba entonces *On the road again* de Willy Nelson.

—¿Te habías dado cuenta de que desde hoy te has convertido en mi secretaria?

Ella sonrió abiertamente y le lanzó una pregunta con peligro.

—¿Solo en tu secretaria?

Él, sin inmutarse, se limpió los labios con una servilleta de papel antes de contestarle.

—Me refiero únicamente a la relación contractual. Sobre las otras no tenemos contrato alguno. Somos libres, no nos une nada más que cariño. Y sí, te quiero mucho.

—¿Seguro?

—¡Qué complicadas sois las mujeres! Nunca estáis conformes con nada. Tan seguro como que estamos aquí ahora mismo comiendo. ¿Y tú?

—Yo... no estoy segura. Quizá un poco de atracción física, nada más.

Luca le tiró la servilleta a la cara.

—¿Tanto trabajo te cuesta decir «te quiero»?

—No, pero no lo voy a decir así, nomás.

—Pam, nomás, que no te estoy pidiendo matrimonio —dijo Luca alzando un poco la voz.

—Ah, ¿no?

Ella se quedó mirándole, esperando su reacción.

—Anda, come, que bastante trabajosa eres.

Pam acercó su cara a la suya y le besó en los labios.

Él se retiró un poco.

—Te gusta encorajarme, ¿no? —le dijo queriendo poner cara de enfado.

Ella rio entonces abiertamente.

* * *

En la habitación del hotel, Beatriz cortaba por quinta vez la llamada del móvil. Marcos seguía insistiendo para hablar con ella, pero sabía perfectamente de qué trataría la conversación y pensó que no le apetecía lo

más mínimo. Se había ido quitando poco a poco la ropa y la había ido colocando en el armario junto al resto de sus prendas. Evander se estaba duchando y pensó acompañarlo. Tenían un hermoso *jacuzzi* y no estaba de más aprovecharlo. No quería que nada la distrajera de ese momento de relax, y si algo había aprendido después de la edad que tenía, era saber aprovechar los momentos agradables que te ofrece la vida, lo demás siempre habrá tiempo de experimentarlo. Por desgracia, ya habrá alguien o algo que te obligue a pasar por donde no quieres y en el momento más inoportuno, aunque luego pensó: «¿Puede lo trágico o desagradable ser oportuno alguna vez?». Guardó el móvil en el bolso y se fue derecha al cuarto de baño. Cuando abrió la puerta dejó caer la última prenda que llevaba puesta y desapareció engullida por una nebulosa de vapor.

* * *

—Luca, buenas tardes. ¿Se encuentra usted en Marbella? —preguntó el inspector Ugarte cuando Luca descolgó el móvil en plena calle céntrica de Madrid.

—¿El inspector Pedro Ugarte?

—Sí, soy yo.

—Pues no, me encuentro ahora mismo en Madrid; hemos venido a la lectura del testamento.

—Bien, es que me gustaría comentarle algunos aspectos de la investigación. El caso lo llevo yo, aunque hemos tenido ciertas coincidencias relacionadas con otra muerte.

La cara de Luca mostró una expresión rígida de bastante asombro.

—¿Sigue usted ahí?

—Sí, sí, por favor, continúe.

—Verá, en otro aseo, en la terminal internacional del aeropuerto y solo separado por un intervalo de apenas una hora, tuvo lugar otro fallecimiento. Un hombre de unos 40 años, colombiano, de aspecto frágil. Acababa de descender de un vuelo de Bogotá. Estaba enfermo, padecía una enfermedad terminal. En un principio, el forense que hizo la autopsia no desveló ninguna relación con veneno alguno. Lo justificó como resultado de un paro cardíaco relacionado con las veinte bolas de cocaína que le encontraron en el estómago. Curiosamente, ninguna se abrió, pero, aun así, determinó que la muerte le

sobrevino por este motivo. El suceso lo estaba investigando un compañero mío, Manuel Rocero. Después de ciertas coincidencias con el fallecimiento de su abuelo, las mismas instalaciones, la corta diferencia horaria entre uno y otro caso..., convencimos al juez para que se le realizara una segunda autopsia al colombiano. El doctor Sáenz acaba de enviarme el informe de la misma. No ha sido una casualidad. Se la encargamos a él precisamente porque queríamos ver si identificaba similitudes con su abuelo. No le dimos ninguna pista, no le dijimos que provenía de un sujeto fallecido en el mismo lugar y con una hora de diferencia. No quisimos que su análisis se viese distorsionado por estos hechos, pero la conclusión ha sido la misma. También murió envenenado. —El inspector hizo una pausa esperando que Luca le interrumpiese con algún comentario, pero no dijo nada—. Luca, ¿sigue usted ahí?

—Sí, inspector, aquí estoy. —Se acababa de sentar junto a Pam en un murete cercano a los accesos al estadio Santiago Bernabéu—. Le escucho atentamente.

—¿Le ha comentado a alguien sus sospechas de que su abuelo fue asesinado?

—No, inspector, a nadie.

—Lo suponía, parece que le voy conociendo. Siga sin decírselo a nadie, ni siquiera lo que acabo de comentarle. No podemos descartar que pudieran ser muertes accidentales, pero, por si acaso, es conveniente que nadie pueda relacionarlas o estar a la defensiva, creyendo que la policía tiene más datos relevantes. Hemos precintado los aseos y enviado a la científica a examinarlos, aunque puede que sea un poco tarde.

—¿Quiere usted que hagamos algo? —preguntó Luca al inspector.

—No, por ahora no. Solo quiero que me diga cuándo piensan volver.

—Mañana a primera hora.

—Otra pregunta. —Ugarte volvió a hacer una pausa—. ¿Su madre está con ustedes?

—Sí, por supuesto.

—Me gustaría entrevistarle a usted mañana. Por alguien tengo que empezar.

—No hay problema, inspector, estoy a su entera disposición. Mañana podríamos vernos a las doce, si le parece bien.

—Perfecto, le espero en comisaría junto a su compañera.

—De acuerdo, mañana nos vemos. Hasta mañana.

* * *

La reunión de la tarde con Marcos Delafont fue un simple acto testimonial. Quería dejarle claro que, por supuesto, él no era su madre, Beatriz, que no tenía intención alguna de dejar la gerencia de los negocios en manos de nadie ni rehusar los deseos de su abuelo. Le propuso la celebración de una junta extraordinaria para unas semanas más tarde, cuando todos los trámites estuviesen concluidos. Aceptó de inmediato y concretaron la cita de forma rápida. Marcos Delafont no estaba poniendo trabas, por lo que acordaron que hasta la celebración de la junta no se tomarían nuevas medidas.

* * *

3 de julio de 2015, viernes

A la hora acordada, en la Comisaría Provincial de Policía, entre la calle Conan Doyle y la plaza de Manuel Azaña de Málaga, Pedro Ugarte puso una taza de café sobre la mesa e intentó disculparse.

—Perdone, Luca, pero no tenemos dinero para gastos de representación. Además, creo que no nos conviene tener esta reunión en un lugar público donde puedan oír lo que hablamos.

Luca asintió con la cabeza, agarró la taza por el asa y se la llevó a la boca. Había cogido la costumbre de la época de estudiante de tomar muchos cafés para espabilarse. Sabía que no era nada bueno, pero pensaba que con no echarle nada de azúcar ya estaba todo arreglado. Pam, sin embargo, no quiso tomar nada. No le gustaban ni el café ni el té, y sabía que cualquier otra cosa sería impensable que tuvieran en una comisaría. Permaneció callada, sentada junto a Luca.

—¿Mató usted a su abuelo?

Luca espurreó el café; sin duda no se esperaba la pregunta.

El inspector pareció no inmutarse.

—¿Cómo piensa eso, inspector? Consigo que le hagan una autopsia por encima de la opinión del forense, y piensa usted que me voy a autoinculpar, así como así, porque soy tonto.

Ugarte sonrió abiertamente.

—Sé que no lo hizo, pero tiene motivos más que suficientes para ser sospechoso. He leído que ayer recibió de su abuelo el control de la compañía, así como una importante suma en metálico.

—Sí, ¿y? ¿Eso me convierte en asesino?

—No, por supuesto, ya le he dicho que no creo que lo hiciera, pero tenía que hacerle la pregunta. La segunda también es bastante obvia. ¿Sabe usted quién pudo hacerlo?

—No. —Luca no pensó la respuesta, aunque lo hiciera con un monosílabo.

—¿Su abuelo pensaba coger algún vuelo? Hemos revisado las listas de embarque de los vuelos de ese día y no aparecía en ninguno.

—Podía habérselo evitado. Mi abuelo no pensaba ir a ningún sitio, volando, quiero decir. Su destino era el mismo aeropuerto.

—¿Sabe usted por qué?

—Sí, nos comentó durante la cena que se vería con sus abogados de Madrid. Era festivo y pienso que no querría entretenerlos mucho. Había quedado con ellos allí, y supongo que se volverían después de la reunión. La minuta sería cuantiosa; eso a mi abuelo no le importaba. Solo quería que los que trabajaran para él estuviesen disponibles siempre. Además, ese día en particular estaba bastante fastidiado con la dichosa gota.

—Y usted, señorita Pamela, ¿conocía a alguien que pudiera desear la muerte del señor Barberá?

Pam se sorprendió, no de la pregunta, y sí de la forma tan inesperada con que el inspector la había introducido en el interrogatorio.

—No, yo tampoco. Llevaba poco tiempo trabajando para él, y siempre me demostró ser un hombre bastante equitativo. No habría pensado nunca que tuviese enemigos.

—Bien, por ahora creo que hemos terminado. Su madre y su marido..., Evander...

—Larsson, Evander Larsson.

—¿Estarán ahora en casa?

—Sí, por las mañanas siempre están allí. No creo que hayan salido.

—Pues entonces iré a visitarlos. Quiero hacerles unas preguntas —dijo el inspector cogiendo el cinto con el revólver de una silla próxima.

—¿Le han pasado ya los datos de la científica?

—No, todavía no —contestó Ugarte sin inmutarse.

—¿Me tendrá informado, inspector?

—Le diré únicamente lo que pueda decirle. No quiero que algo que le cuente pueda entorpecer la investigación.

Luca puso cara de incredulidad. Todavía no conocía al inspector lo suficiente, pero parecía con sus comentarios que Pedro Ugarte sí le conociese o hubiese tomado una impresión equivocada de él, cosa que no le hizo mucha gracia.

—Creo que puede contármelo todo. No sé qué impresión le he dado, pero siempre suelo medir mis palabras.

—No se lo tome a mal, pero es una premisa de mi trabajo. Siempre me guardo algo para mí.

Luca siguió pensando lo mismo, aunque ya no dijo nada más.

—Desde mañana estableceremos un equipo de apoyo en la comisaría de Marbella. Estaré allí durante el tiempo que dure la investigación. Queremos interrogar a todo el servicio. Dejaré a un par de hombres aquí en Málaga.

Luca asintió con la cabeza.

Se despidieron en la puerta del despacho y abandonaron el edificio. El inspector, unos minutos después, se subió al vehículo policial.

* * *

El sopor del mediodía y un calor intenso les dio de golpe con la mano abierta cuando salieron a la calle. Un trasiego interminable de turistas deambulaba por las amplias aceras del centro. Las mujeres ataviadas con faldas de estampados alegres, ellos con pantalones cortos y camisas desabotonadas. La mayoría llevaban sombreros. Eran de piel blanquecina y los rayos de sol se cebaban con ellos acentuando una piel rosácea, como medio hecha.

Luca pensó en hacer algo. No se lo había propuesto al inspector ni tenía por qué. Ni siquiera a Pam. Era mayor de edad, quería encontrar al asesino de su abuelo y nadie más que él tendría el derecho de indicarle si esto o lo otro era lo más acertado para encontrarlo o advertirlo. Pero, en su situación, sabía que dar alguna información a determinadas partes podría hacer variar los acontecimientos y, si no precipitarlos, sí condicionarlos para advertir la más mínima reacción por parte del asesino.

Durante el trayecto en coche, mientras esperaba a que un semáforo cambiara a verde, se atrevió a contárselo a Pam.

—¿Qué te parece si hacemos intervenir a la prensa o a la televisión?

—¿Cómo? No hagas nada que pueda perjudicarnos. El inspector tiene pinta de tener bastante mala leche.

—Nosotros estaremos al margen. Nadie podrá demostrar que lo contamos nosotros. Los medios de comunicación nunca descubren sus fuentes. Pudo ser cualquiera, o simples conjeturas de un periodista aventajado o impertinente.

El semáforo cambió de color y él continuó la marcha.

—Que el asesino se ponga nervioso. Me lo imagino bastante tranquilo, pensando que ha cometido el crimen perfecto, que nadie lo relacionará con una muerte violenta. Si esa perspectiva cambia, puede cometer algún error, alguna imprudencia, decir algo inoportuno, fuera de lugar. ¡Qué sé yo!

—Eres muy lanzado, Luca. Tienes que empezar a medir lo que haces. Estás acostumbrado, y no te enfades por lo que te voy a decir...

—Pero me lo vas a decir de todas formas...

—Por supuesto. Tienes que saber que no todo está controlado por ti. Eres un muchacho. Aventajado, vale, pero a fin de cuentas desconoces muchas cosas aún. No puedes ni sabes controlarlas todas. Muchas se te escaparán y tendrán efectos inesperados. No todo es como en Farmacia. Si algunas veces mezclas reacciones o comportamientos, no siempre ocurre lo que esperas. En ocasiones, lo que resulta no se parece en nada a lo que habías previsto. Y, lamentablemente, las cosas no tienen marcha atrás.

—Eres mi Pepita Grillo. Y que te quiero, ¡leche! —Alargó su mano derecha y la dejó descansar en el muslo izquierdo de ella.

Luca sabía ser gracioso. Aquello hizo reír a Pam, pero no la hizo cambiar de idea.

* * *

Beatriz había insistido en traerle algo de beber. El inspector, después de muchas objeciones, había tenido que consentir que le pusiesen una cerveza sin alcohol. Se habían encerrado en la sala contigua al salón por indicación expresa de Ugarte, que había preferido un lugar tranquilo y seguro de escuchas inoportunas. Evander estaba con ellos y, como de costumbre, permanecía de pie junto a su esposa.

—Verá, señora, no quisiera incomodarla, pero es un trámite que debo hacer para cerrar el expediente. Su padre murió en un lugar público y, aunque

se ha dictaminado que fue por causas naturales, no puedo dejar ningún fleco suelto. Tenemos que estar totalmente seguros de ello. En primer lugar, necesitaríamos una foto reciente de su padre. Solemos adjuntarla al expediente —dijo el inspector para no levantar sospecha.

Beatriz había permanecido en todo momento con una expresión en la cara, a la vez que de incredulidad, de cierto malestar por la visita del inspector. No obstante, salió unos minutos fuera de la habitación, volvió con una fotografía y se la entregó a Ugarte.

—¿Tenía usted problemas personales con su padre? —Ugarte no quería perder el tiempo.

—¿Qué quiere decir con esa pregunta? —Beatriz subía el enfado por momentos.

—Dicho de otra forma, ¿se llevaban bien? Las veces que se veían, ¿discutían con frecuencia?

—No, por supuesto que no. Mi padre tenía a veces sus opiniones y yo las mías, pero no hacíamos de eso una bronca constante.

—¿Y la relación entre el señor Delafont y su padre?

—Perfecta. Eran como hermanos. —Beatriz no titubeó un instante. No podía permitir que aquel policía la pudiese poner en duda.

—No sabe, señora, lo frecuentes que son las peleas entre hermanos. —Ugarte no quería dar tiempo a que pensarán—. ¿Y usted, señor Larsson?

Evander le miró, demostrando con la mirada lo que pensaba del inspector.

—¿Yo qué, inspector?

—Sabe perfectamente a qué me refiero. ¿Tenía fricciones con su suegro?

—Le diré lo mismo que mi mujer. Hablábamos poco. Cuando venía a visitarnos era de tarde en tarde, así que podía aguantarlo perfectamente. Luego se iba y nuestra vida seguía igual.

—¿A qué se dedica usted, señor Larsson?

—Soy pintor de cuadros. —Evander pensó en decirle al inspector lo inoportuno de su pregunta, pero no dijo nada más.

—¿Y vende alguno?

Beatriz intervino entonces.

—No estoy dispuesta a permitirle más preguntas hirientes.

Evander intentó calmarla, aguantándola por los hombros.

—Cariño, no me importa contestarle. No tengo por qué avergonzarme.

Ugarte miraba a ambos con la misma actitud que había adoptado desde el principio. Estaba acostumbrado a formular preguntas incómodas y a la reacción de los interrogados. Aquella situación no le era ajena, y continuaba, aparentemente, sin inmutarse.

—No, no vendo ninguno. Llevo una época bastante aciaga.

—¿Y de qué viven entonces? ¿Quién paga todo esto?

Un silencio espeso recorrió la habitación, pero nadie contestó.

El inspector extrajo del bolsillo una libreta pequeña y un lápiz e hizo como si escribiera algo, y, sin levantar la vista del papel, formuló otra pregunta.

—Señor Larsson, ¿sería usted capaz de cualquier cosa por su mujer?

—¿Quiere decir capaz de matar a mi suegro para que mi mujer cobrase la herencia? Eso es lo primero que pensaría cualquier policía, incluso uno como usted. ¿Me cree tan tonto?

Beatriz se levantó, abrió la puerta de la habitación y con ella abierta se dirigió al inspector.

—Interpondré una queja ante su superior. No le quepa la menor duda.

El inspector se levantó entonces y se dirigió hacia la salida. Cuando estaba a la altura de Beatriz dijo:

—Está usted en su derecho, señora. Que pasen una buena tarde.

Los dos se le quedaron mirando sin decir nada más hasta que la asistenta le abrió la puerta principal y desapareció del radio de visión.

Capítulo 5

Hay dos cosas que son infinitas: el universo y la estupidez humana; de la primera no estoy muy seguro

(ALBERT EINSTEIN)

No hay peor contaminación que la pobreza
INDIRA GANDHI

La pobreza..., la humillación de los humanos que hace que otros parezcan distintos. Sin ella, los ricos serían menos ricos porque no tendrían a nadie a quien explotar, nada que menguar ni quitar; se llevarían lo justo, porque no solo en apariencia somos lo mismo: un trozo de carne con instinto.

Es evidente que no interesa exterminarla. Es más importante quitar a los otros de en medio antes que ayudar a los que no tienen lo que yo porque nacieron en un lugar equivocado y olvidado. Siguen en una nube, una tan lejana que parece de otra galaxia. Algo así como lo que suelen llamar «el limbo», un lugar indeterminado, impreciso, que no está en un punto concreto, en ninguna latitud específica, pero que se parece mucho a África, a Asia o a algunos países árabes. Solo cuando esa distancia que nos parece insalvable se acorta y se hace realidad, que es capaz de traspasar fronteras, voluntades y espejismos, nos interesamos por ese mundo casi cataléptico en que lo hemos convertido para beneficio nuestro. Y como una maldición de los antiguos dioses, alguna escritura olvidada de una religión moderna aún por inventar dirá:

«Y entonces el ébola, como antes hizo el sida, levantó la muralla de acero y se acercó a la orilla, a los pies del gigante que se sentía fuerte e invulnerable; y una cosa tan pequeña, invisible al ojo humano, le hizo mover los dedos de las manos, y el pensamiento, que no genera movimiento, que era un simple pasatiempo para el gigante, dio paso al miedo, a la preocupación manifiesta de que nadie está a salvo de nada. Y, por un instante, una lucecita roja iluminó una parte del mapa que estaba a oscuras, y así volverá a estar cuando todo esto pase, porque pasará, ¿verdad?».

Aunque hay pobres en todas partes, es una miseria clandestina porque no interesa hacerla oficial, combatirla, aislarla y hacerla desaparecer. Existe la limosna, el recuerdo concreto de una fecha, un día en el calendario, una

promesa, pero no un convencimiento de los gobiernos de los países poderosos por hacer valer la fuerza de una voluntad desinteresada que no existe.

Nadie hará nada para que otro pueda ponerse a su altura en algo. Vivimos confrontados los unos con los otros; en el trabajo, en el esfuerzo, en la vanidad y en la riqueza, sobre todo en la riqueza, porque hoy en día sigue siendo la razón de la fuerza. Y esa fuerza no se puede extinguir porque genera más riqueza.

* * *

Luca se acordó de su amigo Julio, estudiante de 3.º de Biología. Le mandó un whatsApp saludándole. A los pocos segundos recibió otro, contestándole.

—¿Sabes algo de unas ranas tremendamente venenosas?

La respuesta se hizo esperar. Después llegó un simple y raquítico «no».

—¿Podrías informarte sobre ellas? Supongo que tendrás contacto con profesores, investigadores, no sé, alguien que haya estudiado los bichos venenosos de Sudamérica.

—Hay un profesor que está siempre muy interesado en este campo de los anfibios y plantas con poder para matar humanos. Cuando termine lo que estoy haciendo, le llamo. Le pregunto y te comento. ¿A qué viene ese interés?

—No, a nada en concreto. —Luca quiso parecer todo lo despreocupado que pudo—. Estoy escribiendo una historia y me gustaría incluir algo de intriga, ya sabes. Suspense, muertes violentas camufladas con una simple apariencia de infarto. Algo que luego tenga su lógica.

—Estamos en contacto.

Después del almuerzo, Luca y Pam dieron un paseo por la playa. El mar era una inmensa extensión verde azulada, imperturbable, lisa como una plancha metálica; ni una sola ola cortaba en espuma haciendo ondulaciones sobre la superficie. El sol intensificaba su fuerza, pero Pam ya había conseguido que su piel blanquecina se hubiese tornado un poco más tostada, incluso los tirantes del biquini se le habían marcado como unas franjas delgadas sobre la piel.

—Tengo que insistirte en la idea de los medios de comunicación.

—¿No vas a parar nunca? —Pam parecía molesta.

—Tenemos que sacarlo. No para de rondarme la idea de que si el asesino ve una mera insinuación de que no fue una muerte natural, se pondría nervioso, tendría que cometer algún error, una imprudencia, precipitarse, manifestarse. Qué sé yo..., algo. Así, teniendo al inspector investigando, no creo que encuentren nada.

—Pero tienes que dar tiempo. Eres muy impetuoso. Cada cosa tiene que madurar. Tu abuelo diría que es como un buen plato. No se puede adelantar su cocción, porque no estaría bien hecho. Si son veinte minutos, son veinte minutos. Ni uno más, ni uno menos. En las relaciones humanas las cosas son más complejas. Y en una investigación de asesinato no digamos.

Luca andaba pensativo. Miraba la arena húmeda de la orilla y veía los pies hundirse en ella y cómo el agua rompía suave hasta alcanzarle a la altura de los tobillos.

Pam continuó hablando.

—Te puedes meter en un lío. El inspector te puede arrestar por obstrucción a la justicia. Eso sería terrible, no por la multa que conllevaría tu arresto, sino por la repercusión mediática que tendría y el efecto negativo en la empresa. No puedes jugártela.

Luca continuó andando sin decir nada. La melodía del móvil sonó dentro del pantalón.

—¿Sí?

—¿El señor Luca Spaletta?

—Sí, soy yo. ¡Dígame!

—Verá, soy Ramón Suárez, el administrador del bufete que lleva mi apellido.

—Sí, ya...

—Estaba usted interesado en saber los motivos que llevaron a su abuelo a solicitar nuestros servicios y por qué nos reunimos con él el pasado sábado en el aeropuerto de Málaga.

—Sí, sí, continúe.

—Estoy dispuesto a contárselo si antes firma con nosotros un nuevo contrato de exclusividad. Si está conforme, le enviaré un borrador hoy mismo.

El señor Suárez no se andaba con rodeos. Fue directo al grano.

Luca miró a Pam y le hizo una indicación de complicidad con el dedo pulgar hacia arriba.

—Cuando lo reciba, seguimos hablando. Y una cosa... Esta conversación no la hemos tenido nunca —dijo Luca solemne.

—En eso estamos totalmente de acuerdo.

* * *

Pedro Ugarte recurrió a su gran amigo Martín Cifuentes para que realizara el interrogatorio a Marcos Delafont en Madrid, ya que su compañero residía allí. Al mismo tiempo quería que indagara también sobre el bufete Suárez, que, según había podido comprobar, llevaba los asuntos de Mikel Barberá, teniendo en cuenta además que dos de sus abogados eran los que lo habían visto vivo por última vez. Aunque le recalcó que lo de los abogados lo dejara para más adelante. Le había solicitado al juez una orden para que el bufete no le pusiera impedimentos a la hora de explicarle los motivos que tenía Mikel Barberá para citarlos en aquel lugar tan improvisado, qué se traía entre manos y poder conocer si ese fue el motivo de su muerte. Sabía que los abogados se acogían rápidamente a la relación cliente-letrado, a su código deontológico, para no contar lo que no querían, y había que anticiparse. Le mantendría informado cuando la obtuviese y le enviaría copia de ella para que actuara rápido.

Martín era un antiguo compañero de academia. En la actualidad ostentaba el cargo de inspector jefe en una comisaría del centro de Madrid. Se había casado en segundas nupcias con Alicia Rovira, también inspectora. Habían estado juntos en infinidad de batallas, compartido habitación de hostel y guardias en su época de agentes. Ahora estaban a más de 500 kilómetros de distancia, pero mantenían una comunicación que, aunque intermitente, nunca había llegado a cortarse del todo. Conocían todos los cambios personales que habían acontecido en sus vidas, sus últimos destinos, sus ascensos. Que Pedro había sido abuelo por primera vez, que Martín había conseguido llegar a un acuerdo de visitas con su exmujer respecto a su hija Laura..., pero no se veían físicamente desde hacía por lo menos diez años. La imagen que tenían el uno del otro es la que se puede tener de un DNI que mantiene la fotografía de cuando se expidió y ahora está a punto de caducar. Con toda probabilidad no se parecería en nada a la actual, pero habían preferido no sorprenderse mandándose fotos recientes. Eso lo habían dejado para cuando se reencontraran. Tenían una cita que se postergaba año tras año, pero que sabían que estaba ahí, marcándoles un propósito futuro que ambos querían cumplir.

Ahora le necesitaba. Le acababa de enviar un mandamiento para que procediera a los interrogatorios. Le indicaba la urgencia y le explicaba con todo lujo de detalles los entresijos del asunto: el supuesto asesinato de Mikel Barberá. Enseguida cayó Martín en la cuenta de quién se trataba. No era frecuente tratar un tema de este calado social, y sabía que los hacía tremendamente más complicados de resolver y, sobre todo, de mantenerlos en secreto sin levantar suspicacias. Le hizo un esbozo para que encauzara las preguntas que debía hacer; el resto lo dejaba a su intuición y experiencia para llevarlo de la manera que considerara más oportuna. Un pequeño informe de los resultados, comportamiento de los interrogados y posibles conclusiones se lo remitiría cuando lo tuviera listo, siguiendo el cauce establecido.

* * *

—Rana Dardo (*Phyllobates Terribilis*). Es la especie más venenosa del planeta.

El whatsapp que acababa de enviarle su amigo Julio era conciso. No entraba en detalles. Luca anotó el nombre.

* * *

El borrador del contrato que el abogado Ramón Suárez le envió por *e-mail* era leonino. Como letrado viejo avezado en mil batallas, aquella ocasión no la iba a desperdiciar. Mataba dos pájaros de un tiro: cumplía los deseos de saber del nieto de un antiguo y destacado cliente y además mejoraba las condiciones actuales del contrato de representación. Nadie hacía algo por nada en estos tiempos de crisis, de personajes que la aprovechaban en beneficio propio y salían en el peor de los casos casi indemnes, alguna que otra multa o unos pocos meses en la cárcel hasta conseguir el tercer grado. El bufete se había ganado una buena reputación entre los clientes con pasta. Políticos, narcotraficantes, empresarios y funcionarios o altos cargos de la Administración buscaban sus servicios como los de una prostituta que sabía guardar los secretos, les asesoraba sobre la mejor forma de hacerle el coito a la Hacienda pública o de darles por el culo aprovechando las rendijas que dejaban las leyes en sus enunciados. Todos entraban en el mismo lote, ya que

los delitos siempre se reducían al mismo ramillete florido: evasión de impuestos, delito fiscal, prevaricación, cohecho, tráfico de influencias y falsedad en documentos públicos, oficiales o mercantiles.

Luca lo leyó un par de veces sin darle apenas importancia a las cantidades que se estipulaban en el mismo. No merecía la pena cabrearse. Lo verdaderamente importante era conocer los motivos que llevaron a su abuelo a reunirse con ellos de aquella forma casi furtiva. Dio su conformidad enviando un correo de respuesta, poniendo como única condición que antes de firmar cualquier documento debían reunirse para hablar en persona. Ramón Suárez pareció satisfecho y acordó con él una visita relámpago a Málaga para el día siguiente. Traería consigo copia de la documentación preparada según los deseos de Mikel Barberá y aprovecharía para la firma del nuevo contrato.

* * *

A las cinco y veinte de la tarde, Pam recibió una llamada de su hermano con una noticia estremecedora. A su padre le habían pegado un tiro y estaba en coma. Acababa de abrir el pequeño negocio de comestibles y bebidas que regentaba en el Bronx. Con el dinero de Pam lo habían conseguido arrendar a un anciano puertorriqueño que no tenía familia y que decidió apartarse de la rutina los pocos años que le quedaban de vida. En la misma calle, otros establecimientos de cafeterías, locutorios, supermercados y tiendas de golosinas y helados daban un ritmo especial a ese barrio marginal y pobre. Las ventas apenas daban para comer, se tenía que dar fiado y en bastantes ocasiones, sin embargo, las mercaderías había que pagarlas. Los proveedores no regalaban nada y exigían el pago en las fechas acordadas. Llevaban poco tiempo en Estados Unidos y había que transigir con los problemas. La gente, por lo habitual, se llevaba bien; trabajaban en lo que podían, se respetaban y ayudaban dentro de sus exiguas posibilidades. Solían compartir vivienda, se masificaban los espacios, se compartían los aseos y se ayudaba en la vigilancia de los niños. No obstante, la importante inmigración reciente al barrio de latinoamericanos y asiáticos ha disparado la marginalidad. Son gente muy pobre, intentan adaptarse en una sociedad cambiante y exigente que se encuentran de improviso; les empuja a la violencia, al robo, a la destrucción de lo poco que tiene el prójimo. Bandas juveniles de niños que viven en la calle han transformado la tranquilidad de un barrio cogido con pinzas dentro

de una urbe gigantesca que engulle cada día a los que no pueden correr delante de ella: los seguros médicos, las medicinas, las ayudas sociales insuficientes, el paro... acrecientan unos niveles insostenibles de deterioro. La delincuencia se palpa en cada esquina sin luz, detrás de cada cubo de basura, en los portales de las viviendas donde se trapichea con droga o alcohol, dentro de los coches quejumbrosos y salidos del desguace que todavía circulan por las calles evitando descomponerse y tirar a la calzada piezas sueltas del motor o las puertas.

Esa mañana, el padre de Pam, Rosendo Vargas, había levantado el cierre del escaparate, apenas unos tres metros de fachada incluyendo la puerta. Alguien había entrado mientras daba a los interruptores de las luces. Según los testigos, era joven, no levantaba un palmo del suelo y esgrimía una pistola que podía ser de juguete. Otro compañero le esperaba fuera, montado en un ciclomotor.

Rosendo se opuso a entregar lo que no tenía. No había abierto aún, no había hecho ninguna venta. El renacuajo, cada vez más nervioso, le pedía que vaciara el dinero de la máquina registradora. Rosendo le enseñó la caja vacía, apenas unas monedas que dejaba cada noche para no cargar con ellas, dado su poco valor. El joven insistía en que le diera el dinero; la tensión subía. Miraba hacia la puerta de la calle a la vez que levantaba el arma amenazando. Oía el motor, los acelerones, los pasos de algún transeúnte que pasaba en ese momento. Un movimiento extraño de Rosendo y no se lo pensó dos veces. Abrió fuego, no era de juguete, era real como la vida misma, y el disparo tumbó a Rosendo, que cayó al suelo detrás del mostrador. El muchacho salió corriendo sin nada, tal y como vino, no tuvo reparo alguno en disparar a un extraño, o quizá conocía a Rosendo de pasear por la calle, o habría entrado algún que otro día a comprar algo que le había encargado su madre. Tal vez entonces habían intercambiado algunas palabras y se habría llevado fiado lo que la madre, igual de pobre que Rosendo, había necesitado para seguir comiendo y dar de comer a sus hijos. Lo mismo que Rosendo pretendía hacer esa mañana en la que un disparo, apenas una fracción de segundo, le privó de seguir trabajando.

Pam dejó caer el móvil al suelo. Dio vueltas hacia un lado y otro sin pronunciar palabra. Lloraba, gritaba enfurecida. Luca quiso abrazarla e intentar que le explicara lo que había ocurrido. Mientras la agarraba por los brazos para que se calmara, ella comenzó a aporrearle el pecho con los puños. Él insistió y la atrajo contra su cuerpo. Entonces ella se dejó abrazar, pero

seguía llorando. Chillaba como si le estuviesen haciendo daño por dentro. Beatriz acudió a ver qué ocurría. Evander la sentó en una silla y le trajeron un vaso de agua. Entre sollozos pudo articular palabra y explicar lo que había sucedido. Hablaba de forma entrecortada. El llanto no le permitía contar nada sin sobresaltos. Beatriz se abrazó a ella con ternura. Le agarró la cara y la intentó calmar.

—Cariño, no te puedes flagelar de esa forma. Los médicos lo están cuidando. Harán todo lo que esté en su mano para salvarle. Ten paciencia, no puedes hacer nada, ni siquiera estando allí. Las cosas no se pueden adelantar. ¡Toma, bebe agua!

Luca fue a por el portátil y, sentado sobre el parterre de piedra, lo encendió y entró en la web de la compañía aérea. Había un vuelo directo para Nueva York desde Madrid que salía a las 9.35 horas del sábado. Introdujo la numeración del billete abierto y reservó una plaza. Tenía que buscar un enlace desde Málaga a Madrid y que coincidiese en el tiempo. Lo único que encontró para esa tarde-noche fue un vuelo de Iberia que salía a las 19.40. Reservó una plaza sin dudarlo. Luego intentó reservar otra. Quería acompañarla; se le iba a marchar de golpe, de forma inesperada. Egoístamente, la había imaginado siempre a su lado. La quería ver así, junto a él, siendo una prolongación suya, pero ahora todo había cambiado y quería seguirla allá donde fuera. No importaba que fuera a Nueva York, se saltaría sus principios, sabía que merecía la pena. Pero Pam le sujetó la mano derecha que apoyaba sobre el ratón inalámbrico. Cuando él la miró, ella le negó varias veces con la cabeza.

—No puedo permitirlo. Habrá otras ocasiones para que vayas. Ahora debo ir sola. Es mi familia la que me necesita. La tuya la tienes aquí, tu trabajo, la investigación de la muerte de tu abuelo. Son tantas cosas... —Pam había recuperado la tranquilidad por unos instantes—. Allí debo estar sola, estaré todo el tiempo en el hospital hasta que mi padre mejore. También está mi hermano, tengo que cuidarle, no sé qué hará allí solo.

Luca puso la mano sobre la suya. Notó la calidez de su piel. Le gustaba tanto aquella sensación que no dijo nada. En el fondo sabía que ella tenía razón. No podía imponer su criterio a su voluntad, a la necesidad que ahora tenía de hacer prevalecer otras cosas. Tenían que estar por delante y lo comprendió. Cerró la página web y luego el portátil.

—Tienes que preparar la maleta, y tenemos poco tiempo.

Sentados sobre el murete ajardinado del porche, se abrazó a ella con fuerza, aspiró el olor de su cabello, el de su piel, e intentó memorizarlos.

Dentro de un par de horas los tendría lejos, se perderían en el aire, y estaba seguro de que su olfato, con ayuda del cerebro, se las ingeniaría para recuperarlos cada vez que quisiera.

* * *

Desde la terminal del aeropuerto de Málaga, Pam había llamado a su hermano. Le había comentado que, dentro de la gravedad, estaba estable, seguía en coma, pero los médicos le estaban realizando distintas pruebas para determinar el estado del cerebro y cómo la bala podía haber afectado a sus constantes vitales.

Debían esperar, y eso hacían. Esperaban sentados en las sillas ancladas. Luca estiró los pies todo lo que pudo, encogió los hombros y luego la miró. Una sonrisa asomó en sus labios. Ella le respondió con otra y se volvieron a abrazar esperando que los minutos volaran hasta que tuviese que pasar el filtro de salidas de la T3. Querían demorarlo todo lo posible. Ya habían facturado el equipaje y permanecían juntos, abrazados, apurando el poco tiempo que tenían. Cinco minutos antes habían dado el primer aviso de embarque de su vuelo.

—Puedo acompañarte a Madrid, pasar la noche contigo y volverme mañana, cuando tu avión ya haya despegado.

Pam volvió a negar con la cabeza.

—No te recomiendo estar conmigo esta noche. No creo que sea la mejor idea.

—No encuentro otra mejor.

—Te arrepentirías de haber estado aguantándome.

—Dicho así, parece una condena.

—Peor. —Pam abrió los ojos todo lo que pudo—. Te acordarías toda la vida.

—No me das miedo.

Pam se levantó. Luca hizo lo mismo. Estuvieron uno frente al otro unos segundos; ella después le abrazó.

—Hoy me pareces más alto.

—Sí, estoy a punto de dar el estirón —bromeó.

—¿El estirón?

—No, nada. Son cosas más. —Luca siguió abrazado a ella—. No encuentro un lugar mejor donde estar.

—¿Que cuál?

—Que abrazado a tu cuerpo.

Los altavoces dieron aviso de que el vuelo de Iberia IB3873 con destino Madrid saldría en quince minutos por la puerta D62.

Los dos se separaron. Pam cogió la maleta de mano y corrió hacia la zona de embarque. Mientras ponía sobre la bandeja todas sus pertenencias, el cinturón, las llaves, el reloj, la pulsera..., Luca la miraba sin perderla un segundo de vista. De pronto comenzó a llorar. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se le enrojecieron de restregarse de forma compulsiva. Ella le saludó con la mano y luego se la llevó a los labios y le lanzó un prolongado beso. Él levantó la suya mientras seguía llorando. Quizá tuvo la sensación de que con aquella despedida no la volvería a ver nunca más. La siguió con la vista hasta que una larga escalera mecánica la llevó a la planta superior y se perdió tras las columnas. Entonces agachó la cabeza y se pasó la mano izquierda por la frente, de derecha a izquierda. No se sabe lo que se le pasó por la cabeza, pero se quedó solo en aquel inmenso espacio abierto sobre el que la gente corría, arrastraba maletas con ruedas o facturaba el equipaje para otros vuelos que saldrían más tarde. El suyo estaba a punto de salir y se llevaba lo que más quería.

Había sido apenas una semana, pero muy intensa. Habían ocurrido multitud de cosas, muchas de ellas bastante imprevistas y crueles, como la muerte de su abuelo, pero entre todas ellas una había sido especial: había conocido a Pam y ahora sentía que la perdía para siempre. Cerró los ojos y vio su cara, su sonrisa; le pedía con la mano que fuese con ella, no paraba de pedirselo, pero cuando volvió a abrir los ojos supo que se lo había imaginado. Ella se iba para estar a miles de kilómetros de distancia por un motivo muy fuerte, muy doloroso. Él, en su egoísmo, pensó en su dolor y, por un instante, lo quiso equiparar al suyo. Después, cuando recuperó la conciencia, se maldijo por haberlo pensado siquiera y a paso muy lento tomó el camino de salida hacia una vuelta a la vida que conocía, pero que a partir de ahora sería sin ella. En apenas siete días su cuerpo se había acostumbrado a su presencia, a tenerla cerca, a compartir con ella sus inquietudes, su malestar por las cosas que no le gustaban, a reírse como dos adolescentes que empiezan a descubrir el amor, el gusanillo que se mueve dentro de tu estómago y que te hace hacer y decir cosas sin pensarlas, con un atrevimiento que no creías tener; y a sufrir,

mucho, con cosas que te hacen pensar que la vida es un carrusel en el que giras hacia un lado u otro, en sentidos opuestos de felicidad o sufrimiento, en apenas milésimas de segundo, en periodos de tiempo muy cortos, en los que pasas de la risa al llanto, de la alegría a la amargura, de encontrarte animado a sentirte decaído y triste.

¡Y cuesta tanto desacostumbrarte de lo bueno!

Cogió el móvil y la llamó.

—Tan pronto. ¿Ya me echas de menos? —dijo ella al descolgar.

—Debe apagar el móvil, dentro de unos minutos vamos a despegar —se oyó decir a una azafata.

—Pam, te quiero muchísimo.

—Y yo a ti. No dejes de pensar en mí.

—No sé hacer otra cosa.

—Tengo que colgar. Te llamaré.

El zumbido intermitente del teléfono se oyó durante unos segundos hasta que él cortó la llamada.

El sol seguía sobre el horizonte como una bola anaranjada del color de su pelo. Se quedó maravillado con esa fotografía. Estuvo contemplándola unos cinco minutos, era majestuosa. Un termómetro marcaba de forma alternativa la hora y la temperatura: veinticuatro grados. Cruzó por un paso de peatones y se dirigió a donde tenía estacionado el coche. Un avión cruzó el cielo con una inclinación de unos cuarenta y cinco grados. Llevaba el distintivo de Iberia en la cola y lo miró hasta que se hizo un punto pequeño. Él entró entonces en la zona de aparcamientos.

Durante el trayecto de vuelta, Luca estuvo pensando en otras cosas. Quería distraer la mente, que no tuviese la visión de ella como algo fijo y obsesivo. Volvió a valorar la idea de darle publicidad al hecho de que su abuelo hubiese sido asesinado. Pepita Grillo no estaba ahora con él —hizo una mueca con el labio y sonrió levemente—, y quizá sintiéndose liberado de poder decidir sin tener una voz contraria que le fuese diciendo a cada momento lo inoportuno y negativo de aquello, no dejaba de verlo como una buena ocurrencia. Le gustaban los riesgos; en el póker los asumía, perdía bastante dinero, sí, algunas veces le salía bien, pero siempre era una situación propia del mismo juego. Ahora estaba hablando de cosas reales que se deciden hacer o no y que, acertadas o equivocadas, no tienen vuelta atrás ni se pueden resolver de forma airosa simplemente con sacar la patita del tiesto. Estaba hablando de cosas serias. Incluir a los medios de comunicación por

propia voluntad podía acarrear una publicidad innecesaria, opuesta a la que pretendía que se diera. Los periodistas son personas, igual que él, movidas por intereses particulares y profesionales. A veces se suelen confundir y aunar, y los derroteros que los acontecimientos tomarían después de esa decisión no los sabía nadie. No era un número cerrado de 52 cartas y que según las que ya han salido podemos aventurarnos a adivinar las que saldrán después. En la vida las cartas son infinitas, se pueden repetir tantas como se pueda imaginar; algunas veces haremos figuras impresionantes o nos encontraremos con un póker de ases, pero de lo que estamos seguros es de que nadie nos va a dar un comodín para enmendar una mala jugada. Esa se va a quedar ahí, y puede que por mucho tiempo.

Impetuoso como era por naturaleza, y además joven, no se lo pensó más. Con la voz hizo que el sistema de manos libres del coche marcara el número de teléfono de su padre.

—¿Sí? —sonó un poco bajo.

Luca subió el volumen y contestó.

—Papá, soy Luca.

—Hola, Luca, no había visto el número.

El hijo pensó que no es que no lo hubiese visto, sino que no lo conocía. Le había llamado en contadas ocasiones, y cuando se tienen pocas ganas de aprenderse algo o se sabe que se tiene almacenado en la memoria del móvil, pasamos de que se quede también registrado en la nuestra. Es un mecanismo de inercia compulsiva, y eso que nuestro cerebro no tiene limitado el número de gigas.

—No importa, papá. Había pensado que tal vez pudieras darme el nombre de algún periodista de vuestra cadena. Quisiera hacerle un comentario para que lo publicara.

—¿Y eso? ¿Es sobre el abuelo?

Luca hizo una pausa. El muy cabrón lo había adivinado. Estaba imaginando que su padre en ese momento hacía cábalas mentales. En cuanto le despejara la incógnita, resolvería el enunciado proponiendo determinados resultados, a cuáles más cuantiosos para su bolsillo o sus intereses profesionales.

—Verás, es que... había pensado mejor tener una entrevista personal. Quiero comentarle algo que me preocupa.

—¿Y no puedes adelantarme algo?

—No, prefiero meditar bien lo que diría. Perdóname, pero es la primera vez que voy a hacer esto.

—Lo comprendo, hijo, no te preocupes. Hago una llamada y te digo algo.

Mirando la calzada, divisó a lo lejos una aglomeración inusual de vehículos. Aminoró la marcha y se mantuvo en el carril derecho detrás de una autocaravana. Un guardia civil en mitad de la carretera hacía gestos ostensibles con una linterna cónica en la mano que movía haciendo énfasis hacia su derecha para que los vehículos se desplazasen hacia la zona izquierda de los tres carriles que discurrían en el sentido de la marcha. Justo debajo del cartel que anunciaba el desvío hacia el Palacio de Congresos de Torremolinos, un camión había realizado una maniobra inapropiada, y la carga, cientos de paquetes que contenían algo blanco en su interior, posiblemente azúcar, estaban esparcidos por la calzada. Algunas cajas de plástico de color azul y trozos de palés que habían caído del portón trasero del vehículo tapaban el negro alquitrán, salpicándolo de zonas blancas intermitentes.

El timbre monótono del móvil le hizo girar la cabeza a la derecha. Era su padre.

—Dime.

—Luca, tengo a una compañera que está avisada. Hace las conexiones desde Málaga. No tiene problema para entrevistarse contigo. Solo tengo que decirle hora y lugar y allí estará.

—Bueno, podemos vernos mañana a las nueve, frente a las obras del nuevo hospital.

—Bien, de acuerdo. Y mantenme informado, por favor.

—Supongo que ya te informará ella; trabajáis para la misma empresa.

Cuando colgó pensó que ya lo había hecho. Dentro del coche y pendiente del tráfico, la sensación de haber decidido algo arriesgado no fue tan contundente. Todavía podía volverse atrás, poner una excusa, decir que se lo había pensado mejor, pero, como solía hacer en los exámenes, rellenaba las casillas o contestaba a las preguntas según una primera impresión. Aunque le sobrara tiempo, era reacio a repasar lo que había escrito para no entrar en dudas y llegar a pensar que lo que había puesto en el papel no era lo más acertado o correcto. Nunca le fue mal, y ahora no tenía por qué variar el método.

* * *

—¿Tres mil euros dices?

—Exacto —dijo Jacobo de la Encina—. Cantidad que mi cliente está dispuesto a pagar por cada una de las pinturas que adquiriera. En especial le fascina *Atardecer*. Enmudeció al verla. Creo que con un par de copas pagaría el doble por ella —sonrió cómplice—. De modo que, si aceptáis, tal y como te comenté, viajaremos a Marbella. No sería en estos días, tal vez en un par de semanas aproximadamente. En estos momentos, Manuel Salcedo Reina, que es su nombre completo, se encuentra en Nueva York, al parecer en uno de sus viajes relámpago. Es un hombre divertido, alocado tal vez, ¡me encanta ese tipo de personas! —comentó Jacobo de la Encina con una sonrisa de satisfacción.

—¡Eso es estupendo! Estaremos encantados. Esperaré tu llamada.

Beatriz colgó el auricular eufórica. Necesitaba hablar con su marido. Era la primera vez que la trayectoria artística de Evander se vería recompensada tal y como él merecía. Nadie había demostrado tanto entusiasmo y confianza antes.

Bajó los escalones de dos en dos aferrada a la barandilla de madera para no tropezar, como cuando era niña, aunque ahora, a pesar de sentirse joven y ágil, debía ir con cuidado, no podía permitirse dislocarse un tobillo, o algo peor, romperse una pierna. Dentro de unos días viajarían a París, una escapada que necesitaba. La ayudaría a reponerse de la pérdida de su padre. Huiría de visitas y llamadas a deshora que le transmitían condolencias, que le recordaban a cada instante que su padre se había marchado para siempre.

«Debes distraerte, Beatriz. Cuando perdemos algo que nunca recuperaremos, no podemos vivir instalados en el recuerdo», le decía su padre a menudo, cuando ella sentía que en su vida demasiadas cosas se desvanecían. Además, le incomodaba que la mayoría de pésames proviniesen de personas a quienes ni siquiera les ponía rostro.

Salió a una pequeña terraza. El paisaje la retuvo unos instantes. Evander estaba allí, de espaldas a ella. Pintaba sobre un lienzo tonalidades anaranjadas y ocres sentado en el viejo taburete, aquel que habían encontrado hacía más de veinte años en un mercadillo de París y del que él se enamoró perdidamente. Sonrió al recordar cuando lo facturaron en el aeropuerto: la azafata miró extrañada. No entendieron por qué; después de todo era una reliquia. Aunque se notaba a la legua que aquella mujer no entendía de antigüedades ni de arte, tan solo de equipajes, cintas transportadoras y billetes de avión.

Cuando adquirieron aquel precioso taburete de madera de fresno, el vendedor les aseguró que había sido propiedad de Gertrude Stein. Beatriz sonrió al recordar tantas historias hermosas que les unían, que seguirían impresas en la piel hasta el final de sus días, y pensó que «cada detalle, cada gesto, una mirada o una simple palabra, deja en nuestras vidas una huella indeleble».

Se acercó con la sonrisa dibujada en el rostro y le abrazó por la espalda, aprovechando el instante en el que se disponía a dejar el pincel. Entonces le susurró al oído las buenas noticias. Evander se volvió con un gesto de sorpresa, como el de un niño cuando se dispone a abrir regalos en Navidad.

—Tendrás que reflejar más atardeceres como el que ahora contemplamos. Al parecer, le ha fascinado a ese futuro comprador.

—Estoy feliz, Beatriz, soy feliz —reconoció besándola en los labios.

—Dime exactamente qué te ha pasado por la cabeza antes de pintar ese cuadro que ha encandilado al jerezano. Cuando nos reunamos con él, no puedo dar una imagen errónea, la de esposa ajena a la obra de su marido. Necesito que me inspires.

Evander sonrió al notar que Beatriz descansaba la barbilla en su hombro, una sensación de intimidad inigualable.

—Verás, trato de reflejar esas maravillas del mundo que pasan desapercibidas la mayoría de los días porque damos por hecho que es algo natural, inherente a nuestra cotidianidad. Y deseo transmitir esa magia de la naturaleza en cada pincelada. Al igual que el amanecer, otro instante que adoro, y que nos provoca fuerza, energía... Pues también el sol, al ocultarse, crea otro tipo de colores, incluso sabores, pura relajación. Pero se trata de sensaciones, Beatriz, y sé que son imposibles de reproducir, aunque lo intento. ¿Podrías dibujar acaso el amor?

—Ya lo hacen tus ojos, porque miras más allá de lo que la mayoría hacemos. Por eso y por muchas cosas más me enamoras cada día. Y ahora recoge todos estos bártulos —dijo haciendo un gesto de imposición con el dedo índice que les hizo sonreír.

—¿Bártulos?, ¡a la orden, mi coronel!

* * *

4 de julio de 2015, sábado

Luca llegó al lugar de la cita corriendo. Eran las nueve de la mañana y una calima inquebrantable se había instalado como una boca voraz que engullía las calles, los edificios a la altura de los pisos bajos y las estrechas medianeras que hacían crecer árboles, setos y plantas de los mismos colores, fotocopiadas como otras tantas hileras iguales.

Estaba doblemente nervioso. Era la primera vez que iba a hacer algo así. La prensa siempre la había tenido lejos. Ni cuando su madre tuvo los escarceos con las drogas, aunque era pequeño, tuvo conciencia de que los medios de comunicación hubiesen perturbado su infancia. El dinero de su abuelo había impedido hacer ninguna exclusiva de su familia, salir en ninguna portada o hablar en los medios a nadie que no hubiese sido su abuelo en persona. Nadie tenía que hablar de ellos, ni para bien ni para mal. Estaban al margen, y así habían estado hasta el día de hoy. Sabía que todo sería distinto, pero él se sentía con fuerzas para impedir que la historia fuese a mayores.

Por otro lado, Pam estaba a punto de coger el vuelo para Nueva York. Hacía quince minutos de la última vez que había hablado con ella. Llevaba más de hora y media esperando en el aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas a que el vuelo UA63 de la compañía United Airlines despegara a las 9.35 horas.

La obra a medio terminar del nuevo hospital tenía un portalón que cerraba las instalaciones con una cadena ya oxidada debido al tiempo de abandono y un candado grande que quizá ya no activara el mecanismo de apertura, apelmazado por el levante. Luca miró la construcción y la adivinó como todas las obras de la crisis: inacabada, levantada sobre el suelo, carente de movimiento. Seguramente, estaría esperando, anodina y muerta, a que dentro de dos o tres años, cuando estuviesen próximas las nuevas elecciones, se volviesen a acordar de ella y destinaran un nuevo presupuesto para continuarla. No se sabe si para terminarla del todo, pero al menos para darle un nuevo empujón, restablecer lo estropeado por los meses de abandono, lo robado, lo roto, en fin, volver a rehacer lo poco que se había hecho. Nuevas partidas que saldrían de un presupuesto que ya no sería el inicial, porque en España parece que no sabemos calcular lo que cuestan los proyectos, y una cosa es cuando se empiezan a construir, y otra cuando algunas, por arte de doña Milagro, se terminan, se acaban para sorpresa de todos; eso sí, costando dos o tres veces más el precio calculado inicialmente.

Parece que los políticos se creen que las enfermedades pueden esperar con el mismo ánimo y desidia que los pacientes, de ahí la palabra: «Aquel que tiene paciencia», porque de eso nos sobra, y se anda poniendo parches a un edificio antiguo que se cae a pedazos, que ya no soporta más el paso del tiempo, y a unas instalaciones obsoletas que son nido de toda clase de bichos, que no son higiénicas en absoluto y donde se difumina una desastrosa política sanitaria de improvisaciones, recortes, deficientes dotaciones de médicos y enfermeros y cabreo generalizado, tanto de los usuarios como del personal sanitario, que se ve ninguneado en sus retribuciones y en el tiempo que dedica al prójimo.

Después de los años que nos han tocado vivir, han sido pocos los que han salido a la calle a gritar, a insultar, a querer cambiar las cosas..., pero hay otra forma, callada, pausada, metódica; y al igual que los políticos esperan la cercanía de las nuevas elecciones para volver a prometer y prometer lo que por axioma no van a cumplir, los ciudadanos tenemos el poder de la papeleta, de inclinarnos hacia uno u otro lado de la balanza y sorprender con un giro, o dos, porque ya estamos cansados de ser pacientes, cuando los impuestos se triplican, se cambian las leyes para que paguemos más y los derechos se quedan enumerados en una Constitución de cartón piedra que los establece pero que no se respetan.

Una joven rubia, con una cola en el pelo, de unos treinta y pocos años, delgada, de estatura media y ojos claros, con zapatos negros astifinos, se le acercó resuelta.

—Hola, soy Miriam. Tú debes ser Luca...

—Sí, yo soy.

—Te pareces mucho a tu padre.

Aquello no le dejó indiferente; no tenía especial interés por parecerse a él, pero no hizo comentario alguno.

—Creo que sabrás el motivo de este encuentro, ¿no?

—En efecto, tu padre me comentó algo al respecto, y la verdad es que nos interesa bastante toda esta historia. Tu abuelo era un personaje importante. Tal vez no estaba lo suficientemente valorado en España, pero ya sabes cómo es este país...

—Bien, vayamos a algún lugar tranquilo. Quiero comentarte algunas cosas que pueden servirte para vuestro programa.

—¿Te parece que vayamos en mi coche?

Luca asintió con la cabeza y cruzaron a pie la avenida.

Cuando estaban para entrar en el coche, Luca cambió de opinión.

—Vamos mejor en el mío.

La cara de ella no quiso delatar nada.

—Bien, como quieras —articuló a media voz.

Paró en un descampado de las afueras. La vegetación esparcida de plantas casi secas se mezclaba con planchas irregulares de hormigón de depósitos indiscriminados de camiones que utilizaban aquella zona para limpiar las cubas de las hormigoneras. También se había convertido en un improvisado vertedero donde cada uno echaba lo que no le valía, lo inservible, lo que ocupaba espacio, sobre todo en las nuevas viviendas, que apenas disponen de él. Y algún que otro preservativo arrojado desde las ventanillas de los coches.

—No quiero cachearte, pero debes prometerme que no llevas una grabadora encima.

Ella no dijo nada y extrajo una del bolso. La puso sobre el salpicadero. Él la cogió y le sacó la cinta del interior.

—Debemos empezar con buen pie. No me gustan las sorpresas.

—A mí tampoco. Y quiero que me cuentes la verdad.

—No estás en disposición de exigir nada. O estás de acuerdo, o te dejo de nuevo junto a tu automóvil.

Ella dudó unos segundos.

—Bien, haremos lo que dices. Por lo menos por ahora.

—Creo que te cuesta entender. El que marca las pautas soy yo. O lo tomas, o lo dejas.

Ella asintió moviendo la cabeza.

—Quiero que vuestro primer comentario sea dejar una leve duda sobre la muerte de mi abuelo. Una conjetura en voz alta de si todo queda cerrado como una muerte natural. ¿O podría haber alguien que quisiera matarlo?, por ejemplo, dejando la pregunta en el aire.

—Me ocultas algo. No podemos dedicarnos a promover dudas sobre algo tan serio. Podrían denunciarnos y hacer que la cadena tuviera que pagar una elevada multa. —Miriam se mostraba nerviosa—. Esto es una encerrona.

—¿Quién os va a denunciar?

—Tu madre, por ejemplo.

—Mi madre no hará nada. La convenceré de que no podemos exponernos a la opinión pública. Es una simple pregunta que formula una cadena televisiva, sin más argumentos. Le diré a mi madre que no debemos entrar al

trapo de cada uno que opine algo al respecto. La indiferencia es la mejor respuesta. Mi madre me hará caso.

—También está el socio de tu abuelo..., el señor Delafont.

—No tendría motivos tampoco. Nadie le ha señalado directamente. Sería como ponerse él solo en el blanco de la diana. No le creo tan estúpido.

Ella pareció tranquilizarse.

—Bueno, tengo que consultarlo. No te prometo nada.

Él le entregó un número de móvil apuntado en una nota.

—Este es mi número privado. No quiero que se sepa nunca cuáles son tus fuentes. Las negarás siempre.

—De acuerdo —dijo ella guardándose el papel.

* * *

Los resultados analíticos de la policía científica arrojaban luz a primera hora de la mañana. Se les había dado prioridad después del retraso acumulado por unos indicios malinterpretados. Pedro leía el informe ensimismado. Apenas un café sin nada de azúcar había logrado abrirle los ojos poniéndole unas pinzas en los párpados. Pestañeaba de forma involuntaria, como queriendo obtener un enfoque más claro. Las letras parecían unirse, difuminarse o esconderse de forma intencionada. La presbicia seguía haciendo mella acentuando una nula visión de cerca, pero, solo como estaba, se detuvo un instante, dejó el documento sobre la mesa y rebuscó sin reparo, revolviendo las cosas del primer cajón del escritorio. Extrajo el estuche de las gafas y se las puso después de pasarle el paño gamuza. Se sentía incómodo con ellas y no hacía más que mirar a la puerta de reajo. Se le empañaron al instante con el aire cálido que ya se había instalado en el ambiente. No había nadie allí mirándole. Cogió de nuevo el dossier y comprobó que las letras habían vuelto a aparecer ordenadas, nítidas a pesar del empañamiento parcial de las lentes, y continuó leyendo.

El recipiente que habían quitado del primer lavabo de la izquierda, por un mal funcionamiento del impulsor de la bomba, contenía restos de un potente veneno. El operario que lo había manipulado lo había hecho con unos guantes y con ello había eludido ser uno más en la lista de fallecidos. También, con ese fallo en el sistema, se había evitado que otros viajeros lo hubiesen utilizado.

* * *

Madrid era un enorme decorado preparado para una película a punto de rodarse. Parecía haberse cortado el tráfico por las arterias de alquitrán del centro y que a los transeúntes se les hubiera prohibido el paso por las calles principales de la ciudad. Apenas unos coches, un par de autobuses y algún que otro taxi con clientes dentro se interpusieron entre el objetivo de las cámaras y un horizonte adormecido, sin el estruendo de voces, músicas, chirridos de frenos o el desafiante rompetímpanos de bocinas. Pero nada más lejos de eso. La urbe descansaba del trasiego de viandantes y vehículos que yacían parados en los aparcamientos sin la masificación de otras épocas del año, pudiéndose contar los espacios vacíos entre ellos por el simple y único motivo de ser verano. La ciudad abandonada, deshabitada, olvidada seguramente por carecer de playa, por ser imposible desafiar al calor reinante, o, sin buscar los cinco pies al gato, por haber lugares mejores para pasarlo bien junto a la brisa del mar, el húmedo frescor del agua o los chiringuitos, ferias, veladas y fiestas que se daban cita en el calendario en esos tres meses de más calor.

Martín Cifuentes creyó ser el actor protagonista avanzando a pie por las amplias aceras serpenteadas de escaparates, de tiendas de lujo: joyerías, objetos y prendas de moda, vehículos de alta gama..., y excelentes restaurantes con comidas de todas las partes del mundo, recetas extrañas, exóticas, tradicionales o sugerentes.

La ciudad parecía propiedad de solo unos cuantos atrevidos que desafiaban el calor extremo a esa hora de la mañana en la que el sol comenzaba a apretar con más fuerza. Seguramente los turistas estarían haciendo largas colas en los museos y en los edificios conocidos de Madrid.

El termómetro mural que se erguía delante de él marcaba veinticinco grados y amenazaba con seguir subiendo conforme el día avanzase hasta alcanzar el cenit de altura del sol. No quería pensar en las vacaciones, pero ese año había aprovechado los días de permiso por su reciente boda, y a mediados de mes, coincidiendo con Alicia, dispondría de dos semanas para quitarse de en medio. Perder de vista la ciudad. Descansar y no hacer nada de esfuerzo, sobre todo de lo cotidiano, lo que a la larga te hace más daño. La implacable rutina, visitar los mismos sitios a la misma hora, proceder de la misma forma ante situaciones que se repiten durante la semana y que te van minando, no solo la salud, sino las fuerzas, el incentivo por levantarte a extrañas horas del día o de la noche, vestirse, tomar lo mismo para espabilarte

y salir al exterior, y no saber entonces qué te deparará el día. Una vida de contrastes, de hechos controlados y controlables, y otros que se escapan y crean situaciones límite; y que, por mucha experiencia que llegues a acumular, no sabes de forma cierta el resultado de tus acciones, y mucho menos de los que diariamente se empeñan en transgredir las normas y las leyes.

Se asomó al escaparate de uno de los eslabones de la cadena Barberá & Delafont. Estaba cerrado, aunque a esa hora de la mañana estarían preparando los fogones y cortando las materias primas que servirían de base a los platos de la carta: langostas, cigalas, carnes de primera calidad, pescados selectos y hortalizas, frutas, condimentos, caldos y demás componentes de una cocina española que abarcaba todos los rincones del país. Pronto el restaurante estaría hasta los topes de gente. Cada minuto que permanecía abierto había comensales en todas las mesas. Entraban y salían bajo un escrupuloso control de reservas. Si había algo que celebrar, tenía que organizarse con año y medio de antelación.

Madrid era el centro, una capital de encrucijadas, y aquel restaurante quería representar a cada uno de los lugares que enarbolaban una cocina única de todas y cada una de las regiones, salpicadas o aderezadas, además, de los elementos característicos que habían definido a Mikel Barberá como uno de los mejores chefs del mundo, investido con todo tipo de distinciones, galardones y premios, y que ahora, después de su muerte, intentaban mantener los ayudantes y cocineros que le fueron fieles y que participaron de sus grandes obras.

Al no haber timbre, golpeó la puerta sin quitar el rostro del cristal, intentando vislumbrar tras el resplandor de luz del exterior a alguien que estuviese próximo a la puerta. Al cabo de unos segundos de espera, abrió una joven de unos 18 años, alta, vestida con el uniforme de la casa: el anagrama en la camisa blanca, delantal morado cruzado a media cintura y una bandana del mismo color en la cabeza.

—Buenos días, soy el inspector jefe Martín Cifuentes —dijo enseñando su placa a la muchacha—. Estoy citado con el señor Delafont.

—Sí, pase, le espera.

Cerró la puerta detrás de él y le acompañó por el amplio pasillo que dividía las hileras de mesas, ya preparadas y montadas para la hora de la apertura. Cruzaron por la cocina, un amplio lugar totalmente blanco, como cuando uno sueña con el cielo, si es que alguna vez lo ha hecho. La gente saludaba y gesticulaba a su paso como si un personaje conocido les hubiese

visitado. Estarían acostumbrados a ver pasar por allí a toda clase de gente famosa, celebridades de la política, la cultura, actores, futbolistas y cantantes. Era notorio el trasiego de personas: se cruzaban absortos, cogiendo y soltando recipientes, vacíos o llenos de alimentos. Unos batían enérgicamente lo que habían vertido en el interior o se ayudaban de aparatos eléctricos de acero inoxidable. Otros utilizaban los fogones, saltaban de uno a otro, moviendo o probando las salsas y los caldos. Añadían un poco de sal, especias o condimentos que cogían de unas pequeñas estanterías. Nadie hablaba. Cada uno sabía lo que tenía que hacer. El sonido de los cacharros y el crepitar de los fuegos era el único ruido continuado que acompañó a ambos hasta que salieron de allí y atravesaron otros salones igual de inmensos. La decoración era distinta. Más clásica que la anterior.

—¿Y están ustedes dando cita para dentro de un año?

—Un año y medio aproximadamente —dijo sin inmutarse la joven con un timbre de voz casi musical.

Llegaron a unas escaleras interiores. Ella se paró delante de los escalones y le indicó a Martín con un gesto de la mano que subiera.

—Marcos le espera en su despacho. Cuando llegue arriba, gire a la derecha. No tiene pérdida.

Martín asintió con la cabeza y subió los peldaños con parsimonia. Dio un ligero repaso con la vista a su entorno y quedó maravillado de lo que vio. Desde lo alto, aquel inmenso salón era una majestuosa obra de la arquitectura, un edificio antiguo de altísimos pilares que soportaban arcos simétricos de mampostería en distintas hileras, levantadas sobre el suelo a la misma distancia unas de otras. Enormes lámparas colgaban de los techos reforzados con vigas metálicas pintadas de negro, que, acompañando a otras antiguas de madera, barnizadas de nogal, daban un toque rústico a un inmueble en el mismo centro de Madrid. De forma instintiva quiso hacer un cálculo mental de su precio. No había sido nunca tasador, pero no se le daba nada mal dar estimaciones aproximadas de proporciones, medidas, pesos y valores. Intentaba sumar, *grosso modo*, los metros cuadrados que tendría el local de varias alturas, lo que se ocultaba detrás de esas puertas que llevaban a los fogones, almacenes y otros salones anexos al local y que tenían acceso directo al otro lado de la manzana. Y aquella cantidad resultante se le fue de la memoria a base de añadirle ceros a la derecha, como una calculadora pequeña que tiene limitado el número de dígitos. Estuvo a punto de salir en la pantalla la palabra ERR justo cuando llegó a la planta de arriba. La decoración era

elegante. Suelos y paredes en acabados de primera calidad. Todo olía a una fragancia exótica, intensa, tanto que le hizo estornudar. La cosa no parecía empezar bien. Martín era una persona que no se olvidaba muy fácilmente de la primera impresión que le diera una determinada persona. Pensó que tanto perfume sobraba, lo que le predispuso a tomar una actitud un poquito cargante. Se le tensó el músculo del cuello y de forma automática pensó en su mujer, Alicia. Realizó dos inspiraciones profundas, por sugerencia mental de ella, antes de llegar a la puerta donde un letrero dorado indicaba el nombre de su interlocutor.

Marcos Delafont le esperaba de pie, ya que tenía conocimiento de su llegada. Desde su despacho tenía una visión completa de los salones y de la entrada.

Estaba detrás de una mesa oscura, brillante, con apenas unos cuantos artilugios decorativos, un portalápices de madera de ébano y un pisapapeles de mármol blanco. Había también unas gafas fuera de su funda, una de piel negra que estaba a su derecha, y un periódico abierto de tirada nacional y de tendencia política conservadora. Era el ejemplo de antítesis y dualidad de toda persona que no sabe si anteponer sus principios o las cuestiones económicas.

Martín entró con desparpajo y abarcó con pasos decididos el espacio hasta la mesa. El señor Delafont tuvo la deferencia de adelantarse y se cruzaron un apretón de manos en tierra de nadie.

—Siéntese, por favor. —La voz de Marcos era monocorde.

No obstante, Martín se sentó con un gesto de complacencia. Estaba acostumbrado a interrogar a personas adineradas y de alta posición que se resguardaban en sus despachos, en su casa, en definitiva, en los lugares que acostumbraban a frecuentar cada día y donde pensaban que se encontraban más seguros para que un policía les estropeará una buena mañana de lectura.

—Verá, señor Delafont, sabe el motivo de mi presencia...

—Sí, por supuesto. Y no tengo ningún inconveniente en contestar cualquier pregunta.

—Ya, lo supongo. Bien, podemos empezar. —Martín dio tiempo para que Marcos se sentara, se pusiera las gafas y se recostara en el sillón de piel.

—¿Dónde estaba usted el sábado 27 de junio a la una de la tarde, aproximadamente?

—Pues verá usted. —Una sonrisa burlona apareció en el rostro de Delafont—. Hoy es sábado y... —echó un vistazo al reloj de pulsera e hizo un

gesto con los labios— son las doce y media. Ya ve usted dónde estoy. Todos los sábados hago esta misma rutina y aquel, lo recuerdo perfectamente, no fue una excepción.

—¿Quiere decirme que toda la plantilla de su restaurante podrá atestiguarlo?

—Efectivamente. Es usted bastante sagaz, por lo que veo.

Martín resopló en voz baja, molesto por la actitud sarcástica de Delafont.

—¿Tenía usted motivos para asesinar a su socio?

—En absoluto, ¡por Dios! Nos llevábamos estupendamente. —Aquella pregunta le cogió por sorpresa—. Pero Mikel murió de un infarto, ¿qué me está usted contando?

—¿Tiene conocimiento de quién podía tenerlos? —Martín preguntaba sin inmutarse.

Marcos Delafont se puso de pie.

—Mi socio murió por causas naturales. —Delafont alzó la voz sin darse cuenta—. Lo dice el certificado de defunción. Lo pude ver en el tanatorio mientras lo velábamos.

—Por favor, señor Delafont, ¿puede usted volver a sentarse y responder a mi pregunta?

—No sé qué pretende con esas insinuaciones. —Marcos se mostraba cada vez más furioso.

—Se la vuelvo a formular, por si no la ha oído. ¿Conoce a alguien que pudiera tener motivos para asesinar al señor Barberá?

—No, señor, ¡por supuesto que no! Mikel era una bellísima persona, considerada, justa, bondadosa. Todo lo que puedo decir de él son buenas palabras.

—¿Tenía la empresa algún tipo de problema? ¿Financiero? ¿Distintas formas de ver el negocio?

—Por favor, ¡no siga usted por ahí! No le pienso responder más preguntas si intenta buscar problemas donde no los ha habido nunca.

Martín miró su libreta, la ojeó un poco y levantó nuevamente la vista.

—¿Cuál es su función en la empresa? Usted no es cocinero, ¿verdad?

—Por favor, me abruma, parece usted una ametralladora. —Marcos se aflojó el nudo de la corbata y se desabrochó el botón superior de la camisa—. ¡Deme tiempo para responder!

Martín hizo un gesto con las dos manos hacia delante.

—Me gusta hacer pinitos en la cocina. Mi función principal es la de gestor de los restaurantes de Madrid y Barcelona. Digamos que son independientes, aunque formen parte de la sociedad, igual que el resto que tenemos por distintos países. Otros tres los supervisa un hermano mío: Roma, París y Londres. El de Nueva York lo dirigía Mikel de forma directa, aunque él es quien supervisaba y dirigía las cartas de todos. Ya sabe, comidas, menús y postres. Y he de decir que el de la Gran Manzana es el que mayores ventas ha tenido siempre. Sería por su presencia en ese restaurante.

—¿Qué quiere decir, que espera que ahora con su muerte bajen los ingresos?

—No me malinterprete. —Marcos sacó una pitillera del bolsillo de la chaqueta. Cogió un cigarro y lo encendió sin poder disimular algo de nerviosismo—. Siempre hemos tenido un éxito extraordinario. Lo decía únicamente por destacar su labor.

—¿Qué quiere dar a entender?, ¿que no le convenía matarlo?

—Señor Cifuentes, es usted bastante corrosivo con sus apreciaciones. Debería moderarse un poco. No está interrogando a un delincuente.

—Perdone, señor Delafont, son manías que coge uno. Será porque eso de delincuentes o no muchas veces no lo sabemos hasta bastante tiempo después.

Martín miró a Delafont de forma descarada, la manera en que sujetaba el cigarro, la mano torcida hacia fuera por un giro pronunciado de la muñeca, razón por la que sostenía apenas sin fuerza el pitillo con dos dedos.

—Señor Cifuentes, me va a perdonar, estamos a punto de abrir el restaurante. Somos muy escrupulosos con la hora y debo estar supervisando las mesas y la cocina. Si me disculpa...

—Por supuesto. Ha sido un placer. —Le volvió a extender la mano, pero esta vez Marcos apenas si la apretó, hizo solo el gesto—. ¿Ese cuadro es de algún pintor famoso?

Delafont pareció titubear; miró el cuadro que tenía detrás.

—No, es solo un antojo. Me gustó y lo compré. Me costó doce euros.

—Parece que desentona un poco aquí..., todo tan exclusivo. —Martín hizo un gesto con el labio—. Bueno, son cosas mías. Seguiremos en contacto, por si se me ha quedado alguna pregunta en el tintero, ya sabe.

Marcos no contestó, aunque por la expresión de la cara sí pareció responderle.

* * *

Luca aguardaba en la terminal de vuelos nacionales del aeropuerto de Málaga distrayéndose con el móvil. Le acababa de enviar un whatsApp a Pam diciéndole lo bonita que era y lo mucho que la quería. La echaba de menos y quería volver a verla, estar con ella, contar los latidos de su corazón.

Al abogado Ramón Suárez no le conocía físicamente, pero no tuvo ninguna duda de su aspecto cuando tres hombres uniformados con trajes impecables de marca se acercaron con maletines negros de piel, gafas oscuras y porte marcial. El del centro, bastante más bajo y de mayor edad, con una pronunciada calva estilo monje tibetano, se adelantó unos pasos a sus compañeros y sin preguntar nada, seguro de sí mismo, avanzó su mano derecha en señal de saludo. Luca se levantó, se guardó el móvil y, sin acelerar un ápice sus movimientos, le correspondió el saludo alargando la suya.

—Buenos días. Ramón Suárez. Tanto gusto.

—Lo mismo le digo. Encantado.

—Permítame que le presente a mis colegas: Roberto Salcedo y Juan Pérez de Acuña.

Luca saludó cortésmente a los dos abogados más jóvenes.

—¿Eran ustedes los que se entrevistaron con mi abuelo aquí mismo?

Los dos asintieron.

Ramón Suárez se sentó en una silla que estaba unida a otras muchas en hilera y anclada al suelo. Quiso tomar el hilo de la conversación y llevarlo por donde le convenía.

—Verá, aquí traigo los documentos que se prepararon siguiendo indicaciones de su abuelo. Perdona si le parezco desconfiado, pero se los daré, si lo ve bien, cuando nos firme el nuevo contrato de asesoramiento en exclusiva.

El señor Suárez puso la carpeta en la silla contigua. Luca se sentó en la que tenía el señor Suárez a su izquierda y repasó por encima el contrato que le había entregado. Se correspondía hasta la última letra con el que le avanzó por correo electrónico. No tuvo ningún inconveniente en firmarlo.

Cuando Suárez comprobó que había estampado su firma en todos los papeles, le entregó la carpeta. Luca la abrió con inusitada curiosidad. Por fin iba a saber el motivo del viaje relámpago de su abuelo y, posiblemente también, de su muerte.

Ramón Suárez se adelantó y le hizo un resumen.

—Verá, en esos documentos se articula una propuesta para realizar una ampliación de capital de la empresa. La sociedad no cotiza en bolsa, es únicamente propiedad de su abuelo, Mikel Barberá, con el 60 % de las acciones. Ahora tuyas, por cierto. El 30 % es de Marcos Delafont, y el 10 % restante, de Juan Pedro Delafont.

Luca interrumpió al abogado.

—¿Juan Pedro Delafont?

—Sí, cuando hemos tenido que preparar esta operación, hemos podido comprobar que el señor Marcos Delafont había vendido a su hermano ese 10 %. No sé si sabe que desde hace cinco años este hermano gestiona los restaurantes de Roma, París y Londres, y coincide en el tiempo con esa venta de títulos.

La cara de Luca era de total incredulidad. Lo podía haber sabido con una consulta *online* al registro mercantil. Desde ahora en adelante no daría nada por sentado.

—Su abuelo mantenía la mayoría de acciones y, por lo tanto, podía decidir las directrices de la empresa. —Suárez continuó con la explicación—. Descartando, como le digo, la ampliación habitual de compra de acciones nuevas por parte de posibles inversores en el mercado continuo, se podían dar únicamente tres opciones: una, la de utilizar los beneficios de la empresa, reservas, para acometer la ampliación, y con ese dinero adquirir las acciones nuevas. Dos, ampliar el valor de las existentes. Y tres, y era la opción elegida por su abuelo, con aportaciones dinerarias. Como podrá ver, la cuantía de esas aportaciones supone una cifra millonaria. Con este procedimiento perseguía un propósito: forzar al resto de socios a que no pudieran acometer con dinero la parte que les correspondía para mantener el tanto por ciento de la empresa. De no producirse ese desembolso, su abuelo podía aportar esa cantidad y por una simple regla matemática aumentar significativamente su participación en la empresa, a la vez que disminuía hasta un porcentaje ridículo la de sus dos socios. Es lo que en el argot se conoce como «efecto dilución».

—¿Le dijo mi abuelo el motivo de ese interés por la ampliación?

—No, lo lamento. Pero, por mi experiencia, ese tipo de decisiones, como habrá podido entender, crearían un conflicto mayúsculo entre las partes. Es una operación beligerante, por lo que no es descabellado decir que debía haber ocurrido algo muy serio en la relación entre ellos: la gestión de la empresa, la dirección de los distintos restaurantes o el hecho de haberle vendido el señor Delafont a su hermano ese porcentaje de las acciones. Tal

vez ese hermano no era santo de su devoción y quiso deshacerse de ambos como castigo. Además, su abuelo reforzó la jugada con antelación aprobando, según el acta de la última junta general del año 2012, que los beneficios no se repartieran entre los socios, como hasta entonces se había hecho, sino que fueran por completo a engrosar las reservas voluntarias de la sociedad. Lo que, en resumidas cuentas, quiere decir: menos liquidez para los hermanos Delafont.

—Marcos Delafont debe tener bastante dinero ahorrado. Sé por mi familia que era persona de pocos vicios; podría hacer frente a su parte y a la de su hermano sin problema.

—Por favor, esto que le voy a decir es estrictamente confidencial: Marcos Delafont es un empedernido jugador. Le gusta todo lo que sea apostar. Gasta importantes cantidades semanales. Sé esto porque tuvimos que intervenir en la demanda que interpuso un casino de Francia. Lo acusaba de hacer trampas en una de las mesas de póker. Pagó una cuantiosa compensación económica para no ser demandado. Aquello habría acabado con la empresa. Una situación embarazosa que pudo ser el detonante de que su abuelo se decidiera a actuar. No obstante, podría haber otras cuestiones que se nos escapan. La parte financiera y de gestión no la controlábamos, por supuesto. No era nuestra parcela. Por mi experiencia, no sería la primera vez que un grupo empresarial se va al garete por una mala sintonía entre los socios. De puertas para fuera todo pueden ser bondades y buenos rollos, pero en el interior nadie más que ellos saben lo que realmente se cuece.

Luca quedó complacido con la explicación. Los invitó a un café en uno de los establecimientos de la zona lúdica del aeropuerto. Estuvieron departiendo animadamente hasta que el señor Suárez avisó de que estaba próximo el vuelo de regreso a Madrid. Se despidieron allí mismo. Quedaron para otra ocasión. Suárez le invitó a un almuerzo en un importante restaurante de Madrid.

—No, no se preocupe, no será el de su cadena. Eso téngalo por seguro. A veces hay que saber desconectar, y conozco uno bastante bueno. En otra línea distinta al de su grupo, pero bastante recomendable.

Luca comprobó aquella tarde que el abogado hablaba hasta por los codos, aunque era bastante franco y no se debatía utilizando grandes circunloquios y palabras técnicas de su jerga profesional.

—Nos vemos en otra ocasión. Ha sido un placer, y gracias por la información.

—El placer ha sido nuestro, señor Spaletta. Espero verle pronto. Es usted un joven muy valioso, de eso no me cabe la menor duda. Que le vaya muy bien.

* * *

Pam pasó por el control de pasaportes de la terminal B del aeropuerto de Newark pasadas las 12.35, hora local. En un primer momento pensó coger un taxi. Sería la opción más rápida, de no ser hora punta. La entrada a la isla estaría colapsada, como de costumbre, y prefirió ir sobre seguro. La urgencia por saber de su padre y, a ser posible, verlo y tocarlo, y no depender de ella misma para llegar rápido, la angustió.

Aligeró el paso para no perder la salida del próximo AirTrain y maldijo haberse puesto los zapatos de tacón. Correr arrastrando la maleta con ruedas por el suelo abrigado fue toda una exhibición de equilibrio.

Hizo trasbordo en el Northeast Corridor con destino a la estación de Penn Station en la isla de Manhattan. Tuvo ocasión de hablar con Luca. Él la volvió a animar y le deseó toda la suerte del mundo, ya que la iba a necesitar. Sobre todo, necesitaban tiempo. Tiempo para que su padre mejorase, para que se pudieran recuperar de las secuelas físicas y emocionales. Tenían que continuar con la lucha.

Habló también con su madre. Lloraron, lloraron mucho. Las dos hablaban con angustia, con recelo de una vida dura que les había vuelto a dar una bofetada ahora que estaban viendo un rayito de sol por las costuras por las que consiguieron suturar las heridas. Su madre debía estar con ellos. Hablaría con quien fuera, movería cielo y tierra, pero el tiempo de estar separados debía acabarse. Siempre habían sido una familia unida, y desde la distancia emocional los problemas parecen mayores porque no se pueden compartir.

Después de una hora y cincuenta y cinco minutos y otras diecisiete paradas en metro, había recorrido las dieciocho millas hasta el North Central Bronx Hospital. Estaba exhausta. Tuvo una primera intención de ir a casa, ducharse y cambiarse de ropa. Pero la intranquilidad de no haber visto a su padre y no conocer su evolución última la hizo ir directamente al hospital. Tenía que verle, saber de él, si era posible que la sintiera cerca, tocarle, acompañarle todo el tiempo posible en la sala de cuidados intensivos. Tenía que abrazar a su hermano, decirle que allí estaba ella para ayudarle y

protegerle como siempre había hecho. Había ejercido de madre desde hacía un año, y en los pocos días en que los había dejado solos había ocurrido aquello. Se sentía culpable, aunque no hubiese disparado el arma. La juventud en el Bronx tenía muchas esclusas cerradas a cal y canto para una salida airosa, estaba sentenciada a agruparse en bandas, perderse entre las drogas y los robos, las palizas, la extorsión, la sobredosis, recibir un disparo o acabar en la cárcel y pudrirse en ella por un tiempo bastante prolongado. El túnel por el que entraban irremisiblemente solía ser demasiado oscuro, como mil noches de invierno juntas, profundo como si se hubiese arañado kilómetros hacia abajo en las entrañas de la tierra, y muchas veces sin retorno: una vez que se avanzaba y se internaba en él no había posibilidad de dar marcha atrás. Se terminaba por prolongar unos días más la agonía o el sufrimiento, pero se acababa claudicando al rigor implacable de la degradación, de la desidia impregnada de fatalidad, de retazos de miseria y marcas hechas a fuego sobre pieles jóvenes que quemaban las horas improductivas deambulando por vías abandonadas que siempre llevaban al mismo sitio: al caos, la perdición, el testimonio anónimo de una vida que dejaba de existir de forma prematura, sin el privilegio de una despedida, de haber gozado de algunos minutos distintos a los que deparó la pobreza; sin la ayuda o la protección de un estado impoluto que atesora riquezas y las reparte mal y a destiempo, que deja migajas por las calles, por los barrios marcados en negro, el negro de un luto pasajero, de apenas unos días de recuerdo para los demás, para los que hacen una marca que engrosa una estadística, y de toda una vida para los seres queridos que se quedan más desvalidos.

El hospital era un bloque rectangular de cuatro plantas que tenía anexa a su parte posterior otra construcción de mayor tamaño, de diez alturas, y una última, sobresaliendo de esta, con otros tres niveles por encima de la anterior.

Pasó bajo la visera negra con el nombre del centro y traspasó la entrada tirando de la maleta. Seguía teniendo prisa. Ahora era por verle, por saber de él, de su hermano... La angustia de llegar tarde a un final posible le hizo acelerar el paso. El estómago dio una señal, una advertencia de estar en reserva, pero no se encendió ninguna luz avisándola, fue un simple vacío de la respiración acelerada, una leve presión interna que con la carrera apenas si advirtió. El móvil ya lo llevaba pegado en la oreja derecha. La voz de su hermano le indicó la planta. Seguía vivo, como hacía diez minutos cuando llamó por última vez; su padre aguantaba, quería ver a sus hijos juntos. El ascensor subía y subía; para ella lo hacía hasta las estrellas, por el tiempo que

invirtió. Se iba deteniendo en distintas plantas, dejaba o reclutaba a gente nueva que se incorporaba absorta en sus cosas, pero a la décima parecía no llegar nunca. Cuando por fin se abrió la puerta, miró los carteles de información. Buscaba la Unidad de Cuidados Intensivos. Localizó primero a su hermano, que hablaba con un hombre de mediana edad, pelo negro y rasgos asiáticos, posiblemente indio. Por su indumentaria, tenía que ser médico. La miró y corrió hacia ella como atacado por una desesperación con picos altos de alegría.

Se abrazó a él apretándole con fuerza. No quería que se volviese a despegar de ella más de un metro. Le miró a la cara, lloró con él, le alborotó el pelo, lo volvió a besar; estaba inmersa en un estado profundo de desesperanza y culpa.

—¿Cómo está?

—Estable, dentro de la gravedad. —Gregorio, su hermano, hizo un gesto para acercarla a donde estaba el hombre de la bata blanca—. Te presento al doctor Naroatham Chugani.

El hombre hizo una inclinación de cabeza mientras le extendía la mano abierta. Pam la apretó sin fuerza.

—Me llamo Pam.

—Encantado. Su padre está estable. Le operamos ayer. Conseguimos bajar la presión intracraneal y eliminar varios coágulos en la zona del impacto. Afortunadamente, la bala rozó el cráneo y las heridas no fueron severas. Permanece en coma inducido. Queremos que se estabilicen las constantes vitales. Aún es pronto para diagnosticar nada, pero por el escáner sabemos que las lesiones, en principio, no revisten gravedad. Las posibles complicaciones dependerán de su evolución en las próximas cuarenta y ocho horas.

Pam cerró los ojos dando gracias, buscó a tientas el brazo del doctor y se sujetó a él como muestra de cariño.

El doctor le volvió a sonreír. Estaba acostumbrado a ese tipo de sentimientos, de muestras de agradecimiento por parte de los familiares y pacientes cuando las complicaciones desaparecían o mejoraban. Pero en este caso, sabía por experiencia que había que ser cauto.

—Tenemos que esperar.

—¿Puedo verle?

—Por supuesto. Está sedado y con gotero. No sabrá que está usted ahí, pero puede acompañarle. Máximo, treinta minutos. El horario es de quince

minutos cada hora, pero, dado el viaje que ha hecho, haremos una excepción.

Eran las tres de la tarde. Pam preguntó a su hermano si había comido algo. Este negó con la cabeza, y ella le dio un billete de veinte dólares e insistió en que bajara a la cafetería. En media hora volverían a verse.

Pam estaba de pie, paralizada, sintiendo que las piernas le flaqueaban y que la presión que se le había instalado en el estómago, desde el preciso instante en el que recibió la noticia, se prolongaba y le dificultaba la respiración. Dirigió la mirada hacia la puerta en el instante en el que una enfermera entraba para comprobar el gotero. Ajena a su tarea, envuelta en un olor a mezcla de medicamento, desinfectante y flujos corporales que le traspasaban la piel, reprodujo mentalmente las palabras que el doctor había pronunciado.

La enfermera la miró a los ojos antes de salir. No dijo nada, tan solo le hizo un gesto que ella interpretó como un «lo siento», o tal vez «ánimo», ¡quién sabe qué pretendía expresar esa mujer de raza negra, alta y de rasgos exageradamente grandes pero dulces en extremo! La mujer salió de allí con su mirada cargada de bondad. Pam cogió aire por la nariz y lo expulsó con fuerza por la boca.

No estaba preparada, nadie está preparado para afrontar algo así. Pensó al acercarse a su padre que parecía estar durmiendo. El dolor y la impotencia acentuaron la angustia. Acercó la mano a la de él, conectada a unos finos cables que marcaban los latidos de su corazón. Pam clavó la mirada en aquella máquina fría que emitía el sonido intermitente de la vida.

Le acarició el rostro deslizando los dedos con suavidad, la nariz, las mejillas, y lloró. Sintió que las lágrimas le corrían por el rostro descontroladas, nublándole la vista.

—¿Quién te ha hecho esto, papá? —susurró.

Tragó saliva, y con ella quiso hacer desaparecer la angustia. El médico le había insistido en que, en el estado en el que se encontraba su padre, era imposible que pudiese escucharla, pero estaba vivo, y aunque era incapaz de moverse, de reaccionar, ella tenía la esperanza de que pudiese sentir su presencia. La abuela María creía firmemente en una fuerza poderosa que conectaba a todos los seres humanos. Decía que se trataba del alma. Pam no recordaba las palabras exactas, pues ella era muy pequeña cuando murió. Y aferrada a ese sentimiento etéreo que quiso atrapar y convertir en realidad, se dejó caer en el sillón que había junto a la cama.

«La abuela..., de haber estado viva, se hubiese muerto del disgusto. Era tan sensible, tan cariñosa con todo el mundo...», susurró.

Detuvo la mirada en el vendaje que cubría parte de la cabeza de su padre y maldijo al hijo de puta que le había hecho eso.

—La policía les encontrará, papá, no te preocupes por eso, saben hacer su trabajo muy bien. ¿Recuerdas cuando a la tía Poli le robaron el bolso? En menos de veinticuatro horas habían recuperado todos sus documentos. Es cierto que el dinero nunca apareció, pero detuvieron y encerraron a aquellos dos sinvergüenzas que la habían arrastrado calle abajo. Podía haber sido peor..., ¿no te parece? Solo tienes que pensar en recuperarte. Saldrás de esta, ya lo verás. No lo digo por animarte, papá, es porque eres fuerte. Siempre me has dicho que soy una chica dura porque salgo a ti, y es cierto. Mamá, en cambio, es...

«¡Mamá! Dios mío, tiene que sentirse fatal...», pensó y omitió hablar de ella: si su padre la estaba escuchando no debía preocuparle.

—Nosotros —continuó— estamos todos muy bien, esperando a que te recuperes y a que te den el alta. Ya sabes que pronto es vuestro aniversario de bodas, y mamá tiene pensado reunir a toda la familia en casa, nada del otro mundo, cocinar algunos platos, beber vino y tarta, sobre todo tarta; ya sabes lo golosa que es, aunque después se queje del trasero que tiene.

Pam guardó silencio, acercó el rostro al cuerpo de su padre y reclinó la cabeza apoyándola despacio sobre el brazo. Como cuando era una niña y él le contaba algún cuento la noche que no trabajaba. Y es que la mayoría de los días llegaba a casa cuando ella y su hermano ya estaban durmiendo.

—Trabajar y trabajar, no has hecho otra cosa en toda tu vida, papá. Prométeme que cuando te pongas bien te tomarás todo con calma. Ya somos mayores, no necesitamos que te sacrifiques por nosotros, somos independientes.

Pam besó el brazo de su padre, aspirando ese olor que no era el suyo, porque su padre siempre olía a almacén, a embutidos, a quesos y a cajas de cartón, hasta que se duchaba y el olor se convertía en jabón de la abuela, el que siempre había en casa, un olor humilde, a limpio, a magia fresca.

—¿Sabes que un aroma puede convertirse en el tesoro más preciado, papá? Lo aprendí cuando me fui de casa, porque cuando deshice la maleta en España, nuestro olor impregnaba todo cuanto llevaba conmigo. Cerré los ojos y viajé a México sin necesidad de coger el avión, ¡y en un solo segundo!, ¿no es maravilloso? Sí, un aroma te transporta a cualquier rincón, por lejano que

estés de él, y te acerca a las personas que forman parte de tu vida, y a ese olor me aferré hasta que fue desapareciendo con el paso de los días.

Pam besó la mano de su padre y volvió a mirarle. El sonido intermitente de la máquina le producía desazón. Era como si de un momento a otro fuese a detenerse; no lo soportaría, se hundiría. Todavía no le había llegado la hora. Su padre era muy joven, estaba lleno de vitalidad, de dinamismo. Espantó esos pensamientos funestos como si fuese una mosca de finales de verano, de las que no te dejan, que revolotean incómodas delante de tu nariz y que a veces se posan en tu cara o en la boca, y te restriegas con los dedos porque te produce asco. Tomó aire y volvió a mirarle.

—Acabo de darme cuenta de que no he traído ninguna revista. Tampoco un libro que poder leer en voz alta, pero conozco historias increíbles porque tú me las contabas. ¿Te acuerdas de cuando me fracturé la pierna? Sí, fue montando en bicicleta, ¡menuda caída! Entonces me contabas mil historias que hicieron mis días diferentes, incluso hubo un momento en el que me gustó estar inmovilizada porque disfrutábamos tanto de aquellos cuentos... De no haberme sucedido nada, no lo habríamos vivido, ¿verdad? Pero recuerdo que te enfadaste con el mundo, aunque sobre todo con mamá, porque ella fue quien trajo la bicicleta. Nunca olvidaré el día que llegó a casa cargando con ella. Se la había regalado la señora para la que trabajó algún tiempo, ¿cómo se llamaba? ¿Williams? Sí, Rosalind Williams. Le había regalado a su hija una moto, y la jovencita Rose ya no quería la bicicleta. Tú la limpiaste, le pusiste adornos en el manillar y me enseñaste a montar. ¡Era tan divertido! Después no te hice caso y me lancé por aquella pendiente. ¡Había oído maullar a un gatito!, ya sabes lo sensible que soy con los animales. Nos hacemos muy pronto mayores, papá, y añoro la niñez, se es tan simple... Pero soy feliz, he conocido a alguien, ¿sabes? Parece un buen chico, es muy especial. No hay nada serio entre nosotros, tampoco sé siquiera si hay algo, pero a su lado me siento bien, puedo ser yo misma. Es el nieto del hombre para quien trabajaba. Las cosas han cambiado, aunque supongo que continuaré trabajando para ellos. No lo sé, de un día para otro todo pasa del blanco al negro sin ninguna otra tonalidad intermedia, así, nomás. Te quiero, papá, no sé si te lo he dicho con frecuencia, pero te quiero, y te necesito, así que debes esforzarte por salir de ese lugar en el que te has instalado; no es un buen lugar, ¿de acuerdo?

Pam acarició de nuevo el rostro de su padre. La puerta de la habitación se abrió.

Capítulo 6

La única razón para que el tiempo exista es para que no ocurra todo a la vez

(ALBERT EINSTEIN)

¿A quién va usted a creer, a mí o a sus propios ojos?
GROUCHO MARX

No encuentro la verdad absoluta, ni siquiera una aproximación a la certeza. Pasan los días por delante, horas que se escabullen de las manos, y sigo sin hacer nada. Será porque quiero hacer tanto, y a mi edad, me niego a organizarme como departamentos estancos perfectamente delimitados y milimetrados que no me permitan improvisar, sorprenderme, maravillarme o mostrarme incrédulo por lo que ocurre fuera o en mi interior, porque experimento con emociones, apreciaciones o realidades que antes no conocía y se muestran ante mí por primera vez.

El ajetreo de lo que acontece se mezcla como un cóctel de reciente creación con lo que mi percepción tiene de lo que ya ha ocurrido y de lo que en muchas ocasiones carezco de una medida anterior, y me mezclo por error, creyendo ser una porción exacta de algo intangible que persigo o que me absorbe hasta no dejar de mí ni un ápice de fuerza, ni un átomo de movimiento. He llegado a pensar que quizá la física humana tenga bastante que ver con la ley de la relatividad de Albert Einstein. La única diferencia es que, entre las personas, la relatividad de un hecho se ve influenciada por el «sentido común».

En una ocasión dijo Einstein: «No entiendes realmente algo a menos que seas capaz de explicárselo a tu abuela».

El caso es que lo que yo sé, o pienso que tengo la certeza de saber, porque lo he experimentado, es algo que no soy capaz de explicarme ni a mí mismo.

Las relaciones humanas son complejas, están llenas de altibajos, de celos, de caminos que divergen y que con el tiempo se vuelven a encontrar. Somos capaces de no hablarle a alguien por algo que nos ha hecho y permanecemos años sin dirigirle la palabra, sintiendo bastante profunda e

imperdonable la afrenta recibida. El tiempo parece suavizarla, sin haber existido ni disculpa ni explicación de lo que ocurrió o lo que pudimos malinterpretar, pero al igual que dejamos de hablarnos, retomamos el contacto como si ayer mismo nos hubiésemos llamado por teléfono o hubiésemos sabido por terceros de lo que aconteció a esa persona en los años en los que no tuvimos relación. Y es que hay otro factor que participa en todo esto. Y no es otro que el de la edad. El tiempo de los años transcurridos suaviza la percepción y la interpretación que hacemos de las cosas. Seguramente mi madre, desde su prisma, en principio más voluble e inconstante que el mío, demuestre una benevolencia sobre los hechos, los acontecimientos y las fricciones entre semejantes totalmente distintas a las que yo pueda sentir. Seguro que yo soy más intransigente, más rotundo con la severidad que creo impregna todo lo que hago o pienso. Pero es que mi prisma está distorsionado por el ímpetu de las hormonas, que no me dejan estar quieto ni para meditar antes de decidir ni para ver las cosas perfectamente nítidas, hasta el punto de poder interpretar correctamente lo que ocurre o de saber los resultados de lo que va a ocurrir por efecto de una experiencia anterior que no tengo, sin dejarme influir ni por tendencias, ni por comentarios anteriores, ni por percepciones desenfocadas o arbitrarias.

* * *

Vestidos con vaqueros, camisetas y gafas de sol, aterrizaron en el aeropuerto Charles de Gaulle. Solo un par de mochilas al hombro, como en los mejores tiempos, y la Ciudad de las Luces los recibía bulliciosa, burbujeante.

El taxi los dejó a la entrada del hotel. Beatriz sonrió al comprobar que se trataba del mismo lugar en el que hacía veinte años se habían hospedado.

—¡Tenía que ser una sorpresa!, no podía ser de otro modo —susurró a Evander al oído cuando subieron al ascensor.

Abrieron la puerta de la *suite* ubicada en el ático. Beatriz retrocedió en el tiempo. Se descalzó y se dejó caer sobre la cama, recordando. Habían sido los días más maravillosos de su vida. Acababa de salir de un centro de rehabilitación y sentía la imperiosa necesidad de aspirar la vida, de beberla a grandes sorbos. Ahora, con el tiempo, prefería saborearla despacio.

Nada parecía haber cambiado desde entonces, tan solo la decoración, que la recordaba en un intenso color azul. Ahora estaba más luminosa, paredes en

color crudo y tejidos vaporosos para las cortinas, que permitían ver el exterior. Evander se sentó a su lado y le acarició la espalda.

—Adoro cómo lo haces, no conozco nada que me relaje más que tus manos.

Al cabo de unos minutos se levantó y se dirigió hacia la puerta de cristal que daba acceso a la amplia terraza.

—¿La recuerdas, Beatriz? Creo que aquí fue donde cogí una de mis peores borracheras, fue con ese *champagne* francés que adoras y que yo aborrezco.

Beatriz se levantó y, descalza, corrió a su lado. Desde allí se contemplaban unas magníficas vistas del Sena y de la Torre Eiffel. Anocheecía, y la ciudad se mostraba luminosa, radiante.

Tomaron asiento en unos cómodos sillones de ratán con cojines mullidos, se miraron y sonrieron con esa complicidad dulce que los acompañaba desde hacía tanto.

—Maison Détail. París nos da la bienvenida. Les dije que celebrábamos nuestra segunda luna de miel... —comentó Beatriz sonriendo.

—¿Fresas, *champagne*? —preguntó Evander señalando el velador.

Evander cogió la botella del cubilete con hielo y la abrió dejando que la bebida saliese con fuerza. Después sirvió dos copas.

—Parece que el tiempo se detiene. La ciudad continúa igual que la recordaba —observó admirando el paisaje—. Han pasado veinte años y no sé por qué no he venido antes. Tú, en cambio, sí lo has hecho...

—Por mi madre. No has venido desde que supiste que ella se había instalado en París. —Rio a carcajadas y brindó por ellos.

—¡No seas tonto!, tu madre nunca ha podido verme. ¿Recuerdas cuando hace dos años se presentó en Madrid? Se instaló con nosotros durante más de un mes y se pasó los días protestando por todo. ¡Pero si nos ha perseguido allá donde hemos ido! Cada vez que se peleaba con ese novio suyo, o amante, o amigo, ¡no sé qué demonios es!, bueno, ahora su marido..., el caso es que cuando discutían salía huyendo de él para buscar a su hijo favorito, o sea, tú. Además, siempre podemos visitar París sin necesidad de verla a ella...

—No seas mala. Yo sí la visitaré antes de que regresemos. Es muy mayor...

—¿Mayor? Te recuerdo que cuando tomó la decisión, al fin, de contraer matrimonio con ese francés, ese...

—Antoine, se llama Antoine.

—Pues eso, Antoine. Llevaban juntos, ¿cuantos años?, veinte, sí, desde que murió tu padre.

—Tal vez le daba pudor hablar de ello..., a su edad... —sonrió y la besó en los labios.

—¿Pudor? Lo que sucede es que se fue a vivir con él al mes de fallecer tu padre, y nadie de la familia aprobaba esa relación, en especial, tus hermanas. Se enfadaron muchísimo. En fin, a mí me da igual. Ella y Antoine han pasado veinte años jugando al gato y al ratón, sobre todo tu madre, que en ocasiones era la viuda más triste de Europa, y otras... Y cuando está a punto de convertirse en octogenaria va y se casa. Después me entero por la prensa de que la incombustible Agnes Larsson se ha casado con un famoso escritor. ¡Pero si era *vox populi*! Siempre necesitando llamar la atención...

—Bueno, deja de hablar de mi madre. Respecto a lo que decías de que no has regresado a París, he de decirte que hemos conocido otros lugares igual de fascinantes y hemos realizado proyectos... Y lo más importante, hemos consolidado nuestro matrimonio. Y ahora, en el mejor momento de nuestras vidas, aquí estamos de nuevo, ¿no te parece hermoso?

—Sí, lo es, sin embargo, ¿por qué será que tengo la sensación de que la vida ha pasado de largo todos estos años?, ¿como si caminase de puntillas sobre ella?

—No quiero verte enfadada ni nostálgica, y nada de tristezas... Supongo que es algo que nos sucede a todos con la edad, pero si enumerases las cosas que has visto con esos bonitos ojos...

Cogidos de la mano se dirigieron al baño, hicieron el amor bajo el agua templada que caía con fuerza y mojaba sus cuerpos dibujados de besos y caricias, de deseo y pasión. Beatriz, aferrada a él, se sentía valorada, respetada, joven, hermosa, deseada... Todo cuanto necesitaba para olvidar esos años que habían ido a parar al cubo de la basura. Tenía la certeza de que, a pesar de lo vivido, Evander siempre la haría feliz porque él era su otra mitad.

* * *

El doctor Chugani se negó a que Pam pasara la noche en el hospital. Sabía que había hecho un viaje muy largo y que estaría cansada. De los cuidados del enfermo se ocuparían ellos. Tenían los medios, el personal

adecuado y toda la noche para ver la evolución del paciente. Las veinticuatro horas siguientes a la operación eran cruciales. Se debían descartar complicaciones, riesgos de un empeoramiento de su estado, alteración de las constantes, cualquier síntoma extraño debía ser detectado rápidamente. Estaba monitorizado, vigilado de forma continua, y sabían reaccionar a los imprevistos.

Pam aceptó a regañadientes. Al día siguiente tenía la promesa del médico de poder estar con él más tiempo. La dejaría a solas, podría darle los besos que quisiera, contarle las historias que tenía pendientes...

Llegaron al apartamento antes de las diez de la noche. Uno pequeño, con apenas lo indispensable: una habitación aceptable, otra más pequeña, un aseo con ducha y una escueta cocina encastrada detrás de un mueble plegable, como la cama de tamaño estándar que bajaba cada noche para dormir y que algunas veces olvidaba recoger para evitarse esfuerzos. A fin de cuentas, vivía sola, nadie acostumbraba a visitarla y era más bien ella la que recorría a pie los dos kilómetros que separaban el apartamento de la vivienda que su padre arrendó junto al local del negocio, en el que vivía con su hijo Gregorio, que se hacía llamar Gregor por los amigos para parecer más anglosajón.

Hacía apenas dos meses que se había instalado allí. Quería una independencia que desconocía, la ansiaba como una etapa más que quemaba en su vida. A veces quería estar sola, y otras, rodeada de todos sus seres queridos. Fuera, en el pretil de la ventana, ondeaba siempre una pequeña bandera inventada, hecha de recortes de plástico y un mástil de palo. Simplemente señalaba a todos que aquella era su primera conquista, que le pertenecía; era libre para ordenarla y transitarla como quisiese. En ocasiones leía *e-books* que descargaba en el móvil en la soledad de su espacio. Luego huía de allí buscando un lugar de encuentro: la bolera, el *pub* de los irlandeses, adonde iban algunas amigas del barrio, y la casa de su padre, aunque la mayor parte del día lo había dedicado a trabajar como secretaria del gran Mikel Barberá. Siempre le estaría agradecida, allá donde estuviese.

Hicieron el trayecto en taxi, aunque el piso de Pam estaba apenas a unas manzanas del hospital. Estaba agotada, necesitaba un buen baño, descansar durante diez minutos bajo el agua muy caliente, dejarse llevar, sumergirse por completo, abandonarse a un calor sofocante que la relajaba. Luego se recogió el pelo con una toalla. La piel permanecía rosácea durante unos minutos de tanto calor soportado, y en solo un cuarto de hora preparaba unos espaguetis con nata.

Gregor era callado por naturaleza. Buen chico, se había acostumbrado a la vida que le había tocado, andaba de puntillas por ella y no hacía daño a nadie, aunque vivía en uno de los barrios más problemáticos. Tenía grandes amigos, todos marginados, porque la marginalidad aúna y reconcilia. Inmigrantes igual que él, que llegaron con sus familias e hicieron un hogar acogedor donde solo había cuatro paredes. De pequeño jugaba con Pam. Volaban sobre los tejados de Coyoacán, que les unían al cielo, y se aferraban jugando junto a cruces de piedra blanca. Corrían entre los turistas en la plaza Hidalgo, se perseguían por las calles empedradas de los zócalos, los puestos ambulantes del mercadillo de los sábados, respiraban el aire de las flores, de los parterres de vida de una infancia sin cicatrices profundas; y ahora, junto al silencio compartido con su hermana, sorbía los espaguetis ausente, pensaba en otras cosas más allá de comer. A sus 19 años, aquella era una espera que conocía; la había sufrido en otras ocasiones. Cuando hacía un año cruzaron la frontera ocultos bajo las lonas de una furgoneta con otros tantos paisanos que se dejaban llevar por la oscuridad de un destino incierto, el corazón se le encogía a cada voz extraña que oía en el exterior, a cada bache que les hacía amontonarse los unos con los otros, cuando palpaba a ciegas las alambradas que le separaban de otro mundo, del otro lado de una vida distinta.

* * *

5 de julio de 2015, domingo

Despertaron juntos bajo unas sábanas desordenadas. Quisieron pasear temprano por las calles de París después de desayunar en la cafetería del hotel unos *croissants* rellenos de mermelada de pétalos de rosas y té verde. Decidieron recorrer Montmartre. Adoraban aquel lugar, en especial Beatriz, pues hacía algunos años, justo cuando había descubierto que era posible disfrutar de una vida estable y apacible, decidió hacer sus pinitos como contadora de historias. Y allí, sentados en un café de la pintoresca *place du Tertre*, recordó a Claudette, un personaje por el que Beatriz sentía una especial adoración.

—Es como si conociese este mítico lugar desde siempre, Evander. Como si hubiese vivido aquí a principios del siglo XX.

—¡Casi nada!, la plaza más elevada de todo París, testigo de aquella frenética actividad artística. ¿Has pensado alguna vez que existiese una máquina del tiempo? —comentó Evander con una amplia sonrisa después de pedir, en un perfecto francés, dos refrescos de naranja.

—No, nunca, eso es un imposible, ¡ficción!, creo que deberemos conformarnos con la imaginación. En mi novela aparecían personajes como Toulouse Lautrec, Picasso, Sylvia Beach, Hemingway... Y parece que les he conocido, escuchado sus comentarios sobre arte, sus aspiraciones, deseos, frustraciones...

—Hoy, de alguna forma, el ambiente bohemio sigue existiendo, aunque, por desgracia, bastante más comercializado. Una plaza llena de artistas que de un momento a otro querrán hacernos un retrato o una caricatura. Pero... ¿por qué no me dejaste leer aquella novela?, ¿tan horrible es? —bromeó lanzándole una servilleta de papel convertida en bola.

—¡No, bobo! No se trata de eso, es que andabas inmerso en nuevos estilos, en aquella concepción de arte en la que pretendías buscar la esencia de la realidad. Aunque he de reconocer que me daba vergüenza. En cambio, sí se lo comenté a un amigo editor, pero al final la dejé archivada en mi iPad. ¡Quién sabe!, tal vez cuando regrese le eche un vistazo y la envíe a alguna parte.

Evander se reclinó en la silla. Agitaba el vaso de refresco con un ligero movimiento de muñeca. Los cubitos de hielo tintineaban en el interior.

—Háblame de esa novela, Beatriz, me interesa.

—¿En serio?, ¿ahora?

—No veo por qué no. No se me ocurre un lugar mejor.

Beatriz sonrió feliz. Se sentía orgullosa de haber sido capaz de hacer algo creativo justo cuando salió de aquel horrible túnel.

Por eso Evander la animó a hablar, prestándole toda su atención.

—Mi personaje principal se llama Claudette. Es una joven escritora que decide narrar la historia de su vida, está convencida de que al hacerlo podrá darle sentido a todo lo que le sucede..., de modo que se entremezclan presente y pasado.

Beatriz guardó silencio y miró a Evander, que la contemplaba absorto.

—¿Qué miras?

—Continúa, adoro esa cara tuya...

—Gracias. Pues ella fue una niña muy especial, abandonada por su madre nada más nacer...

—¿Por qué la abandonó?

—Solo pensaba en ella, era una corista que buscaba fama, aunque afortunadamente no la consiguió.

—Hablas de ella como si fuese real y el destino hubiese ordenado su vida.

—Así lo sentía. Mientras escribía pensaba que la ficción y la realidad se mezclaban y que eran los personajes quienes elegían lo que hacer con sus vidas.

—Tiene sentido, continúa.

—Demos una vuelta. Para hablarte de la historia me gustaría recorrer esos lugares que conservo en la memoria. Los imaginaba en color sepia, ¿sabes?

Evander entró en el local, pagó los refrescos y caminaron despacio cogidos de la mano.

—Ella nació cerca de esta iglesia que ahora ves, Saint Pierre —indicó Beatriz—, justo en una calle paralela, Mont Cenis. La crio su padre, Gilbert Dumont, ayudado de una buena vecina. Él era un pintor visionario y fracasado. Aunque es después cuando se trasladan al Bateau Lavoir. Entonces mi personaje forjará su verdadera personalidad. Crecerá rodeada de artistas, escritores y pintores que después se harían mundialmente conocidos, pero que entonces se calentaban con el carbón que compraban entre todos. Como una vez dijo Hemingway: «Cuando eran pobres y felices». Claudette también frecuenta la calle Fleurus. Allí conoce a personajes tan interesantes como Gertrude Stein y su pareja, Alice Toklas. En aquella época, París era puro arte, y además se vivía una relativa tolerancia sexual: gais, lesbianas... Ese modo de ver la vida la convertirán en su etapa adulta en una mujer de mentalidad abierta... Pero esa parte de su interesantísima vida, en la que ella incluso cambiará de nombre y vivirá la vida loca, no está escrita.

—¿Por qué?

—No me he decidido, ¡quién sabe! Puede que si esta primera tiene éxito...

—Lo más curioso es que habrás pasado horas escribiendo y, sin embargo, no he sido consciente de que lo has hecho.

—Bueno, creo que hemos pasado demasiados años viviendo bajo el mismo techo, creyendo que sabíamos todo del otro. Nos dejábamos tanto espacio que nos perdimos en él. De todos modos, hubo un momento en el que me daba miedo continuar escribiendo, porque se me olvidaba mi vida, y yo era

ella, y soñaba su vida, no la mía... Me desconcertaba, porque me sumergía tanto en la vida de la protagonista que llegué a dudar de si mis sueños eran realmente los míos. Te parecerá un disparate, pero era así.

—No es ningún disparate. Las mujeres gozáis de mayor empatía que los hombres. Cuando creaste a ese personaje necesitabas pensar como ella para dirigir su vida, de lo contrario no sería Claudette, sino Beatriz...

—Tal vez... Cuando acabé la novela decidí parar, porque el insomnio de algunas noches, la inquietud por escribir a cualquier hora, iban a acabar conmigo. Conocía sus secretos, sus movimientos...

—Y su padre ¿era un visionario? Pues no es una tontería, he leído que les sucede a algunos pintores.

—Sí, él intentó protegerla a su modo. Hay hombres muy importantes en su vida que le mienten, tres en concreto, cada uno a su modo, pero él lo sabía. Por eso dibujó un extraño cuadro, que a ella la inquietaba, con las figuras difusas de esos hombres.

Beatriz sonrió y caminaron en silencio por un entramado de callejuelas estrechas y empinadas hasta encontrarse frente a la basílica del Sagrado Corazón, un precioso templo desde donde las vistas de la ciudad eran maravillosas.

—También tú me sorprendes, Beatriz. Pero dime, ¿todos los cuadros de ese pintor eran tenebrosos?

—¡No!, en absoluto, era sobre todo impresionista. Incluso llegó a pintar en el techo de la habitación de su hija un firmamento repleto de estrellas, como un tapiz de terciopelo azul... Decía que las estrellas le susurraban...

—¡Qué bonito!, pero eso es pura sensibilidad. ¿Cómo se titula tu novela?

—No lo sé. Búscales tú un nombre adecuado, eres único titulando tus pinturas. Adelante, haz lo mismo con mi novela.

Cuando regresaron al hotel, Evander la miró a los ojos.

—Se me ocurren dos, *El cuadro de las tres mentiras* y *El sonido de las estrellas*. Tú decides.

—¿En serio venías tan callado pensando en eso? El taxista te ha hablado en un par de ocasiones y no le has respondido, parecías ido —sonrió.

—Por ti puedo parecer cualquier cosa. No me preocupa en absoluto.

* * *

Abrió los ojos en la penumbra de la habitación y tropezó con el rostro de su hermano, que dormía junto a ella. Gregor se había levantado en mitad de la noche para ir a buscarla, como hacía cuando era niño y el miedo le desvelaba. Entonces ella se hizo a un lado y se abrazaron, unidos por el mismo sentimiento de dolor e impotencia. Ninguno podía conciliar el sueño, de modo que estuvieron charlando durante horas; conversaciones que no les llevaban a ninguna parte, hasta que el cansancio acabó por vencerles.

Pam miró el reloj de la mesita de noche con los ojos entrecerrados. Los números en color rojo brillante le decían que debía esperar al menos veinte minutos antes de telefonar al hospital. Nadie la informaría del estado de su padre antes de las siete.

«Si no han llamado ellos, debe ser buena señal», se dijo mentalmente. Y quiso retener ese hilo de esperanza para afrontar el nuevo día con optimismo. Lo necesitaba, de lo contrario no le sería nada fácil consolar a su madre. Y decidió disfrutar de esos minutos que le quedaban, sin pensar. Se instalaría en los recuerdos de su infancia, que desapareció sin más. Una lágrima despistada recorrió el rostro de Pam hasta que extendió la palma de la mano y se secó la mejilla.

Cerró los ojos y voló a su infancia. Recordaba cuando Gregor aprendió a caminar, siempre detrás de ella, agarrándose a su falda para no tropezar. Después ella le daba la mano, lo acompañaba al pequeño parque que había cerca de casa y lo vigilaba cuando se dejaba caer por el tobogán. Él reía muchísimo y siempre le pedía quedarse un poco más. Después regresaban a casa. Su madre les esperaba con una taza de chocolate y los buñuelos que hacía la abuela con ese regusto a anís de estrella tan delicioso que se les quedaba en el paladar.

«¿Dónde se marcharon aquellos días?», se preguntó y abrió los ojos.

Observó los rasgos de Gregor. Había adelgazado, estaba más demacrado. Se lamentó por él, era tan niño aún... Ella hubiese preferido que su hermano estudiase, que se labrase un porvenir. Era muy inteligente, pero también terco como una mula, igual que su padre, y desde hacía algún tiempo el negocio familiar ocupaba toda su atención. Suspiró y se alegró de que al menos no perteneciese a una de esas bandas callejeras que se dedicaban a realizar grafitis en las paredes y a molestar a los vecinos.

De repente, Gregor abrió los ojos y le sonrió. Pam adoraba la mirada de su hermano, con esos ojos color ámbar tan inusuales, y descubrió en ellos una vez más la nobleza de su personalidad.

—¿Qué hora es? —preguntó el muchacho dando un respingo.

—Tranquilo, aún no son las siete. En unos minutos llamaré al hospital a ver qué me dicen. Debemos tener confianza. Papá saldrá adelante, ¿de acuerdo, G?, y después iré a buscar a mamá. No dejo de pensar en ella; debe estar muerta de miedo, comiéndosela la angustia.

—Me has llamado G, ¿cuánto hace de aquello?

—Doce o trece años, ¿te acuerdas?, cuando jugábamos a detectives y me decías que eras el inspector G, sin más, ni nombre ni apellido, porque así resultaba mucho más interesante y misterioso.

—Sí, ¿cómo olvidarlo?, desearía cerrar los ojos y regresar a aquellos días, Pam, a México...

—No, Gregor, no mires atrás. Venir a Nueva York siempre ha sido la ilusión de nuestros padres. Ya está, ¿de acuerdo?, podía haber sucedido en cualquier parte. Voy a levantarme, hermanito, quédate acostado un poco más, yo prepararé el desayuno.

Pam se levantó de la cama después de besar a su hermano en la frente. Tenía algunos barrillos y una incipiente barba cobriza que le quedaba bien. Le sonrió y le pellizcó la nariz.

—No hagas eso, sabes que no me gusta.

—Por eso lo hago —repuso con una sonrisa.

—¿Y cómo es ese chico?

—¿Quién?

—Anoche, antes de dormirte, dijiste algo así como que había alguien especial en tu vida...

—¿En serio?, debía estar soñando. Anda, voy a llamar al hospital, mis nervios no me permiten pasar más tiempo sin saber nada de papá.

Pam cogió el móvil. Al marcar el número, el corazón le palpitó en la garganta. Al instante el enfermero de turno atendía su llamada y ella se apresuró a preguntar, atropellándose las palabras.

—Buenos días, señorita Vargas, entiendo su inquietud, cálmese. Su padre ha pasado la noche tranquilo, no ha empeorado, y eso dice mucho a su favor. Como sabe, el doctor la informará de su evolución a mediodía.

—Gracias, muchas gracias.

—De nada, señorita.

El enfermero cortó la comunicación. Pam respiró profundamente. Gregor estaba a su lado, descalzo y con cara de interrogación.

—No está peor, y eso es muy bueno, ya sabes que los primeros días son críticos, cruciales.

Gregor abrazó a su hermana con fuerza.

—Papá es fuerte —susurró.

—Ahora a desayunar, muchachito, quiero verte animado. Esto es duro para todos, pero no podemos dejar que el miedo nos paralice, no nos llevaría a ninguna parte. Voy a preparar unas tortitas y unos huevos revueltos con mantequilla, sal y pimienta, como te gustan. Tienes que comer más, estás muy flacucho. Prepara tú el cacao, y no estés descalzo.

—Sí, Pam. ¿Sabes que en casa cocino yo? Papá es un negado, pero ya tengo ganas de verle quemar los frijoles, que además no sé cómo se las ingenia, que no saben a nada...

—Pobre; seguro que sí volverá a prepararlos —le dijo mirándole a los ojos.

—Háblame de tu trabajo, ¿va todo bien?

Pam le explicó a su hermano lo sucedido con Mikel Barberá, y también le habló de Luca.

—¿Ahora su nieto es tu jefe?

—Sí, de todos modos supongo que la empresa no tiene en sus planes despedir a nadie, o eso creo. Es una historia extraña, ya te contaré en otro momento.

—¿Y ese Luca es en quien pensabas anoche?

Pam le miró a los ojos y dio un sorbo al cacao caliente de la taza. Después cogió el tenedor y, ayudada de un trozo de pan, pinchó el huevo revuelto. Justo antes de llevárselo a la boca le respondió.

—Me gusta, no se lo he dicho a nadie, pero a mi hermanito no puedo ocultárselo. Es solo que tiene tanto poder adquisitivo... Pertenece a una de esas familias adineradas de España, ¿sabes?, además de que su abuelo era un hombre muy respetado y conocido, no solo en su país, pero eso creo que ya te lo expliqué cuando comencé a trabajar para ellos. Yo, en cambio, tengo tan poco, Gregor, que me avergüenzo de esa diferencia de clases, ¿entiendes?

—¡Venga ya!, eres una mujer inteligente, buena persona, y además muy hermosa. Vales mucho, Pam, no te infravalores.

—¡Vaya!, mi hermano pequeño me da ánimos y consejos... Eso está bien, me alegro, empezaba a cansarme de tener a mi lado a un niño miedica — bromeó pellizcándole la nariz al tiempo que se levantaba de la mesa.

—Recuérdalo siempre, Pam.

—OK, ahora voy a vestirme, quiero llegar temprano al aeropuerto. El vuelo de mamá salía sobre las cinco y media, y el trayecto son unas cuatro horas y media más o menos. Debe llegar sobre las diez, o eso me dijo. Cuando hablé con ella anoche no le salía la voz de la garganta, y no tenía ni idea de la duración del trayecto ni nada. Le expliqué todo con calma. Menos mal que el tío Miguel se ha ofrecido a acompañarla hasta la zona de embarque. Pobre mía, con el disgusto y los nervios...

—Sí, es normal, Pam, y no sabes cómo se puso cuando la informaron del coste del billete. Me dijo la tía María que se echó a llorar delante de la joven que la atendió. Comenzó a decir que no volvería a ver a su marido con vida y que no podía pagar semejante dineral, que eso era cosa del chamuco.

—Mamá habla del diablo como si existiese, y, a veces, cuando ocurren estas desgracias, siento que yo también lo creo.

—Pues eso no va contigo, nunca has creído en nada que no se pueda demostrar. —El joven se confundió en unos vaqueros y en pocos minutos esperaba a su hermana junto a la puerta.

—¿Sabes, hermanito?, ahora entiendo lo que es la fe, esa de la que la abuela hablaba tanto.

Y salieron del edificio a toda prisa para dirigirse al hospital.

Cuando Gregor bajó del vehículo, Pam aguardó unos instantes hasta que su hermano se perdió tras la puerta de la entrada principal. Después puso rumbo a Broadway. Con suerte, en algo más de media hora llegaría al aeropuerto JFK.

Al cruzar Park Row acudió a su mente la primera entrevista de trabajo a la que se enfrentó recién llegada a Nueva York, la peor de toda su vida. Un tipo rechoncho y baboso le formuló un centenar de preguntas absurdas. Más que una secretaria, parecía estar buscando una joven que le distrajese. Sonrió al recordar cómo ella se levantó del asiento en el que se encontraba frente a aquel tipejo y le profirió varios insultos antes de salir corriendo entre la multitud de trabajadores, que, inmersos frente a sus pantallas de ordenador, no se percataron de nada. Fue hablando todo el camino hasta que llegó al vestíbulo. Antes de abrir la puerta se dirigió al mostrador de la entrada.

—¿Sabe algo, señorita? —le preguntó a la joven que minutos antes le había indicado dónde se encontraba el despacho de aquel cretino.

—¿Qué tal la entrevista? —respondió la joven con otra pregunta.

—No deberían dejar a ese tal Smith al frente del departamento de personal. He recibido un trato bochornoso. Ahora debería presentar una queja,

rellenar uno de esos formularios que se suponen brindan para que expresemos nuestras discrepancias, pero no voy a hacerlo, ¿y sabe por qué?, porque sé cómo funciona esto: la tirarán a la basura, sí, o como mucho me enviarán una carta a mi domicilio al cabo de un montón de meses para no decir nada. Y todo porque personas como él se creen el ombligo del mundo, y porque, además, yo soy una pobre chica mexicana, ¿verdad?, pues que les den a todos.

La muchacha la observó todo el tiempo que duró el monólogo tras sus gafas color rosa sobre una nariz puntiaguda. Cuando Pam finalizó, la chica regresó a su trabajo sin darle una respuesta y ella se dirigió a la puerta de salida.

—Putos gringos —susurró antes de salir a la calle para enfrentarse de nuevo a la Ciudad de los Rascacielos.

Pam opinaba que existían demasiados tipos como aquel, sin el más mínimo respeto hacia la profesionalidad de las mujeres, a las que trataban como simples objetos de adorno en el siglo XXI y continuaban inmersos en la Edad de Piedra.

Pensó entonces en Luca. Un cosquilleo en el estómago le recordó que ese hombre existía. Había pocos como él. Ese sentimiento al que todavía no le había puesto nombre comenzaba a hacerse más fuerte, y deseó dejarse llevar.

Desde el asiento contiguo, un sonido agudo la avisaba de un nuevo mensaje en el móvil que la sacó de sus pensamientos. Echó un vistazo a la pantalla: era de su hermano. Un OK la hizo suspirar: su padre continuaba estable dentro de la gravedad.

Cruzó el puente de Brooklyn pensando en sus padres. Llevaban toda la vida juntos, desde que eran unos críos, y eran felices a pesar de la pobreza que siempre les había acompañado. ¡Deseaba tanto volver a verles juntos de nuevo!, formando un hogar, como siempre, en el que el café, aunque un poco aguado en ocasiones, sabe mejor por las mañanas porque va acompañado de besos y sonrisas. Ese desorden de platos, de migas de pan tostado sobre la mesa, las protestas de su madre...

—¡Bendita rutina! —susurró.

Ahora su madre debía estar rezando en las alturas a la Virgen de Guadalupe. Era muy devota, y cuando vivía la abuela no se perdían cada 12 de diciembre la visita a la iglesia. La abuela les obligaba a ir la noche anterior, todos en peregrinación con los cientos de fieles que aguardaban a las famosas «Mañanitas de Guadalupana», y allí, entre rezos y serenata, la abuela rezaba

todas las plegarias que conocía. Ella y Gregor se miraban sin rechistar, porque si les daba por reír, la abuela les pellizcaba la oreja.

Estacionó el vehículo en uno de los aparcamientos cerca de la terminal número 3 y se dirigió a comprobar el horario de llegadas en la pantalla. El vuelo de su madre aterrizó puntual. Buscó una zona apartada del bullicio pero cerca de la zona de desembarque y tomó asiento. Sacó el móvil del bolso y comprobó de nuevo el mensaje de Gregor.

Respiró aliviada. Al menos podría decirle a su madre que cabía la posibilidad de recuperación. Antes de devolver el móvil al bolso tuvo la tentación de telefonar a Luca, pero no quería molestarle. Andaba inmerso en esos asuntos que le traían de cabeza y optó por dejarlo para más tarde.

El tiempo se le hizo eterno hasta que al fin la afluencia de pasajeros procedentes del vuelo de México la hizo saltar de la silla. Se acercó hasta la zona acordonada y la vio. Estaba allí, tan pequeña que apenas alcanzaba a verla escondida entre el pasaje, tal y como imaginaba que llegaría, demacrada, con los ojos enmarcados en unas profundas ojeras y el cabello algo alborotado, pero con su pañuelo lila alrededor del cuello, el que tanto le gustó porque, decía a todo el mundo, su niña se lo había regalado.

—¡Mamá! —Pam alzó la voz y agitó la mano derecha para llamar su atención.

—¡Mi niña, mi niña! —gritó y se dio prisa abriéndose paso entre la gente hasta que se fundieron en un abrazo. Pam le dio besos en las mejillas y le cogió el rostro entre las manos.

—¡Qué bien que estés aquí, mamá!

Pam la abrazó de nuevo y aspiró ese aroma de mamá que tanto echaba de menos.

—¿Cómo está tu padre, Pam, cómo? —preguntó sin dejar de llorar.

—No está peor, mamá, tengamos fe. Saldrá de esta —dijo para animarla.

—¡Mi niña, mi niña!, no sabes cuánto os echo de menos... ¡A todos! Esto es una injusticia, esos malnacidos... ¿Y tu hermano?, ¿cómo está Gregorio?, pobrecito mío...

—¿Cómo quieres que esté, mamá?, pues como todos. Ahora hablará con el doctor. ¡Anda, vamos, le llamas desde el coche!

La señora Vargas siguió a su hija con el rostro desenchajado. Aquel lugar se le antojaba un laberinto de pasillos, salas y escaleras mecánicas. Cuando tomó asiento en el Toyota Prius de Pam, respiró aliviada.

—¿Tienes carro y todo, no, hija?

—¡Bah!, es de segunda mano, pero me hace la vida más fácil.

—Me alegro, cariño, me alegro —dijo sin parar de llorar, secándose las lágrimas con un pañuelo arrugado.

—Mamá, no llores, por favor. Siempre me has enseñado que debemos pensar en positivo.

—Sí, mi niña, pero esto es una locura. He rezado todas las oraciones que aprendí de tu abuela, ¿sabes? Yo, que tenía tanto miedo a volar, y fijate, solo pensaba en tu padre.

Entraron agarradas del brazo al hospital y subieron al ascensor en silencio. Pam la besó en la frente y la sostuvo del brazo cuando la doble puerta de acero se abrió frente a ellas. Estaban en la planta de la UCI. Pam notó que su madre temblaba como una hojita mecida por el viento.

—Tranquila —le dijo con firmeza.

* * *

6 de julio de 2015, lunes

El sol de Málaga parecía otro, como si en cada latitud o país, según la ubicación, inclinación o altura, apareciera uno, se colgara de hilos invisibles y le diera por lanzar los rayos a la tierra con más o menos intensidad. Había amanecido una mañana nebulosa, de un aire blanquecino visible y corpóreo que se había apoderado de las calles de París, de los monumentos, y los abrazaba ocultándolos de la vista de los turistas. Una temperatura media sin excesos animaba a pasear a los que tenían algún día más para frecuentar los sitios emblemáticos de aquella ciudad grandiosa y al mismo tiempo cercana, de figuras doradas que descansaban sobre el Sena, apacibles, inmutables a un tiempo que pasaba fugaz, confundido con el trasiego de gente foránea que venía a visitarla.

Se subieron al avión a las once de la mañana después de desayunar por última vez en el ático del hotel, sumergidos en el agua del *jacuzzi* e intercambiando apretones de manos para sentirse juntos. Besos agradecidos y abrazos que transmitían paz. Luego hicieron la maleta, lo guardaron todo y bajaron a estirar las piernas, zambullirse por las calles del centro y entrar en las tiendas de las grandes marcas de moda. Beatriz compró algunos regalos. Le gustaba todo, hacía un reparto mental de los objetos que acaparaba y

terminaba cargada de bolsos con los anagramas y colores de la mayoría de los locales por los que pasaba.

Eran felices, habían aprovechado las horas exprimiendo los minutos de asueto que habían invertido en aquella escapada de fin de semana. Evander se había maravillado con las obras expuestas en el Museo d'Orsay. Siguieron la visita guiada a las colecciones permanentes y a las exposiciones temporales, con pintores como Gauguin, Manet, Degas, Monet, Renoir. Vieron también el Museo de la Orangerie del Palacio de las Tullerías, y las obras de Matisse, Modigliani, Picasso y Cézanne. Evander era un niño con zapatos nuevos: la sonrisa se le escapaba a cada instante, estaba eufórico.

Ya por la tarde visitaron a la madre de él. Beatriz le acompañó, no quería ser descortés, pero consiguió que Evander le prometiera que después la llevaría a cenar a bordo de un *bateau* por el Sena. Acabaron la noche viendo el espectáculo en el cabaret parisino Moulin Rouge.

Ahora habían vuelto a España. En el automóvil, de regreso a casa, Beatriz sintió una pesadez en las piernas. Estaba cansada, pero aquella escapada había resultado bastante gratificante. Evander era un hombre excepcional, no había perdido ni un ápice de su amor hacia ella, y eso la hacía enormemente feliz. Había sabido reaccionar a tiempo, valorar lo que tenía delante y no obcecarse en que fuera estaría el príncipe azul que había cumplido años como ella y que la seguía buscando bajo las sábanas de alcobas prestadas, adonde se escabullía para perderse en océanos livianos donde la banalidad ejercía, bajo influjos y caprichos, la apariencia de bienestar; bienestar pasajero, efímero, de horas evadidas de la realidad, de la cercanía que tenía delante y no veía, de resplandores intermitentes que la confundían con imágenes distorsionadas de personajes que embaucaban con promesas interminables y que acababan, con el tiempo, asomando la mezquindad bajo trajes hechos a medida de buenas personas.

Durante el vuelo, Beatriz había leído en la prensa que el equipo de Raúl Cebrián, que había descendido deportivamente a segunda división, llevaba todo un mes litigando con la Liga, intentando ocupar la plaza de un equipo que, aunque había permanecido en la máxima categoría del fútbol español por méritos propios y había tenido denuncias de los propios jugadores por impago de algunas mensualidades y deudas con Hacienda y la Seguridad Social, había conseguido saldarlas *in extremis* antes de vencer el plazo que finalizaba el 30 de junio, por lo que había evitado el descenso federativo. Ese hecho hubiese provocado que el equipo de Raúl Cebrián permaneciera un año más entre los

mejores, con el consiguiente nivel de ingresos a través de la liquidación de apuestas de las quinielas y de los ingresos por derechos de televisión. De ahí que no diese su brazo a torcer y siguiese poniendo demandas porque consideraba que había un defecto de forma en la liquidación presentada por el club salvado frente a Hacienda y la Seguridad Social.

Quedaba por resolver el nuevo contrato de los derechos en abierto, pero la Liga pudo anticipar que estos serían repartidos de forma más equitativa entre los clubs que permanecieran en la primera categoría del fútbol español. Una jugosa partida presupuestaria que evitaría que el grupo inversor chino, que había desembarcado en el club un año antes, diera la espantada con el equipo en segunda y la consiguiente bajada alarmante de ingresos, a los que había que unir los directos de una menor reserva de abonos y de publicidad.

—¡Jódete! —pensó Beatriz mientras leía la noticia.

* * *

Luca había pasado todo el fin de semana pensando. Tenía varios frentes abiertos: la hospitalización del padre de Pam y las últimas noticias al respecto, la cita con la periodista para concretar la entrevista y el asunto de la junta. Debía dar los pasos correctos, ni precipitarse ni quedarse rezagado. Verse con Marcos Delafont para organizar la reunión, de la que se levantaría acta asumiendo plenos poderes en la empresa. Si su hermano era también accionista, debía estar informado de la junta extraordinaria; había que notificárselo con la antelación suficiente. Seguro que Marcos no le iba a decir nada. Estaba jugando con ventaja. Luca tuvo claro que lo que buscaba era dejarlo en evidencia, demostrar que a su edad aquello le venía grande y que desconocía hasta lo más elemental de la organización y distribución del organigrama de la compañía. Si llegaba a oídos de su madre, y seguro que Marcos pondría de su parte, ella estaría atormentándolo día y noche para que delegara en ese impresentable.

El sábado había pasado varias horas descargándose los estados financieros, la presentación de los impuestos y balances fiscales. Y todo lo concerniente a la organización, personal en activo, nóminas y funciones específicas se lo había proporcionado desde la central una empleada llamada Lupe Salazar. Al principio se mostró reticente a enviar esa documentación tan sensible sin conocer a la persona que se lo estaba pidiendo. Él le puso un

correo anexando el protocolo notarial de transmisión de las acciones de la sociedad. Después de una hora y media, una asesoría contable de Nueva York le enviaba en un archivo RAR toda la información que necesitaba.

Se estuvo preparando bien el examen.

Conforme fue analizando las partidas, el desglose de ingresos, gastos y amortizaciones, el apartado concerniente al personal e inversiones, el inmovilizado y la declaración de bienes, fue descubriendo diferencias notables y apuntes un tanto extraños. El restaurante de Nueva York ingresaba prácticamente lo mismo que los de Roma, Londres y París juntos. El de Madrid era el que menos beneficios aportaba al conjunto de la empresa.

Dejó su examen para otro momento.

Después de lo que le había comentado Ramón Suárez, no había que ser ningún lince para darse cuenta de que allí se estaba metiendo la mano.

Conforme destripaba los documentos, menos entendía que su abuelo no hubiese actuado antes y de forma más enérgica.

Se estaba perdiendo dinero a chorros. No disponía de los movimientos bancarios, pero fue anotando en un cuaderno la secuencia de actos que iría acometiendo cuando tomara como accionista mayoritario el control de la empresa. El de saber el estado real de las cuentas de cada franquicia mediante la elaboración de una auditoría externa e independiente lo puso en primer lugar.

Miriam le llamó por teléfono. Eran las dos de la tarde. Luca quiso poner por excusa que era la hora de la comida, pero ella insistió en que se trataba de un tema urgente. No podía dejarlo para más tarde.

Se vieron en la misma zona de la primera vez. El mismo descampado. El sol apretaba como si exprimiera un zumo de naranja y lo esparciera por encima de la ciudad. Aunque ella llegó en coche, Luca insistió en que Miriam se viera con él en el interior del suyo, no quería sorpresas.

—Hola, Luca —dijo ella mientras se acomodaba en el asiento del copiloto. La voz sonaba apesadumbrada.

—¿Qué ocurre?

—Verás, le comenté a mi jefe lo que hablamos. Lo estuvieron debatiendo en una reunión que se suele concertar antes de cada programa... La cuestión es que quieren emitir un reportaje esta misma tarde. Han hecho un barrido por la vida de tu abuelo, sus relaciones amorosas, los premios recibidos, los tropiezos con la prensa, su carácter a veces arisco. Dejarán caer lo de un

posible asesinato, pero lo han alargado con recortes de incidentes anteriores con compañeros de profesión, comentarios inoportunos de sus inicios...

—Vamos, que no piensan dejar títere con cabeza.

—Lo siento, esto se me ha ido de las manos.

—Creí que mi padre me recomendaba una periodista con más peso en la cadena. No pensé que tuvieras que ir pidiendo permiso para hacerlo. —El comentario de Luca estaba cargado de resentimiento y cabreo a partes iguales.

—No sé lo que te prometió tu padre, pero te recuerdo que él es el moderador del programa. Lo han cambiado de franja horaria y aprovecharán el hueco dejado por un programa de bricolaje que tenía poca audiencia. Hoy en día eso es lo que prima. Aunque lo emitirán en horario infantil, están dispuestos a pagar la multa que haga falta. Los anunciantes saben que es un filón. Hay mucha gente somnolienta que se queda embelesada mirando el televisor, y si hay discusiones e insultos parece que son atraídos por un enorme imán y se quedan entonces mirando la pantalla como si hubiesen sido abducidos.

Luca miraba al frente a través del parabrisas del coche. Debía haber supuesto que su padre aprovecharía la coyuntura.

—¿Mi padre interviene en esas reuniones?

—Sí, y tiene bastante peso, por cierto.

—Debí suponerlo, el gran Doménico Spaletta es capaz de todo por una primicia. Da igual de dónde provenga.

Luca se deslizó delante de las piernas de Miriam y abrió la puerta delantera derecha.

—Por favor, Miriam, hemos terminado.

Ella se bajó del coche. Antes de cerrar la puerta...

—Lo siento, yo también he sido utilizada; pero bueno, esto forma parte de mi profesión y no es la primera vez que me ocurre. Al fin y al cabo, trabajo para un programa que busca primicias, cotilleos, medias verdades, y a veces se sobrepasan algunos límites.

Luca se quedó en el coche maldiciéndose por haber sido tan confiado. Su propio padre se la había jugado.

* * *

Beatriz vio a su hijo bastante cabizbajo. No era habitual en él estar de esa forma. Pensó que tal vez era que echaba de menos la presencia de Pam, una chica bonita y muy madura para su edad. Encajaban como una pareja de calcetines, se llevaban muy bien y se querían, de eso no había la menor duda. Los dos eran muy jóvenes, y eran cosas que pasaban a esas edades.

Se acercó a Luca y lo atrajo hacia ella. Lo apoyó contra su pecho y él quedó ahí como sumergido en un sueño del que no quería despertar. Su madre hacía años que no le abrazaba, y lo necesitaba, lo había necesitado en muchas ocasiones, había perdido ya la cuenta. Había echado de menos los abrazos, hasta el punto de olvidarlos y pensar que él no los merecía. Los verdaderos besos quedaron perdidos por ambos a medio camino de ninguna parte, y se ponían la cara fingiendo que se besaban, o lo hacían sin transmitir nada de cariño; era una pose, un gesto..., una simulación de que se querían, aunque en el fondo los dos sabían que así era. Les faltaba haber sido distintos. Los dos eran tercos y llenaban la vida de reproches, de medias tintas que emborronaban lo que pudo haber sido una relación madre-hijo natural, sin artificios, sin parches ni tachaduras. Simplemente tenían que haber sido naturales, espontáneos, no encerrarse en agrandar la distancia que ellos mismos ponían de por medio. Entre los dos no se tenía que haber interpuesto nada ni nadie. La gente se equivoca, y se puede volver a equivocarse, puede hacer cosas mal, pero si se hacen sin querer hacer daño a lo que más se quiere, no se deben utilizar como arma arrojadiza de una huida constante cuando precisamente en el fondo se desea todo lo contrario.

Nadie es perfecto, y precisamente en lo imperfecto radica lo maravilloso.

* * *

El programa empieza puntual a las cuatro de la tarde. Una música de cabecera informal y bailona arranca con un barrido de cámara sobre los contertulios de la sobremesa. Todos son rostros conocidos de la prensa rosa. Son, o han sido, parejas de personas conocidas, que ahora ganan dinero por ser los o las ex. Apenas dicen nada importante cuando hablan. No tienen opinión certera y veraz sobre nada, y, sin arriesgarse uno a perder la apuesta, tampoco tienen inteligencia más allá de un cociente intelectual raspando el normal, pero consiguen grandes contratos e incluso protagonizan anuncios de marcas desconocidas que quieren abrir mercado poniendo sus caras a los

productos que venden. Tienen la virtud de arrastrar a miles de fanáticos ociosos que se enganchan con cualquier cosa. Tienen incluso representantes, como las grandes figuras del pop, para que les organicen bolos en discotecas repartidas por toda España.

Los rótulos aparecen como una ráfaga de viento que los empuja y traen consigo otros nuevos. Hay que empezar pronto. La gente desea que le cuenten chismes, que se insulte de forma reiterada, se descalifique de manera continuada y se repitan las mismas imágenes sobre alguien, hasta que uno llegue a aprendérselas como si estuviera en un colegio para gente que no piensa. Se dejan arrastrar por banalidades, rumores infundados, el amigo del amigo, de uno que conoció a un famoso y le firmó una servilleta. Ahora es capaz de hablar sobre él, ponerlo de vuelta y media y cobrar por ello. La televisión les hace parecer gente importante, y llegan a firmar ellos mismos autógrafos a gente ociosa que ve en estos desconocidos un espejo en el que fijarse. ¡Menudo espejo!

Doménico Spaletta enseña su perfil bueno a la cámara. Estudioso de los monólogos de *Cinco horas con Mario*, es capaz de aburrir a los oyentes con un aplomo y efectividad que roza el 100 % de éxito. Se gusta a sí mismo hasta la saciedad. Dirige y presenta un programa de máxima audiencia y se vanagloria de seguir siendo líder de cuota de pantalla, o *share*, a nosotros que nos gustan tanto los términos ingleses para meter en el mismo saco y confundir la mediocridad con lo útil o divulgativo, lo ameno con lo entretenido o simplemente consumista, explotación de horas de anuncios que superan las establecidas de programación, que bombardean con los mismos productos y los repiten en intervalos pequeños de tiempo. Luego pagan multas por excederse en los periodos de publicidad o por emitir programas inadecuados en horario infantil, pero no pasa nada, vestimos al presentador de bufón, le ponemos una pajarita y le decimos que se ría de sus propios chistes malos, y si es gay, mejor. No se sabe si Doménico Spaletta se hizo gay porque estaba de moda y vendía. Podemos después hacer ofertas de armarios llenos de heteros en las grandes superficies. Será un bombazo, un pelotazo, cuando se promocióne la salida de los mismos de los miles de heteros que faltan, que no aparecen por ninguna parte. Han ido desapareciendo como una evolución mercantilista que vendió novedad, gracia, desparpajo, colorido, y que ahora anda buscando a Jack, con colonia o sin colonia, pero que venga.

Una gran imagen fija de Mikel Barberá sirve de fondo para una voz en *off* que avanza retazos de su vida, diseccionándolos de forma interesada, hacia la

descripción de un carácter arisco, egocéntrico y manipulador que arrolló al mundo de la cocina y al suyo interior, lo transformó en una parodia de sí mismo y lo etiquetó como innovador, rompedor y único. Mezclaban trozos de entrevistas que concedió a diversos medios de comunicación de medio mundo, en los que criticaba todo lo simplista, rocamboloso y profano de una cocina anterior anclada en los mismos códigos rancios que se acercaban a una mediocridad insultante para los realmente profesionales que llegaban con nuevas técnicas, recetas innovadoras y arriesgadas y que se hacían con el beneplácito de la crítica sin despeinarse. Tenían que salirle enemigos hasta debajo de las alfombras. Sonaba bastante engreído, pero los genios se definen por eso. Dalí era extravagante, impertinente, pero se le perdonaba todo cuando enseñaba una obra irreverente y sencillamente genial, de un pintor único, porque para ser un verdadero genio hay que delirar con bastante frecuencia. Las cosas tal y como están, tal y como aparecen para el ojo del artista, son simple decadencia.

Emitieron unas imágenes de él con Miriam en el coche. Algún miembro del equipo les estaría esperando cerca del descampado cuando ella se citó allí con él. Especulaban con una gran entrevista que emitirían la semana próxima.

Luca cogió el mando y apagó el televisor. Ya había visto bastante.

No merecía la pena querellarse, le daría más publicidad al asunto. Sería un reguero de pólvora que estaría encendida de forma permanente amenazando con explotar en cualquier momento, horas y horas de charla en los medios; todos se harían eco de una mina de oro y querrían una parte del botín.

Salió a la calle. El sol era un miserable castigo que pareció estrangularle a la altura del rostro. Notó subir el calor en forma de una segunda piel abrasadora. Le cegó los ojos cuando fue a coger el coche. Ya dentro, puso el climatizador a tope. Se oyó un sonoro ventilador y el aire entró por las rendijas como por una mascarilla de oxígeno.

Agarrada a los barrotes del portalón metálico de la entrada, había gente con cámaras y micrófonos. Parecían estar prisioneros, cuando en realidad ellos estaban en la calle y era él quien veía amenazada su libertad para circular. Pensó en volverse, pero nunca había retrocedido, ni cuando le apuntaron con un fusil en Nigeria. Le tuvieron tumbado sobre el suelo de arena en aquel camino que llevaba a la escuela y quisieron robarle el cargamento de material educativo que llevaban en los vehículos. En aquella ocasión se puso en pie, miró a la cara al desnutrido soldado que le apuntaba y se fue sin titubear al camión que encabezaba el convoy. Arrancó el motor e inició la

marcha. Después de unos segundos, los demás hicieron lo mismo. La caravana levantó una intensa polvareda que sepultó a los soldados, que, incrédulos, no hicieron nada por impedir el avance.

Ahora aquella verja que había traspasado en infinidad de ocasiones no le iba a privar de salir, nadie le impediría circular libremente por donde quisiese. No había hecho nada ni tenía que ocultarse de nadie.

—Señor Spaletta, ¿qué opina del programa? ¿Lo ha visto?

—Por favor, unas palabras para el canal 12...

Con dificultad subió la ventanilla después de accionar la apertura de la puerta. La nube de periodistas quedó atrás como una mancha persistente que no se quitaría de ahí en días. Sabía, por lo que había visto en televisión en otras ocasiones, que no dudaban en montar un dispositivo a las puertas de las casas de los famosos, organizaban turnos de guardia y acaparaban la calle con sus trastos y equipos de filmación. Hacían conexiones con los estudios de los programas que en directo daban cuenta de la última hora, especulaban con dar una importante primicia en unos minutos y aprovechaban metiendo publicidad, hasta que los telespectadores olvidaban qué programa estaban viendo y en qué punto tan importante se habían quedado. La expectación subía como el mercurio en los termómetros. Cuando el programa estaba a punto de terminar y el espectador había aguantado las tres horas de emisión, lo dejaban en nada, una simple conjetura, un comentario sin importancia.

Después de circular unos minutos por las avenidas casi vacías del centro y las calles de un polígono industrial, detuvo el coche en el mismo descampado en el que se había visto en dos ocasiones con Miriam. Giró la llave y reclinó el asiento. Suspiró hondo y cerró los ojos.

Quería hablar con su padre, pero se contuvo. Sabía que, si lo hacía, le diría a la cara cosas de las que después se estaría arrepintiendo toda la vida. Ahora, en caliente, no debía descolgar el móvil, lo mantuvo en el bolsillo del pantalón. Ni siquiera activó el *bluetooth* cuando salió de casa para no tener la facilidad de llamarlo desde el coche. Pero si tenía algo claro, tan claro como el sol permite ver las cosas cuando las ilumina, era que tendría que pensar en cómo devolverle el agravio. Lo tenía que dejar en evidencia. Había jugado con él y con la memoria de su abuelo por mantener o aumentar la audiencia de su programa. Había antepuesto el éxito de unos datos que fluctuaban cada día a respetar a su hijo y mantener al margen a la familia de un público que no reparaba en el daño que se hacía mostrando unas imágenes y haciendo unos comentarios malintencionados, nada rigurosos y torcidos. No tenía la menor

duda de que pagaría por ello, y se lo haría utilizando su misma moneda: la de las audiencias.

* * *

La copia por fax de la orden judicial para solicitar toda la información de que dispusieran en el bufete de abogados Suárez llegó a eso de las cuatro de la tarde. Se la entregaron a Martín Cifuentes cinco minutos después, y solo diez más tarde estaba circulando en automóvil por el centro de la capital. Apenas unos vehículos se cruzaron con él o le adelantaron por la amplia calzada de dos carriles. Solo las eternas obras que habían cortado el acceso a algunas calles, desde no se sabía cuándo, se interponían a su paso. Se conocía de memoria otras alternativas por callejones de una sola dirección, donde algunas furgonetas de reparto le impedían el paso mientras descargaban algún que otro bulto, unos voluminosos paquetes, o algún transeúnte se obstinaba en invadir la calzada y avanzar delante de él sin prisas.

Alicia le llamó nada más montarse en el coche. Acababa de terminar su turno en otra comisaría, la que eligió como destino después de aprobar el examen interno de capacitación para inspectora jefe. Aquello le había llenado de congoja y pesimismo. Tendrían un suplemento importante en los emolumentos que entraban en casa, pero lo cambiaría todo por que siguiera trabajando junto a él. La protegería siempre, le marcaría los puestos más seguros y la tendría siempre a la vista.

La primera semana que la tuvo alejada de él, en su nuevo destino, se le hizo cuesta arriba. Estaba descolocado, trabajaba en la misma comisaría que hacía quince años, pero la notaba distinta; ella no estaba, se comunicaban por teléfono y no colgaba una llamada cuando ya le estaba haciendo otra con cualquier pretexto. Con el tiempo se habituó a ello. Se cruzaban en el rellano o en el portal del bloque. Se acostaba uno cuando se levantaba el otro de la cama. Pocas veces coincidían en los turnos y en los descansos. Y si así era, alguna llamada inesperada les hacía irse a uno u a otro y tenían que interrumpir unos minutos de charla para organizar las cosas de la casa, las compras, las incidencias con el banco, la recarga del gas o tantas otras minucias que se interponían habitualmente a la normal convivencia y al ajetreo de dos policías de servicio.

Un letrero junto a otros a la altura de la vista le indica el piso del bufete. Entreplanta A. El edificio es lujoso. Un suelo de mármol crema con pilares del mismo material. Una amplia recepción iluminada por una inmensa claraboya que desde el techo distribuye luz a las tres plantas de oficinas. Le enseña la placa al recepcionista, que, sin acercarse mucho, asiente con la cabeza. Coge el ascensor, de puerta marrón oscuro. Una hilera de focos alumbraba el pasillo cuando sale de él. Enseguida ve un nuevo rótulo dorado con las letras del bufete Suárez. La puerta está abierta. Hace sonar el timbre. Una voz femenina contesta desde dentro.

—Pase, por favor.

Martín anda unos pasos, los suficientes para verla detrás de una mesa de escritorio gris. Es joven, de pelo largo castaño y amplia sonrisa.

—¿El inspector?

—Sí, soy yo.

—El señor Suárez padre le espera. Siga el pasillo, la puerta del fondo.

—Gracias.

Martín avanza despacio. Las puertas entreabiertas le dejan ver a algunos empleados hablar por teléfono, otros charlan con compañeros y debaten sobre el método a seguir. Algunos ríen a media voz algún chiste o alguna ocurrencia, quizá alguna anécdota de un juicio.

«Esta gente no hablará de otra cosa. Le pasará como a nosotros. Gajes del oficio.»

El señor Suárez le espera en el quicio de la puerta de su despacho. Su estatura es baja, algo ancho de caderas y una barriga prominente que intenta ceñir con la correa del pantalón. Le muestra una sonrisa de catálogo, sabe hacer su trabajo. De forma cordial le extiende la mano, que Martín estrecha antes de tomar asiento.

—Verá, traigo una orden judicial expedida por un juez de Málaga. Ya sabe, por aquello de la confidencialidad, el código deontológico y el secreto profesional. —Martín saca del bolsillo el papel oficial y se lo muestra al abogado.

Suárez, nada más echarle un vistazo, saca una carpeta del cajón derecho de la mesa y lo pone sobre ella.

—Aquí tiene. Lo estábamos esperando.

—Bueno, así es más fácil nuestro trabajo. —Martín extiende el brazo y coge la carpeta. La hojea, son muchos papeles distintos, con varios tipos de letras. Algunos son escritos con el membrete del bufete, otros son cartas que le

envía el propio difunto. Hay copias de actas de las reuniones de la empresa, las decisiones que toman..., solicitudes de servicios, consultas técnicas y un expediente grapado que contiene veintiocho hojas numeradas por una sola cara. «Ampliación de capital social de la sociedad Barberá & Delafont», lee en la portada. En la primera hoja se hace un análisis pormenorizado de la situación actual de la empresa: restaurantes, empleados, inmuebles. Se adjunta un balance contable de pérdidas y ganancias y otro de situación del año 2014, ambos cerrados, junto con el último impuesto de sociedades, modelo 200 de la Agencia Tributaria, sin sello ni validación mecánica de ninguna entidad bancaria.

Martín airea el modelo en su mano.

—No tiene sello alguno de validación bancaria.

—No, verá, lo incorporamos al expediente para justificar la ampliación de capital solicitada por el señor Barberá. La gestoría nos lo envió unos días antes de su muerte. Teníamos hasta el día 25 de este mes para pagarlo. Estaba cumplimentado y listo para presentarlo por vía telemática, pero todavía no se ha hecho.

—Son unas cantidades muy importantes.

—Sí, tenga en cuenta que en esa liquidación se incluyen los ingresos de todos los restaurantes que tiene la sociedad en distintas partes del mundo. El señor Barberá era muy escrupuloso con sus obligaciones impositivas y las llevaba a cabo siempre en España. Este modelo permite incluir esas partidas obtenidas en el extranjero.

Martín se dio por satisfecho y no hizo más preguntas. Daba gusto tratar con gente tan dispuesta y servicial.

—Ha sido un placer, señor Suárez.

—El placer ha sido mío. Le acompaño hasta la puerta.

—Gracias. —Martín salió del despacho con toda la documentación bajo el brazo.

Bajo el dintel de la puerta principal se despidieron. El señor Suárez le deseó suerte con la investigación.

Martín quiso interrogar de nuevo a Marcos Delafont. Podía haberlo hecho por teléfono, pero en su profesión valían más las expresiones del rostro, los silencios, las miradas, los gestos hechos cara a cara..., que unas cuantas frases dichas sin acompañarlas de todo lo demás.

Confirmó que llegaría al restaurante en unos quince minutos y decidió hacer con calma el camino de vuelta. Tomó un café en un local refrigerado.

Llamó a su hija María. Habló con ella mientras saboreaba un capuchino. Se sentó en la última mesa junto a un gran espejo de marco labrado en madera. Las paredes estaban llenas de estanterías con libros de todas las épocas. Los clientes podían leerlos mientras degustaban los dulces de repostería o tomaban licores o cafés y té con pastas. Desde aquel lugar, la calle era apenas el estrecho pasillo de una puerta de un metro de ancho y dos escaparates que mostraban a los transeúntes sin piernas, como una foto de carné.

Observaba la vida anónima de fuera, las vestimentas, los *looks* distintos de una juventud diversa, el paso lento de los ancianos que deambulaban a aquellas horas de más calor como si tuviesen algo importante que hacer o recoger algo que la demencia senil les había hecho olvidar, los autobuses de techo descubierto donde los turistas de distintos lugares del mundo se divertían observando los monumentos de una ciudad en permanente reforma, agujereada como un queso gruyere, y hacían fotos en todas direcciones, maravillándose por cualquier cosa que vieran por primera vez.

De vuelta al restaurante de la cadena Barberá & Delafont, Martín ya no fue recibido en el despacho del señor Delafont. Ahora le había invitado a sentarse junto a la puerta de entrada (y también de salida), en la primera mesa para dos comensales que acababan de desmontar. Con la excusa de estar limpiando dentro, aquella recepción más bien parecía un aviso de «termine usted en cinco minutos, que estoy muy liado».

Martín era inmune a las pataletas de los interrogados. Con la experiencia que atesoraba, era indiferente a cualquier motivo aparente de desplante y no daba importancia a nada que se intentase interponer para distraerlo de lo que le había llevado hasta allí. Había rechazado la cortesía del señor Delafont de servirle algo, incluso le había comentado que se lo prepararía él mismo. De forma educada, lo había rechazado. No le gustaba que el interrogado se distrajesse o tuviese que esperarle.

Puso en marcha la grabadora encima de la mesa y, con bastante lentitud, como si improvisara, revisó la libreta de apuntes, la hojeó una y mil veces, hacia delante y hacia atrás, hasta que se decidió a hacer la primera pregunta.

—Señor Delafont —Martín alzó la mirada y buscó a Marcos. Estaba sentado a cierta distancia, en otra mesa colindante—, ¿sabía usted que su socio pensaba hacer una ampliación de capital?

—¿Cómo?, ¿qué me está usted contando? Es la primera noticia que tengo.

—Lo suponía. —Martín empleaba una sorna propia, elaborada como el buen vino a base de paciencia y de dejar reposar el caldo—. ¿Nunca recibió

ninguna notificación al respecto, comentario de viva voz del señor Barberá, *e-mail*, burofax...?

—Nada en absoluto. Le repito que es la primera noticia que tengo.

—Ahora que lo sabe, ¿imagina los motivos de ese interés por hacerla?

El señor Delafont hizo un gesto con cara de incredulidad.

—No se me ocurre ninguno. Tampoco creo que eso sea cierto.

—Lo es, señor Delafont, lo es, créame —dijo Martín con complacencia—. El día anterior a la visita del señor Barberá a la casa de su hija, ¿estuvo usted allí, no es cierto? ¿Tampoco conocía esa visita?

—Tampoco. Mikel era muy dado a las sorpresas. Hacía lo que le venía en gana y no tenía por qué avisar a nadie.

—¿Sabe usted si su hija tenía conocimiento de esa visita?

—Tampoco, lo puedo asegurar. De haberlo sabido, me lo habría referido y me habría quedado en Marbella. No nos llevábamos tan mal como para andar huyendo el uno del otro.

—O sea, que reconoce que no se llevaban bien.

—Tampoco he querido decir eso. Llevábamos muchos años juntos, compartiendo un trabajo que exige mucho, con distintos puntos de vista, decisiones que debíamos tomar en poco tiempo... Es normal que algunas veces hayamos chocado.

—¿Me puede referir alguna?

—No es cuestión de hablar de nada en concreto. Pequeñas discusiones por esto o por lo otro. Después zanjábamos el tema y seguíamos trabajando codo con codo.

—¿Codo con codo? —Martín volvió a revisar la libreta—. Según me dijo el sábado, llevaban la gestión de restaurantes separados. En realidad, era el señor Barberá el que decidía sobre las cuestiones importantes, por algo tenía el 60 % de las acciones.

—No crea, en ocasiones, cuando lo que tratábamos repercutía en la gestión de todos los establecimientos, solíamos acordar los criterios, todo no era tan...

—¿Hermético?, ¿cerrado? —A Martín le gustaba ser incisivo.

—Sí, gracias por el apunte. Nada era tan cerrado. Había decisiones pactadas.

—¿Le sorprendió que su socio estuviese en España cuando se enteró de su fallecimiento? ¿Se lo refirió a alguien?

—Señor Cifuentes, comprendo que su labor sea esta, pero podría hacerme las preguntas de una en una. Tengo ya una edad un poquito complicada, me resultaría más fácil para responderle de forma coherente.

—Perdone, pero no he visto hasta ahora que no haya contestado de forma... coherente. —Hizo un gesto en el aire como si pusiese comillas—. Otra cuestión es que pueda tener mis dudas de que no tuviera constancia de algunas cosas que ahora me niega.

—Explíquese mejor, señor Cifuentes, de lo contrario le tendré que pedir que se disculpe.

—Bien, no se altere, por favor. Me resulta complicado asumir que un socio quiera hacer una ampliación de capital... Sabe usted lo que eso significa, ¿verdad?

—No le entiendo.

—Dicho de otra forma. Esa ampliación tan importante que se estaba gestionando implicaba el desembolso de una cifra de seis ceros. ¿La hubiese podido asumir?

—Señor Cifuentes, no tengo por qué hacer cábalas sobre mis finanzas. Desconozco la verosimilitud de lo que me cuenta, envergadura, importe..., y quiere que le certifique ¿qué?

—No se altere, juguemos a las hipótesis. ¿Qué intención podía llevar esa ampliación? Según me han informado, si no se cubría en un plazo establecido, el señor Barberá se haría de forma inmediata con la casi totalidad de las acciones. Dicho de otra forma, les estaría dando una patada en el culo a usted y a su hermano. Perdóneme la expresión. La verdad, no veo en esa postura una camaradería a prueba de bombas, sino más bien todo lo contrario.

—Ya le he dicho que no me gusta especular. Esa ampliación no se ha producido, y, por lo tanto, las consecuencias de ella nadie las sabe. No pienso contestarle.

—O sea, que usted mismo puede comprender que sea, junto a su hermano, el principal sospechoso de la muerte de su socio.

—Mikel murió de un ataque al corazón, lo dice su certificado de defunción.

—Sí, tiene usted razón..., lo dice su certificado de defunción. No le molesto más.

Martín cerró la libreta, se la guardó en el bolsillo de la chaqueta y se puso de pie. Marcos Delafont no dijo nada. Parecía mirar el suelo, luego las sillas, el pasillo, y terminó levantándose también.

—Gracias por su tiempo. —Martín le extendió la mano.

—No hay de qué.

Cuando salió del local, Martín hizo una llamada y ordenó a la central que dispusieran a un par de agentes para vigilar a Martín Delafont. Quería saber cualquier paso que diera, por mínimo que fuese; daba igual que pareciese no tener sentido o importancia, tenía que estar informado.

* * *

Luca atravesó la mancha humana de periodistas que esperaban a la puerta de su casa como si una pandilla de muertos mutantes provistos de cámaras, móviles y micrófonos estuviese dispuesta a abalanzarse sobre él y devorarlo a base de preguntas. Tuvo que bajar el cristal de la ventanilla del vehículo para avisar y que le accionaran la apertura de la puerta (echó en falta no haber tenido un pulsador electrónico a distancia para hacerlo) y le costó mucho trabajo y ruegos volverla a subir, que retiraran aquellos aparatos rígidos que ponían delante de su boca, a la altura de la cara y del cuello, y que no le dejaban avanzar sin correr el riesgo de llevarse a alguien enganchado y terminar arrastrándolo por el suelo. No quería dar pie a que un hecho desafortunado lo publicaran argumentando que embistió a los periodistas que cumplían con su trabajo o que los tiró a conciencia.

Estaba bastante cabreado. Eran las siete y cinco minutos de la tarde cuando recibió la primera llamada de su padre. No descolgó. Beatriz le estaba esperando sentada en el salón. Le llamó y lo abrazó con todas sus fuerzas. Era la segunda vez que lo hacía en tan poco intervalo de tiempo.

—No hagas caso a tu padre. Es un egocéntrico, manipulador y sinvergüenza.

—Pero es mi padre, y me hubiese gustado llevarme bien con él.

—Sí, hijo, sí, pero tu padre está hecho de otra pasta. Los focos le nublan la vista. No ve más allá de las fans, de las buenas críticas y de las expectativas profesionales. Lo demás no tiene interés para él.

—Pero no puede utilizarnos como le plazca. La gente tiene sentimientos.

—No para la percepción que tiene tu padre de los demás. Solo somos objetos manipulables. Nos utiliza y después nos echa en el contenedor de desechables.

—Eso tiene que cambiar. No le voy a permitir que se salga con la suya.

—¿Y qué vas a hacer?

—Tengo que pensarlo.

—No hagas ninguna locura. Marcos me ha llamado quejándose de las imágenes en las que se te ve con esa joven. Dice que nada de esto es bueno para la empresa.

—El que faltaba. Los que no son buenos para la empresa son él y su hermano. Son dos aprovechados que se han apropiado del trabajo del abuelo.

—No hables así de Marcos. Mi padre le tenía mucho cariño.

—No te creas la mitad de las cosas. Ese tipo es un manipulador igual que papá, pero más metódico. Nunca parece decir nada de forma interesada, pero no hace otra cosa. Tampoco hace o dice nada porque sí.

—No sé por qué le tienes tanta manía. Él te aprecia. Sabe que en tus manos la empresa está bien dirigida.

—¿Te lo ha dicho él?

—No, pero sé que lo piensa...

—Mamá, vale ya de defender a gente ruin. —Luca se soltó de los brazos de su madre y subió las escaleras.

Beatriz se quedó de pie; necesitaba una copa.

A las siete y cuarto recibió la segunda llamada de su padre. La melodía del móvil se repetía de forma insistente hasta que descolgó. No contestó.

—¿Luca?, te llamaba para disculparme. Esta tarde se me ha ido el programa de las manos. La dirección quería darle un enfoque sensacionalista a la imagen del abuelo, recordar los encontronazos que tuvo con la prensa, los enemigos que pudo hacer en su gremio cuando llegó arrasando con lo que había e instaurando una nueva cocina...

—No sigas, por favor. —Luca quiso ser todo lo cortante que pudo—. No me creo nada de lo que cuentas. Pareces una máquina de poner excusas y ya no te aguanto ninguna más. Te saltabas mis partidos de tenis, los actos de fin de curso. Siempre tenías un motivo importante para perderte los premios que me dieron, los diplomas por mis excelentes notas, los agradecimientos por participar en causas perdidas, incluso lo de mi detención cuando participé en aquella manifestación a las puertas del Ministerio de Asuntos Exteriores. Fue mamá quien pagó mi fianza, mientras tú ibas diciendo por ahí que me vendría bien dormir un par de noches a la sombra.

—Luca, parece mentira, no puedes estar reprochándome toda la vida las mismas cosas.

—¿Las mismas cosas? Siempre das motivos para unas nuevas. Lo de esta tarde estaba consensuado contigo. Tal vez incluso tú lo propusiste. Querías subir la audiencia, y siempre lo haces a toda costa.

Doménico permanecía callado.

—Luca, por favor, permíteme que pueda subsanarlo. Verás, Toni está dispuesto a tirar la casa por la ventana. Me ha dado carta libre para que te ofrezca lo que quieras.

—¿De qué me estás hablando, papá? ¿Crees que voy a salir en tu circo vestido de enano equilibrista? Tengo el dinero que no me podré gastar en años.

—Ya lo sé, hijo, pero nunca se sabe... Nunca está de más aprovechar el momento.

—El momento a costa de mi abuelo. ¿Cuánto estabas dispuesto a ofrecerme?

—Podemos llegar hasta 300 000 euros. Sería una entrevista de dos horas. Podemos pactar las preguntas y los comentaristas que deben estar en el estudio.

—Gracias por la información. Quiero saber cuánto está dispuesto a ofrecerme el programa *Entrevistas* de Canal 11.

—No puedes estar hablando en serio.

—Tan en serio como que igual lo hago gratis. No tiene precio ver la cara que se te queda.

Cuando dijo aquello, Luca se oyó y no se conocía. Le habían hecho madurar muy rápidamente.

Luca buscó en internet un teléfono de contacto con directivos del Canal 11. En la centralita de la cadena no le dieron oportunidad para explicarse y le colgaron con buenas palabras. Luego pensó en Miriam. Era una periodista autónoma que trabajaba vendiendo reportajes por su cuenta, *freelance*, en la terminología inglesa, tan de moda para describir cosas que el castellano puede explicar de forma bastante decorosa. Sabía que no perdería la oportunidad de vender la exclusiva a la cadena que fuese.

—Miriam, buenas tardes, soy Luca.

—Sí, dime, creí que estarías enfadado.

—Los enfados en mi trabajo deben ser tan pasajeros como una nueva receta que tenga aceptación. ¿No es un poquito eso lo que buscáis los periodistas?

—Sí..., por supuesto. —Miriam se mostró un poco inquieta—. Todavía no sé qué buscas de mí.

—Verás, me lo he pensado mucho y quisiera «vender», bueno, ya estoy hablando vuestra jerga, «pactar» con el Canal 11 una entrevista.

—¿Y dónde entro yo?

—Quiero que me pongas en contacto con ellos.

—¿Yo?, ¿por qué haces esto?

—No sé, parece que me he metido en vuestra espiral y he notado el vértigo de ser el protagonista de algo.

Aquellas palabras no convencieron mucho a Miriam.

—¿Y no será que quieres darle una patada en el culo a tu padre? ¿Por qué no lo haces con él?

—Bueno, precisamente por lo que has dicho. No le perdono que haya utilizado la imagen de mi abuelo para un interés propio. Mi abuelo se merece otro enfoque, y pienso darlo, y si es con la competencia de mi padre, mejor.

—Eso ya me parece más lógico. Espera a que haga una llamada y te informo. ¿Cuánto voy a llevarme?

—¿Te parece poco con la parte que te dé la cadena? Quiero que se haga publicidad de que el dinero que yo perciba va íntegro para las ONG españolas que actúan en España. Ya he hecho demasiadas cosas fuera. Bueno, quizá la palabra «demasiadas» sea excesiva, pero quiero participar en proyectos que ayuden aquí, en nuestro país.

—Vale, de acuerdo. Enseguida te llamo.

* * *

La imagen de Pam apareció en el portátil cuando se conectó con ella a la hora pactada, esa sonrisa tan bonita en una cara redonda llena de puntos marrones que la salpicaban de forma arbitraria. Puso la mano izquierda en la pantalla, queriendo notar el contacto de su piel, y recorrió con el dedo el contorno del rostro mientras ella le hablaba con extremo cariño.

—Luca, ¿cómo estás?

—Ahora muy bien, mirando tu cara. No sé por qué pienso que tienes buenas noticias.

—Mi padre se ha recuperado milagrosamente. Le bajaron la medicación para ayudarle a despertar. Sigue en cuidados intensivos, pero está fuera de

peligro. Las autoridades americanas han permitido que venga mi madre, y llegó ayer. Se ha debido alegrar tanto como nosotros.

—No sabes cuánto me alegro. Tengo unas ganas enormes de volver a abrazarte y besarte. No aguanto tu imagen en una pantalla. Tengo tantas cosas que contarte... Pero ahora debes estar con tus padres.

—Te echo de menos. —Pam tocó la pantalla como si con ello notara también el contacto directo de Luca.

Él se emocionó y permaneció unos instantes en silencio.

—He venido para asearme, y volveré al hospital cuando coma un poco.

—Pam, no quiero ser pesado, pero no sé si tenéis seguro médico que cubra la hospitalización de tu padre. No quiero que me ocultes nada. Solo tienes que decírmelo y te mando el dinero que haga falta. No hay mejor motivo para emplearlo que este.

Ahora era ella la que dejaba escapar unas lágrimas.

—Nos vamos arreglando.

—Pam, no quiero que me mientas. Dime los datos de una cuenta y ahora mismo te envío dinero a través de Western Union. No interpongas tu orgullo, no me perdonaré nunca haber ayudado a tanta gente y no haberlo hecho con la mujer que más quiero en el mundo. No me hagas esto.

Pam accedió a regañadientes y le facilitó los datos de su cuenta.

—Te lo devolveré en cuanto pueda.

—Pam, no te quieres enterar de lo que te estoy diciendo. Es el mejor dinero que habré empleado nunca. Tu felicidad no tiene precio. —Luca se mostraba enérgico—. Mañana te llamo y me cuentas. Un beso muy fuerte, cariño.

—Te quiero muchísimo.

—Y yo, Pam. Hasta mañana.

La imagen de ella desapareció como si se hubiese ido la luz. Así quedó Luca, a oscuras en la habitación, mientras pasaba la palma de la mano por la mejilla todavía húmeda.

* * *

El señor Javier Gabinesterra le llamó pasadas las ocho de la tarde. Quería confirmar por él mismo que lo que la periodista Miriam Parra le había comentado acerca de la posibilidad de concertar una entrevista con Luca

Spaletta era cierto. Era un directivo del Canal 11, jefe de los programas de entretenimiento de la cadena, pero no le hacía falta presentarse, todos le conocían. Ni un solo día dejaba de salir en los medios.

Hacía años que habían optado por financiar sus propios proyectos, programas y series televisivas que poco a poco incorporaban a la parrilla, a la programación de contenidos. Era un periodista avezado, tenía más de treinta años de experiencia y había recorrido la mayoría de redacciones de periódicos y medios audiovisuales, tanto públicos como privados. Fue corresponsal en Beirut para Europa Press durante cuatro años (1996-2000), presentador de informativos para la CNN estadounidense, que incluyó la narración en directo del ataque terrorista a las torres gemelas en septiembre de 2001. Recibió el Premio Pulitzer en 2002 por su excelente editorial sobre el fanatismo religioso internacional. Cubrió la catástrofe del Katrina en Nueva Orleans en agosto de 2005 para RTVE. Y ahora, desde hacía cinco años, pertenecía a Canal 11, del grupo de medios Laguna, una cadena que inició su singladura por el año 2009 y que, desde sus comienzos, aprovechando su enorme popularidad internacional y prestigio, le aupó a distintos cargos directivos hasta acabar en el de jefe de Contenidos y Producción Propia. Ni con sus trabajos más arriesgados como corresponsal de guerra había ganado tanto dinero. Ahora, con el filón de los programas de sobremesa, no hacía más que llenar las alforjas con el tanto por ciento que se llevaba de los beneficios de la empresa filial (Canal 11 Intermedia). Se debatía sobre la actualidad de los famosos, sus escarceos amorosos, con las drogas, los problemas de adaptación al anonimato cuando dejaban de ser rostros conocidos, los negocios ruinosos que impulsaban y luego dejaban abandonados. Las miserias de divorcios y separaciones, las custodias de los hijos, el esnobismo de nuevos personajillos que deambulaban fabricando exclusivas o participaban en concursos basura, donde mantenían relaciones a las primeras de cambio, rodeados de cámaras, con el afán de ser los primeros en ser entrevistados. Sus representantes firmaban contratos millonarios por no decir nada o por participar en destripar al prójimo que apenas conocían, como si fuesen estrellas del cine o de la canción y llevasen veinte años siendo números uno. Movían masas en Twitter, tenían clubs de fans y hacían bolos (se dejaban ver por discotecas, actos publicitarios de marcas mediocres y fiestas). Todo recaudaba dinero, mucho dinero. Contratos con las principales marcas para emitir *spots* en las mejores franjas horarias, las de mayor audiencia. Y sobre la audiencia, y mirando por ella, estaba ahora hablando con Luca Spaletta. Se

había convertido, sin querer, en un personaje buscado. Todas las cadenas hubiesen dado una fortuna por una entrevista, pero sabían que era el hijo de Doménico Spaletta y todos daban por hecho que se la daría a su padre. Sin embargo, la idea de que podía echar por tierra la ventaja de parentesco que tenía el canal de la competencia le animó a llamarle para barajar la opción de cerrar la entrevista del año.

—Buenas tardes, señor Spaletta. Soy Javier Gabinesterra. Quisiera hacerle una pregunta.

—Buenas, no hace falta que la haga. Es cierto, quiero conceder una entrevista. Puede ser a su canal o a otro. Haré una puja, a no ser que me convenza para que no siga buscando.

—Me gusta la gente decidida. Creo que podremos llegar a buen puerto.

La expresión del rostro de Gabinesterra, a pesar de no verle Luca la cara, era de triunfo. Le acababan de dar posibilidades, y eso para él, que era un magnífico negociador, era sinónimo de éxito. El que siempre había tenido en todas las batallas en las que se había visto envuelto. Bueno, en todas no. La única importante que perdió fue cuando tuvo que darle a su exesposa seis millones de euros por la separación. Ahora mantenía una relación con una mujer veinte años más joven que él, acababan de tener un hijo, y siempre que podía ponía cara de aparente felicidad.

—¿De cuánto estamos hablando? —Luca fue directo a la yugular.

—Por lo que he podido oír de usted, creo que no se conformará con menos de 400 000 euros.

—Bien, estoy totalmente de acuerdo en 500 000 euros. Entrevista de dos horas sobre preguntas referidas única y exclusivamente a mi abuelo, su actividad profesional, nada de temas familiares, de mis padres, del testamento ni de su muerte. Solo de la vida de mi abuelo, de sus negocios, gente famosa que conoció, premios y restaurantes. Si se incumple lo que le digo, me levanto y me voy.

—Bueno, usted lo ha dicho todo. Sobre la posibilidad de elegir el grupo de periodistas y tertulianos que estarán ante usted, siempre tendrá la última palabra.

—Sobre ese asunto no pondré ninguna objeción. Ni conozco a nadie, ni nadie me parece mejor o peor. Simplemente no me merecen opinión. Quiero que dejen claro que este dinero va destinado a organizaciones sin ánimo de lucro que hagan una labor importante con los sectores desfavorecidos de nuestra sociedad. Había pensado que incluso podían convocar una especie de

miniconcurso para que se presenten los programas de estas asociaciones, con explicación de las actuaciones que llevarán a cabo en el caso de llegar a percibir alguna cantidad.

—Me parece una magnífica idea. Solo tenemos que concertar el día de la emisión y firmar los documentos pertinentes. ¿Le parece bien mañana, a las once en nuestra sede? Le enviaré un coche para recogerle en el aeropuerto. Le haremos gustosos la reserva del vuelo. Mientras, lo único que le pido es que no diga nada sobre este asunto. Le daremos propaganda una vez se hayan firmado todos los documentos. ¿Le parece bien?

—Perfecto. Hasta mañana entonces.

* * *

Marga había cocinado para cenar pollo troceado salteado con especias morunas con tortas de harina. Estaba bastante jugoso. Cenaba solo sobre la mesa del porche trasero. Miraba las estrellas intentando buscar constelaciones. Algunas le parecían conocidas, aunque nunca estaba seguro de ello. Le ocurría como con los idiomas. Hablaba bien el inglés y se defendía con el francés, pero cuando los utilizaba creía ver en la cara de su oyente una expresión fija de: «¿Qué coño me está intentando decir este?». Siempre andaba inseguro, decía las frases con fluidez, pero nunca tenía la completa certeza de estar hablando el idioma de forma medianamente aceptable.

El móvil volvió a sonar. Se arrepintió de no haberlo apagado. En la pantalla aparecía por tercera vez el indicativo de papamóvil. Sonrió pensando en el vehículo blindado con el que el papa se pasea ante los feligreses, temiendo que alguno le pegue un tiro por haberle mandado como penitencia que rece tantos padrenuestros. No tenía ganas de hablar con él. Seguramente discutiría, y el pollo estaba tan exquisito que dudó si cogerlo o no. Se limpió las manos en una servilleta y descolgó.

—Sí, dime. —La voz le salió con desgana, no quería aparentar nada que no fuese real.

—Luca, ¿te interrumpo?

—Da igual, nunca sé qué contestarte.

—Tenemos que vernos. Miriam me ha llamado. Dice que negocias con Canal 11 la exclusiva.

Luca pensó que Miriam seguía siempre tan fiel a la noticia. «Se vende por dos duros.»

—No sé, te vi un poco tacaño cuando me dijiste el dinero que me ofrecías, y pensé: «Ni a su hijo le da lo que realmente merece».

—No, Luca, por favor. Esa cantidad fue un punto de partida. La cifra que te dije no es definitiva. Pero déjame que te vea personalmente. De momento no hagas nada. Mañana podemos vernos. Salgo hacia Málaga a primera hora y negociamos la exclusiva.

—Papá, no hace falta. Te estás retratando tú mismo y no merece la pena. Si no hubiese sido por la muerte del abuelo, llevarías, ¿cuánto?, ¿dos meses sin verme? Y ahora eres capaz de volar mañana mismo sin pensártelo dos veces. El dinero te muestra como realmente eres: un interesado.

—No, Luca, no es eso. Han sido las circunstancias. Dame la oportunidad de igualarte la oferta que te hayan hecho.

—Con tu comportamiento has conseguido que esté deseando ponerte en un aprieto. Y te aseguro que no me reconozco. La cuota de pantalla te va a dar la espalda. Cuando hiciste el programa hablando de mi abuelo, como y cuando te dio la gana, no llamaste para pedir permiso. Ahora tampoco hace falta. Mi abuelo se merece un programa serio que hable de sus virtudes, que fueron muchas. Y en Canal 11 se caracterizan por el rigor de sus reportajes. Nunca quise entrar en este mundillo, pero tú me has forzado a hacerlo. Haré una entrevista y cerraré la puerta a esta televisión que detesto.

—Luca, no puedes hacerme esto.

—No, papá, te equivocas. Te lo has hecho tú mismo, pensando que todo vale, que eres tú quien maneja los tiempos y las decisiones que deben tomar otros. Y te equivocas. Pero nunca es tarde...

Luca no permitió que su padre siguiera hablando. No serviría de nada, no le iba a convencer ni hablando con él diez horas seguidas. Cuando tomaba una determinación no había quien le hiciera cambiar. Se podría equivocar o no, pero nunca dejaba de ser él mismo. Con sus errores y sus aciertos, seguiría siendo Luca Spaletta.

El pollo estaba ya frío. Sin el calor de la vitrocerámica no sabía igual. Volvió a la cocina con el plato en una mano y el vaso con la bebida en el otro.

Marga, cuando le vio entrar, se apresuró a cogerle el plato.

—¿No te ha gustado?

—Todo lo contrario. Se me ha quedado frío. Mi padre tiene la virtud de helarte hasta el alma.

Marga sonrió. Cogió una sartén, le echó un poco de aceite de oliva, la puso sobre el fuego y vertió el contenido del plato.

—Si quieres más, hay en esta sartén de aquí. ¿Te lo caliente también?

Luca asintió con la cabeza. Estaba en una edad difícil y había que alimentarse bien. Ni su padre era capaz de quitarle las ganas de comer. Se sentó a la mesa después de abrir un botellín de cerveza muy fría.

Capítulo 7
Todos somos muy ignorantes.
Lo que ocurre es que no todos ignoramos las mismas
cosas
(ALBERT EINSTEIN)

Es absolutamente imposible demostrarlo todo
ARISTÓTELES

Necesito una pausa. Cada día que pasa es más agotador, no tengo descanso. Mi mente anda siempre enfrascada intentando dar con las piezas que faltan. Me atormento al no encontrar ninguna pista. A veces pienso que, a pesar de la contundencia de los resultados de la autopsia, mi abuelo pudo morir de un ataque al corazón. No encuentro respuestas, nada que me lleve a un pensamiento razonado que me permita argumentar un móvil creíble. Todas las personas con una relación directa con mi abuelo tenemos coartada; también podíamos tener motivos para asesinarle, pero en toda investigación que se precie han de concurrir las dos premisas: móvil y oportunidad.

Por otro lado, tengo que cumplir con mi cargo de administrador de la empresa Barberá & Delafont. Las zancadillas me las encuentro dispuestas por todas partes, parece que se reproducen con el mero contacto con el aire. Necesito pensar, y, por otro lado, parece que pienso demasiado y necesito descansar. Antes cogía el avión por un placer que creía necesario, para cooperar en algo, para dar sentido a mi vida, para ayudar a cambiar una parte de un barrio, de una manzana..., como mucho de un pueblo. Ahora vuelo día sí y día no, y es por el dichoso trabajo. Tengo que estar presente en reuniones, asambleas, entrevistas, actos sociales de organismos que a veces detesto, pero que la conveniencia me ha enseñado a hacerle una reverencia. Comparto asiento con personalidades de la política, el deporte, la cultura, los medios de comunicación, los mismos que llenaron páginas y horas de programación queriendo hundirme a mí y a nuestro negocio. Ahora debo darles la mano en público y fingir una sonrisa cada vez que pronuncian una frase interesada. Muchas veces he pensado en dimitir. No puedo estar al frente de esta empresa

que necesita de tanta pantomima para continuar arriba. Parece que los platos no siguen siendo importantes en originalidad y gusto. Necesitan del beneplácito de unos armatostes que tienen la barriga descolgada porque las bisagras que la aguantan hace tiempo que dieron de sí y permanecen ahora viradas siete grados a alguna parte, como pantallas protectoras que repelen toda clase de insultos, querellas, imputaciones y pruebas fehacientes de cohecho, prevaricación, tráfico de influencias y otros equipamientos que trae el político de serie como potentes ventiladores que esparcen la mierda a todas partes y que le dejan el culo la mar de limpio. Vienen en un *pack* con coste cero para ellos, pero que le cuestan al erario unos cuantos millones.

En este país nunca pasa nada. Estamos acostumbrados a la desidia, a que las noticias de corrupción se hayan convertido en rutinarias, como los cambios de luna, el viento que soplará cada día a quinientos o mil kilómetros de nosotros, o si lloverá en Galicia o en Cataluña.

Parece ser que no hay dinero para nada. Se lo llevaron los mismos de guante blanco que no necesitan atracar gasolineras ni bancos. Van directamente a donde lo guardan y lo cogen sin levantar sospecha, porque quienes tienen que velar por él son los primeros que lo hacen desaparecer y lo camuflan con partidas de gastos inexistentes, hinchadas o desorbitadas por cosas que nadie hizo.

Los juzgados están desbordados de expedientes que se acumulan en los aseos, que quedaron atascados y no fueron reparados porque ya no había presupuesto. Ahora acumulan legajos de miles de folios que se están descomponiendo por el moho de la humedad, olvidados en los retretes de la opulencia, de épocas de bienestar para unos pocos que consumían y administraban los bienes de todos con total impunidad, y que ahora esconden las vergüenzas de todos aquellos que participaron, de una u otra forma, en ocultar durante décadas lo que para ellos era normal y cotidiano, pero que para el resto hubiese sido dinero para invertir en escuelas, en becas, en investigación, en hospitales, en carreteras y en tantas otras cosas que quedaron olvidadas y abandonadas por una crisis que afectó a los mismos de siempre y que ahora parece ser privilegio y artificio de los gobernantes, que, con su apatía y beneplácito para con los empresarios y fuertes fortunas de este país, les hicieron la ruta del oro y establecieron las directrices para un campo sin vallado: míseros sueldos, acojonamiento perpetuo del personal que aún mantiene un empleo y abuso de los derechos de los trabajadores, derechos que

debían ser vigilados y perpetuados por los sindicalistas, que ahora son esbirros de su propia codicia.

El sol es el único privilegio que no pueden robarnos. Pueden poner coto a las playas y a los que acampaban en ellas con sus tiendas de campaña o sus casas rodantes, prohibir la noche a los que solo tienen ese medio de alojamiento o transporte, porque en la prohibición está el ánimo de fomentar las plazas de hoteles y desterrar el contrabando en las costas, como si los traficantes usaran tiendas de campaña y fiambarrera con tortilla y pimientos asados mientras esperan a las embarcaciones cargadas con el alijo. Masifican la afluencia a las playas por los mismos sitios, tratándonos como borregos que vamos a beber al abrevadero, como si fuésemos a romper la fila que formaron con nosotros, empujándonos a hacer lo mismo y en el mismo momento que otros en similares circunstancias. Hay que llevar al rebaño sin que se desmadre. Los subversivos deben estar controlados, el derecho a manifestarse, con otros o uno solo, está castigado con multa coercitiva de hasta 30 000 euros. La libertad hay que pagarla en un país en el que alardeamos de ser libres e incluso nos atrevemos a decir que no permitimos el libertinaje, y en el que callamos que reprimimos el más mínimo comentario, manifestación pública y criterio particular o asociativo desde las televisiones públicas, tanto estatales como autonómicas, y tapamos la boca de forma continuada a la libre expresión si no opina igual que nosotros. No podemos permitir la crítica porque en ella podemos perdernos. Con ella, los despistados podrían ponerse sobre la pista de que no somos tan buenos como nuestra propaganda intenta vender después de mantener en la primera fila de la política a los mismos caciques taciturnos que, desde la práctica vergonzosa de sus secretos (algún día descubiertos por la justicia) y la ignorancia y maledicencia intencionada de sus discursos, nos intentan volver a dirigir como si hubiésemos sido programados para tropezar más de dos veces con la misma piedra.

* * *

7 de julio de 2015, martes

Martín Cifuentes abrió un poco la persiana del salón, encendió la lámpara pequeña de la mesa del escritorio de color sapeli y extrajo la balda suplementaria para soportar el teclado de un ordenador. Él la solía utilizar

para escribir los informes. Se sentó y puso la taza de café junto a la funda de las gafas.

Se había levantado bastante temprano. Eran las siete de la mañana; apenas una tenue claridad entró por la ventana entreabierta. Quería aprovechar que Alicia dormía, terminar el informe que debía enviarle a su amigo Pedro Ugarte y salir después con su mujer a pasar un par de días en la playa. Habían alquilado una habitación en un apartotel de Gandía por una noche. Era la primera vez que iban a coincidir los dos con un par de días libres desde que el verano hizo acto de presencia y el calor acechaba por las noches.

A partir del día quince tendrían dos semanas de vacaciones. Las aprovecharían para tener a María con ellos. Este año habían pensado viajar al sur y aprovechar los días en la playa. Querían alquilar un apartamento, pero aún no habían decidido dónde. Algunos compañeros le habían hablado de Zahara de los Atunes, tal vez Tarifa, y otros, de una pedanía del pueblo gaditano de San Roque, Torreguadiaro. Querían amanecer en la playa, pescar desde bien temprano o a última hora de la tarde. Su sobrino le había enseñado a hacer el nudo trilene, se había comprado una caña de fibra y tenía ganas de practicar el lanzamiento desde la orilla, aprovechar desde el primer minuto de sol y cenar con el rugido de las olas delante, como una gran pantalla de cine. Solo mar, agua, sol y bronceadores. Comer, pasear por la playa, charlar con Alicia con tranquilidad y sin prisas, y seguramente zanjar la visita pendiente que tenía desde hacía una década con su amigo Pedro Ugarte. Iría un día a visitarlo a Málaga.

Ahora debía cumplir con el encargo que le hizo: interrogar a las personas que residían en Madrid y que estaban relacionadas con el difunto. Esa parte ya la había hecho; le quedaba plasmarlo en un papel y hacerle las consideraciones que estimara oportunas.

Se había levantado a las siete de la mañana. Desayunó con Mercedes un batido de chocolate y una rebanada de pan tostado con aceite. Luego se aseó, preparó una maleta pequeña con dos *slips*, dos pares de calcetines, un par de camisas y un pantalón de repuesto. En el equipaje incluyó el iPad, ya que lo llevaría en la mano. A las 7.45 tenía un vehículo esperándole a la puerta de la verja de entrada. Le llevaría al aeropuerto. Su vuelo salía a las 9.30 hacia Madrid.

A las 10.48 circulaba en el interior de otro vehículo por la M-11, carretera de circunvalación de la capital. El tráfico era bastante menor que el de otras ocasiones. La huida de la gente hacia la costa era más evidente: los

espacios para circular se agrandaban. En apenas diez minutos se encontró en la sede de la compañía. Le recibió una secretaria que le acompañó al despacho del jefe de Contenidos. Javier Gabinesterra le esperaba de pie con una sonrisa franca de oreja a oreja. Le presentó al jefe de la productora El Gato Azul en el Tejado, S. A., Agapito Hinestrosa, encargado de la producción y realización del programa. Tomaron asiento delante de un gigantesco ventanal en la planta segunda del edificio. Desde allí, Madrid era una nube gris de contaminación, una cúpula cerrada de humos y aire viciado que giraba en redondo, sin alejarse lo más mínimo del burbujeo de tubos de escape y polución.

—La sequía y el aire seco trae estas cosas —dijo Gabinesterra adivinando el pensamiento de Luca.

Luca asintió con un movimiento de cabeza.

Una tercera persona, que le presentaron como abogado de la empresa gestora, le adelantó un borrador del contrato. Luca lo leyó con atención durante cinco minutos. El importe, la forma de pago a través de asociaciones sin ánimo de lucro, el contenido de las preguntas, la posibilidad de abandonar el plató si no se ceñían a lo pactado y otras cuestiones menores centraron la lectura del documento. Le llamó la atención la fecha de emisión: el próximo sábado en horario nocturno, a las diez de la noche.

—No pensaba que fuera tan pronto.

—El tema está de actualidad, de ahí el importe convenido —comentó Hinestrosa—. Las audiencias van y vienen, según la demanda de información y expectación que se haya creado. Además, el sábado es el programa de mayor difusión: cuota de pantalla, publicidad, *sponsors*, etcétera. Todo está en juego y ya cerrado.

Luca devolvió los impresos.

—Entonces, ¿podemos firmar? —preguntó el abogado.

—Solo una cosa: quiero que se incluya un anexo en el que se abra la convocatoria para determinar el destino del dinero, incluyendo la publicidad de este hecho, desde ya. Hoy mismo. La designación y entrega de los importes debe hacerse al final de la entrevista.

—Pero no tenemos tiempo —interrumpió Hinestrosa—. Es demasiado precipitado.

—Pues entonces no hay acuerdo. Si precipitan la entrevista, lo lleva emparejado también. Quiero dar muestras en todo momento de que lo que se dice de donar el importe de la entrevista se lleva a cabo en directo. No quiero

que la gente piense que es un juego de artificio para ganar dinero a costa de mi abuelo. Tienen que comprenderlo.

—En ese caso... —intervino Javier Gabinesterra con voz pausada—, lo más aconsejable sería donar el dinero a asociaciones cerradas de antemano. Puede entregarnos un documento que anexaremos al contrato. Ponga las ONG, asociaciones e instituciones que crea oportuno. Nosotros lo cumpliremos escrupulosamente. Tendremos citados para el sábado a los presidentes y apoderados de todas y cada una de ellas. Durante la emisión informaremos en directo de los agraciados y de que en ningún momento usted cobra nada, ningún importe que no sea repartido esa misma noche. ¿Le parece?

—De acuerdo.

—Pues incluya eso en el contrato —dijo Gabinesterra dirigiéndose al abogado—. María, mi secretaria, le ayudará a hacerlo. Traiga las copias y firmamos.

Javier Gabinesterra se relajó en el sillón con cierto disimulo, pero la expresión de su rostro no pudo hacer lo mismo. Estaba eufórico.

Después de firmar los documentos, el coche de cortesía de la cadena televisiva le dejó en el centro por indicación suya. Quería conocer el restaurante de la cadena Barberá & Delafont y a los empleados que en él trabajaban.

Para llegar a él dio un tranquilo paseo por las soleadas calles de Madrid. No tenía prisa, nadie le esperaba. Se detenía mirando los vehículos que recorrían las avenidas, la gente que se cruzaba con él, los escaparates; pegaba la cara a ellos, queriendo traspasarlos desde fuera. En las confiterías aspiraba el olor a mantequilla, a cabello de ángel, a chocolate... En las tiendas de ropa masticaba los olores de ambientadores que escapaban a la calle cuando se abrían las puertas correderas al paso de los transeúntes. Se acercó a un concesionario de automóviles. Acababa de salir un nuevo modelo, una berlina de una marca de gama media. No quería ostentación, tan solo quería ser práctico. Le gustaba pisar el acelerador, cambiar las marchas de forma deportiva, no quería para nada una transmisión automática. No sabía qué hacer con el pie izquierdo, siempre buscando el embrague.

Al entrar en el habitáculo recordó el olor especial que tienen los coches nuevos. Te impregna de optimismo, parecen de una calidad superior, aunque sean de gama baja. Pasó las manos por el volante de cuero, la palanca del

mismo material, tocó el control de la radio y del climatizador con la mano izquierda... La comodidad del asiento le sujetaba la espalda al respaldo de forma suave y envolvente. Todos los instrumentos, visibles y accesibles.

El vendedor comenzó a soltar, memorizadas, las especificaciones, los consumos, la capacidad de reacción, los elementos de serie y los que incluían los distintos *packs*. La eterna sensación de confort, la comodidad de los cambios, los interminables sistemas identificados por tres letras resultantes de su significado en inglés: ABS, ESP, ACC, ESC, TCS y ASR.

Abandonó el local cargado de catálogos y una lista de precios con las distintas opciones de financiación o no. No dijo nada de pagarlo al contado. Tampoco hacía falta: de estar interesado en la compra, la haría cerca de su domicilio. No tenía intención de conducir durante cinco o seis horas. Prefería el sillón de los aviones, aunque tuviese que recoger las piernas por lo estrecho del espacio con el asiento de delante.

Llegó al escaparate de la entrada del restaurante. Una joven empleada acababa de abrir la puerta del negocio. Se le quedó mirando asombrada. «Oh, Dios mío, es el mismísimo Luca Spaletta.» Hizo intención de hacer una reverencia. Luca se adelantó y la cogió amablemente del brazo.

—No, por favor. Si somos más o menos de la misma edad. —La besó en ambas mejillas—. ¿Tú eres...?

—Amalia. Me encargo de montar las mesas. Luego ayudo en el comedor con el servicio.

Luca entró al local franqueado por la joven. Era inmenso, bastante alto, las vigas proporcionaban robustez, anclaje a la estructura. Las piedras naturales de las paredes no daban aspecto de frialdad, sino todo lo contrario. Una impresionante chimenea dominaba el primer salón, majestuosa, rústica. Los focos de lámparas de led distribuían una luz uniforme sobre las mesas de comensales repartidas a lo largo de tres pasillos que desembocaban en una cocina central, a la que llegó y con la que se maravilló nada más traspasar la puerta abatible que la mantenía aislada del resto. Saludó uno por uno a todos los empleados: jefe de cocina, cocineros, ayudantes de cocina y sala, *maitres*, sumiller y barman. Al final, después de intentar memorizar los nombres con los cargos y fisonomía de cada uno, le tocó el turno de saludar a Marcos Delafont, que se sorprendió de verle por allí sin aviso previo.

—Te parece mucho a tu difunto abuelo. Por lo menos por lo que le dio por hacer al final: aparecer sin avisar.

Luca estrechó su mano.

—Bueno, dejémoslo estar. No he venido a discutir.

—Yo tampoco lo pretendo. Ven, tomaremos una copa. Tengo un fabuloso Rioja del 2001. Te deja un regusto en el paladar simplemente maravilloso.

* * *

Pedro Ugarte había recibido por correo electrónico el informe de Martín Cifuentes. Nunca había leído uno tan bueno. No era un simple memorándum para dar cumplimiento a un protocolo interno. Era un exhaustivo relato de lo averiguado, las entrevistas, las circunstancias que apreciaba enturbiando el asunto. Intentaba dar respuesta a los interrogantes, transcribía las conversaciones con un minucioso inciso en las posturas, las expresiones, las incomodidades que había podido apreciar en los interrogados... Era una reproducción visual tan detallada de lo que estos transmitían que el lector parecía estar viéndolos, participando de las preguntas, oyendo las respuestas, la respiración de cada uno de ellos, las pausas, los silencios. Nunca había experimentado una sensación tan gratificante por un trabajo tan impecable. Martín demostraba que, además de ser un buen policía, podía dedicarse a contar historias; las narraba como nadie, y eso le llenó de satisfacción. Tenía que contárselo. Ojalá lo tuviese a su lado participando con él de lo averiguado, de lo que permanecía oculto, de lo que se le escapaba o no llegaba a ver. Sería una inestimable ayuda en una investigación que se había enquistado; permanecía sin dar señales de progreso, parecía agua estancada. Todavía no olía, pero pronto, de continuar en ese estado de pausa permanente, acabaría por atormentarlo. Le pasó por la mente, como un *flash* de una imagen olvidada, el caso del toxicómano que apareció muerto en un vertedero. Llegó a verlo por todas partes. Era una aparición macabra de un fantasma desfigurado, sin apenas dientes; los pocos que tenía eran de un color entre amarillo albero y negro, como la oscuridad de un pozo del que no se adivina el fondo. En la piel tensa, de un cuero blanquecino curtido, se dibujaban líneas de venas verdosas sobresaliendo, riachuelos sin apenas agua sobre una orografía maltratada a base de pinchazos, marcas de una ignominia punzante que te encapsula y te margina, te aparta de la civilización y te recluye en las cloacas de los bajos fondos bajo un epígrafe a modo de epitafio.

La resolución la tuvo cada día en sus manos, en los interrogatorios, en las palabras que repetía como un muñeco al que se le daba cuerda de forma

ininterrumpida; hasta que su mujer hizo un comentario de una noticia, de una conversación con una amiga, y el cerebro dio un chasquido eléctrico, saltó la chispa, el rompecabezas empezaba a completarse y el joven asesinado desapareció para siempre porque se fue a descansar y le dejó tranquilo. El asesino fue arrestado y todavía cumple condena.

Ahora no solo no había chispa, no había nada. Conjeturas, negaciones que cortaban el paso a las pesquisas, a los razonamientos. Había que tomar nuevos caminos para volver a embarrarse en el trayecto, sin posibilidad de seguir, y vuelta atrás.

Ningún organismo o centro, laboratorio o clínica había perdido ningún espécimen de sus vitrinas o neveras. Todos tenían aquellos bichejos localizados, clasificados y a buen recaudo. Ninguna muestra o traza clínica había abandonado el lugar donde estaba archivada o custodiada.

La única información relevante la había dado un científico de la Universidad de Granada, cuyo equipo compartía avances con el de su homólogo, un patobiólogo de la Universidad de Bogotá, sobre un estudio y análisis biológico y diagnóstico de laboratorio efectuado sobre el veneno de las ranas dardo (*Phyllobates terribilis*) para la aplicación en medicina de un componente sintético como potente analgésico.

Según le comentó el científico, el veneno de esta especie es considerado el más potente de todos los conocidos hasta la fecha. Con apenas un tamaño de entre cuatro a cinco centímetros en su edad adulta, la dosis que portan en su cuerpo sería capaz de matar a quince o veinte humanos, o dos elefantes ya «talluditos». También le informó de que su hábitat principal son amplias áreas selváticas colombianas situadas entre las quebradas Guanguía y La Brea, cerca del río Mataje, que hace de frontera natural entre Colombia y Ecuador.

* * *

Marcos Delafont sirvió el vino en las copas con una cierta gracia y parsimonia en sus gestos casi teatrales. Le ofreció a Luca una, y con la suya en alto hizo una señal de brindar en el aire sin saber exactamente qué celebraban.

Luca humedeció los labios. El líquido bajó a su paladar y le hizo un suave descenso por la garganta. Estaba delicioso, apenas un sabor afrutado, profundo y equilibrado.

—Sin duda es un magnífico vino —afirmó rotundo.

—Es una de mis debilidades. Siempre tomo un par de copitas al mediodía. Te reconforta y te anima para el resto de la jornada.

El despacho era una amplia habitación profusamente decorada, ventilada y luminosa.

Marcos se sentó en la silla, detrás de la mesa. Era alta, se adivinaba bastante confortable, mullida y forrada de una esponjosa tapicería de piel. Quizá quería marcar territorio, como los perritos pequeños ante uno más grande y fuerte, envalentonados por estar en su terreno. Luca no se dio por aludido y tomó asiento frente a él, en una de las dos sillas dispuestas delante para las visitas.

De un solo vistazo, sin girar la cabeza, examinó todos los objetos situados sobre la superficie de nogal encerado de la mesa: una gran carpeta portafolios de piel con cremallera, una caja rectangular de bambú con la inscripción de una marca cubana de puros, un calendario de sobremesa de dos anillas, un cubilete a juego con la mesa y con el portadocumentos vertical que contenía algunas cartas de tamaño A4 dobladas y una bonita pluma estilográfica puesta en horizontal sobre el tablero.

—Ese cuadro que tienes detrás ¿es de Evander?

—No, ¿por...?

—No, por nada, es que, como es abstracto, pensé que tal vez se lo habías comprado.

—Las obras de caridad las hago en Navidad, y no, Evander no las necesita. Como sabes, tiene el dinero de tu madre, todo el que quiera.

Luca le miró con cara de querer estrangularlo o tirarlo por la ventana aprovechando que estaba abierta. Pero no hizo ninguna de las dos cosas y solo le clavó la mirada. Marcos sabía ser desagradable; la gracia no le salía por ningún sitio.

Aunque en un principio no reparó en la coincidencia, mientras oía con desgana la arenga moralista y de negocios que Marcos Delafont se afanaba en representar, en una inclinación de la copa para darle un sorbo a la bebida, tras el cristal adivinó, en la carta más a la vista dispuesta en el interior del portadocumentos, un membrete que conocía perfectamente. El vino se le fue para otro sitio y tosió sin querer.

—No es nada, perdona. Es que no estoy acostumbrado a beber. Es solo eso.

—Debes tener cuidado. Hay que beberlo despacio y a conciencia. —La voz de Marcos parecía una sentencia más que un consejo.

No sabía qué relacionaba a Marcos Delafont con aquella institución, pero estaba dispuesto a averiguarlo.

* * *

Luca habló por teléfono con el padre Sanitas (apodado así porque te daba una bofetada y te quitaba todos los males). En realidad, se llamaba Augusto César de las Cuevas y Negro Infante, y ostentaba el cargo de director del centro. Se encontraba en la residencia. Estaban en plena admisión y reserva de estudiantes para el próximo curso. Tenía concertadas entrevistas con los padres de los próximos aspirantes. Había que interrogarlos sobre su conducta cristiana, las prácticas docentes y los vicios o actitudes aberrantes que excluían de forma matemática a los que optaban a las pocas plazas disponibles. En principio, estas medidas parecían ser de estricto cumplimiento, pero luego se equiparaban con los ingresos, demostrables o no, de los distintos progenitores, y se tomaba una decisión nada salomónica, sino más bien recaudadora. Todo en nombre de Cristo. La percepción de ingresos estaba por encima de la localización de desviaciones hacia el camino de la perdición y las malas influencias. Ya habría tiempo de enderezarlas durante el curso; en eso eran especialistas.

Luca conocía esa doctrina y esperaba sacar tajada de un cielo distendido sobre la protección de datos que practicaba la organización eclesiástica en favor de las donaciones cuantiosas y sin ánimo de lucro que favorecían el acometer reformas, ampliaciones y construcciones nuevas para divulgar de forma más efectiva la palabra de Dios.

El pequeño gran hombre de sotana negra, avanzada edad, manos limpias y cuidadas, aspecto imaculado y voz retumbante le recibió en su despacho con una sonrisa malévol. Volvía al recinto un pajarillo inquieto y asilvestrado que había volado antes de recibir el adiestramiento correcto. Desde su nombramiento como gerente de la empresa Barberá & Delafont, no había participado de las prebendas que acostumbraban a enviar otros notorios y renombrados huéspedes de la residencia y de la institución. Aunque pensó que nunca era tarde y le agasajó con unas palabras conciliadoras.

—Bienvenido a este humilde hogar, dichosos los ojos...

Luca atisbó de repente al monje *shaolin* adiestrando al pequeño saltamontes de la serie televisiva *Kung Fu*. A Sanitas le faltaba una incipiente

calva para parecerse del todo, aunque el cinturón negro ya lo llevaba amarrado al cinto. Había visto algunos capítulos por internet después de que su abuelo le hubiese comentado algo acerca de sus frases sentenciosas.

—¿Qué hay, padre!, ¿cómo se encuentra?

—Pues ya ves, cargando con el peso encomendado por la Iglesia, aunque para qué nos vamos a quejar. Los achaques son fruto de la edad y de la experiencia. ¿Qué te trae por aquí?

—Pues verá, padre, quería realizar un donativo generoso a la institución y había pensado que tal vez podía usted poner la cifra.

—Me sorprende tu actitud, nunca habría pensado que salieras de aquí convencido de la doctrina.

—Quizá me faltó un grado de abducción para reconciliarme con los preceptos de la Iglesia, pero haciendo un esfuerzo... económico, por supuesto.

La calculadora mental del anciano pareció aglutinar de forma exacta los posibles desfases de una mente rebelde, sumó los distintos apartados, las partidas que engrosaban una conducta reacia y reaccionaria, y propuso una cifra.

—Una aportación mínima de 12 000 euros nos vendría muy bien.

Luca la asimiló al instante; no esperaba menos de un economista de la Iglesia.

—Digamos 15 000 euros. —La mirada de sorpresa del cura pareció encerrar en sus dilatadas pupilas los dígitos de una máquina registradora—. Pero, padre, necesitaba un nombre para cuadrar la partida.

—¿Un nombre? Sabía que tu proposición no era para nada altruista.

—La Iglesia siempre sabe ponerles nombre a las cosas, pero, sobre todo, ocultar lo que no conviene saberse. —Luca miró a los ojos al cura—. Quiero saber la conexión de Marcos Delafont con la institución.

—¿Qué es esto, una cámara oculta? —preguntó el sacerdote enojado.

—En absoluto, no sé qué le ha hecho pensar eso.

—¿Quieres saber el nombre de un alumno? —El anciano hizo una pausa—. Julio Alberto Martín Delafont. Es amigo tuyo, ¿no?

—¿Julio?

—Me sorprende que para ti fuera Julio, a secas. Siempre pensé que os relacionabais por la proximidad profesional de su tío con tu abuelo.

Luca pareció haberse quedado pegado a la silla. Nunca habría llegado a pensarlo. Julio siempre le había hablado de la dificultad de sus padres para afrontar los pagos de la residencia. Ahora, la imagen real de todo aquello le

había descolocado. ¿Por qué había ocultado su amigo aquella relación directa de parentesco? No tenía sentido, la amistad habría sido la misma. Él no se relacionaba con la gente por las creencias que cada uno pudiera tener, próximas a las suyas o no, ni se alejaba de los que pertenecieran al grupo de amistad o familiar de gente que detestara. Sabía separar a cada persona de su entorno, las valoraba por separado, y siempre era congruente con sus ideas y principios.

El sacerdote esperaba ansioso.

Luca le miró y sacó la chequera de la chaqueta. Escribió en el documento que arrancó de ella y después de una rúbrica la volvió a guardar.

—Gracias, padre. Ha sido usted de mucha ayuda. Me ha aclarado una confusión moral. Lamento que sobre la Iglesia siga teniendo el mismo nubarrón que siempre me acompaña, pero creo que a su edad la labor cristiana que desempeña aquí está totalmente respaldada por trocitos de papel como este.

Antes de embarcar en el vuelo de regreso a Málaga, Luca hizo una llamada al inspector. Acababa de almorzar algo en las instalaciones del aeropuerto, poca cosa, se había acostumbrado a picotear de forma precipitada desde que asumió el cargo de gerente. Algunas veces tenía que echar mano a un sobre de Almax para neutralizar los ácidos gástricos de una digestión lenta.

—Inspector, buenas tardes.

—Sí, dime, Luca.

—Verá... Acabo de encontrar una relación entre Marcos Delafont y un amigo mío de la residencia universitaria.

—¿Y?

—Pues que ninguno de los dos la había comentado nunca. La mantenían en secreto. Tiene que haber un motivo, y había pensado...

—Que nosotros le hiciéramos una visita o una llamada.

—Exacto.

—¿Y cómo lo ha sabido?

—Bueno, digamos que pulsando algunas teclas, después de soltar algo de dinero, claro.

—¿Quién es el individuo y qué relación tiene con el señor Delafont?

—Es su sobrino, hijo de una hermana. Julio Alberto Martín Delafont. Lo curioso es que está estudiando Biología en Madrid, y siempre me ha vendido

la idea de que eran sus padres quienes le estaban costeando la carrera con mucho sacrificio. No me extrañaría nada que Marcos se la estuviese pagando. Encontré una carta oficial del centro en su despacho.

—Así que Biología. Interesante.

—Sí, mucho. Julio no conoció personalmente a mi abuelo, pero pudo ser el brazo ejecutor que necesitaba su tío.

—Veo que no ha dejado de investigar a nuestras espaldas. —Aquel inciso pareció más una aprobación que un reproche.

—Mataron a mi abuelo, creo que usted hubiese hecho lo mismo.

—Muchas gracias por todo, Luca. Por favor, no haga nada que pueda levantar ninguna sospecha. ¿De acuerdo?

—Perfecto. No se preocupe.

* * *

Pedro Ugarte se sirvió de nuevo de su gran amigo Martín Cifuentes. Quería que se acercara a charlar con ese tal Julio Alberto. ¿Dónde se encontraba el día del asesinato? Aquella pista abría un nuevo campo de investigación bastante interesante.

La cara de Julio fue de absoluto asombro cuando Martín fue a visitarlo a la nueva casa de sus padres, en el barrio de Hortaleza. Se habían mudado hacía apenas un mes. Un piso soleado en una urbanización con carteles de «Se vende» en la mayoría de las ventanas, con tres habitaciones y dos aseos. Muy bien comunicado y con fácil acceso a la M-30.

—No sé qué quieren de mí. No entiendo esta visita.

—No se preocupe, es una simple y rutinaria charla —dijo Martín con estudiada parsimonia mientras guardaba la placa—. Solo unas preguntas y me marcho. No quiero entretenerle.

Julio le hizo pasar a un comedor muy coqueto, con muchos muebles de madera de pino barnizada. Quizá excesivos, lo que hacía algo incómodo el paso en aquel espacio. Se sentaron uno frente al otro. Julio cerró las puertas y su madre se quedó fuera muy preocupada.

—Usted dirá...

—Mire, quisiera saber dónde se encontraba usted el pasado día 27 de junio, entre las doce y las dos de la tarde.

—¿Yo?, ¿es que soy sospechoso de algo?

—Haría usted mejor simplemente contestando a las preguntas.

—Si se refiere al sábado en el que murió el abuelo de Luca, fui a casa de mi tío, Marcos Delafont. Mi madre se lo podrá corroborar. Pasé el fin de semana con él.

—¿Hay alguien que le viera junto a su tío?

—No sé, tendría que pensarlo, apenas salí de su casa. Pero está mi tío; él podrá ratificar lo que le he dicho.

—Me temo que eso tiene poca fuerza. Su tío puede ser sospechoso y usted también.

—¿Sospechoso de qué?, ¿de la muerte de Mikel Barberá? ¡Esto es increíble!

—Cada uno ayudaría a la coartada del otro. Sin embargo, su tío estuvo en el restaurante hasta que cerraron, sobre las cinco de la tarde; además de los empleados, ocho para ser exactos, los clientes también pueden confirmarlo. — Martín hizo una prolongada pausa, alternó la revisión de sus notas con la fugaz mirada al joven, que daba muestras de intranquilidad e incompreensión—. Parece extraño que fuera a visitar a su tío durante un fin de semana en el que debía trabajar. No obstante, usted no visitó el local, por lo que se puede deducir que estuvo poco en su compañía. ¿Para qué fue entonces?

—Suelo hacerlo habitualmente. Mis padres están a punto de separarse. Siempre me he llevado muy bien con él. Tiene un estudio de grabación en casa, con todo lo necesario para tocar la guitarra. Me apasiona. Puedo estar días enteros sin salir de allí. Es fabuloso.

—Bien, no le entretengo más.

Martín terminó de anotar algo en su libreta y se levantó de la silla.

—Ha sido un placer, estaremos en contacto. Y, por favor, manténgame siempre informado de su paradero.

Le entregó una tarjeta y salió del portal en dirección al coche. El sol cegaba la vista. Ya quedaba menos para alejarse de todo aquello y perderse en el mar, en los chiringuitos..., sin la rutina de idas y venidas, conversaciones con gente desconocida que argumentaba cosas extrañas para defenderse aun antes de haber sido acusada de nada.

Llamó a su compañero Pedro Ugarte, le informó de la entrevista, de la impresión que Julio Alberto le había dado. Parecía un joven, en apariencia, normal, pero carecía de coartada. Era extraño el desplazamiento de fin de semana que hizo a casa de su tío. No parecía tener sentido, aunque lo de la música podía ser cierto: los jóvenes se distraen con cualquier cosa, adquieren

hábitos y entretenimientos que llegan a ser obsesivos; para algunas cosas no necesitan a nadie, y la música, es cierto, no debe tener distracciones, así se toca mejor y se disfruta más de ella. Otra cosa es que realmente supiese tocar.

—Martín, hemos investigado las llamadas de su móvil y no hay nada extraño en ellas, salvo alguna que recibió de su madre, pero fue el día anterior a los hechos. No efectuó ni recibió ninguna. Según parece, por lo que nos confirma la compañía telefónica, esa tarjeta no estuvo activa durante todo el día.

—Me comenta que estuvo en el estudio que tiene su tío en casa. Podría cuadrar y ser cierto que estuvo ausente, ensimismado con la música.

—El teléfono fijo de Marcos Delafont tampoco emitió ni recibió llamadas.

—¿Habéis obtenido la orden para pinchar el teléfono?

—Sí, ya estamos en ello.

—Bueno, pues seguimos en contacto. —Martín cortó la llamada antes de que su compañero se despidiera; era algo que hacía de forma habitual e inconsciente.

* * *

12 de julio de 2015, domingo

Quería arrancar el día de ayer del calendario y de la memoria, borrarlo como si no hubiese existido. La noche anterior estuvo dos horas con ganas de irse desde el primer minuto de entrevista. Levantarse del plató y no aparecer nunca más, pero aguantó y contestó a toda aquella artillería de preguntas indiscretas ante seudoperiodistas que habían conseguido una silla en un programa de máxima audiencia por un currículum de relaciones afectivas anteriores con personajes de la tele y el espectáculo que ahora se atrevían con cualquier cosa, debatían sobre temas de moralidad de familias ajenas y profesionales, de personas que habían dedicado a su negocio o a su profesión toda una vida y habían destacado en ellas. Aquellos potentes focos, además de cegarle, le provocaban un calor insoportable. Sudaba, tenía lapsus de memoria provocados por encontrarse en un lugar nuevo en el que no quería estar. No se sentía a gusto, quería salir de allí y abandonarlo todo, pero ese mismo sentimiento de huida le hacía responder de forma precipitada, no escuchar

bien lo que se le preguntaba, no ser capaz de entrever la dirección que tomaba un comentario intencionado.

Se repartió el dinero en directo. Se hizo entrega de enormes cheques simbólicos en los que figuraba la cantidad y la asociación a la que iban destinados. Agradeció que los cortes de publicidad fuesen tan prolongados: había que colocar en el máximo tiempo permitido la multitud de demanda que había existido. Enormes cifras de facturación para un programa de máxima audiencia.

Cuando salió de allí recorrió las calles de Madrid en el coche de cortesía de la cadena. Eran eternos carriles que parecían dar vueltas alrededor de él, no acababan nunca. Tenía un fuerte dolor de cabeza y unas enormes ganas de llegar a la habitación y sumergirse en el agua de la bañera, no pensar en nada más. No había vuelto a encender el móvil desde que entró en el camerino y tuvo que esperar durante algo más de una hora a que le dieran paso y pudiera acceder al plató. No quería escuchar los reproches de su madre ni recibir llamadas de gente anónima, aunque fuese para animarle y decirle lo bien que había estado. Sabía que eso no era cierto y se maldijo de haber tenido esa idea tan descabellada, y, en cierta forma, de haber traicionado a su abuelo, la persona que más había querido en el mundo. Y, para colmo, su Pepita Grillo no estaba junto a él. Con ella sí le hubiese gustado conversar, oír de sus labios que ya le había dicho que no era una buena idea, que se equivocaba, que no había calculado bien los riesgos de exponerse a la opinión pública, porque de sus labios sonaba a otra cosa, no parecían reproches ni advertencias; eran simples comentarios de alguien que quiere lo mejor para ti. Aunque tuviese su misma edad, había vivido experiencias distintas, más dolorosas. Su existencia era un mosaico a base de jirones de piel y llanto, de llover sobre mojado en un paisaje oscuro, hecho de trazos negros y espigas cortadas antes de florecer. Su existencia era otra, más cercana al plano de la realidad, sin puntos muertos ni ángulos que distorsionen la imagen de las cosas.

La echaba tanto de menos que a veces le costaba respirar. Cerraba los ojos e inhalaba aire, todo el que podía entrar en los pulmones, y entonces la veía con el pelo suelto, riendo; daba saltos delante de él, era feliz. Y Luca se encorajinaba, desfiguraba el rostro forzando una sonrisa, pero no sabía reír, salían a cuentagotas, como si cayesen de un grifo seco donde hacía tiempo el agua dejó de transitar. Él, que lo tenía todo a sus escasos 23 años, había aprendido a fingir rostros serios de personas adultas, gesticulaba igual que ellos, se sentía seguro y triunfador, cuando no era más que un joven inmaduro,

sin experiencia en casi nada y con la incertidumbre, no económica pero sí anímica, de un futuro que galopaba veloz a lomos de un caballo que intentaba saltar las barreras de la inexperiencia y que estaba a punto de caer y romperse la crisma contra el suelo.

Se levantó temprano. Había adquirido esa costumbre desde pequeño. Siempre quería aprovechar del día el máximo de horas. La tranquilidad de las primeras luces le reconfortaba, le inspiraba, hacía anotaciones en el iPad o directamente escribía sobre un tema que le interesase. Esa mañana no pudo. Eran muchas cosas las que le asaltaban, como si flanquearan una muralla que estaba a punto de derrumbarse. Se sentía un débil castillo de arena, de apariencia robusta e inquebrantable, pero con los cimientos tan endeblados como una casa de cañas y barro. Se quedó en la cama por lo menos una hora. Miraba las paredes, los escasos muebles, la cortina roja de la habitación, que le impedía ver el día que había amanecido. Aunque hubiese sol, para él era un día oscuro, de inmensos nubarrones con probabilidad de descargar agua. Temía la llamada de su madre. En su mundo de banalidades, el reproche era la tormenta perfecta con aparato eléctrico incluido. Sabía de sus voces, de su cantinela, de sus cambios intermitentes de tono. En definitiva, respiró hondo, se levantó de la cama y se dirigió al aseo sin muchas ganas. Se ducharía, dejaría correr el agua caliente hasta que el vapor lo envolviese todo. Había que limpiar por dentro, desatascar toda la mugre que había llevado puesta pensando que estaba totalmente limpio. Había creído que bajo su armadura era invencible. Se anticipaba a los hechos y a las probabilidades de borrasca, pero en solo un parpadeo, una milésima de segundo, había sentido abrirse el suelo que pisaba, desmoronarse la imagen que tenía de sí mismo, y eso le llenó de tristeza y de inseguridad. Era la primera vez que lo sentía, y estaba seguro de que no sería la última.

Lo inevitable llegó. Fue una llamada que sonaba igual que las demás, tenía los mismos tonos, la misma percepción de zozobra si descolgaba. Se lo pensó unos segundos; tenía que hacerlo, no debía demorarlo por más tiempo.

—Dime, mamá. —Sonó a un dejarse ir, a «haz conmigo lo que quieras».

—Luca, hijo, ¿cómo estás? —La pregunta, en cambio, fue un grito de desesperación—. Llevo toda la noche llamándote, mandándote mensajes, necesitaba saber cómo te encuentras. —Las lágrimas se interponían entre sus palabras, y algún que otro suspiro entrecortado asomó interrumpiendo lo que decía.

—He estado mejor. Nunca quise hacerle esto a mi abuelo... —Un nudo en la garganta le impidió continuar.

—Tú no le has hecho nada, hijo. Tu abuelo debe estar tan orgulloso como lo estoy yo. Siempre he dejado que lo asumieras todo demasiado pronto, que hicieras el papel que yo tenía que haber hecho, y te pido disculpas... No te merecías esto. Mi visión de la vida no me permitía ver lo que tenía más cerca, que era a la vez lo que más quiero: tú y Evander. En dos planos de cariño distintos, pero igual de fuertes. Ahora he sabido..., y espero que no sea tarde, que no me podéis faltar ninguno. ¡Ojalá empecéis a llevaros bien! Sería la mayor alegría que podríais darme.

Luca se restregó los ojos, apartó las lágrimas que habían salido de forma espontánea, suspiró queriéndose quitar la angustia y pensó que a su madre se la habían cambiado por otra. No la conocía. Le hablaba de sentimientos, pedía disculpas, cuando por naturaleza había sido una mujer arrogante que irrumpía siempre como un elefante en una cacharrería, sin medir las consecuencias, y, sobre todo, sin arrepentirse de sus errores.

Por primera vez pensó en Evander con ternura. Si había sido capaz de cambiar a su madre, bien valía darse ambos una oportunidad de compartir cosas juntos, o cuando menos de soportarse y valorarse en la justa medida que cada uno se merecía, sin zancadillas ni menosprecios, sin desplantes gratuitos que se hacen sin pensar, pero que siempre tienen resultados negativos y obligan a una convivencia a base de obstáculos que cada uno pone en la vida cotidiana. Y la vida ya de por sí es complicada, sin que añadamos ninguna barrera que haya que saltar o darse de bruces contra ella.

—Mamá...

—Dime, cariño.

—Cuando vea a Evander, le voy a dar un abrazo y dos besos.

—¿De verdad?, no puedo creérmelo. ¡Ojalá sea cierto y podáis llevaros bien!, es lo único que pido.

—Sin levantar la voz, y sin decir «este espacio es mío», ha sido capaz de hacer lo que yo creía imposible, y no puedo más que darle las gracias y estarle eternamente agradecido.

Por entonces eran ya dos afluentes de un río de lágrimas. Permanecieron callados, sin que ninguno de los dos cortara la llamada. Necesitaban sentirse, abrazarse, aunque fuese desde lejos, notar que se tenían el uno al otro, y, sobre todo, que una pausa en sus vidas, una luz roja de advertencia les hiciera unirse de una forma definitiva.

* * *

Un vuelo directo de apenas una hora le trajo de vuelta a Málaga. En el viaje en coche hasta su casa aspiró un poco el olor a mar del aire. La vasta extensión de azul oscuro que veía bajo la línea del horizonte se le introducía por cada orificio de la nariz, por los poros de la piel. Recobraba el ánimo con aquella dosis de visión salina, era un suero que necesitaba. No podía estar sin palparla, sin saber que estaba ahí, rodeándole, limitándole con su amplitud la zona de influencia que necesitaba.

Se bajó del coche de forma precipitada, dejó incluso la puerta abierta, giró la llave de la casa con torpeza, atropelladamente. Necesitaba abrazar a su madre, rodearla con sus brazos, decirle que la quería tantas veces como ocasiones dejó de hacerlo. Sabía que había perdido la cuenta, pero a partir de ahora la estaría besando cada cinco minutos para recuperar el tiempo perdido.

Beatriz salió de la cocina y llamó a voces a su marido.

—Evander, ¡Luca está aquí!

Se fundieron en un abrazo que no tenía fin. Los besos y las caricias de ella sobre la cara y el pelo de su hijo se multiplicaban con lágrimas de alegría. Mercedes se quedó en el dintel de la puerta sin decir nada. Marga llevaba el delantal puesto y una espumadera que, con las prisas, se había olvidado de dejar en cualquier sitio. Ambas lloraban también y estaban allí para recibirlo como se merecía. Evander se acercó a ellos en silencio, roto únicamente por sus pasos, por la respiración acelerada de una situación en principio incómoda. Luca le miró por encima del cuello de su madre, se separó de ella con cuidado y se fue a abrazarlo. Evander mezcló una primera sonrisa con el llanto. Nunca antes lo había hecho. Siempre había sido una persona gélida, un fiordo escandinavo, distante, que escondía los sentimientos disfrazándolos de una amorfa armadura fría, impenetrable y desangelada. Ahora se había dejado llevar por el clima, por el calor de poniente reseco, por la ternura de algo que había estado deseando durante mucho tiempo y que derritió el iceberg bajo el que se había estado escondiendo.

* * *

13 de julio de 2015, lunes

Cuando Beatriz oyó la noticia, se sorprendió de no reaccionar de ninguna manera especial. El comentarista deportivo confirmó que el equipo que presidía Raúl Cebrián descendía a segunda división. Así lo había acordado el organismo disciplinario en la reunión de la mañana. Contra esa resolución solo cabía acudir a la vía judicial ordinaria, no a la deportiva. De hacerlo, en el 99 % de los casos suponía enfrentarse a los estamentos deportivos, que por naturaleza solían cocer en los propios órganos internos cualquier hecho relacionado con el fútbol como un acto deliberado de tenerlos a todos encerrados en el cubículo, por lo que cualquier oveja descarriada pagaría un alto precio deportivo si se salía de él.

Apagó el televisor y fue a la cocina a seguir con la rutina de un día que había amanecido igual de radiante que otros.

* * *

Finales de julio de 2015

Escribir se ha convertido en una obsesión. No puedo evitar sentarme una media hora cada mañana, cuando el sol todavía no ha abierto los brazos y su mirada legañosa no traspasa las persianas entreabiertas. Me bajo un rato antes, cuando todos duermen y la casa es un silencio indeleble, roto apenas por los pasos de Mercedes, que comienza a poner en la cocina los preparativos del desayuno. El pan lo acaban de traer. Está todavía caliente, la masa, esponjosa, la corteza se cuartea a la presión de las manos y desprende ese olor inconfundible a harina. Todavía existen panaderías tradicionales, aunque lo congelado ya hace tiempo que nos sobrepasó. Mercedes me corta un trozo y lo pone en el tostador mientras me sirve un batido caliente. Siempre hablamos de algo. Le preocupan tantas cosas... Su hijo está en paro, como tantos otros millones de españoles, y tiene mujer y dos hijos ya adolescentes, por lo que todo lo que gana es para ellos. Los hijos emancipados han vuelto al seno del primer hogar, bajo la tutela del progenitor del que dependían cuando eran menores de edad. Hace tiempo que estamos asistiendo a una involución que los gobiernos están fomentando desde la ineptitud de sus políticas antropofágicas.

—Dile a tu hijo que se pase a ver a este hombre. —Le entregué una tarjeta de visita de un restaurante de la zona—. Dile que va de mi parte. Voy a

tomar la primera decisión como nuevo gerente de la empresa de mi abuelo: tráfico de influencias. ¡Toma ya!, empezamos bien.

Mercedes era ya un río de lágrimas. La besé en la frente y mordí luego el pan con ganas. Y con la boca llena, no sé si me entendió bien, le dije:

—Te lo mereces todo.

Es una mujer de las de antes, acostumbrada al trabajo duro desde niña; no se queja nunca, parece que tiene que darles las gracias siempre a todos y a todo, a pesar de haber perdido a su marido bastante joven. «Dios lo ha querido.» Creo que es una forma fácil de buscar en la fe lo que no tiene una explicación rápida o es una dolorosa experiencia.

Yo, en cambio, nunca encuentro ese razonamiento lógico. Si se muere alguien, sea de la forma que sea, siempre es porque «Dios lo ha querido». Da igual que tuviera dos añitos o cien, ya fuera por ley de vida o por un trágico accidente. Si sobrevives a un tsunami, es «un milagro». Si te cae una maceta en la cabeza y te mata...: «El pobre tenía su hora marcada».

Nunca estamos de acuerdo en nada, quizá por eso nos queremos tanto el uno al otro. Somos dos formas distintas de ver el mundo. Parecemos una pareja de novios con una diferencia de edad de más de cuarenta años. Somos los únicos vivos de una casa adormecida que casi no respira. No se parece en nada a la que después de apenas una hora hierve como una cafetera, con un chirrido de pasos que se suceden hasta altas horas de la noche. Un trasiego de personas que atraviesan los pasillos, la entrada, la parcela circundante..., inmersas en sus quehaceres, mientras oigo los latidos de una rutina que despierta cada día y repite las mismas labores. Subidas y bajadas por las escaleras que dan a las habitaciones de arriba. Se limpian los aseos, se hacen las camas, se ventilan los cuartos abriendo de par en par las ventanas. En la cocina se trocean carnes, pescados, hortalizas y verduras. Se calientan en el fuego los refritos que servirán de base para el plato principal del almuerzo.

En ese preciso instante vuelvo a la realidad. Guardo lo que haya escrito, hago copias en el *pendrive* y bajo de nuevo a relacionarme con el resto de los transeúntes que conviven en este recinto cerrado.

La relación con Marcos Delafont sigue en vía muerta. Nos vemos, hablamos, podemos cortar con una cuchilla el aire espeso que se forma entre nosotros, pero no nos concedemos ni un milímetro de ventaja. Ahora dirijo la empresa. La junta extraordinaria se celebró sin contratiempos. Fue algo breve. Los hermanos Delafont tuvieron que asumir lo inevitable. Firmaron el acta sin

objeciones y el único orden del día fue la designación del nuevo administrador único que impuso el socio mayoritario, o sea, yo.

Lo primero que hice, una vez acabado el protocolo de las firmas, fue notificarles por escrito el cese como directores ejecutivos de los restaurantes. Con anterioridad, aprovechando el día común de cierre por descanso, había mantenido una reunión en Londres con el personal ejecutivo, bajo amenaza de despido si filtraban la más mínima información del lugar y la hora a los hermanos Delafont. Pude conocer en persona a todo el equipo humano que día a día mantenía el espíritu que mi abuelo inculcó al trabajo, a la excelencia aplicada al arte de producir platos innovadores y exquisitos y al manual establecido de atención y esmero en los más simples detalles.

Quedé gratamente convencido con las entrevistas que mantuve después de forma individual con cada uno de ellos. Fue algo distendido; en cierto modo, los admiraba, valoraba a cada uno de ellos en el desempeño de sus funciones. Lo que buscaba eran los mejores relevos en la dirección de la nueva orientación de la cadena de restaurantes. Siete grados al norte. Sin perder de vista lo andado, lo conseguido, manteniendo las tres estrellas Michelin y dejando un pequeño resquicio para la innovación y la adaptación a los nuevos tiempos.

Mi trabajo me lo tomo siempre bastante en serio. De mi gestión dependen más de cien empleados con sus correspondientes familias. No obstante, la maquinaria está perfectamente engrasada y eso lo hace todo mucho más fácil. Es una circunstancia que hay que agradecerle a mi abuelo: cada uno sabe sus funciones, el espacio que le compete y dónde debe realizar su cometido; no se excede un palmo. Además, supo rodearse de excelentes profesionales que lo acompañaron a alcanzar los éxitos, por mucho que él fuera la cabeza visible donde colgaran los premios y reconocimientos. Ahora han sabido ocupar, con total naturalidad, el espacio que ha dejado. Es algo que les agradezco profundamente.

El negocio marcha de maravilla. Las ventas se han disparado desde que la crisis ha incrementado el número de ricos y, lamentablemente, el de pobres. Por unos lucho cada día organizando donaciones, fiestas para recaudar fondos que destinamos después a centros de acogida y a comedores sociales, y dotando a las escuelas que tenemos repartidas por medio mundo de todo tipo de equipamientos: mesas, sillas, libros, becas y un profesorado comprometido.

Y a los otros, a los que no miran los precios de la carta por muy elevados que sean, a los que alardean más de la repercusión social, del hecho de que la

prensa les sorprenda en nuestros locales, les hagan algunas fotos o les mencionen en escuetas reseñas de sociedad..., a esos, simplemente les damos de comer; poco, por cierto, pero lo sabemos adornar muy bien. Sobre grandes platos blancos de estupenda porcelana, dejamos caer con pinzas, jeringas o cualquier otro artilugio de *gourmet* esencias de sustancias sofisticadas, selectamente elegidas y decoradas para que llenen más la vista que el paladar y le mande al cerebro la sensación de estar comiendo, aunque luego algo provoque, en ese entramado de células nerviosas y circuitos impresos que rara vez fallan, que se enciendan las alarmas de que esas escasas calorías que han ingerido apenas dan para un par de horas de funcionamiento de la maquinaria. Y más que con el IVA, yo les gravaría con el impuesto de la reinsertión, de la igualdad, de la equidad, de la singularidad. Un hecho tan tangible como pasajero. Tan solidario como imposible.

En algo me parezco al nuevo Robin Hood del siglo XXI. Y estoy tremendamente orgulloso de ello.

* * *

Confirma el cierre del archivo guardando los últimos cambios.

Desentumece las manos mientras está absorto mirando la pantalla con el fondo blanco. Abre el correo, busca la dirección personal de Ramón Suárez y comienza a escribirle.

Asunto: Constitución de nueva empresa y fundación.

Buenos días, Ramón:

Desearía que agilizara los trámites para la constitución de la nueva empresa. Confirmación de asignación, previo certificado negativo, de la denominación social Herederos de Mikel Barberá, S. L.

Sé que debe aportar otros dos nombres, pero eso lo dejo a su elección.

No creo que conste en el Registro Mercantil.

Quiero registrar este mismo nombre en el Registro de Fundaciones.

Más tarde, en otro correo, le enviaré el borrador de los estatutos fundacionales, la descripción del presupuesto y la memoria económica. En eso tengo algo de experiencia.

Seguiremos en contacto.

Muchas gracias,

Luca Spaletta

Sitúa el ratón sobre la opción de enviar y clicas sobre la misma.

Luca descansa las muñecas sobre el tablero de la mesa. Acaba de apagar el portátil. La sensación de tenerlo cerrado parece haberle desconectado del mundo exterior. Podemos estar horas encerrados en nuestra habitación y, sin embargo, estar rodeado de gentes, de amigos que cruzan contigo comentarios, suben fotos, añaden frases, dan a favorito, hacen *retweet* o mandan whatsApp. Hemos sido absorbidos por las máquinas: los *smartphones*, las tabletas, los ordenadores, los gigas y los minutos de bonos telefónicos que nos han imbuido en una acelerada e ininterrumpida manifestación de conversaciones, la mayoría de ellas banales, pero que ocupan la mayor parte de nuestro tiempo. Nos obligan a cruzar los pasos de peatones sin mirar a ningún lado, a deambular por las aceras llenas de gentes sin percibir estar rodeados de ellas; parece que vamos solos, que los coches no nos pueden atropellar porque somos inmunes con nuestros modernos artefactos portátiles permanentemente encendidos. Llegamos a los mostradores de las tiendas y de los bancos igual de absortos que cuando salimos de nuestras casas, sin darnos un mínimo descanso a la vista y a la percepción de lo que nos rodea. Hablamos con el dependiente o con el empleado, interrumpiendo por escasos segundos el envío de mensajes a respuestas o preguntas que no van a cambiar nuestra rutina, y les hacemos perder el tiempo con nuestra segunda respuesta tardía y nerviosa a algo que nos han requerido, porque queremos volver a deslizar los dedos por las minúsculas teclas como si en ello nos fuera la vida.

* * *

La investigación está en punto muerto, en una vía que no lleva a ningún sitio. Nadie pareció ver hablar a Mikel Barberá con otras personas que no fueran los dos abogados del bufete. Nadie percibió nada extraño, no vieron a nadie manipular el dosificador del lavabo, ni nadie del personal de mantenimiento de los aseos del aeropuerto notó que el aparato expendedor se

hubiese quedado vacío o con un escaso poso de jabón, insuficiente para ser bombeado por el tubito que lo llevara a las manos del siguiente transeúnte...

El hecho de que la bomba impulsora se hubiese obstruido fue determinante. Tal vez el azar había tirado los dados, y los que vinieron detrás tuvieron bastante suerte.

Los días pasan. El verano ya se ha instalado con fuerza y ha tomado los termómetros, los ha elevado por encima de los treinta grados y ha llenado de gente las playas. La aglomeración de personas se ve en cada reunión o cola para hacer algo. Se aguarda para comer, para ir a los aseos públicos o de los bares y restaurantes que salpican el paseo marítimo de bullicio. Todo el mundo tiene sed y hambre. Aguanta estoicamente la espera. Se mira al que está sentado mientras se coge turno, percatándose uno de cada conversación, de cada frase que se dice en las mesas, de cada minuto que se alarga sin dejarlas libre. «Y no se levantan. Mira, ya no están comiendo y siguen sin pedir la cuenta.» «Ya era hora. ¡Valiente caradura! ¡Que aquí se viene a comer!»

El día amontona las horas de luz y parece remolonear antes de marcharse. La luna apenas tiene tiempo de subir a su cenit y desaparecer engullida por el día siguiente. Da tiempo para todo. Para todo, menos para avanzar en la investigación. No hay nada nuevo. Causa desazón la impotencia, la falta de pruebas, el no poder seguir ninguna pista fiable.

* * *

Martín cumplió su promesa. Cuando estaba a punto de terminar las vacaciones en el apartamento que habían alquilado en una urbanización de Torreguadiaro, visitó a su amigo Pedro Ugarte. Llegó a Málaga pasadas las nueve y media de la noche. Las farolas del paseo marítimo de Pablo Ruiz Picasso acababan de desperezarse y acentuaban la luz de los leds de nueva generación: el afán de reducir gastos, cuando antes el dispendio presidía las atalayas de las mentes obtusas.

Se abrazaron ante las miradas de sus mujeres, Maite y Alicia, que no se conocían. En cierto modo, ellos tampoco. Habían envejecido con la suavidad que una leve capa de edad superpone cada año sobre otra anterior y la hace más gruesa, con más arrugas, con pinceladas de estrés bajando por la frente, pequeños descampados de donde el pelo retrocedió haciendo más amplio el estuario de la raya en el cabello. Se encontraron con la distorsión de la foto de

carné que está a punto de tener que renovarse y que parece que es de otro individuo ajeno a nosotros, distinto al que tenemos delante. Apenas parecen hermanos mayores de los que quedaron atrapados en las fotos.

Se dejaron embaucar por una risa nerviosa que acentuaba el optimismo de un estupendo día de verano. Había que celebrarlo. Después de las presentaciones, se dirigieron al chiringuito de la playa, un rectángulo de mampostería y cañas que descansaba sobre la arena, apacible y quieto, que invitaba a comer «pescaíto» frito.

Se contaron todo tipo de historias. Con todas ellas rieron porque ninguna era para no hacerlo. Eran anécdotas del trabajo, comentarios sobre compañeros de los que pasaban lista, recordaban vivencias, ocurrencias y frases que dijeron unos u otros. Ahora cobraban sentido, se hacían reales y ocupaban, junto a esas palabras, trocitos de recuerdos que subían a la memoria como los grados del vino de Rioja que estaban despachando entre risas.

Después de tomar el postre pidieron cuatro cubatas de ron Cacique con cola. La segunda ronda fue solo de dos. Las mujeres no quisieron más. Los pidieron en vasos de plástico: querían pasear por la orilla, respirar el olor a marisma, notar la humedad del murmullo de la playa camuflado en los minúsculos abultamientos del mar que desaparecían al llegar a tierra.

—Tienes una coincidencia un tanto curiosa. —Martín hablaba muy relajado, dio un largo sorbo al ron Cacique del vaso y continuó hablando—. Yo que tú seguía esa línea a ver adónde te lleva.

—Perdona, Martín, pero no te sigo.

Pedro miró el brillo de la luna sobre el mar, una balsa de agua inmutable que en la oscuridad de la noche rugía en voz baja con cada ola.

—Tienes dos hechos que provienen del mismo país: a la maldita rana y a la mula colombiana que murió en el aeropuerto. Quizá hicieran un viaje juntos.

Pedro detuvo el paso. La expresión de su rostro se adivinó a pesar de la total ausencia de luz.

El ruido de las olas rompía cerca, como un leve murmullo que empujaba el agua a cada golpe acompasado. La arena de la playa estaba fría. La notó introducirse entre los dedos al hundir los pies desnudos sobre las chanclas. Había luna llena. Maite y Alicia les seguían de cerca. Tenían una conversación sobre una serie de televisión, habían hecho un repaso por los actores y actrices españoles y habían llegado a la conclusión de que hoy en día nadie destacaba por sus cualidades interpretativas, más bien eran simples rostros extraños, caras de gentes consentidas y sobrevaloradas que se habían venido

arriba por el éxito entre las jovencitas, por actuaciones anteriores a base de frases monosílabas carentes de entonación ni emoción, totalmente planas, anodinas, pero que habían calado entre las adolescentes ávidas de pósteres, carpetas y colonias con fotografías de sus nuevos ídolos, a los que veneraban hasta la saciedad, la locura compulsiva y el griterío de una edad manejable y sin criterio propio. A todas les gustaba lo mismo, y se tirarían de los pelos por conseguir un *selfie* de su estrella del Olimpo, que venía de serie con menos frases propias que el vaquero de *Toy Story*.

—No había caído en ello. —Pedro parecía querer disculparse.

—Tampoco tiene por qué ser una pista fiable; puede que no lleve a ningún sitio, y la rana y la mula al final no formen parte de la misma fábula.

Pedro sonrió abiertamente.

—¿Has pensado en pedir traslado a Málaga? —La pregunta de Pedro encerraba una profunda admiración hacia su amigo.

—Nada me gustaría más, pero mi hija tiene ahora una edad y unas necesidades que no me permiten separarme aún más de ella. Guadalajara está tan solo a treinta minutos.

—Con los medios que hay hoy en día, las distancias son simples pretextos.

Martín extrajo una tarjeta de su cartera.

—Toma, este es el teléfono de Paco Infante. Mañana le llamo y lo tendrás a tu disposición. Te ayudará desde Madrid como si estuviese yo allí.

Pedro le echó el brazo por encima del cuello. Miró hacia atrás; las mujeres andaban despacio.

—¡Vamos, que os va a coger el violador del tanga!

* * *

A primera hora de la mañana, el equipo tenía repartidas las tareas. Juan Sarasola y Roberto Urrutia se quedarían en Marbella, cotejando la información bancaria que les habían remitido las autoridades francesas, inglesas, italianas y estadounidenses de Juan Pedro Delafont y Mikel Barberá. También tenían instrucciones de solicitar al juzgado la orden para que la compañía telefónica les enviase el listado de llamadas hechas o recibidas desde el móvil del colombiano y comprobar si había habido algún cruce de números entre este y la familia Delafont. Irene Bermúdez y Pedro Ugarte

volarían en avión hasta Madrid. Los datos del censo tenían adscrito a Ataúlfo Mendoza, el colombiano fallecido en el aeropuerto, en el barrio madrileño de Corralejos, a solo cinco minutos del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Su viuda, Valentina Hinojos, vivía en un piso de 50 metros cuadrados con sus cuatro hijos de corta edad.

Cuando llamaron a la puerta les abrió una joven desconfiada con un hijo de pocos meses en brazos. Lloraba, ella le mecía de forma nerviosa e impulsiva. Se mostraba indecisa, asustada, no sabía qué querían.

—No se alarme, señora. Solo queremos una información, luego nos iremos. No debe preocuparse —comentó Irene enseñando la placa policial.

Ella asintió sin haberse podido quitar la preocupación del cuerpo.

—Sus hijos están a salvo. Somos policías, no somos de asuntos sociales, tranquila.

Dejó al bebé en una cuna de madera desconchada y vieja. Se sentaron en la cocina junto a una mesa pequeña, muy estrecha, por lo angosto del espacio.

Pedro sacó una libreta del bolsillo.

—Verá, estamos investigando la muerte de su marido y de otro hombre, un ciudadano español que murió solo una hora antes en el mismo aeropuerto.

—¿El cocinero?

—Sí. Quisiéramos saber si su marido realizó algún viaje antes de su fallecimiento. Uno en el que no portara droga.

Valentina tomó aire y de forma pausada relató a los policías el viaje que una semana antes había hecho Ataúlfo a Cali. Según le comentó, desde allí debía coger un vuelo al aeropuerto de La Florida hasta llegar a La Brea, una zona de selva justo en la frontera con Ecuador.

Aquella información coincidía con la que facilitó el investigador de la Universidad de Granada. Solo podía tener una finalidad: una rana dardo.

—Fue un encargo, ¿no?

Ella asintió sin decir nada.

—¿Sabe usted qué trajo? ¿Una rana, tal vez?

—No lo sé. —La voz de Valentina sonaba en un tono muy bajo—. El comprador le esperaba en el aeropuerto. Le pagó 12 000 euros en billetes de cien. Los trajo en un sobre. No me dijo qué le pasaba, pero nunca le había visto esa expresión de miedo reflejada en el rostro. Tenía pesadillas, le salió el malhumor por el cuerpo, gritaba por cualquier cosa. La primera noche, después de su vuelta, me contó que había temido por su vida.

La mujer se levantó, se dirigió a un pequeño lavadero anexo a la cocina, abrió la única puerta de un armario y extrajo una bolsa de plástico. Contenía algo en su interior.

—Quemó toda la ropa que se puso en el viaje y unos guantes. Era muy meticulado. Le gustaba apuntar todos los gastos para saber la ganancia que había obtenido.

Le dio a Pedro un sobre blanco abierto con unas anotaciones manuscritas.

Pedro fue sacando papeles del interior: el resguardo de un billete de avión de Cali a La Florida, ida y vuelta; una nota de una empresa de alquiler de vehículos (40 000 pesos); otro, con dos firmas, era un recibo por dos jornales de trabajo (un total de 120 000 pesos), y el último, por un importe de un millón de pesos colombianos, por la captura de una rana dardo. También había anotaciones en una cuartilla con distintos importes por comidas y alojamiento.

—Una última pregunta —dijo Pedro dirigiéndose a Valentina—: ¿Eran habituales los viajes de Ataúlfo vía Málaga?

—Sí. —La respuesta de la joven fue inmediata—. Luego hacía el camino en coche hasta Madrid. Siempre estaba tres o cuatro días sin verlo, bregando con los niños y la casa, ya sabe, pensando que no le volvería a ver.

Irene le dirigió una mirada de complacencia.

—Muchas gracias, señora. No la molestamos más.

Cuando la puerta de la vivienda se cerró, Pedro miró a Irene y movió la cabeza negando.

—Llevamos días sin saber qué dirección tomar y en apenas quince minutos tenemos la confirmación de la importación de una especie venenosa. Esta tarde mandaremos el informe de la autopsia al patobiólogo de Granada. Seguro que nos confirmará que las muestras y efectos encontrados en los cuerpos coinciden con el veneno de este bicho.

Irene tenía cara de circunstancias.

—Habrá que verlo por el lado positivo. El viaje ha merecido la pena —dijo ella resuelta.

* * *

Beatriz recibió a los hermanos De la Encina. Les hizo pasar al salón. Había organizado un almuerzo ligero a base de canapés y unas salsas

especialidad de Magda. Evander se colocó de pie, a la espalda de Beatriz, que había tomado asiento junto a Jacinto.

—Bien, vosotros diréis. —Beatriz estaba impaciente.

Jacinto tomó la palabra mientras su hermano se dejaba llevar por los objetos de decoración de la habitación.

—Como te dije, nuestro cliente está muy interesado en las pinturas. Nos ha dicho que os transmitamos la oferta. Quiere comprar la colección completa, los diez cuadros. Está dispuesto a llegar hasta los 30 000 euros por todo. Si no queréis venderla entera, por *Atardecer* pagaría 5000 euros.

La cara de Evander era la imagen de una mañana limpia y fresca. La luz se reflejaba en cada poro de la piel, irradiaba felicidad. Miró a su esposa, y ella le correspondió con una sonrisa cómplice.

—La vendo al completo —contestó Evander.

—Bien, perfecto. En ese caso, no hay nada más que hablar. Os haremos un cheque. La recogida de los cuadros la organizaremos para dentro de unos días. Hay que contratar a una empresa especializada, concertar el viaje y, sobre todo, saber dónde quiere el comprador ubicar los cuadros.

—En todo caso... —Armando dejó de mirar las esculturas y prestó atención a la conversación—, habíamos pensado, si os parece bien, por supuesto, llegar a una colaboración más allá de esta transacción.

Beatriz y Evander miraban con cierta expectación.

—Nos gustaría ser vuestros galeristas de arte... en exclusiva. Tendríamos las obras en custodia, las expondríamos en nuestras salas, y por las ventas iríamos a un 60-40. Nosotros corremos con los gastos de transporte. Eso sí, estaríamos autorizados a tasar las pinturas según nuestro propio criterio y experiencia.

—Por supuesto —se adelantó a decir Beatriz mirando a su marido.

—Bien, bien, conforme —corroboró Evander.

—Bueno, pues no podíamos acabar mejor la reunión —dijo Armando.

Mercedes llegó para decirle a Beatriz que cuando quisieran podían pasar al porche. La mesa estaba servida y todo listo en la cocina.

Los cuatro se levantaron y se fueron estrechando las manos en prueba de conformidad al acuerdo al que habían llegado.

—Hace un día maravilloso.

Beatriz estaba guapísima, llevaba un vestido estampado, cogido con un lazo de la misma tela a la cintura. La felicidad había mejorado la expresión

del rostro, la había suavizado y dejaba ver los bonitos ojos azules del Mediterráneo con todo el brillo de la luz.

Evander la sujetó por la cintura y juntos miraron al cielo.

—Tenemos que bajar luego a la playa. No nos bañamos juntos ¿desde cuándo?...

—Desde que me pintabas bañada por las olas. No quiero saber el año exacto.

Los invitados tomaron asiento y un empleado les sirvió una copa de vino rosado.

* * *

—Roberto, soy Pedro. Quiero que reviséis los extractos de la cuenta bancaria de Marcos Delafont. Una semana antes. Comprobad si hay salidas de efectivo de 12 000 euros o más. Y llámame enseguida.

La confirmación la tuvo a los diez minutos. Marcos Delafont había realizado, de una de sus cuentas, un reintegro de ese mismo importe en metálico, coincidiendo con el pago a Ataúlfo. Había muchos apuntes de ese tipo en una cuenta de un hombre de negocios. Una simple coincidencia, eso no probaba nada, a no ser que hubiera imágenes que los mostraran juntos. Y, por supuesto, eso, a esas alturas, era ya algo imposible.

Juan Sarasola se puso al teléfono. Confirmó, cotejando los extractos bancarios de las cuentas de los restaurantes de París, Roma y Londres, que los hermanos Delafont estaban vaciando las cuentas. Hacían transferencias periódicas de elevados importes a sociedades pantalla, tres o cuatro, de forma recurrente y sin días ni periodos de tiempo fijos. Esas empresas no existían. Habría que seguir el hilo de ese entramado financiero y societario. Llevaría tiempo, pero, por la experiencia que acumulaban, asegurarían sin miedo a equivocarse que el destino último serían cuentas a nombre de los hermanos. Llevaban un año haciéndolo. Seguramente pensaban vender su parte o tenían conocimiento de la ampliación de capital que el señor Barberá estaba urdiendo desde hacía unos meses. Eso les dejaría en una situación precaria, con un escaso porcentaje de la empresa, lo que significaría quedarse prácticamente sin blanca, sin restaurantes y sin los cuantiosos beneficios que repartían cada año.

—Jefe, me temo que estos dos están preparando una huida inminente.

—Buen trabajo, Juan, seguimos en contacto. Quiero el listado de las llamadas ya. Si tenéis que ir en persona a buscarlo, vais. En cuanto lo tengáis, confirmad los datos.

—OK, jefe.

Cortaron la comunicación.

* * *

—Pam, ¿cómo estás? Te echo de menos.

—Y yo, nomás. Mi padre ha mejorado mucho. Tendrá que hacer ejercicios de rehabilitación tres veces a la semana. Dice el doctor que las secuelas le irán desapareciendo con el tiempo. Todo es muy lento; necesita ayuda para hablar, algunas veces tiene lagunas. Él mismo se desespera, pero tenemos que tener paciencia.

La voz de Pam desde el otro lado de la línea fue un soplo de aire fresco. Necesitaba oírla, saber que existía, que no había sido una alucinación de su mente, que era real y que le amaba, aunque fuese solo un poquito. Sabía que lo que él sentía por ella no tenía por qué ser recíproco, pero de momento se conformaba con que no le olvidara, que tuviera, como él, la necesidad de oírlo, de tenerlo cerca. El tiempo ayudaría a hacer el resto, pero para eso tenían que estar juntos.

—¿De verdad me quieres?

—Muchísimo, solo es que no soy muy expresiva, siempre he sido muy seria. Me cuesta trabajo mostrar mis emociones, pero puedo asegurarte que nunca desapareces de mi mente.

—¡Qué bonito! Quiero estar cerca, rodearte con mis brazos, besarte, estrujarte como si fueras un osito de peluche.

Ella sonrió.

—A ver si me vas a hacer daño.

—Eso nunca. Sería incapaz, solo quiero lo mejor para ti y los tuyos.

—Ahora aquí es muy temprano. Son las siete de la mañana.

—Perdona, no me había dado cuenta.

—No importa, me acababa de levantar, y me gusta lo que me dices. Hoy vuelvo a la empresa, iré a «chambear». Tendré mucho papeleo atrasado, pero Lupe Salazar es una compañera bastante apañada. Siempre me ha cubierto las espaldas.

—Sabes que puedes estar con tus padres el tiempo que haga falta. Ya contraté a una persona para que te sustituya. La coordina James Wallace, el jefe de la asesoría contable de Nueva York que lleva los asuntos de la empresa. Puedes estar tranquila, tus honorarios serán abonados cada final de mes como de costumbre.

—Quiero estar trabajando, necesito despejarme. No puedo estar todo el tiempo entre estas cuatro paredes, haciendo la comida, lavando o saliendo solo para ir a comprar. Mi madre está aquí y puede hacerlo, ahora que la tienda sigue cerrada. Hay un judío que se ha interesado por el traspaso. Seguramente llegue a un acuerdo con él. Mi padre no puede trabajar, y mi hermano ha decidido inscribirse en el ejército. El mes que viene se va a la academia, y quién sabe cuándo le volveremos a ver.

—Lo que tú decidas, Pam, pero quiero que sepas que nadie te obliga.

—Lo sé, y te lo agradezco. Te llamaré desde la oficina. Un beso muy fuerte.

—Un beso, cariño.

* * *

Pedro tamborileó con los dedos sobre la mesa de la cafetería, esperando el vuelo de regreso a Málaga. Hizo una llamada a Paco Infante. Había que actuar rápido.

—Paco, necesito un par de vehículos; uno en la puerta del domicilio de Marcos Delafont, y otro en el restaurante. Tenemos que atraparlo antes de que escape. Estamos en el aeropuerto de Barajas.

—Hecho. Os paso a recoger.

Pedro salió a la calle. Los lugares con mucha gente le agobiaban. Necesitaba tomar aire, llenar los pulmones y sentirse sin nadie cerca. Le gustaba mantener las distancias con los transeúntes, con las personas que hacían cola, las que deambulaban mirando los horarios en las pantallas amarillas o comprando revistas o bocadillos para aguantar mejor la espera de los vuelos.

En ese instante, un joven delgado, algo desgarbado, pasó a su lado arrastrando una maleta. Tenía el pelo ensortijado y largas patillas. Le llamó la atención el color de sus ojos. Eran de un azul transparente. Parecía que se

podía ver en su interior, una de esas miradas que impactan, como el tejido plastificado de una medusa.

Paco Infante llegó y detuvo el coche a su altura. Abrió la puerta del acompañante. Pedro seguía mirando la espalda del muchacho que avanzaba junto a los taxis de la parada.

—¡Qué individuo más extraño! —dijo Pedro en voz alta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Paco.

Irene llegó mordiendo un bocadillo de atún con lechuga y mayonesa. Parecía la dentellada de una piraña por el trozo de pan que había arrancado de golpe.

Pedro giró la cabeza y sonrió al ver la forma de comer que tenía. Era delgada, hacía bastante ejercicio y trituraba la comida con el ansia de alguien que siempre está hambriento o disfruta sobremanera engullendo.

Entró al coche por la puerta trasera. La mayonesa resbalaba ya por los dedos de su mano derecha.

Sonó la melodía del móvil de Pedro Ugarte. Miró la pantalla. Era Luca Spaletta.

* * *

Luca encontró el móvil de su abuelo en el mismo lugar en el que lo había guardado, uno de los cajones de la habitación donde durmió su última noche. La policía se lo había devuelto una semana antes. Había estado allí todo ese tiempo. Lo miró y después de un rato de cavilaciones se dispuso a abrirlo, quitó la tarjeta que contenía bajo la batería y colocó la suya. Su abuelo estaría conforme en que lo disfrutara y lo tuviera siempre consigo. Sería el último regalo que le haría, y por eso tendría más valor que ninguno. Lo encendió, introdujo el número PIN y, tras unos segundos de espera, pudo manipularlo. Entró en las llamadas realizadas y recibidas. Las pasó con rapidez. Se fueron sucediendo una tras otra, sin darle apenas tiempo a ver los números con nitidez. Eran una secuencia acelerada de dígitos hasta que se detuvo. La vista se le fue para la fecha de uno de ellos, curiosamente, el día 27 de junio. Aquel número no lo conocía. Quería recordar las llamadas que le hicieron para saber a quién podía pertenecer. Hizo memoria... Se ayudó viendo las llamadas anteriores.

Primero llamó su madre. Recordaba la discusión que tuvo con ella.

Él llamó después a Pascual Salcedo.

Hizo una llamada a la compañía de decesos. Vio que era un teléfono fijo; eso confirmaba el recuerdo que tenía de aquello.

Pascual le autorizó a que fuesen al hospital Carlos Haya, pero ese último número no lo recordaba. De pronto cayó en la cuenta. Julio le llamó. Conocía bien el número, pero no aparecía por ninguna parte. Solo estaba ese, que no le sonaba de nada. Estaban a punto de bajarse de la ambulancia... Se acordaba perfectamente, con toda seguridad. Le dio el pésame. También le sorprendió lo pronto que se había enterado.

Llamó al teléfono del inspector.

—Pedro, buenos días, soy Luca. He encontrado algo que me tiene intrigado.

—Buenos días, dime.

—Recuerdo perfectamente que Julio me llamó al móvil alrededor de una hora y media después de la muerte de mi abuelo. Verá, he estado mirando por casualidad las llamadas que recibí, y ningún número concuerda con el suyo. Lo tengo grabado en el móvil, le puedo asegurar que no la hizo con ese. Sin embargo, tengo un número distinto y que no tenía registrado, que coincide cronológicamente con esa llamada.

—Perfecto, dime cuál es.

Aceleraron los trámites para conseguir del juzgado la solicitud del registro de llamadas del móvil de Ataúlfo Mendoza. Querían tenerlo cuanto antes. Pedro Ugarte había incluido el rastreo del número que Luca le había facilitado justo en el instante en el que este se conectó con el móvil de Luca. Quería saber en qué lugar se encontraba cuando lo hizo.

Se pusieron en marcha. La radio les tenía conectados con los vehículos policiales que fueron a buscar a Marcos Delafont.

—Creo que deberíamos hacer una visita a Julio Alberto Ruiz. Podíamos detenerle. Disponemos de setenta y dos horas para retenerle —dijo un impulsivo Infante.

Pedro movió la cabeza negativamente antes de hablar.

—No quiero meter la pata. Un abogado avisado puede conseguir que lo suelten y que quedemos como unos memos si no tenemos pruebas en su contra. Aún es pronto para determinar desde dónde hizo la llamada. En cuanto lo tengamos confirmado, actuaremos rápido.

—Como quieras, muchas veces el tiempo juega en nuestra contra.

—Y una decisión precipitada, también.

Irene iba callada, absorta en la degustación. De vez en cuando se le escapaba un sonido gutural de satisfacción. Pedro, al oírlo, giraba la cabeza y le sonría abiertamente.

Una llamada de un compañero certificó que Marcos Delafont no se encontraba en casa.

* * *

En los aseos de la terminal de vuelos internacionales del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas alguien se lava las manos a conciencia. Se las enjabona de manera abundante, restriega una y mil veces girando las manos una sobre otra, y luego deja correr el agua sobre ellas, repitiendo el movimiento. Acaba de orinar en uno de los inodoros suspendidos en la pared. Acciona el mecanismo de secado y sitúa las manos bajo el chorro de aire caliente. No tiene prisa. El vuelo a su destino, que solo él sabe, partirá en media hora. Ha preparado una maleta de mano, de las que puede llevar sobre su asiento, en el compartimento del avión. No necesita nada más. Un familiar le ha dado una importante cantidad de dinero en efectivo. La guardaba en una caja fuerte camuflada detrás de un cuadro abstracto de un pintor desconocido, de esos artistas anónimos que tienen que vender lo que pintan como láminas fotocopiadas a color por diez o quince euros a lo sumo. El bastidor del lienzo es apenas unas finas tablas cortadas en ángulo de cuarenta y cinco grados, sin interés artístico alguno.

A donde va, el valor del euro es al cambio cuatro veces la moneda del país. Podrá comprar lo que quiera, iniciar una nueva vida entre gente anónima en una nación rica, con una de las mayores rentas per cápita del mundo, donde el extranjero cualificado tiene empleo seguro y bien remunerado. Aunque tiene el inconveniente de que no podrá residir en el país por más de cinco años, pero ya se buscará algo, quizá algún casamiento interesado con una nativa de una población femenina descompensada y en franca minoría. Se hará musulmán, de piedra, de mármol, lo que sea, con tal de aprovechar que allí no hay acuerdo de extradición con España. En definitiva, podrá vivir tranquilo.

Él solo tiene que adaptarse como una rana dardo al hábitat que le rodee, mezclarse con la gente, llevar una vida normal, del trabajo al apartamento y a la inversa; hacer amigos, gestionar bien los ingresos, y, sobre todo, pasar desapercibido. No tener ningún problema con nadie. Y los bichos, aunque sean

parte de su trabajo, si son venenosos, no sacarlos nunca de los terrarios o acuarios donde pernoctan. Las cristaleras de sus cubículos tienen que ser los únicos escaparates desde donde anhelan la otra vida, la que una vez tuvieron en sus hábitats naturales, antes de que los arrancaran de allí para siempre.

* * *

El despacho estaba en penumbra. La chica que abrió la puerta les condujo hasta él un poco temerosa. Solían hacer las cosas bajo la supervisión del señor Delafont. Nada escapaba a sus instrucciones, a sus normas... Sus prohibiciones se cumplían a rajatabla, y el pasar a gente al despacho sin estar él presente era una de ellas. Sin embargo, la presencia de la policía era otra cosa. Enseñaron la placa, la apartaron con cierta brusquedad y entraron al salón con diligencia mirando en todas direcciones.

El hombre al mando le preguntó por su jefe. Ella se encogió de hombros. Esa mañana no había ido a trabajar, ni llamó para informar de su ausencia. No solía hacerlo, pero ellos sabían lo que tenían que hacer. Era una rutina que se repetía todos los días de apertura. No hablaban más allá de las órdenes que daban el cocinero jefe y los cocineros a los ayudantes. Los demás seguían el protocolo de poner las mesas, ordenar los reservados del día y decorar el servicio con plantas nuevas, recién traídas de una floristería cercana. Lo demás no era de su incumbencia.

Entraron al despacho. Todo permanecía igual que siempre, salvo el cuadro de la pared. Estaba sobre la mesa, boca abajo. Una caja fuerte con la puerta abierta y vacía apareció por primera vez a los ojos de la empleada en el lugar que habitualmente ocupaba el cuadro.

Paco Infante realizó una llamada a la central y ordenó cerrar el cerco al prófugo: aeropuerto, estaciones de trenes, de autobuses, paradas de taxis... Todos estaban en alerta. Se dieron las características físicas del individuo con orden de darle de alta en el fichero de la Interpol. Buscaron los datos de filiación y, en unos minutos, la foto quedó registrada para información de puestos fronterizos, aduaneros y de control de pasaje.

—Ahora sí vamos a por Julio Alberto Ruiz —dijo Pedro enérgico.

* * *

Sobre las nubes, el Airbus A330 del vuelo 138 de la compañía aérea árabe vira siete grados para enderezar su posición después de haber realizado una maniobra de aproximación al aeropuerto de destino.

Se subió al aparato a las diez y veinte en Barcelona. El viaje por carretera lo hizo en un coche de alquiler que entregó en la misma terminal del aeropuerto de El Prat. La documentación que le hizo llegar su sobrino, unos días antes del asesinato de Mikel Barberá, le ha servido para adoptar la identidad de otra persona sin mayor contratiempo. Se ha tenido que cortar el pelo y teñírselo de un color rubio ceniza. Le ha añadido unos años de golpe: es lo que peor ha soportado. Su imagen de *gentleman* se ha evaporado como por arte de magia y ahora ha sucumbido a los rasgos de una persona anónima un poco grotesca. Ha perdido el *glamour* de su semblante, y el porte lo ha debido guardar y disimular junto al bote de sus perfumes. En el lugar al que va se arriesga a una detención segura si sigue con sus ademanes y gestos, un tanto excesivos. Debe convertirse en un hombre de pies a cabeza antes de bajarse del avión.

En pleno vuelo ha hecho girar las manecillas del reloj hasta avanzarlas dos horas. Son las 17.15 sobre un espacio abierto de torres altísimas que se observan a través de las ventanillas del avión, cuando el cielo se abre empujando las nubes y el sol se escabulle de la penumbra grisácea en la que ha estado atrapado. Parece una ciudad futurista, construida de la nada con millones de dólares que se han extraído de los pozos petrolíferos. Marcos Delafont está degustando una copa de Moët & Chandon desde su asiento de primera clase. Había hecho todo el viaje bastante somnoliento, dando frecuentes cabezadas, que acompañaba entornando los ojos y ubicándose después de unos segundos de no saber dónde se encontraba.

Se levantó a las cuatro de la mañana. Tuvo la precaución de no encender ninguna luz y, en la penumbra, se cortó el pelo y se echó el tinte. Fue a la cocina y bebió solo unos sorbos de un té caliente. Bajó en ascensor a la zona de aparcamientos. La policía sabía que no tenía coche y que se movía por Madrid siempre en taxi. Apenas podía arrastrar la maleta por los escalones de acceso al sótano. Recorrió el trayecto hasta la puerta de paso por la que se accedía a la pronunciada subida de asfalto.

Sabía que un coche camuflado le vigilaba día y noche.

Cuando apareció en la avenida por la parte trasera de la urbanización, levantó el brazo llamando la atención de la única tulipa de color verde que avanzaba hacia él en el mismo sentido.

Un mes antes ha transferido el saldo de una cuenta suya en Suiza a la del Arab Bank. Una buena cantidad para asegurarse una jubilación tranquila.

* * *

Un ruido estridente de sirenas interrumpe el paso bajo el cruce de semáforos, intersecciones de calles, autobuses que se cruzan por las distintas avenidas por las que circulan a toda velocidad. Pedro recibe la llamada que espera.

—Vía libre, jefe. La localización del móvil se establece cerca del aeropuerto de Málaga el día del asesinato.

—OK, Juan. Paco, pisa más fuerte..., tenemos que llegar ya.

* * *

El individuo del aeropuerto pasea despacio por el amplio espacio brillantado que le lleva a la zona de embarque. Echa un vistazo al pasaporte, aún no se ha habituado a esa imagen postiza de pelo enredado y largas patillas, lentillas de color azul y expresión que parece traspasar los cuerpos con la mirada nueva.

Ataúlfo Mendoza tenía contactos; muy buenos, por cierto. Parecía una botica ambulante. ¡Pobre muchacho!, murió en el preciso instante en el que tuvo que hacerlo. Rondaba con gente desalmada..., negocios sucios..., dinero fácil.

Bien sabía él que eso era una fórmula infalible para una muerte segura que le seguía la pista, se confundía con los olores, los recovecos de las intrigas, los pactos de silencio, las mercancías de contrabando..., pero que tarde o temprano daba con uno, y entonces no se andaba con contemplaciones.

El nombre suplantado en el documento oficial no es nada complejo, fácil de recordar y de decir con soltura, de manera locuaz, como es él, dicharachero, pero no torpe. Sabe medir lo que dice y extenderse en lo que piensa. Todo, antes de meter la pata.

Traspasa la barrera de acceso al avión. Una azafata pasa el billete por el lector de códigos de barra. Suena un pitido de conformidad. Avanza por el túnel de suelo de goma que amortigua los pasos y el aleteo de la maleta sobre

las ruedas. Ahora tiene prisa. Quiere sentarse y que la aeronave despegue pronto. No quiere ver llegar a nadie que, con aspecto de despistado, se aproxime a su altura y, como quien no quiere la cosa, le coloque unas esposas, de esas que no son musulmanas ni de ningún país, simplemente son metálicas y te mantienen las muñecas atrapadas.

Contempla el estrecho pasillo que separa los asientos, ensimismado en la soledad que le acompañará a partir de ahora. Y la angustia y el desconsuelo suben por la garganta mezclados con un sabor agrio a mala digestión, a un escalofrío que sale a la superficie de la piel y le alborota el ánimo. ¡Con lo tranquilo que estaba!

«¿Cuándo va a moverse esto? ¡Maldito comandante!»

* * *

La dotación policial llega a la entrada del portal haciendo chirriar los frenos. Abren las puertas y suben los escalones de dos en dos. Uno de los guardias se queda abajo por si el sospechoso intenta abandonar el lugar. Tocan el timbre y aguardan.

La madre de Julio Alberto abre la puerta un poco y permanece detrás, oculta en la sombra de una casa en penumbra. Un policía le habla enérgico.

—Señora, apártese de la puerta.

La mujer obedece y la policía entra rauda. Buscan por todas partes. Las persianas están bajadas, las luces, apagadas.

—Señora, ¿dónde está su hijo? No nos lo ponga más difícil. —La voz de Pedro muestra firmeza y rabia.

La señora se encoge de hombros sin decir nada.

Los agentes abandonan la casa. Los vecinos observan por las mirillas y algunos murmuran en las entreplantas. Se preguntan unos a otros y hacen comentarios de asombro.

Los coches patrulla reanudan la marcha haciendo sonar las sirenas y se pierden detrás de los edificios colindantes, hasta que el ruido se va amortiguando en la lejanía.

* * *

Al cabo de unos segundos, una máquina plateada con forma de flecha surca el espacio aéreo de Madrid en pronunciado ascenso. Una línea blanca vaporosa se difumina y diluye por la cola, marcando el trayecto que ha seguido. Cuando se estabiliza en el aire, gira siete grados este y toma el rumbo de las coordenadas del lugar de destino.

Capítulo 8

Lo importante es no dejar de hacerse preguntas

(ALBERT EINSTEIN)

Juzga a un hombre por sus preguntas
en vez de hacerlo por sus respuestas
VOLTAIRE

Una semana o siete días después

Cuando le dieron la noticia de la huida de los dos sospechosos sintió ganas de lanzarse al vacío, de darse golpes contra la pared hasta perder el conocimiento. Pensaba que había vuelto a defraudar a su abuelo. En ese instante, la sensación de no perdonárselo nunca le recorrió el cuerpo como una corriente eléctrica ingobernable que chisporroteaba sin control amenazando con provocar un incendio. Las piernas le fallaron. Un vahído intermitente le hizo sentarse. La visión se puso en negro y un frío interior campó a sus anchas. Primero subió a la cabeza, bajó por la nuca y pareció perderse, ya sin intensidad, por la columna vertebral.

Beatriz se arrodilló delante de él y buscó entre sus brazos las mejillas para atraparlas con sus manos, darle calor, sosiego, muchas dosis de cariño, las que antes suministraba en bolsitas de plástico con la medida impresa en gramos, en centímetros cúbicos, o en cualquier otra proporción insuficiente para tener la percepción de amor sincero, sin enlatar ni etiquetar. Simplemente espontáneo y sin hacer preguntas.

En aquel momento supo que las respuestas carecían de valor... y las preguntas sobraban.

Luca se aferró a ella como a un tablón en una tormenta que había anegado todo lo que le rodeaba y lloró dejándose ir. Siempre la había tenido a su lado, aunque a veces pareciera que era imposible acercarse a ella y profundizar en lo que pensaba en un determinado momento, pero, en el interrogatorio mental que le asaltaba como un castigo que él mismo se infligía, aquellas preguntas le bombardeaban como una cuchilla que atravesaba la piel buscando perforar órganos importantes.

¿Cómo pudo confiar en aquellas personas que acabaron con la vida de la persona que más quería? Cómo no pudo verlo, él que se anticipaba siempre a las reacciones de los demás, que sabía calibrarlas y enjuiciarlas antes de que se produjeran. De forma natural, espontánea..., y sin margen para equivocarse.

Algo había fallado, y en el momento más inoportuno. Aquel error lo tendría siempre presente, le estaría asaltando cuando menos lo esperara, cuando creyera que se estaba divirtiendo como un ser sin sentimientos. Entonces aparecerían los mismos fantasmas para recordarle que no debía reír... Estaba prohibido. Había fallado, y la penitencia debía repetirse eternamente.

Únicamente la llamada de su Pepita Grillo le hizo ver que las preguntas solo estaban en su cabeza. Y los reproches también. Aquel martilleo inagotable debía terminar. Él no manejaba el mundo, y mucho menos a cada una de las personas con las que, en un momento u otro de su existencia, debía interrelacionarse, conducir sentimientos, actitudes o comportamientos. Para eso estaba la justicia, y tarde o temprano acabaría anteponiéndose a todo lo demás. Necesitaba cariño, mucho, y a eso estaban dispuestas a ayudarle las dos mujeres de su vida. Todo lo demás eran capas accesorias que se ponen o se quitan en determinados momentos de la vida, en la que la importancia o no de las cosas están solo en nuestra cabeza..., ese mecanismo tan complicado que, por su propia naturaleza, a veces tiende en exceso a embrollar, a dar vueltas sobre sí misma, entrando en un bucle que puede acabar en procesos anómalos: depresiones, abatimiento, desidia... Y Beatriz y Pam lo querían en plenitud de fuerzas y entusiasmo. Le quedaba mucho camino por recorrer, muchas piedras por apartar de él o con las que tropezar, aprender de los golpes, de las secuelas, pero, sobre todo, vivir libre, desprovisto de ataduras y «pajas mentales» anteriores que le cercenaran el criterio más elemental para discernir, valorar y enjuiciar las cosas en la justa medida e importancia que merecen.

Solo se vive una vez, y las buenas personas no pueden hacerlo lastradas por bloques de hormigón de fabricación propia.

Con el paso de los días se vio como un objeto que nadie sabía dónde colocar para que no entorpeciera las labores de la casa o fuera útil. Se sentía un estorbo. La compañía marchaba perfectamente engrasada, y él comenzó a distanciarse de un quehacer que nunca había pretendido ni ansiado. Le llegó de forma luctuosa. Lo cambiaría todo por volver al principio, comenzar un recorrido sabiendo de los errores y subsanándolos antes de que volvieran a

cometerse. Daría su vida por devolver la suya a su abuelo. Pero Pepita Grillo asomaba de nuevo, de pie sobre su hombro derecho, enérgica, segura de sí misma, y le silbaba al oído con aquella voz dulce, con acento mexicano, que la vida no hay que acelerarla ni precipitarla. Ya ella misma se encarga de pasar de puntillas sobre los años, arrancando del almanaque las hojas marchitas que se suceden una tras otra, sin apenas tiempo para advertir su avance, la secuencia de días anodinos que jalonan nuestro paso anónimo como para querer cambiarnos por personas que ya vivieron su tiempo, aunque vieran truncados de forma violenta sus últimos días.

Las respuestas llegarían solas. Y como un crucigrama que encierra un enigma que el autor ha incluido y que solo será visible para los que lo completen, la idea de marcharse saltó a la pantalla de su mente, nítida, en letras de imprenta. Lo tuvo claro; necesitaba hacerlo. Ya nada le retenía allí. Quería buscar y conocer paisajes distintos, aunque estuviesen cubiertos de humos, nubes grises o una nieve impertinente y tenaz que le impidiera dar un solo paso estable. Pam le esperaba al otro lado. Sin pensárselo, subió las escaleras, confirmó un vuelo para el día siguiente a Nueva York y se dispuso, como si en ello le fuese la misma vida, a hacer la maleta. Una grande... Quería llevarse todo lo que había de valor en sus estanterías, armarios, sobre las mesas... Después de media hora se tumbó en la cama bocarriba. Miró al techo, a la lámpara, luego al sol que entraba por la ventana. Se imaginó que ese mismo sol estaba sobre el cielo de Manhattan y que su amor, Pam, también lo estaba mirando en ese mismo instante, que estaba viendo su cara a través de él, y levantó la mano derecha para saludarla.

—Cariño, nos veremos antes de lo que piensas.

Un leve sonido le confirmó la entrada de un nuevo correo electrónico en el buzón.

Accedió a él. Ramón Suárez le confirmaba el registro por un periodo de seis meses del nombre elegido para la constitución de la nueva empresa, aunque le hacía la advertencia de que, para la elevación a público ante notario, el plazo se reducía a solo tres meses. Le adjuntaba el archivo con la correspondiente confirmación y reserva por parte del Registro Mercantil Central y del Registro de Fundaciones.

Como Luca no actuaba nunca dilatando las cosas, le reenvió de inmediato el correo del abogado al director de la sucursal bancaria, comentándole la intención de pasarse esa misma mañana por la oficina para la apertura de una cuenta corriente a nombre de la nueva sociedad, y otra a nombre de la

fundación, indicándole igualmente la necesidad de que le emitieran un certificado bancario de las aportaciones realizadas de 10 000 euros, el 51 % a su nombre, y el 49 % restante a nombre de su madre, y que para ello traspasaran el importe indicado de su cuenta corriente personal. De esa misma cuenta, otro traspaso de 50 000 euros como aportación patrimonial inicial a la fundación.

Se levantó de la silla y se fue a buscar a su madre. Tenían que hacer bastantes trámites esa mañana si quería dejar la sociedad y la fundación legalmente constituidas.

Sería la primera vez que tendría algo a medias con su madre.

Después de firmar todos los documentos habidos y por haber, tanto en la sucursal bancaria como en la notaría, eran cerca de las tres de la tarde cuando por fin pudieron pasear por la avenida, ya sin prisa. Beatriz intervino para indicar la opción de entrar en un local de fachada moderna, amplio rótulo y paneles electrónicos, donde los platos se sucedían uno tras otro, invitando a probarlos.

Ya en una mesa, después de que una camarera les tomara nota de lo que iban a comer, Beatriz hizo la pregunta que le llevaba asaltando desde la lectura del testamento.

—¿Por qué ha dispuesto tu abuelo dejar sin distribuir el 5 % que falta? No sé a qué viene tanto misterio.

Luca estaba dando cuenta de un entrante, dio un sorbo a la jarra de cerveza y luego se limpió la comisura del labio con una servilleta.

—No creo que tenga la menor importancia. Es mucho dinero, pero, conociendo al abuelo, debe proponer algún juego. Siempre le gustó contarle todo con mucho misterio, enredarlo todo para, al final, partirse de risa. Es el dicho de «genio y figura hasta la sepultura». En el fondo era un cachondo.

Beatriz relajó los hombros. Por el silencio que mantuvo durante unos instantes pareció aceptar la explicación de su hijo con bastante complacencia.

—Mamá, me gustaría darte las gracias por tu ayuda.

Beatriz elevó la mirada y la detuvo en la cara de Luca.

—Soy tu madre, y es lo menos que podías esperar de mí —dijo ella a media voz—. Lamento que la muerte del abuelo nos haya servido para unirnos más. Supongo que él estaría contento, y pensar eso me tranquiliza. No soy ninguna devota. No puedo esconderme en los rezos y plegarias esperando que algo suceda. —Respiró profundamente—. Ahora me encuentro muy bien

conmigo misma, contigo y con Evander. Todo lo veo venir de forma más pausada. ¿Qué más puedo pedir?

Alargó la mano derecha sobre la mesa para alcanzar la de su hijo.

Luca la acercó entonces a sus labios y la besó.

—Tengo otra cosa que contarte.

La frase sonó como un disparo.

Al ver la expresión de preocupación en el rostro de su madre quiso suavizarlo.

—No es nada grave. A veces digo las cosas de un modo muy solemne. Nunca aprendo.

Hizo una pausa y bebió otra vez de la jarra.

—Mañana cojo un vuelo a Nueva York. Me quedaré allí un tiempo. No sé cuánto. Tengo que hacer algunas cosillas.

—¿Estar con Pam es una de ellas?

Beatriz rio abiertamente y lanzó la servilleta al rostro de Luca.

—Cambia ese rostro tan serio. Estás en una edad muy bonita, y Pam es una chica increíble. No la dejes escapar.

Luca sonrió mirando a su madre. Esta le siguió hablando.

—¿Cuándo sale el vuelo?

—Mañana —dijo su hijo de forma muy escueta.

—¡Ah, bueno! Tenemos tiempo. Conociéndote como te conozco, pensé que te ibas ya mismo.

* * *

A la mañana siguiente, Luca anduvo por la pista del aeropuerto de Málaga acompañado de los viajeros que formaban aquella larga fila hasta que se dividió en dos para subir al avión por las puertas delantera y trasera del aparato. Volvió entonces la vista atrás y vio a su madre y a Evander despedirse de forma efusiva con la mano desde la enorme cristalera de la terminal. Él les correspondió levantando la suya. Lanzó a su madre varios besos al aire hasta que, después de subir la escalerilla, desapareció por la pequeña puerta y recorrió el pasillo para llegar a su asiento. Colocó la maleta en el compartimento de cabina, extrajo el iPad y se sentó junto a un joven rubio de pelo ensortijado y seco como un salicor. Abrió la tapa y pulsó el botón de encendido. Mientras esperaba la carga del programa de arranque, una

azafata pasó por allí, asegurándose de que estuviesen bien cerradas las puertas de los portaequipajes. Luego arrancó Luca el editor de texto, entró en la carpeta donde tenía guardados sus escritos y continuó al final de donde lo había dejado.

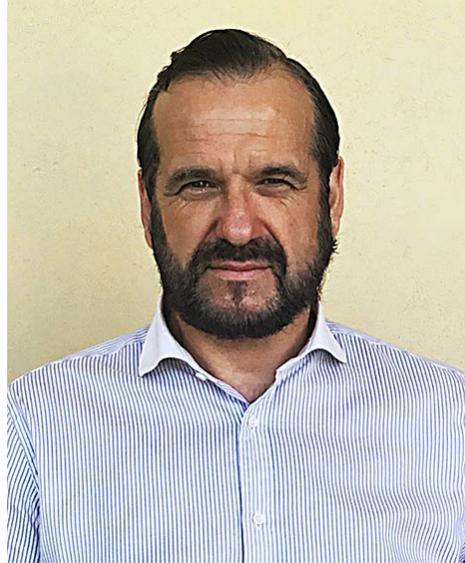
«Hoy, 8 de agosto de 2015, es el día. Estoy a punto de volar hacia Nueva York, la ciudad encendida que siempre me atrapó desde lejos, imaginándome la sensación de caminar por sus calles y lugares cosmopolitas, maravillarme con sus descomunales edificios y presenciar algún que otro partido de los Knicks. He sido reacio a visitarla, sintiendo que con ello infringía alguna norma o me hacía partícipe de los desmanes de gobiernos americanos anteriores que no dudaron en diezmar poblaciones enteras, lanzar sus bombas contra la población civil de países que no sabían ni señalar en el mapa o derrocar por la fuerza a gobiernos elegidos democráticamente por los súbditos de cada estado. Pero ahora la decisión de ir allí no es otra que la de reencontrarme con la persona que amo, a la que echo mucho de menos; tanto que las horas de vuelo se me van a hacer eternas, incluido el trasbordo en Madrid, lo sé. Viviré en el ático de Manhattan que mi abuelo me dejó en testamento, espero que junto a ella. Intentaré hacerla feliz. Quizá ponga a la venta la cadena de restaurantes de la empresa. He tenido varias ofertas. Ahora mismo soy un mar de dudas. No sé si cerraré el trato con alguna de ellas; tal vez, la que me ofrezca más garantías de mantener al actual equipo de profesionales del que dispongo. No es cuestión de dejar a nadie en la estacada y que me recuerden como el que dilapidó la herencia de su abuelo; nada más lejos. He creado una fundación, y a ella voy a dedicar todos mis esfuerzos y beneficios. Seguiré compartiendo con Pam lo que tanto me gustó hacer: viajar, ver las caras de alegría de personas desvalidas que solo tienen lo que les ofreces, sonrisas de niños que se abren paso entre la suciedad adherida a sus rostros y a ese futuro incierto que da zancadas para llegar pronto. Aportaré mi granito de arena y mi voluntad inquebrantable. El resto será cruzar desiertos con inmensas dunas como paredes verticales contra las que estrellarnos, y de vez en cuando algún oasis, alguna alegría intermitente y fugaz, un espejismo contra las voluntades de gobiernos que nacieron sin alma, incapaces, y empresas multinacionales que se atiborran las manos de fortunas sobre cuerpos hacinados que parecen no tener nombres, que no interesan, que esconden bajo etiquetas de marca con precios desorbitados para una sociedad de consumo que nació sorda y que ha aprendido a mirar para otro lado.»

A través de los altavoces, una azafata ordena apagar los aparatos electrónicos y ponerse los cinturones. Posición recta de los asientos.

Los motores del avión se revolucionan al máximo. Luca aprovecha para anclar el cinturón al cierre del sillón. El comandante quita los frenos y el aparato inicia una veloz trayectoria en línea recta. Mantiene la aceleración y aprovecha el recorrido de la pista hasta que consigue elevar el morro. Un murmullo de voces nerviosas acompaña la vertiginosa maniobra de ascenso, cuando el estómago de Luca se contrae de forma involuntaria. Ha abandonado el suelo de Málaga y a través de la ventanilla ve el inmenso mar azul que siempre llenó el color de sus pupilas. Ahora lo tendrá lejos, y no sabe por cuánto tiempo, pero le promete desde las alturas que volverán a verse.

En los momentos de crisis solo la imaginación
es más importante que el conocimiento

ALBERT EINSTEIN



José Luis Cañada Moreno nació el 30 de septiembre de 1965, en La Línea de la Concepción. Está casado con Yolanda Cruz, también escritora del Grupo Planeta, y tienen dos hijos. Tanto sus estudios como su carrera profesional siempre han estado ligadas al trabajo en distintas entidades financieras, en las que acumula una experiencia de veintiocho años. Siempre ha sido aficionado a la literatura, principalmente a la poesía, aunque tiene escritas cuatro novelas, sin que ninguna de ellas haya visto la luz todavía.

Siete grados al norte

José Luis Cañada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© José Luis Cañada, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-08-18244-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

El fotógrafo de paisajes

Mercedes Pinto Maldonado

La extranjera

Asrid Nielsen

El sanatorio de la provenza

Rosa Blasco

Rododendro. Crónicas de RockVille

Rubén Aído

El guardián de recuerdos

Astrid Nilsen

Flores de otro mundo

Rafael Avendaño/ Juan Gallardo

Las dos caras de la sospecha

Francesc Marí

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA
CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

